

# El significado de la Segunda Guerra Mundial

Ernest Mandel

prólogo de Enzo Traverso

LOS LIBROS DE  
**viento sur**



LA OVEJA ROJA

# **El significado de la Segunda Guerra Mundial**



# El significado de la Segunda Guerra Mundial

Ernest Mandel  
prólogo de Enzo Traverso

LOS LIBROS DE  
**viento** **sur**



LA OVEJA ROJA

*El significado de la Segunda Guerra Mundial,*  
de Ernest Mandel.

Título original: *The Meaning of the Second World War*,  
Verso, Londres, 1986.  
Primera ed. en cast.: Fontamara, México, 1991.

Prólogo: Enzo Traverso.

Diseño original de la colección: Jérôme Oudin.

Traducción: redacción Viento Sur y La Oveja Roja.

Agradecemos a Anne Sprimont la generosidad con la que nos ha acordado el derecho de reeditar esta obra. Y un agradecimiento semejante dedicamos a la editorial Fontamara, que nos ha permitido trabajar sobre la base de su traducción, ampliamente corregida y revisada para esta edición.

La Oveja Roja, 2015  
Colección Viento Sur  
[www.laovejaroja.es](http://www.laovejaroja.es)  
Apdo. 2008 sucursal 2  
28850 Torrejón de Ardoz - Madrid

ISBN: 978-84-16227-08-2  
Depósito Legal: M-26079-2015  
Impreso en España

*El papel que sirve de soporte a este libro cuenta con los certificados ecológicos PEFC, FSC (gestión sostenible de los bosques) y ECF (sin cloro).*

## Sumario

Introducción: Un siglo de violencia, de Enzo Traverso .....	9
Primera parte: El marco histórico	
1 Intereses en juego .....	33
2 Causas inmediatas .....	49
3 Fuerzas sociales .....	69
4 Recursos .....	85
5 Estrategia.....	97
6 Armamento .....	113
7 Logística .....	121
8 Ciencia y administración.....	131
9 Ideología .....	141
Segunda parte: Acontecimientos y consecuencias	
10 Gambito de apertura en Europa .....	159
11 El despliegue de la batalla mundial.....	169
12 Hacia el clímax.....	179
13 Virajes decisivos .....	193
14 La guerra de desgaste.....	205
15 Asalto final .....	219
16 Resultado .....	235
17 Consecuencias .....	247
18 Legado .....	263



## Introducción

# Un siglo de violencia

Escribir sobre la violencia en el siglo XX podría convertirse fácilmente en un gabinete de los horrores o una espantosa y monótona sucesión de guerras y masacres, desde Verdún hasta Bagdad, desde el genocidio armenio hasta el ruandés, pasando por Auschwitz y el gulag. Muchos estudiosos ya han llevado a cabo este ejercicio de pesimismo antropológico al ilustrar las profundas raíces del mal en los seres humanos. Mi planteamiento es otro: intentaré detectar y describir algunos rasgos significativos de la violencia del siglo pasado partiendo de una de sus matrices, a saber, los cataclismos europeos del periodo que va de 1914 a 1945, con algunas referencias a sus secuelas en las décadas posteriores.

Entre 1914 y 1945, Europa vivió una segunda Guerra de los Treinta Años. Esos años de violencia fueron el reflejo de una crisis europea global: una crisis política, causada por el colapso del antiguo orden liberal y la irrupción de las masas en la esfera pública, que duró hasta el advenimiento del fascismo; una crisis económica, causada por el fin del liberalismo económico y la introducción en todos los países de distintas formas de intervención del Estado en la economía; y, finalmente, una crisis cultural, que puso en tela de juicio la idea hasta entonces dominante de progreso. En esa época, nuevos paradigmas científicos se mezclaron con cosmovisiones conservadoras heredadas de la tradición de la «contrailustración», creando formas híbridas y hasta entonces desconocidas de modernidad reaccionaria. A partir de 1914, la modernidad reveló su faz más destructiva y espantosa: la de la guerra total. Un continente que todavía era en gran parte rural descubrió las leyes de un mundo mecanizado, una temporalidad completamente desconectada de los ritmos de la naturaleza y el sometimiento de los cuerpos al arrollador monstruo impersonal de los ejércitos de masas. De repente, el concepto de modernidad dejó de identificarse con el progreso material y pasó a asociarse con la guerra industrial lidiada por ejércitos gigantescos organizados a modo de fábricas fordistas y formados por soldados convertidos en «trabajadores



de la destrucción» (esta definición apareció simultáneamente en 1915 en los escritos de Henri Barbusse y Arnold Zweig). La guerra total se convirtió en una masacre racionalizada y tecnificada cuyo fruto era la muerte ya no glorificada, sino serializada: una muerte «sin atributos», una muerte masiva anónima. Era, en palabras de Walter Benjamin, una «muerte mecánicamente reproducible», cuya «aura» quedó enterrada para siempre en el fango de las trincheras. Inaugurada con el mito de la muerte heroica, la Gran Guerra acabó con homenajes al «soldado desconocido».

Durante esta segunda Guerra de los Treinta Años, Europa conoció una extraordinaria conjunción de conflictos: guerras clásicas entre Estados, revoluciones, guerras civiles, guerras de liberación nacional, genocidios, choques violentos derivados de disputas de clase, nacionales, políticas, ideológicas y también religiosas. El concepto de «guerra civil europea» sintetiza el conjunto de estos conflictos. El inventor del término fue al parecer el pintor alemán Franz Marc, que lo acuñó en una carta enviada desde el frente poco antes de morir en Verdún. En ella señaló que la guerra mundial era «una *guerra civil europea*, una guerra contra el enemigo interior invisible del espíritu europeo»<sup>1</sup>. Según Ernst Jünger, la guerra de 1914-1918 había sido simplemente un apocalipsis que mostraba a «Europa luchando contra Europa» en un clima de «guerra civil». A comienzos de 1943, después de volver de una misión en el Cáucaso cuando se produjo la derrota alemana en Stalingrado, calificó la Segunda Guerra Mundial en el frente oriental de «absoluta, hasta un punto que Clausewitz no podría haber concebido, ni siquiera tras las experiencias de 1812: es una guerra entre Estados, entre pueblos, entre ciudadanos y entre religiones con el objetivo de la extinción zoológica»<sup>2</sup>. En las décadas de 1930 y 1940, la idea de la guerra civil europea aparece en los escritos de autores tan diferentes como Churchill, Keynes, Trotsky, De Gaulle y Benedetto Croce. A pesar

1 Citado siguiendo a Modris Eksteins, *Rites of Spring: The Great War and the Birth of the Modern Age*, Bantam Press, Londres, 1989, p. 94 (ed. cast.: *La consagración de la primavera: La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos*, Pre-Textos, Valencia, 2014).

2 Ernst Jünger, *Radiaciones I: Tiempo de memoria*, Tusquets, Barcelona, 2005.

de sus discrepancias, todos ellos consideraban que las décadas que median entre las dos guerras mundiales fue un periodo en que Europa, al asistir a su propia autodestrucción, adquirió conciencia de su destino común.

Por supuesto que el concepto de «guerra civil europea» es contradictorio: por «guerra civil» se entiende la quiebra del orden interior de un Estado, pero Europa no era un Estado, no era una federación, ni en 1914 ni en 1939. No obstante, el conflicto que vivió en aquellos años adquirió los rasgos de una guerra civil. Con arreglo a todas las teorías modernas del derecho, la guerra tiene sus reglas relativas tanto a quiénes pueden decidirlas (*ius ad bellum*) como a la manera de conducirlas (*ius in bello*). Por un lado, únicamente una autoridad legítima, es decir, un Estado soberano, puede declarar una guerra; por otro, la guerra requiere un conjunto de reglas que comparten todos los beligerantes. Estos han de respetar los derechos de los prisioneros (sobre todo su derecho a la vida) y no atacar a civiles, evitando transformarlos en objetivo militar. El derecho de guerra no era más que un aspecto del *ius publicum europeum*, es decir, la instauración de un sistema codificado de relaciones entre Estados que ostentan el monopolio de la violencia legítima en sus territorios.

Esta concepción está implícita en la famosa frase inicial del tratado de Clausewitz sobre la guerra, que data de la primera mitad del siglo XIX: «La guerra no es más que un duelo (*Zweikampf*) a gran escala». De hecho, la práctica social del duelo, muy extendida en ámbitos aristocráticos hasta 1914, revela un creciente sometimiento a la legalidad y a ciertas normas compartidas en el uso de la violencia. El duelo estaba reservado fundamentalmente a las élites sociales, quedando excluidas las clases subalternas, las mujeres y, particularmente en Alemania, minorías estigmatizadas como los judíos. Había sido concebido como una confrontación ritualizada y codificada con miras a reparar una ofensa de acuerdo con el principio de *Satisfaktionsfähigkeit* (condición social del retado que le permite reparar la ofensa). Su finalidad no era la muerte del adversario (aunque esta no estaba descartada), sino el respeto de un código de honor, señal de pertenecer a la élite social. Los duelistas, que empleaban espadas o pistolas previamente elegidas en presencia de testigos, eran caballeros que se

reconocían mutuamente como adversarios legítimos, capacitados para enfrentarse de acuerdo con una tradición caballeresca y con arreglo a ciertas normas compartidas. Los testigos hacían de abogados de los duelistas para convertirse en jueces durante el enfrentamiento y escribir finalmente un informe que podía llegar a exhibirse ante un tribunal. Al amparo de esta creciente «legalización» de la práctica del duelo, la misma se convirtió en una práctica social reconocida de hecho por la ley. La legislación prusiana la consideraba una especie de «ley consuetudinaria», útil para preservar el sentido del honor en el seno de la casta militar. Más que representar una reminiscencia del feudalismo, el duelo aparece como espejo del proceso civilizatorio —autocontrol y regulación normativa de los conflictos—, encarnado en el orden dinástico a lo largo del siglo XIX. En otras palabras, su código sumamente formalizado reproducía las normas de la guerra establecidas por el *ius publicum europeum*.

En el verano de 1914, estas normas todavía parecían darse por supuestas cuando el atentado de Sarajevo hizo de detonador de un conflicto que devastó el continente. Desde luego, la Gran Guerra tuvo sus causas, en torno a las cuales todavía retumban los debates históricos —lo académicos prefieren hablar de premisas o condiciones más que de «causas» en un sentido determinista—, pero sus protagonistas no la previeron. Según Christopher Clark, el más reputado de los últimos historiadores de la Gran Guerra, los responsables de aquel conflicto «eran sonámbulos, vigilantes pero incapaces de ver, perseguidos por sueños pero ciegos a la realidad del horror que estaban trayendo al mundo»<sup>3</sup>.

Ninguno de los responsables del conflicto había previsto ejércitos de millones de hombres encerrados durante años en sus trincheras, nadie había pensado en armas químicas, bombardeos, ciudades destruidas y homicidios en serie mediante el fuego de ametralladoras. Su mentalidad y sus referencias culturales estaban ancladas en la experiencia europea del siglo XIX, con sus guerras «civilizadas» entre Estados del antiguo

<sup>3</sup> Christopher Clark, *The Sleepwalkers: How the Europe went to War in 1914*, Harper Collins, Londres, 2013, p. 362 (ed. cast.: *Sonámbulos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2014).

régimen que se respetaban mutuamente. La amistad entre el capitán francés Boeldieu (Pierre Fresnay) y el oficial alemán Von Rauffenstein (Erich von Stroheim), relatada con tintes románticos por Jean Renoir en *La Grande Illusion* (1937), refleja aquella concepción dinástica y aristocrática de la guerra que no sobreviviría a la Primera Guerra Mundial.

Durante la Gran Guerra, por el contrario, el enfrentamiento entre enemigos legítimos fue reemplazado rápidamente por su «cruzada» para destruirse unos a otros. En la Navidad de 1914, los combates se suspendieron durante un día. Varias fotografías muestran a soldados alemanes confraternizando con sus homólogos británicos y franceses en la tierra de nadie entre las líneas enemigas. Esta fraternidad efímera revelaba que se respetaban mutuamente como enemigos legítimos. En los años subsiguientes, estos gestos no se repetirían. El *ius in bello* feneció muy pronto. Concretamente en Ypres, en abril de 1915. Con el primer ataque con gas por parte de las tropas alemanas el derecho de guerra pasó a ser una mera reminiscencia de una época finiquitada. De repente, la tecnología del siglo XX alteró el sistema de valores de un continente dinástico. Esta irrupción de la modernidad en simbiosis con antiguas tradiciones y representaciones de la guerra queda ilustrada emblemáticamente en la imagen de un guerrero medieval que combate en plena época de guerra química, figura híbrida de anacronismo y de coexistencia entre distintas temporalidades históricas.

Por supuesto, el *ius publicum europeum* tenía sus ambigüedades y sus propósitos ideológicos ocultos. Dado que su corolario implícito era la visión del mundo no occidental como un erial abierto a la colonización, las guerras de conquista y las masacres se percibían por eso mismo como guerras justas en nombre del derecho natural. Concebidas como invasiones y a menudo también como campañas de exterminio en que las tropas europeas no se enfrentaban a otros ejércitos regulares, sino a tribus y combatientes sin un estatuto bien definido, las guerras coloniales no diferenciaban a los soldados de los civiles. Desde esta perspectiva, la violencia del colonialismo constituyó un modelo para las guerras totales del siglo XX. Claro que las guerras coloniales no eran guerras civiles, pues enfrentaban a fuerzas política y culturalmente muy diferentes

entre sí. No eran conflictos entre miembros de la misma comunidad y su violencia no se derivaba de una crisis interna de un Estado incapaz de conservar el monopolio de la fuerza. No obstante, ambas tienen algunos rasgos similares. Puesto que en una guerra civil no existen normas compartidas y cada beligerante trata de destruir a su enemigo, la guerra colonial no conoce la figura de «enemigo legítimo» (*iustus hostis*). Los elementos sediciosos internos de la guerra civil, al igual que los nativos rebeldes de la guerra colonial, eran «forajidos» que había que someter o destruir y con los que no había ningún compromiso posible.

Una guerra civil sin atrocidades y horrores no existe. Uno de sus rasgos distintivos es la profunda implicación emocional de los combatientes. En sentimiento de cumplir con un deber bien pudo inspirar a los voluntarios de 1914, pero esto no basta para justificar la participación en una guerra civil. En otras palabras, una guerra civil siempre es una mezcla de anomia jurídica y plenitud emocional, ambas llevadas al extremo, como si el vacío creado por la ausencia de normas se llenara de un nuevo contenido existencial. El combate no obedece a leyes, sino a convicciones éticas y políticas superiores que uno se siente obligado a defender a machamartillo de la manera más intransigente, al precio que sea, eliminando al enemigo —un enemigo cercano, conocido— y si es preciso sacrificando la propia vida. Los valores que llenan ese espacio de anomia pueden ser los más nobles o los más abyectos, a veces una combinación de ambos: liberación, justicia, igualdad, dignidad humana, emancipación, pero también venganza, racismo, nacionalismo exacerbado, fanatismo ideológico y religioso.

La guerra civil no busca una paz justa, sino la destrucción del enemigo. En la conferencia de Casablanca de enero de 1945, Churchill y Roosevelt afirmaron en una declaración común que sus fuerzas aliadas no aceptarían ningún acuerdo con Alemania y Japón que no fuera su «rendición incondicional». Es interesante observar que en dicha declaración, que ya anuncia los juicios de Núremberg y Tokio, el presidente de EE UU y de Gran Bretaña no emplearon el término convencional del vocabulario militar: *capitulación*. Decidieron reclamar la *rendición incondicional*, en los mismos términos que los unionistas habían impuesto a los confederados al término de la guerra

civil estadounidense<sup>4</sup>. Esta formulación —rendición incondicional— no figuraba en el derecho internacional, sino que se tomó prestada del derecho mercantil, en el que designaba la transmisión de la propiedad. En una capitulación, los soldados deponen las armas en una ceremonia pública que simboliza su derrota, pero siguen perteneciendo al ejército de un Estado cuya existencia legal está reconocida por el derecho internacional (inclusive por el vencedor). Por otro lado, en una rendición incondicional el ejército derrotado se convierte en una especie de propiedad del vencedor, que impone su dominación. El general Wilhelm Keitel, quien firmó la rendición incondicional de Alemania en Berlín-Karlshorst el 9 de mayo de 1945, fue juzgado en Núremberg el año siguiente y ejecutado como criminal de guerra. En 1945, como señaló Hans Kelsen en muchos artículos, los aliados que ocuparon Japón y Alemania decidieron privar a ambos países de cualquier forma de soberanía (originalmente a varias décadas vista). En Casablanca, Roosevelt y Churchill decidieron rechazar cualquier negociación con Alemania y Japón y excluir toda norma jurídica internacional que pudiera «obstruir transferencias territoriales y cambios de fronteras en países enemigos». La rendición incondicional permitía redefinir por completo el mapa europeo. En la segunda mitad del siglo XX, muchas guerras —desde la de Vietnam hasta la última de Iraq— reprodujeron planteamientos parecidos, tanto en la práctica militar como en sus conclusiones: un cambio de régimen político impuesto por los vencedores sobre el enemigo derrotado.

En el periodo de entreguerras, Europa redescubrió otra figura propia de la guerra civil: el *partisano*. Es un combatiente irregular que aparece en todos los escenarios de guerra, en los que a veces desempeña un papel decisivo. Desconocido durante la Primera Guerra Mundial, que comenzó como una clásica guerra entre Estados, hizo su aparición durante la crisis revolucionaria que estalló al término del conflicto, particularmente en Rusia y Centroeuropa. Sin embargo, el apogeo de la lucha de los partisanos se produjo en la Segunda Guerra Mundial. Se contaban por cientos de miles los que, en Europa, lidiaban una

4 Wolfgang Schivelbusch, *The Culture of Defeat On National Trauma, Mourning and Recovery*, Picador, Nueva York, 2004, pp. 27-29.

guerra paralela, al margen de los ejércitos regulares que movilizaron a millones de soldados. A partir de 1943, la Resistencia adquirió dimensiones masivas como movimiento armado tanto en Europa oriental y los Balcanes como en las sociedades occidentales, desde los Países Bajos hasta Italia, pasando por Bélgica y Francia. En China, el ejército de partisanos comunistas creció enormemente bajo la ocupación japonesa hasta que tomó el poder en 1949. Durante la guerra, la propaganda nazi y fascista justificó la represión violenta, la deportación y la masacre de civiles so pretexto de luchar contra los partisanos. En los países ocupados por tropas alemanas proliferaron los carteles en que se amenazaba con la muerte a todos los combatientes de la Resistencia, llamados «bandidos» y «terroristas».

La aparición de la figura del partisano durante la Segunda Guerra Mundial revela el carácter anómico (carente de normas) de este conflicto, su transgresión de las normas de guerra tradicionales y por ende su carácter de guerra civil. Carl Schmitt calificó el perfil del partisano como un «tipo ideal»<sup>5</sup>. Antes que nada, es un combatiente *irregular* que se diferencia del soldado uniformado. La profunda *motivación* de su combate radica en su «intensa implicación política», como refleja la etimología de su nombre, que remite a la pertenencia a un partido. Su actividad combina «movilidad, rapidez y alternancia inesperada de ofensiva y retirada», especialmente cuando se coordina con las de un ejército regular. Finalmente, el partisano tiene «un carácter telúrico»: en la mayoría de los casos, está profundamente arraigado en un territorio que desea liberar y su acción se beneficia de sus vínculos orgánicos con la población local, tanto en la montaña como en la ciudad. Por tanto, el partisano es una figura central en una guerra que se reivindica de una *justa causa*, pero sin reconocer a un *iustus hostis*. Las Segunda Guerra Mundial exaltó tanto al *guerrillero* de liberación como al combatiente político: los rasgos de ambos confluyeron en el partisano, confiriéndole a veces un aura casi mítica. En los países en que tomó el poder un ejército de liberación creado por partisanos frente a las fuerzas de

<sup>5</sup> Carl Schmitt, *Theory of the Partisan: Intermediate Commentary on the Concept of the Political*, Telos Press, Nueva York, 2007, p. 35 (ed. cast.: *Teoría del partisano*, Trotta, Madrid, 2013).

ocupación, su líder carismático se convirtió de forma natural en el jefe de un nuevo Estado, como en el caso del mariscal Tito en Yugoslavia. Tras la Segunda Guerra Mundial, el partisano pasó a ser el héroe de innumerables guerras y revoluciones, de Asia a África y América Latina.

En la edad de la guerra total, en la que las guerras devienen conflictos anómicos carentes de reglas comunes, cunde la violencia y adopta la forma de crimen y transgresión. El odio pierde su carácter abstracto; deja de ser una disposición mental o un sentimiento de alimenta las opciones políticas y se convierte en un motor activo. La suspensión del derecho y el fin del monopolio de la fuerza del Estado generan el contexto que permite el brote espontáneo de la violencia. Desde este punto de vista, es incontestable que la guerra civil implica una regresión del proceso civilizatorio. Los imperativos sociales y culturales que moldean nuestra mentalidad y «economía psíquica» se vienen abajo. En una guerra civil, la violencia nunca es exclusivamente instrumental. Adquiere una fuerte dimensión simbólica y crece con arreglo a una dinámica que la convierte en un fin en sí misma. En otras palabras, la violencia extrema deviene crueldad. La guerra civil desentierra y potencia antiguos rencores e impulsos que se articulan con las esperanzas y frustraciones del momento. No solo se trata de eliminar al enemigo, sino que también hay que humillarlo públicamente y exhibirlo como trofeo de guerra. Por eso los fascistas y los nazis colgaban en lugares públicos a los partisanos ejecutados en Polonia, Rusia, Ucrania, Italia y los Balcanes. Esta violencia estimula inevitablemente una contraviolencia que en ocasiones reproduce los mismos rasgos característicos (pese a que en este caso se perpetraba en nombre de la justicia, la libertad y la democracia). Así, el cadáver de Mussolini fue linchado por la turba en la plaza Loreto de Milán el 29 de abril de 1945. Como observa con razón el historiador Sergio Luzzatto, la guerra civil «también es una tragedia corporal»<sup>6</sup>. Siempre comporta una parte de violencia excesiva, espectacular, horrible, como una especie de límite extremo antropológico.

<sup>6</sup> Sergio Luzzatto, *The Body of Il Duce: Mussolini's Corpse and the Fortunes of Italy*, Metropolitan Books, Nueva York, 2014.



El siglo XX experimentó una mezcla de guerras totales, guerras civiles y genocidios. Creó un contexto en el que una salvaje violencia ancestral se combinó con la violencia moderna de la guerra total, con la tecnología de los bombardeos aéreos y el exterminio industrial de las cámaras de gas. Durante ese periodo turbulento, se podría decir, por tomar prestadas las palabras de Alain Corbin, que las «pulsiones dionisiacas» de muchedumbres vengadoras coexistieron con las «masacres pasteurizadas» de la violencia estatal<sup>7</sup>. En otras palabras, la violencia nacida de la regresión del proceso civilizatorio se juntó, en una pasmosa dialéctica de «no contemporaneidad», con la violencia moderna, mucho más letal, de la sociedad industrial. Esa violencia implicaba los resultados del proceso civilizatorio: el monopolio estatal de las armas, la racionalidad empresarial y productiva, la fragmentación de tareas y la división del trabajo, el control de las pulsiones, la neutralización social de las normas éticas, la separación espacial entre víctimas y ejecutores. La imagen de aldeas quemadas forma parte de la memoria de la Segunda Guerra Mundial tanto como los crematorios de Auschwitz.

Observada a través de las lentes de la antropología, la violencia del siglo XX —desde la guerra civil rusa hasta el holocausto, desde Hiroshima hasta los campos de muerte camboyanos— refleja esta mezcla de arcaísmo y modernidad. Mientras los ingenieros de las fábricas de Topf en Fráncfort inventaban crematorios especiales capaces de resistir un uso prolongado a temperaturas muy altas, los Einsatzgruppen (grupos de intervención) libraban su lucha contra los partisanos en el frente oriental, donde los combatientes capturados eran colgados en las plazas céntricas de los pueblos. El Partisanenkampf de los nazis perpetuaba una tradición de «caza del hombre» que, inventada en la Edad Media y adoptada por la aristocracia bajo el absolutismo, era todo menos moderna. El Ejército Rojo, a su vez, practicaba la violación a escala masiva. Con su imaginación colonial, el secretario de Estado de EE UU, George Kennan, comparó el avance del Ejército Rojo en Prusia oriental en

<sup>7</sup> Alain Corbin, *The Village of Cannibals: Rage and Murder in France 1870*, Harvard University Press, Cambridge, 1993.

1944 con el pillaje de una «horda asiática»<sup>8</sup>. Una «no simultaneidad» o «asincronicidad» de prácticas violentas propias de distintas épocas también caracterizó la guerra en el Pacífico. Mientras los científicos reunidos en Los Álamos creaban la primera bomba atómica, en la jungla asiática los marines decoraban sus vehículos con los cráneos de soldados japoneses muertos, desenterrando hábitos de las guerras con los indios del siglo XIX<sup>9</sup>. El ejército japonés llevó hasta el paroxismo la coexistencia de la racionalidad tecnológica y el código de honor heredado de la ética samurái, familiarizando a sus oficiales y soldados tanto con el uso de armas químicas como con la práctica del suicidio ritual (*seppuku*) en nombre del emperador. Estas diferentes formas de violencia —«caliente» y «fría», arcaica y moderna— coexistieron en la misma guerra. La civilización y la barbarie no son dos conceptos absolutamente antagónicos, sino dos aspectos asociados del mismo proceso histórico que encierra tendencias tanto emancipatorias como destructivas. Pese a las ideas ingenuas de Norbert Elias sobre el proceso de civilización, estas tendencias forman parte de todas las guerras modernas: durante la última guerra de Iraq, las armas más sofisticadas coexistieron con las formas más primitivas de tortura en la prisión militar de Abu Ghraib.

Desde la perspectiva de la historia universal, la Segunda Guerra Mundial aparece como el condensado traumático de muchas transformaciones que prefiguran el moderno concepto de *globalización*. Todos los elementos de este proceso —creciente interdependencia económica, desplazamientos masivos de poblaciones, exilio y diáspora, transferencias de tecnología y conocimientos científicos, hibridación cultural entre naciones y continentes— se desarrollaron y aceleraron a través del prisma de la guerra. Cuando miles de académicos europeos perseguidos emigraron a EE UU (muchos historiadores califican este fenómeno de éxodo cultural y científico de una orilla a otra del océano Atlántico) y millones de soldados norteamericanos, asiáticos, africanos y australianos luchaban en Europa,

<sup>8</sup> Citado en Alfred M. de Zayas, *Nemesis at Potsdam: The Anglo-Americans and the Expulsion of the Germans*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1977, p. 66.

<sup>9</sup> Véase John W. Dover, *War Without Mercy: Race and Power in the Pacific War*, Pantheon Books, Nueva York, 1987.

de pronto apareció y se hizo visible una nueva percepción del planeta, una nueva imaginación y un nuevo paisaje mental. La Segunda Guerra Mundial también fue un potente acelerador tanto de la investigación científica como de la ciencia aplicada. Durante este conflicto, la distinción entre ciencia e ingeniería, entre ciencia como conocimiento y tecnología como dominación de la naturaleza, las cosas y los seres humanos, pasó a ser una frontera cada vez más porosa. La guerra asistió al nacimiento de una nueva élite tecnocrática que englobaba a los responsables políticos y militares, ingenieros, industriales, inventores de sistemas (ordenadores, láseres, radares, equipos aeronáuticos y misiles) y a un gran número de expertos (físicos, matemáticos, biólogos, economistas, geógrafos, etc.), formados en las universidades europeas y estadounidenses. De acuerdo con Dominique Pestre, la guerra brindó oportunidades casi inagotables para inventar y crear, sin ninguna traba de tipo económico, generando la ilusión sostenida del poder ilimitado de la ciencia.<sup>10</sup> En otras palabras, la guerra trajo la *secularización* de la ciencia —el descenso de la ciencia de su torre de marfil a un mundo profano en el que se convirtió en intrínsecamente técnica y práctica—, que halló su ilustración emblemática en la fabricación (y el uso) de la bomba atómica.

La guerra aérea ilustra claramente este cambio tecnológico. La Primera Guerra Mundial conoció algunas formas primitivas de guerra aérea, que afectó principalmente a las ciudades fronterizas y cuyas bajas fueron muy poco cuantiosas. Sin embargo, durante la Segunda Guerra Mundial los bombardeos aéreos permitían la destrucción sistemática y planificada de las sociedades civiles de los países enemigos (Coventry, Dresde, Hamburgo, Tokio e Hiroshima siguen siendo los símbolos de esa «hýbris» de devastación). Según el filósofo Peter Sloterdijk, la Segunda Guerra Mundial engendró una forma nueva, eminentemente moderna, de «atmoterrorismo»: el objetivo del bombardeo aéreo no era únicamente el ejército enemigo, sino también su sociedad civil, cuyo hábitat natural (en el sentido

<sup>10</sup> Dominique Pestre, «Le nouvel univers des sciences et des techniques: une proposition générale», en Amy Dahn y Dominique Pestre, eds., *Les Sciences pour la guerre, 1940-1960*, CNRS, París, 2004, pp. 11-43.

biológico de la palabra) había que destruir<sup>11</sup>. Los avances tecnológicos de la guerra aérea en las décadas de posguerra no cambiaron esta concepción de la guerra; simplemente la perfeccionaron, dando lugar a la reciente invención de los drones, que parecen realizar el sueño de una guerra sin bajas humanas (en el lado del agresor).

El «embrutecimiento» de las sociedades europeas afectó profundamente a la cultura en su conjunto, desde los alumnos de las escuelas primarias hasta las elites intelectuales<sup>12</sup>. Según George Orwell, en la década de 1930 la política europea irrumpió en la cultura: los escritores ya no podían encerrarse en un universo de valores estéticos, al abrigo de los conflictos que laceraban a la sociedad<sup>13</sup>. Fue la edad de oro del compromiso intelectual. Desde este punto de vista, el gran punto de inflexión no fue 1917, la Revolución de Octubre, sino 1933, cuando Hitler accedió al poder en Alemania. En este contexto, la guerra civil española adquiere una enorme dimensión simbólica al trazar nuevas divisiones y clarificar las actitudes políticas. El triángulo formado por el liberalismo, el comunismo y el fascismo, que había polarizado la escena política tras el final de la Primera Guerra Mundial, pareció haber sido sustituido por un enfrentamiento único entre fascismo y antifascismo. Esta confrontación política deviene militar y genera una profunda metamorfosis en el ámbito de la cultura: la conversión del *oficinista* en *soldado*. Me refiero a la transformación del intelectual, de *oficinista* en *soldado*. El intelectual ya no es el mismo que en tiempos del caso Dreyfus, cuando encarnaba la defensa de valores universales como la igualdad y la justicia. Ahora es un combatiente en un contexto de guerra, y entre sus atributos no solo figuran los lápices y las máquinas de escribir, sino también las armas. De Henri Barbusse a George Orwell, de Noam Chomsky a Tariq Ali, y también de Ernst Jünger a

<sup>11</sup> Peter Sloterdijk, *Temblores de aire, en las fuentes del terror*, Pre-Textos, Valencia, 2013.

<sup>12</sup> Sobre el «embrutecimiento» de la guerra, véase George L. Mosse, *Fallen Soldiers: Reshaping the Memory of the World Wars*. Nueva York: Oxford University Press, 1990, pp. 159-180.

<sup>13</sup> George Orwell, «Writers and Leviathan», *Collected Essays*, v. 4, Penguin Books, Londres, 1986, p. 409 (ed. cast.: «Los escritores y Leviatán», disp. en [www.hacer.org/pdf/Orwell01.pdf](http://www.hacer.org/pdf/Orwell01.pdf)).

Robert Kagan y Bernard-Henry Levy, los intelectuales del siglo XX han definido su función y su legitimidad a través del apoyo a la guerra o la denuncia de la misma. En este contexto de guerra, en el que la política asumió a menudo un paradigma militar —la confrontación entre amigo y enemigo, en términos schmitteanos—, radica la principal explicación de la atracción irresistible que ejercen tanto el fascismo como el comunismo y que ha condicionado profundamente a los intelectuales de casi todos los continentes durante decenios.

Eric Hobsbawm escribió que el nacionalsocialismo no llegó a imponerse gracias a la persistencia del legado de la Ilustración. Las fuerzas del Eje —cuyo deseo de erradicar la idea universal de humanidad se proclamaba sin ambages— fueron derrotadas por una coalición entre el liberalismo y el comunismo, los herederos de la Ilustración en el siglo XX. Sin embargo, este conflicto no podía reducirse a un duelo de titanes entre la Ilustración y sus antagonistas, sino que también revelaba las antinomias de la modernidad, que es el racionalismo instrumental, incapaz de utilizar el progreso técnico como «llave de la felicidad», y se convirtió en vez de esto en un «fetiche de la fatalidad»<sup>14</sup>.

El 11 de marzo de 1942, Günther Anders, filósofo alemán emigrado a Estados Unidos, escribió algunas observaciones críticas en su cuaderno de notas, inspirado por la visita a una exposición científica en Los Ángeles. A la vista de las numerosas máquinas modernas exhibidas descubrió una nueva forma de pudor, una especie de «vergüenza prometeica»<sup>15</sup>. Con este término designaba la sensación de humillación que experimentan los seres humanos ante sus propias invenciones técnicas. En el mundo moderno, la capacidad de creación técnica (*Herstellung*) de los seres humanos eclipsaba en gran medida su capacidad de representarla (*Vorstellung*), y de este modo los seres humanos se han convertido en una nueva categoría de

<sup>14</sup> Walter Benjamin, «Theories of German Fascism» (1930), *Selected Writings*, v. 2/1, 1927-1930, Harvard University Press, Cambridge, 1999, p. 321 (ed. cast.: «Teorías del fascismo alemán», en W. Benjamin, *Para una crítica de la violencia y otros ensayos*, Iluminaciones IV, Taurus, Madrid, 1999).

<sup>15</sup> Günther Anders (1956), *Die Antiquiertheit des Menschen: I Über die Seele im Zeitalter der zweiten industriellen Revolution*, C.H. Beck, Múnich, 1985, p. 23 (ed. cast.: *La obsolescencia del hombre*, Pre-Textos, Valencia, 2011).

«utópicos al revés», incapaces de imaginar la realidad que eran capaces de crear. Pocos años después, los científicos que habían concebido la bomba atómica se sintieron consternados ante las imágenes de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki devastadas por las explosiones nucleares. Para un químico no hay ningún misterio en un simple objeto como una caja de Zyklon B, pero nadie podía imaginar el exterminio industrial de millones de seres humanos durante la Segunda Guerra Mundial. Esta «vergüenza prometeica» —el reconocimiento de la «superioridad» ontológica de los productos técnicos frente a los seres humanos— destruyó la idea de progreso y paradójicamente hizo realidad, de una forma puramente negativa, un viejo sueño faustiano: los seres humanos se igualaban a Dios, pero no eran capaces de crear *ex nihilo*, solo les era posible destruir *ad nihil*. De acuerdo con Anders, el 8 de agosto de 1945 inauguró una nueva era en la que la humanidad adquirió la capacidad de destruirse a sí misma. La Primera Guerra Mundial había revelado la modernidad como *desnaturalización* de la violencia, una violencia confiscada y monopolizada por aparatos mecánicos anónimos; la Segunda Guerra Mundial llevó a muchas corrientes del pensamiento crítico a reconocer que existe un lazo entre la modernidad técnica y la deshumanización del mundo. De repente, la famosa «jaula de hierro», que para Max Weber representa el destino del racionalismo occidental, parecía adoptar una forma concreta espantosa. En aquellos mismos días de agosto de 1945, Albert Camus escribió que la ciencia se había convertido en un «asesinato organizado»: el mundo debía elegir entre «el suicidio colectivo y el uso inteligente de las conquistas científicas»<sup>16</sup>. Esta alternativa sigue siendo un importante interrogante a comienzos del siglo XXI.

#### POSTDATA

Yo ya había terminado de escribir este texto cuando Jaime Pastor me pidió que lo publicara como introducción a la edición en castellano del libro *El significado de la Segunda Guerra*

<sup>16</sup> Albert Camus, *Combat*, 08/08/1945, *Writings 1944-1947*, Princeton University Press, Princeton, 2006, p. 326.

*Mundial*, de Ernest Mandel. Intrigado por esta solicitud, tan inesperada como halagüeña, me puse a buscar ese viejo libro —la edición original en inglés data de 1986— en mi biblioteca particular y lo encontré entre otras muchas obras de este gran pensador marxista del siglo pasado. Lo abrí y releí algunas páginas con creciente curiosidad, sin pasar por alto las numerosas notas que había escrito yo en los márgenes. Este ejercicio arqueológico, que me devolvió a mis lecturas de 40 años atrás, se convirtió de pronto en una revelación, en la medida en que arrojaba luz sobre muchas de las premisas de mi propio trabajo durante los últimos diez años. Creo que no consulté *El significado de la Segunda Guerra Mundial* cuando escribí mis libros sobre el holocausto y la «guerra civil europea», pero ahora descubrí muchas de sus fuentes ocultas, inconscientemente obviadas. En otras palabras, el ensayo de Mandel había sido un *subtexto* fundamental de mis libros. Había funcionado como una especie de *episteme* que orientaba mi enfoque y mi interpretación de la historia del siglo XX. Un poco avergonzado, tuve que reconocer que, a la hora de cumplir el ritual académico de referencias bibliográficas y notas al pie de página, había citado muchas obras insignificantes y había olvidado esta, que había sido tan esencial para mí.

Los motivos de esta «negación» —que sin duda trasciende mi caso personal— son múltiples y merecen un examen detallado. Conocido internacionalmente como pensador marxista y reputado economista, Mandel no fue un historiador profesional y su libro apenas llamó la atención de un gremio a menudo estrecho de miras de expertos incapaces de apreciar las obras escritas por personas ajenas a su especialidad. Su brillante ensayo forma parte de una tradición de pensamiento crítico que produjo fascinantes diagnósticos de una época —el ejemplo más llamativo fueron los trabajos de la Escuela de Frankfurt, desde Benjamin hasta Marcuse—, pero muy pocas veces se apoyó en una investigación histórica empírica. El libro de Mandel supuso una labor única en su género al combinar un riguroso análisis de los hechos militares y las estructuras socioeconómicas con una evaluación global del *significado* de la Segunda Guerra Mundial en la historia del capitalismo y de la civilización occidental. Relacionó hechos contingentes con tendencias a largo plazo, asoció estrategias militares con sus

fundamentos económicos y los extraordinarios cambios tecnológicos generados por la guerra y, finalmente, conectó las ideologías de sus agentes con las grandes divisorias de la modernidad: la Ilustración frente al oscurantismo, la emancipación frente al imperialismo, el socialismo frente a la barbarie. Desde su punto de vista, la Segunda Guerra Mundial fue la expresión de una pluralidad de conflictos interrelacionados: una guerra entre grandes potencias por la hegemonía mundial, una guerra defensiva de la URSS contra la agresión nazi, una guerra de liberación de los países europeos ocupados por las fuerzas del Eje, una guerra civil entre antifascistas y colaboracionistas y una guerra de los países colonizados contra el imperialismo, que en China desembocó en una revolución socialista. Al analizar las distintas dimensiones correlacionadas de esta guerra, Mandel escribió un ensayo que prefiguró lo que hoy en día los expertos denominan *historia universal*. Al mismo tiempo, su sagaz interpretación de la violencia nazi y de la bomba atómica —destacó tanto sus similitudes como sus diferencias, relacionándolas con el legado del imperialismo occidental y el racismo— ofrece una solución a las controversias actuales entre los estudiosos del holocausto y del poscolonialismo. Podría leerse como un alegato a favor de la visión de la guerra como un conjunto dialéctico que eclipsa fructíferamente la fragmentación de la historiografía contemporánea.

No obstante, el hecho de que Mandel fuera ajeno al gremio historiográfico no es el único motivo de la escasa atención que obtuvo su libro. Lo escribió a finales del siglo XX siendo un intelectual que había vivido la guerra en su condición de judío y joven antifascista. Tenía 20 años de edad cuando fue deportado a un campo de concentración nazi por su participación en la Resistencia belga. Tres años después de su publicación, la caída del Muro de Berlín trasladó el mundo al siglo XXI y pareció condenar temporalmente al marxismo al baúl de los recuerdos de un tiempo pretérito. El propio Mandel se encontró profundamente desestabilizado por el fin de la Guerra fría y en el curso de sus últimos años de vida —murió en 1995— observó con dolor cómo se desvanecían muchas de sus esperanzas optimistas. Había imaginado el fin del orden de posguerra como la superación dialéctica (*Aufhebung*) de las contradicciones que estaban en el origen de la Segunda Guerra Mundial. Hitler había sido



derrotado, pero la contienda no solucionó nada, «ninguna de las causas fundamentales que intensifican la crisis de supervivencia de la civilización humana y de la propia humanidad» había quedado eliminada, escribió en su conclusión. Adoptando una teleología marxista propia del siglo XX, preconizó el socialismo como resultado necesario del proceso histórico y señaló el «terrible» precio que la humanidad tuvo que pagar por su «retrazo». A su modo de ver, esa necesaria *Aufhebung* dialéctica debía de haber sido la confluencia de los tres sectores de la revolución mundial: anticapitalista en Occidente, antiburocrática en los países del «socialismo real» y antiimperialista en el Sur. Había imaginado la caída del estalinismo en la República Democrática Alemana como el primer paso de este proceso revolucionario y en 1989 anunció el renacimiento político del potente proletariado europeo. Sin embargo, esa milagrosa sincronía —que parecía estar en el aire, especialmente en la década de 1970— finalmente no se produjo. Lejos de sus expectativas, asistió a la transición de la URSS y sus satélites del socialismo real a una forma de capitalismo salvaje autoritario y al advenimiento del neoliberalismo a escala planetaria. El cambio histórico condenó injustamente al olvido muchas de sus obras anteriores. En la nueva edad «posttotalitaria» de las guerras humanitarias, las décadas apocalípticas de 1914 a 1945 no merecieron una contextualización histórica ni una comprensión crítica, sino meras conmemoraciones vacías y monumentos a las víctimas del mal nazi y comunista. Desde los primeros renglones de *El significado de la Segunda Guerra Mundial* —la lista de amigos y compañeros caídos en la lucha contra el fascismo y el estalinismo a quienes está dedicado este libro— escuchamos una música diferente, en la que el fragor del siglo pasado no silencia la voz de sus protagonistas, en particular aquellos que en medio de semejante erupción de violencia habían sido capaces de mantener una perspectiva de emancipación.

Es notable que en muchos aspectos cruciales —especialmente el análisis del fascismo, el holocausto y el legado colonial del imperialismo nazi, por no hablar ya del estalinismo—, este ensayo aparece hoy como una aportación mucho más lúcida, matizada y crítica que un libro canonizado como *La era de los extremos*, de Eric Hobsbawm. Es probable que Mandel compartiera la conclusión de Hobsbawm de que la herencia de la

Ilustración permitió a la humanidad evitar, durante la Segunda Guerra Mundial, la caída completa en la barbarie, pero sin duda no coincidía con la visión de Hobsbawm de la Revolución rusa como un intento generoso condenado inevitablemente al fracaso, ni su justificación del estalinismo en nombre de una forma apologética del historicismo (la URSS no pudo ser diferente y, pese a sus horrores, el estalinismo encarnó una forma de progreso histórico). Pero Mandel no fue historiador y su marxismo herético no llamó la atención del viejo erudito de Oxford. La indiferencia, el olvido y el descubrimiento tardío marcan el destino de muchos grandes libros escritos desde los márgenes. Este es un modelo de erudición crítica y compromiso político que, especialmente en el Estado español, no podía dejar indiferente a una nueva generación de activistas tan radicales como intelectualmente exigentes.

*Enzo Traverso*  
*marzo de 2015*



*A la memoria de todos aquellos que dieron  
sus vidas luchando contra el fascismo y el  
imperialismo, en primer lugar a los que cayeron  
para transformar esa lucha en una victoria de la  
revolución mundial:*

*Abram León,*

*León Lesoil,*

*Marcel Hic,*

*Hendrik Sneevliet,*

*Victor Widelin,*

*Pantelis Pouliopoulos,*

*Blasco,*

*Tha-Thu-Tau,*

*Cher Dou-siou,*

*Tan Malakka,*

*y principalmente a todos los heroicos editores  
desconocidos de Czorwony Sztandard, que  
publicaron el periódico clandestino de la  
resistencia trotskista en el Ghetto de Varsovia  
hasta los últimos días de la sublevación, en la que  
participaron activamente.*



**Primera parte**  
**El marco histórico**



## 1 Intereses en juego

Capitalismo implica competencia. Con el surgimiento de las grandes corporaciones y cárteles —es decir, con el advenimiento del capitalismo monopolista— esta competencia asumió una nueva dimensión. Se hizo cualitativamente más económico-política y, por lo tanto, económico-militar. Lo que estaba en juego ya no era el destino de negocios que representaban decenas de miles de libras o cientos de miles de dólares. Ahora quienes entraban en juego eran los gigantes industriales y financieros cuyo capital llegaba a decenas y cientos de millones. Por consiguiente, los Estados y sus ejércitos se involucraron cada vez más directamente en esa competencia, que se convirtió en rivalidad imperialista por la inversión en nuevos mercados y por el acceso a materias primas baratas o escasas. El espíritu de destrucción que tenía esta competencia se hizo cada vez más pronunciado en medio de una creciente tendencia hacia la militarización y su reflejo ideológico: la justificación y glorificación de la guerra. Por otro lado, el desarrollo de la manufactura, el aumento en la capacidad productiva de las empresas técnicamente más avanzadas, la producción total de las principales potencias industrializadas y, especialmente, la expansión del capital financiero y el potencial de inversión, rebasaba cada vez más las fronteras de los Estados-nación, incluso los más grandes. Esta extensión del capital privado nacional hacia el exterior condujo inevitablemente a una precipitada competencia por los recursos, los mercados y el control de rutas comerciales, dentro de Europa, pero también —y más espectacularmente— fuera del continente: entre 1876 y 1914 las potencias europeas se las arreglaron para anexarse más de 28 millones de kilómetros cuadrados de territorio, principalmente en Asia y África.

Sin embargo, la creación de imperios coloniales que siguió a la intromisión del capital internacional demostró ser solamente una respuesta temporal al problema de la creciente desproporción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la forma política en la cual este desarrollo había tenido lugar:



el Estado nación<sup>17</sup>. Debido a la pobreza y a las bajas tasas de crecimiento de las colonias, su demanda de artículos manufacturados estaba inherentemente limitada; difícilmente eran un sustituto de los mercados lucrativos establecidos en los propios países industrializados, cuyo cierre sistemático —debido a las altas tasas sobre los artículos importados y el capital, cada vez más frecuentes a fines del siglo XIX— aceleró la tendencia hacia la salida colonial. Al mismo tiempo, el hecho de que el mundo hubiera quedado dividido relativamente pronto, con particular ventaja para la parte occidental del continente europeo, significaba que las potencias recientemente industrializadas (EE UU, Alemania, Rusia, Japón) tenían poco espacio para extenderse hacia ultramar. Su prodigioso desarrollo dio como resultado un poderoso desafío a los acuerdos territoriales existentes. Esto afectó al concomitante equilibrio del poder político y económico. El creciente conflicto entre las fuerzas productivas en expansión y las estructuras políticas predominantes era cada vez más difícil de contener dentro de la diplomacia convencional o por medio de escaramuzas militares locales. Las coaliciones de poder generadas por este conflicto tan sólo lo exacerbaban, haciéndose así inevitable el llegar a un punto de explosión. El estallido se dio con la Primera Guerra Mundial.

No es sorprendente que el primer movimiento en el cuestionamiento del *status quo* fuera hecho por Alemania, país que tras haber asumido el liderazgo industrial de Europa, estaba en condiciones de objetar con la fuerza de las armas un reparto colonial favorable a Gran Bretaña y Francia. La perspectiva de unificación del continente bajo el dominio alemán, con todas sus implicaciones para el futuro de las colonias y otros Estados dependientes, fue un motivo de preocupación no sólo para los más inmediatamente afectados, como Gran Bretaña, Francia

<sup>17</sup> Un autor soviético afirmaba que esto es específicamente una tesis «trotskista», análoga a la sostenida por tecnócratas burgueses que tratan de «justificar los esfuerzos cosmopolitas del capital monopolista». N. Vassetsky, «Trotskyism in Alliance with Reaction», *Mirovaia Ekonomiy y Mezhdunarodnikh otnoshen-va (World Economy and International Relations)*, 7, 1985. Desafortunadamente para Vassetsky, esta tesis la encontramos en documentos oficiales del Comintern apoyados por Lenin y todos los líderes soviéticos e internacionales. Véase *Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista*, Córdoba (Argentina), Cuadernos de Pasado y Presente, 1973, 2 v., n. 43 y 47.

o Rusia, sino también para las potencias no europeas: Japón y EE UU. En este caso, la intervención de EE UU del lado de la Entente resultó decisiva para la derrota de Alemania.

Sin embargo la Primera Guerra Mundial de ningún modo «resolvió» la creciente contradicción entre economía y política dentro del mundo capitalista. Es cierto que Alemania fue derrotada, pero no tan decisivamente como para eliminarla de la competencia por el liderazgo mundial. Y la guerra había abierto la puerta a una recién llegada: la revolución socialista. La victoria y la consolidación del poder bolchevique en Rusia; la agitación revolucionaria que condujo a la aparición del poder soviético en otros países derrotados y en Italia; la reacción generalizada contra la guerra, que produjo un cambio masivo hacia la izquierda en los mismos países vencedores en el momento en que finalizó; todo esto cambió el significado de la guerra internacional para la burguesía. Desde el principio el nuevo arreglo entre vencedores y vencidos estuvo dominado por el deseo de las clases dominantes de prevenir la difusión de la revolución, especialmente hacia Alemania. Los imperialistas americanos, británicos e incluso franceses no se arriesgaron a desarmar completamente a sus rivales alemanes, para que la clase trabajadora germana no tomara el poder. Bien es cierto, entre noviembre de 1918 y octubre de 1923, la Reichswehr fue la única fuerza real en defender el debilitado orden capitalista en Alemania. La contradicción del Tratado de Versalles residía en que los vencedores pretendían debilitar el capitalismo alemán sin realmente desarmarlo, permitiéndole, al tiempo, conservar intacto su poder industrial. Su rehabilitación militar fue pues inevitable.

Se ha dicho muchas veces que la Segunda Guerra Mundial fue el resultado lógico e inevitable de la Primera. A menudo se reduce el vínculo entre ambas a las cláusulas antialemanas del Tratado de Versalles y, sobre todo, a la disparatada política de reparaciones en la que la burguesía francesa había insistido particularmente. En realidad, a pesar de que los términos del convenio de paz sin duda ayudaron a exacerbar los conflictos político, militar y, sobre todo, económico que predominaron en los años veinte y treinta, y facilitaron el camino hacia la Segunda Guerra Mundial, no *crearon*, sin embargo, estos problemas; del mismo modo que la planificación «imprudente» de los

Estados Mayores austriaco, ruso, alemán o francés no ocasionó la Primera Guerra Mundial.

A este respecto conviene mirar un poco más allá de la estricta política europea, hacia la peculiar relación desarrollada entre China, Japón y EE UU, que eventualmente conduciría a la Guerra del Pacífico. En 1900 Japón y EE UU colaboraron en la represión de la Rebelión de los Boxer, en China. En 1905 el tratado de paz ruso-japonés fue firmado bajo los auspicios de EE UU. En la Primera Guerra Mundial Japón intervino como aliado de EE UU y de las otras potencias con intereses económicos en el Lejano Oriente: Gran Bretaña y Francia. No fue tratado mal por la Conferencia de Paz de París ni por los Acuerdos Navales de Washington de 1922. Por lo tanto el hecho que la política exterior japonesa se aventurara gradualmente en un curso de agresión violenta, nada diferente a la del imperialismo alemán, difícilmente pueda ser explicado como resultado de alguna «humillación» impuesta por sus futuros enemigos. El objetivo japonés era China, el territorio más poblado del mundo. La ocupación de Manchuria por parte de Japón en 1931, y la guerra total que desencadenó contra China en 1937 hicieron inevitable el conflicto armado con EE UU, ya que esta potencia estaba resuelta a impedir, a cualquier precio, la transformación de China en colonia o dependencia japonesa. A un nivel más profundo, el conflicto entre EE UU y Japón estuvo alentado por la grave crisis económica de 1929-32 en ambos países. Nació de la percepción de que una solución a largo plazo implicaba una ruptura decisiva con el aislamiento económico (un cambio respecto al desarrollo centrado en el mercado nacional) y de ahí la necesidad de lograr (o negar a otros) la inserción estratégica en el mercado mundial por la vía de la hegemonía sobre una parte sustancial del mundo, como un paso necesario hacia el dominio mundial<sup>18</sup>.

<sup>18</sup> La crisis económica mundial posterior a 1929 había dañado bastante al campo japonés. La industria nacional de la seda, que era una de las principales fuentes de ingresos extras para el campesinado, sufrió mucho cuando el precio del hilo y los productos de seda se desplomaron en EE UU. La introducción de la Tarifa Smoot-Hawley, en junio de 1930, que elevó los derechos de importación de los artículos japoneses que estaban entrando a Estados Unidos en un promedio del veintitrés por ciento, fue seguida en 1931 por el adelantamiento de Estados Unidos a Japón como exportador principal en China. La actitud

El segundo acto del drama imperialista se desarrolló de acuerdo con la lógica interna del sistema capitalista mundial. Una vez más el objetivo era la hegemonía internacional de una potencia imperialista, que tenía que ser lograda y conservada mediante una combinación activa de conquista o presión militar y de dominación o saqueo económico; la mezcla exacta dependía de la fuerza o debilidad relativas de los contendientes individuales, dependiente a su vez de factores internos como el nivel de desarrollo económico y el carácter de las instituciones políticas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial estas potencias eran EE UU, Alemania, Japón y Gran Bretaña, con Francia e Italia desempeñando un papel de aliados secundarios, careciendo de fuerza para ser verdaderos contendientes.

Puede objetarse que la anterior caracterización de los objetivos de la Segunda Guerra Mundial es demasiado absoluta y no corresponde al curso real de los acontecimientos, los cuales revelan ambiciones mucho más limitadas por parte de las potencias en guerra; que se debe distinguir de una manera más rigurosa entre las causas y los efectos, y diferenciar a los agresores de aquellos estados que entraron en la conflagración en defensa propia. ¿No fue la Segunda Guerra Mundial simplemente una concatenación de conflictos regionales cuyo origen estuvo en las peculiaridades de las políticas alemana y japonesa, que indujeron una ruptura en lo que habría sido una evolución pacífica de la economía mundial hacia lo que Kautsky llamó el «ultra imperialismo»? Desde este punto de vista, la dinámica de Japón estaba limitada a la creación de una zona de influencia en el oriente asiático y el Pacífico, y el expansionismo alemán a partes de Europa, Norte de África y el Medio Oriente. Los militarismos japonés o alemán eliminarían así la responsabilidad de la burguesía británica por su deseo de conservar sus posesiones imperiales; y los objetivos de EE UU

británica hacia la deuda de guerra china también ocasionó problemas para las exportaciones japonesas. La respuesta de Japón fue emprender «un asalto, primero sobre muchos de los mercados privados de Occidente y, subsecuentemente, sobre las materias primas y sus lugares de procedencia». Jon Hallyday, *A Political History of Japanese Capitalism*, Monthly Review Press, Londres, 1975, p. 122. Véase también H.F. McNair y D.F. Lach, *Modern Far Eastern International Relations*, 2ª ed., Octagon Books, Nueva York, 1975, pp 402-403.

en Asia y África, por no hablar de Europa, podrían ser considerados más modestos y benignos que la política de conquista armada impulsada por el fascismo alemán y japonés.

Sin embargo, esta objeción malinterpreta el papel que han desempeñado las guerras interimperialistas en la internacionalización de la economía capitalista y las reducen al afán de —o reacción a— conquistas violentas. Pero los casos de agresión imperialista más violentos y criminales son expresiones de relativa debilidad más que de fuerza. La conquista imperialista del mundo no es sólo, o siquiera principalmente, una tendencia a ocupar enormes territorios de manera permanente con millones de soldados. Por el contrario, el motor de la Segunda Guerra Mundial fue la mayor necesidad de los estados capitalistas de dominar la economía de todos los continentes mediante inversiones de capital, acuerdos preferenciales de comercio, reglamentaciones monetarias y hegemonía política. El objetivo de la guerra era no sólo la subordinación del mundo menos desarrollado, sino también de otros estados industrializados, fueran enemigos o aliados, a las prioridades de acumulación de capital de una potencia hegemónica. Bajo esta perspectiva el dominio de EE UU sobre los países de América Latina, logrado en gran parte por la guerra económica y con una intromisión militar relativamente marginal, no era un paradigma factible para establecer el gobierno mundial; como tampoco eran suficientes para ese propósito la organización militar de Tojo o de Hitler. Para EE UU, una potencia económica por excelencia, esto significó la construcción de una poderosa armada y forzar a Gran Bretaña, inmediatamente después de terminada la Primera Guerra Mundial, a aceptar la paridad en los mares, exactamente como Japón insistiría en la paridad con Gran Bretaña y EE UU, torpedeando así el acuerdo de Washington una década y media después. La hegemonía mundial, en otras palabras, puede ser ejercida sólo a través de una *combinación* de fuerza militar y superioridad económica. Naturalmente no puede saberse qué exacta combinación habrían adoptado Alemania y Japón en caso de una victoria final; pero ciertamente habría habido alguna combinación, y no únicamente la fuerza bruta. En la Europa ocupada, incluso los nazis sabían tratar de forma muy diferente a las burguesías francesa, belga, holandesa o danesa, y los pueblos

judío, polaco o de la Unión Soviética, a pesar de las circunstancias excepcionales la guerra<sup>19</sup>.

Igualmente, no hay la menor prueba de alguna limitación en los objetivos de guerra de Japón, Alemania o EE UU, los auténticos opositores al *statu quo* en la Segunda Guerra Mundial. Muy al principio, en el «Memorándum Tanaka», se estableció que para el ejército japonés la conquista de China era sólo un escalón hacia la conquista de la hegemonía mundial, la cual se alcanzaría después de acabar con la resistencia de EE UU<sup>20</sup>. En realidad, la alianza de Japón con Alemania pudo ser solo temporal y permaneció frágil e ineficaz durante la guerra ya que fue considerada como una tregua provisional con un futuro enemigo<sup>21</sup>. La comprensión por parte de Hitler del significado del advenimiento de la guerra fue igualmente clara: «La lucha por la hegemonía en el mundo será decidida en Europa por la posesión del espacio ruso. Cualquier idea de política mundial es ridícula [para Alemania] mientras ésta no domine el continente... Si somos los amos de Europa, entonces tendremos la posición dominante en el mundo. Si el Imperio [británico] se viniera hoy abajo gracias a nuestras armas, no

**19** Benoist-Méchin, el ideólogo más radical e inteligente, colaborador con los nazis en la Francia de Vichy, describe con detalle las oscilaciones e indecisiones de la política de Hitler hacia la burguesía francesa comprometida en la cooperación económica en gran escala con Alemania en *De la défaite au désastre*, Albin Michel, París, 1984.

**20** El general Giichi llegó a Primer Ministro en 1927, el año en que el estallido de la crisis financiera dañó a la sociedad japonesa. En su Memorándum (o memorial) de 1927 exigía una política de expansión «positiva», es decir la dominación de Asia y finalmente de Europa por Japón. Véase León Trotsky, «El Memorial Tanaka», en León Trotsky, *Escritos 1939-40*, Pluma, Bogotá, 1976, v. 1, pp. 232-248.

**21** Hitler era muy consciente del conflicto de intereses a largo plazo entre el imperialismo alemán y japonés. Después de las rápidas conquistas japonesas en Asia, declaró: «Asia Oriental pudo haberse conservado si todos los estados antirrevolucionarios hubieran formado una coalición. Japón no habría actuado en contra de ella». *Monologe im Führerhauptquartier: 1941-1944*, p. 163. Goebbels fue aún más explícito: «Europa, y en primer lugar Alemania, tiene un alto nivel de vida, que debe ser incrementado más. Se enfrentará tarde o temprano en Asia con un bloque de 500 millones de gente de raza amarilla con un nivel de vida sustancialmente más bajo, un hecho que no se dará sin que tenga efectos sobre Europa» (ibídem, p. 264).

seríamos sus herederos, ya que Rusia tomaría la India, Japón el este de Asia, y Estados Unidos a Canadá»<sup>22</sup>.

El imperialismo americano también era consciente de su «destino» como líder mundial. «La decisión que [Roosevelt] tomó en 1940, por su propia autoridad y sin previo aviso, implicaba el compromiso de EE UU a asumir nada menos que la responsabilidad del liderazgo mundial»<sup>23</sup>. El derrumbe de la economía mundial, en los años veinte, al que EE UU contribuyó generosamente, y la creación de bloques comerciales exclusivos (el más grande de los cuales era la zona de la libra esterlina británica) pusieron en peligro no sólo los mercados de América sino también su abastecimiento de materias primas. Para EE UU la guerra iba a ser la palanca que abriría el mercado y los recursos mundiales a la explotación americana<sup>24</sup>. Cordell Hull, el Secretario de Estado de EE UU, lo expuso claramente en 1942: «La dirección hacia un nuevo sistema de relaciones internacionales en el comercio y otros asuntos económicos recaerá en gran medida en EE UU, a causa de nuestra gran fuerza económica. Debemos asumir este liderazgo y la responsabilidad que esto implica, fundamentalmente por razones de estricto interés nacional»<sup>25</sup>.

En cuanto al imperialismo británico, aun cuando sin duda había ya masticado más de lo que podía digerir, de ningún modo dejó de maniobrar con habilidad para lograr más posiciones.

**22** Hitler, op. cit., p. 110. Existe gran cantidad de literatura sobre los planes del imperialismo alemán para la hegemonía mundial. Las mejores recopilaciones son Jochen Thies, *Architekt der Weltherrschaft: Die «Endziele» Hitlers*, Droste, Düsseldorf, 1976 y Wolfgang Schumman y Ludwig Nestle, eds., *Weltherrschaft im Visier: Dokumente zu den Europa- und Weltherrschaft Planen des Deutschen Imperialismus von der Jahrhundertwende bis Mai 1945*, DVW, Berlín, 1975.

**23** Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins*, Harper and Brothers, Nueva York, 1950, p. 151.

**24** A principios de la Segunda Guerra Mundial, en su libro *The American Century*, Henry Luce escribió: «Roosevelt tendrá éxito en lo que Wilson fracasó [...] Por primera vez en la historia, nuestro mundo de dos mil millones de habitantes formará una unidad indisoluble. Para que este mundo sea saludable y fuerte, el siglo XX debe convertirse, en el mayor grado posible, en un siglo americano».

**25** Gabriel Kolko, *The Politics of War: The World and United States Foreign Policy, 1943-1945*, Random House, Nueva York, 1970, p. 251.

Su intervención en el este de África, las operaciones de barriido del imperio colonial italiano, la liquidación de los enclaves franceses en el Cercano Oriente, la intervención en Irán, la preparación de una invasión de los Balcanes con el evidente propósito de hacer de Grecia un escalón en la creación de estados-clientes británicos en Europa Oriental, reemplazando los satélites franceses que habían surgido en 1918, varios intentos de influencia política en América Latina (como el apoyo clandestino dado a Perón contra el imperialismo de EE UU), indican que el sueño de la hegemonía seguía también en la City, aunque bajo condiciones en que la desproporción entre fin y medios se volvía cada vez más patética.

En la era del imperialismo, incluso una búsqueda de zonas regionales de influencia presupone una disposición para una lucha a escala mundial. Esta lógica se puede observar en las instrucciones y decisiones militares en los escenarios abiertos en la Segunda Guerra Mundial. Ya en noviembre de 1940 la Instrucción n° 18 de Hitler menciona la necesidad de tomar las islas Canarias y de Cabo Verde, las Azores y el oeste de África, en virtud de su importancia estratégica frente a EE UU. Iraq e Irán fueron mencionados como objetivos adicionales de las operaciones en el Cáucaso y la Instrucción n° 24, del 5 de marzo de 1941, extiende los planes de guerra alemanes hasta Australia<sup>26</sup>. De modo similar, los estrategas americanos consideraron que Islandia, las Azores, las islas de Cabo Verde y el puerto de Dakar eran necesarios para reconquistar Europa y como línea de defensa contra un posible ataque alemán<sup>27</sup>. Roosevelt estaba convencido en 1940 de que «si Gran Bretaña caía, una guerra desastrosa para EE UU sería inevitable, [ya que] Alemania atacaría el hemisferio occidental, probablemente primero en América Latina, tan pronto como reuniera la suficiente fuerza naval, de transporte y de carga (un proceso no muy largo debido a los medios de construcción naval de Europa a disposición de Alemania), y Japón continuaría la embestida en el Pacífico»<sup>28</sup>.

<sup>26</sup> Véase H.R. Trevor Roper, ed., *Hitler's War Directives, 1939-1945*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1966.

<sup>27</sup> R.E. Sherwood, op. cit., p. 290.

<sup>28</sup> *Ibidem*, pp. 125-6.



Sin lugar a dudas, las limitaciones geográficas y los requisitos militares dictaron en parte estas líneas de expansión<sup>29</sup>. Pero lo que subyacía en estos constreñimientos y consideraciones era la lógica interna del imperialismo, que puede verse claramente en los organismos de planificación de los estados combatientes. Tenían que asegurarse petróleo, caucho, cobre, níquel, estaño, manganeso, acero, minerales, algodón, etc.; las rutas marítimas tenían que mantenerse abiertas para transportar todo esto a casa; la fuerza de trabajo debía ser movilizada, alojada y alimentada; las exportaciones tenían que ser aumentadas y endilgadas a clientes mal dispuestos; los competidores extranjeros tenían que ser obligados a asociarse o simplemente debían ser absorbidos; las exportaciones de los oponentes tenían que ser cortadas y sus poblaciones expuestas a padecer hambre. Ciertamente la guerra demostró no ser nada más que la continuación de la política por otros medios<sup>30</sup>.

Pero si el significado de la Segunda Guerra Mundial, como el de su predecesora, sólo puede ser comprendido en el contexto de la tendencia imperialista por el dominio mundial, su importancia radica en el hecho de que fue la comprobación decisiva de la fuerza relativa de los estados imperialistas competidores. Su resultado determinó el patrón concreto de acumulación de capital mundial durante todo un periodo. En un mundo organizado por el capital basado en el Estado nación, la guerra es el mecanismo para la solución última de las diferencias. Aun cuando el poder militar no es la única forma de presión que un Estado capitalista puede utilizar para dominar a sus rivales es, sin embargo, la máxima forma de poder: el uso potencial o real del poder armado para imponer su voluntad es la prueba decisiva de la superioridad de un Estado imperialista. Lo que se dirime es la capacidad de cada uno de los beligerantes

**29** Un buen resumen de estas limitaciones y requisitos puede encontrarse en la historia oficial de la guerra de EE UU en *Global Logistics and Strategy, 1943-1945*, de Robert Coakley y Richard Leighton, Office of the Chief of Military History, Washington, 1968.

**30** Goebbels resumió el objetivo del imperialismo con su acostumbrada manera clara y cínica: «La objetividad, el sentido de la justicia y el sentimentalismo solamente estorbarían a los alemanes en su misión mundial. Esta misión no consiste en extender la educación y la cultura en todo el mundo, sino en llevarse el trigo y el petróleo». *Monologe im Fuehrerhauptquartier: 1941-1944*, p. 362.

para usar la fuerza militar de forma sostenida y de manera más eficaz que sus oponentes, lo cual depende, a su vez, de la habilidad de cada Estado para movilizar todos los recursos necesarios —tanto humanos como materiales— para la victoria. Consecuentemente, las guerras a esta escala son la prueba suprema de la solidez del orden social y la salud económica, en la medida en que lo son de la fuerza de las clases dominantes y sus dirigentes.

Por lo que a estas últimas se refiere, la cuestión central radica en la habilidad de la burguesía para reinar en su propio terreno, especialmente sobre la clase trabajadora nacional. A fin de cuentas, la expansión imperialista expresa una sed insaciable por la plusvalía, su producción y realización, por la dinámica de bola de nieve de la acumulación de capital. Pero la producción de plusvalía cualitativamente incrementada sólo es posible a través de una relación específica con el trabajo asalariado, de una subordinación de la clase trabajadora al capital. En consecuencia, una integración estratégica de la clase trabajadora en los centros metropolitanos es un componente necesario de la habilidad de los países imperialistas para seguir la lucha por el dominio mundial. El mundo resultante de la guerra de 1914-1918 estuvo cuando menos parcialmente moldeado por un auge sin precedentes de la autonomía y confianza en sí misma de la clase trabajadora, en especial en Europa, pero también en EE UU, durante el cuarto de siglo anterior. La actitud de la clase trabajadora hacia las guerras imperialistas no sólo repercutía sobre las clases dominantes, sino también sobre el futuro de la propia clase trabajadora. El debate histórico que tuvo lugar entre los partidos de la Segunda Internacional entre 1907 y 1917 —un debate que comenzó antes de la guerra (aunque en un momento en que las alianzas militares estaban ya constituidas) y continuó durante ella— unió la cuestión de la futura guerra con una discusión más amplia sobre si la organización de los trabajadores debía ser un instrumento de reforma del orden burgués o su sepultura<sup>31</sup>. Cuando la guerra comenzó y después de que la euforia

<sup>31</sup> Algo de esta discusión fue reimpresso en Henri Weber, ed., Kautsky, Luxemburg, Pannekoek: *Socialisme: La voie occidentale*, PUF, París, 1983, y John Riddell, ed., *Lenins Struggle for a Revolutionary International: Documents*

nacionalista inicial se hubiera evaporado en medio del hambre, la muerte y la destrucción, la tregua social se rompió bajo su impacto en todo el continente.

Motines en los ejércitos franceses, alemanes, austriacos y rusos; marchas del hambre y huelgas en las fábricas; la caída del zarismo en Rusia; la disolución del Imperio austro-húngaro; la caída del sultanato otomano; la abdicación del Kaiser alemán; el advenimiento de la revolución en las ciudades del centro, oriente y suroriente de Europa; y, finalmente, el éxito de la revolución encabezada por los bolcheviques en Rusia: todos estos acontecimientos representan diversos intentos de las poblaciones explotadas de esta parte de Europa y Asia para encontrar soluciones alternativas a la intensificación de la crisis estructural del capitalismo y a la anarquía probélica del orden internacional establecido por la burguesía. La abdicación de la mayoría de la Segunda Internacional ante la razón de estado de las clases dominantes nacionales en 1914 encontró su respuesta en la organización de la minoría en la Tercera Internacional y en la formación de partidos comunistas en todo el mundo para oponerse a las desacreditadas organizaciones socialdemócratas.

La resistencia de las clases obreras frente la tendencia hegemónica de la burguesía y la joven república soviética, que sobrevivió a pesar de los esfuerzos concentrados de las potencias imperialistas para destruirla, constituyeron formidables obstáculos en la consecución de los designios imperialistas, especialmente para el capital europeo. Ambas tenían que ser, si no eliminadas, por lo menos neutralizadas antes de que cualquier potencia imperialista pudiera contemplar seriamente la idea de empezar otra guerra internacional. La historia de la preparación y desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial es, por tanto, no sólo la de una creciente diferenciación explosiva de intereses nacionales de la burguesía mundial, sino también la de sus sostenidos y más o menos afortunados esfuerzos para eliminar los obstáculos mencionados. En otras palabras, es

*1907-1916*, Monad Press, Nueva York, 1984. También aparece una amplia documentación al respecto en Caril E. Schorske, *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*, reeditada por Harvard University Press en 1983.

también una historia de contrarrevolución. En 1939 la evidencia de esta consolidación contrarrevolucionaria era prometedor pero desigual. El destino y la evolución de la Unión Soviética eran particularmente cruciales. Los trastornos revolucionarios que siguieron a la Primera Guerra Mundial habían sido lo suficientemente fuertes como para impedir la restauración del capitalismo en la antigua Rusia imperial. Pero el hecho de que no produjera ninguna nueva victoria debilitó gravemente a la clase obrera soviética: la república soviética había sobrevivido, pero en una forma muy deformada. Esto a su vez contribuyó a la impotencia de la clase obrera europea en el periodo de entre guerras. La tendencia descendente de la revolución permitió una nueva embestida contra el movimiento obrero tan pronto como la crisis lo demandó. Los escalones hacia la Segunda Guerra Mundial fueron la masacre de comunistas y militantes obreros realizada por Chiang Kai-shek en Shanghái en 1927; el surgimiento del fascismo en Italia y Alemania en los años veinte y treinta; la caída de la república española; el fracaso del Frente Popular en Francia. El fracaso de la huelga general británica y el dominio absoluto impuesto por la burocracia del Committe for Industrial Organization (CIO) sobre la creciente militancia de la clase obrera americana tampoco desempeñaron un papel marginal en la preparación del nuevo conflicto.

La afirmación de que el sustrato real de la Segunda Guerra Mundial radicó en el establecimiento de la hegemonía mundial de una potencia imperialista, y que la guerra constituyó también la culminación de un proceso contrarrevolucionario no puede aplicarse, por supuesto, solo al particularmente detestable papel desempeñado por Hitler y el nazismo alemán en el desencadenamiento de una nueva guerra mundial. Al contrario, se trata de una afirmación general acerca del imperialismo como forma específica de capitalismo generada por la contradicción fundamental entre internacionalización y socialización del proceso productivo, por un lado, y su continua organización en función a intereses privados y nacionales, por otro. Los marxistas revolucionarios, como Trotsky, que comprendieron esto claramente y lo dijeron repetidamente desde los primeros años treinta, demostraron más visión de futuro que quienes esperaron la Guerra Fría y el conflicto coreano para redescubrir la naturaleza estructuralmente bárbara del imperialismo *como*

*sistema*, no limitado a una forma política específica del Estado burgués o a una clase dominante nacional particular.

Como desde mediados del siglo XIX las guerras entre las grandes potencias habían conducido a la revolución, o al menos a reformas drásticas en el bando perdedor, la clase dominante de los estados imperialistas, de manera individual y colectiva, aprendió a manejar la contrarrevolución. Aquí el momento histórico decisivo fue el año 1914. La abdicación de grandes fracciones de las capas dirigentes del movimiento obrero y de sectores clave de la intelectualidad liberal ante el colonialismo, el imperialismo y la guerra, significaron una aceptación de la violencia, las matanzas, el nacionalismo y el racismo, así como de la restricción de los derechos civiles y de la clase trabajadora (es decir una aceptación del cuestionamiento de los logros de civilización durante muchas generaciones) por motivos de la *Realpolitik* dictada por las burguesías nacionales.

Quienes se negaron a los posibles costes de derrocar el orden burgués en 1918-23, y de nuevo en 1932-37, y aceptaron los reales y horribles costes del imperialismo y la guerra<sup>32</sup>, cargan con la responsabilidad histórica de haber permitido un segundo intento de solución imperialista a la crisis mundial del capitalismo, a un precio mucho mayor en vidas humanas y sufrimiento del que se pagó en 1914-18. Nadie que examine juiciosamente la historia de 1918-45 puede cuestionar seriamente la conclusión de que el nazismo y la Segunda Guerra Mundial fueron el precio que la humanidad pagó por lo que incluso León Blum llamó el rechazo, o el fracaso, de la socialdemocracia alemana en derrocar el orden burgués en noviembre-diciembre de 1918. Stalin y sus seguidores compartieron esta responsabilidad por la contribución de su política al establecimiento del régimen nazi en Alemania, a la derrota de la revolución española y al fortalecimiento del gobierno burgués en Francia.

**32** Hay algo totalmente irracional —y moralmente obsceno— en quienes aceptaron tranquilamente que diez millones de soldados —la flor de la juventud europea— fueran aniquilados en la Primera Guerra Mundial y aprobaron los créditos de guerra que financiaron esa carnicería, pero que se opusieron estridentemente a las revoluciones en Alemania, Austria, Italia o Francia, que habrían imposibilitado la Segunda Guerra Mundial, aduciendo que podrían haber costado miles de muertes, lo cual ni siquiera era seguro.

La guerra de 1914 se inició con el disparo de un joven bosnio contra el futuro emperador de Austria, considerado como la personificación de la opresión nacional y la injusticia social. Terminó con la fracasada intervención de los estados liberales occidentales al lado de la contrarrevolución en la guerra civil de Rusia. No fue un mero accidente: los dos acontecimientos simbolizaron la estrecha relación entre las guerras imperialistas, y las de liberación nacional y revolucionarias. La cuestión de la autodeterminación nacional fue impuesta en la agenda de Versalles por la Rusia revolucionaria; a diferencia de Wilson y Clemenceau, quienes limitaban este derecho a los pueblos de Europa Oriental y los Balcanes, la Unión Soviética, bajo el gobierno de Lenin, extendió este apoyo a los emergentes movimientos de liberación nacional de los países coloniales y semicoloniales (hay que recordar que la masacre de Amritsar en India y el surgimiento del Movimiento del 4 de mayo en China ocurrieron durante las deliberaciones de paz en Versalles). Mientras el centro de la política mundial se distanciaba Europa, las luchas anti-colonialistas se convirtieron en aliadas cruciales del proletariado en los países capitalistas avanzados.



## 2 Causas inmediatas

Si la expansión imperialista y sus contradicciones fueron las causas históricas subyacentes de la Segunda Guerra Mundial, fue una potencia imperialista concreta, Alemania, y un sector específico de la clase dominante alemana (los grupos más directamente vinculados a la producción armamentística y responsables fundamentales del apoyo a Hitler para la creación del Tercer Reich) quienes emprendieron deliberadamente la guerra.

En 1931 Trotsky ya predijo que «si Hitler toma el poder, desencadenará una guerra contra la Unión Soviética»<sup>33</sup>. Posteriormente, en 1964, el historiador británico Trevor-Roper escribió: «Hitler siempre reconoció que la diplomacia no sería suficiente para alcanzar su objetivo final: la restauración y extensión del perdido imperio alemán en el Este. Al final tendría que haber una guerra: la guerra contra Rusia».<sup>34</sup>

Una gran parte de la evidencia histórica confirma esta valoración. Prácticamente desde su llegada a la Cancillería, Hitler comenzó el rearme de Alemania. Desde el principio, su programa tuvo un doble objetivo: hacer posible la recuperación inmediata mediante un drástico aumento de los beneficios (tanto el volumen como la tasa de beneficio) y preparar para más adelante —pero no más allá de los 10 próximos años— una violenta ofensiva contra la Unión Soviética con el objetivo de conquistar para Alemania, en Europa Oriental, el equivalente al Imperio británico en la India.

En líneas generales, este escenario del espacio vital (*Lebensraum*) ya se había proyectado en el Tratado de Brest-Litovsk, en las tendencias anexionistas de los imperialistas radicales alemanes y en los intereses del gran capital en tiempos de la Primera Guerra Mundial. El mayor conocimiento adquirido desde entonces por la burguesía alemana sobre los recursos naturales de Rusia y el gran progreso de la industrialización

<sup>33</sup> León Trotsky, *La lucha contra el fascismo: El proletariado y la revolución*, Fontamara, Barcelona, 1980, p. 72.

<sup>34</sup> H.R. Trevor Roper, ed., «Introducción» a *Hitler's War Directives*, op. cit., p. 16.



en la URSS, no hicieron más que profundizar y dotar de mayor atractivo a dichos objetivos. Por supuesto, una guerra de conquista y saqueo imperialista contra la URSS no implicaba automáticamente una guerra en Europa a gran escala —menos aún una guerra mundial—, al menos no desde el punto de vista de la lógica económica del imperialismo alemán e incluso desde la perspectiva de la propia lógica política de los nazis. Sin duda estos últimos hubieran preferido mantener divididos a sus adversarios y ponerlos fuera de combate o neutralizarlos uno a uno. Habría sido menos costoso para el imperialismo alemán persuadir a Checoslovaquia y Polonia para que se convirtieran en aliados en la guerra contra Rusia, aunque fuera a regañadientes como Hungría, que tener que empezar someténdolos militarmente. Pero eso sólo hubiera sido posible si en esos países se hubieran producido cambios importantes en el personal dirigente de la burguesía y si hubieran dejado de ser estados clientes del imperialismo francés (y, en menor grado, del británico). También se hubiera requerido el consentimiento, o la resignación pasiva, de París o Londres en relación a la hegemonía alemana sobre el continente.

Entre 1935 y 1939, Hitler trató de alcanzar ese objetivo, paso a paso, mediante una pragmática combinación de amenazas y persuasiones, de chantajes y presiones militares. Entre 1934 y 1938, estas maniobras lograron una serie de éxitos (remilitarización de Renania, *Anschluss* de Austria, anexión de los Sudetes). Pero la ocupación de Praga por parte del ejército alemán en marzo de 1939, puso de manifiesto el fracaso de esa vía. A partir de ese momento el imperialismo británico (arrastrando consigo a un renuente aliado francés) decidió oponerse por la fuerza a cualquier otra expansión alemana en Europa Oriental. Hitler lo sabía. Pero no quiso renunciar a la ventaja en armamento moderno de la que aún disfrutó durante dos años. Al atacar Polonia el 1 de septiembre de 1939 se tomó el riesgo, deliberadamente, de una guerra con Gran Bretaña. El resultado de esa decisión, adoptada conscientemente, fue que a partir del 3 de septiembre de 1939 entró en guerra con Gran Bretaña y Francia.

Tras la conquista de Polonia hubo un tibio intento de concluir la guerra a cambio de que Londres reconociese el *statu quo* internacional establecido en ese momento, es decir, sin

restablecer la independencia de Polonia y Checoslovaquia. Stalin dio su apoyo diplomático a esa maniobra. Sin embargo, Hitler sabía que tenía pocas posibilidades de conseguir que Gran Bretaña aceptara una capitulación política de esa naturaleza.

El imperialismo británico comprendió bien que a largo plazo no podía permitir que un poder hostil dominara completamente el continente europeo. Entendió —de forma correcta desde el punto de vista de sus propios intereses— que semejante dominio sólo sería el interludio previo a una ofensiva total del imperialismo alemán contra el propio Imperio Británico. ¿No había sostenido Hitler que garantizaría la independencia de Checoslovaquia una vez que la cuestión de la minoría alemana quedara resuelta? Londres sabía lo que había pasado con esa promesa. Cualquier promesa que hiciera Hitler en torno a respetar al Imperio Británico valía menos que el papel en el que estaba escrita.

Tras la derrota de Francia en mayo-junio de 1940, y con el objetivo de evitar una guerra mundial a gran escala, Hitler hizo una segunda propuesta, aunque menos seria. Una vez más se requería al Imperio Británico el reconocimiento de los hechos consumados. Pero consentir un continente europeo dominado por Berlín sin la existencia de un poderoso ejército francés independiente (que era la situación en junio de 1940), era una perspectiva que tenía menos sentido para la City que la que tuvo la propuesta de septiembre de 1939, cuando el ejército francés aún existía. En cualquier caso se trataba de un desastre seguro para Gran Bretaña como potencia mundial, por no hablar del riesgo de ser aplastada y ocupada militarmente en unos pocos años. Aunque, como se sabe ahora, en el seno del gabinete de guerra Halifax apoyó un intento de mediación de Mussolini, la gran mayoría de la clase dominante británica se alineó tras la determinación de Churchill de combatir antes de que Hitler consolidara, asimilara y organizara sus posiciones. Hitler sabía eso y, ya fuera tras la conquista de Polonia o la derrota de Francia, no detuvo ni un solo día sus planes políticos, económicos y militares para extender la guerra.

Del mismo modo, de forma deliberada, Hitler decidió lanzar un ataque contra la URSS antes incluso de que Gran Bretaña fuera eliminada; es decir: extender la guerra en una escala geográfica y militar cualitativamente mayor. Esta decisión

fue tomada a principios de julio de 1940. Fue su decisión. Aun cuando otras potencias influyeron y facilitaron esta decisión a través de sus propias acciones y reacciones, ninguna de ellas fue responsable de ello. En contraste con la situación de julio-agosto de 1914, cuando las principales potencias en cierta forma se dejaron caer en una guerra mundial sin saber realmente lo que estaban haciendo, la responsabilidad del imperialismo alemán en el estallido y extensión de la Segunda Guerra Mundial fue total<sup>35</sup>.

La opción del imperialismo alemán en favor de una agresión abierta y a gran escala sólo puede entenderse en relación con el telón de fondo de la profunda crisis económica, social, política y moral que sacudió a la sociedad burguesa alemana a partir de 1914. No hay necesidad de volver a contar esa historia aquí. Para nuestros propósitos, basta recordar que la tendencia que se imprimió a la economía alemana bajo el gobierno nazi, fue desde el principio fuertemente favorable a la industria pesada, a la máquina-herramienta y a la construcción de carreteras. Todas las divisas disponibles se utilizaron para acumular materias primas en previsión de la guerra. Al mismo tiempo se desarrolló la industria química con el objetivo de sustituir las manufacturas por material bélico. Tales medidas apuntaban inequívocamente hacia la creciente probabilidad, si no inevitabilidad, de la guerra. Ya en 1935 estas medidas se combinaron con la paulatina liquidación de las disposiciones del Tratado de Versalles en la edificación de un poderío militar técnicamente mucho más avanzado que el de las potencias occidentales (aunque menos en relación a la URSS de lo que Hitler podía imaginar).

Otras fuerzas más conservadoras y prudentes en el seno de la clase dominante alemana, incluso en el interior del ejército, pusieron en cuestión reiteradamente la sensatez del curso temerario en que habían sido embarcadas, no sólo por los nazis, sino por los principales partidarios de los nazis en el seno de la burguesía. Su tímida protesta resultó completamente ineficaz, al menos mientras el camino de Hitler parecía estar sembrado de éxito: sólo tras las derrotas de El Alamein, Argel

<sup>35</sup> E.M. Robertson, *Hitler's Pre-War Policy and Military Plans*, Sidgwick and Jackson, Londres, 1964, p. 84.

y Stalingrado, esa posición fue ganando terreno por obvias razones de autopreservación: evidentemente la clase dominante alemana no quería ser exterminada; y mucho menos por el ejército soviético. Pero aún entonces sus objeciones siguieron siendo patéticamente débiles.

La forma en que la estructura de la industria alemana y el capital financiero evolucionaron durante los primeros años del Tercer Reich es un buen indicativo de las opciones básicas de la clase dominante alemana.

### Estructura de la industria alemana<sup>36</sup>

	<i>Producción industrial total</i>	<i>Metalurgia</i>	<i>Industria química</i>
	<i>(índice de producción: 1913 = 100)</i>		
1929	121,4	170,3	186,1
1932	72,8	84,2	138,4
1936	137,2	202,6	234,8

  

	<i>Inversiones industriales</i>	<i>% en medios de producción</i>
	<i>(en miles de millones de marcos del Reich)</i>	
1928	2,6	66%
1933	0,3	55%
1934	1,1	66%
1935	1,6	75%
1936	2,2	76%
1937	2,8	77%
1938	3,7	80%
1939	4,4	81%

<sup>36</sup> Friedrich Forstmeier y Erich Volkmann, eds., *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, Droste, Dusseldorf, 1981, p. 47, y Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutsche Kriegswirtschaft*, Akademie-Verlag, Berlín, 1984, v. 1, p. 21.

Pero la carrera hacia el rearme total no sólo fue imprudente desde el punto de vista diplomático y militar. También representó una apuesta desesperada para la propia economía alemana. En 1938-39 la economía entró en una grave crisis financiera. Emergió un enorme déficit presupuestario: el gasto público de 55.000 millones de marcos en 1938-39 (que en 1939-40 se convirtieron en 63.000 millones) sólo fue compensado por 18.000 millones provenientes del cobro de impuestos y aranceles de ese año y 25.000 millones el siguiente. Sobrevino una colosal deuda pública. Cada vez era más difícil contener la inflación. Timothy Mason sugiere que hubo una relación directa entre esta crisis y la opción favorable a la guerra relámpago (*Blitzkrieg*) en 1938-39<sup>37</sup>.

El pago de los intereses de la deuda nacional se convirtió en un grave problema, y las exportaciones se estancaron a pesar del aumento de recursos para intercambiar; se impusieron las leyes de reproducción del capital. La economía se vio amenazada por una severa contracción a menos que se pusiera en circulación un nuevo y masivo flujo de bienes materiales. Pero la capacidad de producción alemana ya había alcanzado su máximo. En el Tercer Reich ya no era posible extorsionar más a la clase obrera, a la clase media baja o a los judíos. La única solución era ampliar la escala de producción física a través del saqueo masivo más allá de las fronteras de Alemania. Eso significaba una guerra de conquista. Y esa fue la guerra que se desencadenó.

En su *Origins of the Second World War*, el historiador británico A.J.P. Taylor se planteó la cuestión de la responsabilidad

**37** Véase T.W. Mason «Some Origins of the Second World War» en Esmonde Robertson, ed., *The Origins of the Second World War*, Palgrave Macmillan, Londres, 1971, y «Zunere Krise und Angriffskrieg», en Forstmeier y Volkmann, eds., *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, op. cit., pp. 158-59. En 1938 Goering, que era responsable de la economía alemana, dijo: «Hay una tremenda escasez de trabajadores cualificados. Esto no se puede remediar mediante el cierre definitivo de las fábricas que producen artículos de consumo aparentemente sin importancia. Pues cuando los trabajadores ya no pueden comprar artículos de consumo a causa de sus salarios [...] ese es el principio de la inflación y éste es el principio del fin». Citado en Berenice A. Carroll, *Design for Total War: Arms and Economics in the Third Reich*, Mouton, La Haya y París, 1968, p. 159.

específica del régimen nazi en el desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial. A pesar de las interesantes ideas que plantea, su tesis es en general indefendible. Básicamente sostiene que Hitler fue un oportunista que no tenía un calendario preciso para las guerras y las conquistas, sino que aprovechaba la ocasión para actuar cuando se presentaban circunstancias favorables. Sin embargo, seguramente no es necesario tener un plan preciso para imponer la hegemonía en Europa, como tampoco es necesaria una fecha precisa de inicio de las hostilidades para que la preparación de la guerra sea real y verdadera. Hitler, o mejor aún el imperialismo alemán, intentó crear un nuevo orden en Europa y esto, a su vez, hizo de la guerra algo inevitable. El libro de Taylor abunda en afirmaciones no basadas en hechos. Por ejemplo, al sostener que «hasta 1936 el rearme era en gran parte un mito»<sup>38</sup>. Algo que queda desmentido por los diversos memorándums elaborados por las fuerzas armadas (*Reichswehr*) y el gran capital alemán, que muestran que el gasto militar entre 1932 y 1934 se triplicó<sup>39</sup>. Taylor también escribe: «El rearme costó cerca de 40.000 millones de marcos en los seis años transcurridos hasta el 31 de marzo de 1939 y cerca de 50.000 millones de marcos hasta el estallido de la guerra»<sup>40</sup>. Ahora bien, esta cifra es demasiado baja: la cifra real se acercó más a 70.000 u

**38** A.J.P. Taylor, *The Origins of the Second World War*, Penguin, Londres, 1964, p. 18.

**39** «A principios de febrero de 1938 Hitler exigió de la dirección de la Reichswehr “el fortalecimiento de nuestra determinación para luchar por todos los medios” y pocos días después el Gabinete ratificó su decisiva exigencia de que la creación de empleos sirviera básicamente para una buena disposición militar. A la luz de éstos y otros hechos, los intentos iniciales de escribir la historia económica de los primeros años del Tercer Reich como una fase diferente a la creación de empleos previa al rearme, han sido abandonados.» Forstmeier y Volkmann, *Wirtschaft und Rüstung am Vorabend des Zweiten Weltkrieges*, op. cit., pp. 118-19. Así sucede también con la tesis de Taylor de un periodo de estímulos estilo New Deal previo a 1936. La Reichswehr había solicitado un gasto militar de 1.400 millones de marcos en 1932-33. De hecho, el gasto militar aumentó de casi 1.000 millones de marcos en 1932 a 2.800 en 1934 y a 5.500 en 1935, de los cuales más de 1.000 millones lo fueron para la Luftwaffe (ibídem, p. 56). Véase también Dietrich Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, v. 1, 1939-1941, Akademie, Berlín, 1984, p. 31.

**40** Taylor, op. cit., p. 17.

80.000 millones de marcos del Reich<sup>41</sup>. Luego continúa: «El 15 de marzo de 1939 Bohemia se convirtió en protectorado alemán [...] fue el subproducto imprevisto de los acontecimientos en Eslovaquia»<sup>42</sup>. Sin embargo, los acontecimientos en Eslovaquia estaban lejos de ser imprevisibles; más aún, fueron concienzudamente planificados y ejecutados con el objetivo de quebrar a una Checoslovaquia ya fracturada<sup>43</sup>. Más adelante escribe: «Tampoco había nada siniestro ni preconcebido sobre el protectorado de Bohemia [...] Bohemia formó siempre parte del Sacro Imperio Romano»<sup>44</sup>. Así pues, ¿no hubo nada de siniestro en romper la promesa hecha pública solemnemente unos meses antes (*Wir wollen ja keine Tschechen! Meinetwegen werden wir Ihnen garantieren*)? ¿Tampoco hubo nada siniestro en reclamar Alsacia, Lorena y Artois para Alemania porque también habían formado parte del Sacro Imperio Romano? ¿Y qué se podría decir de dividir Italia y Alemania en docenas de principados independientes, sobre la base de que existieron como tales durante siglos? Una vez que se comienzan a redefinir las fronteras en Europa, ¿dónde se acaba? El argumento de Taylor es completamente inconsistente. O uno se guía por la lógica de la *realpolitik* y entonces el juicio moral sobre lo que es «siniestro» es irrelevante (y en ese caso la reacción británica a la ocupación de Bohemia por la Wehrmacht fue un «hecho» igual al de la propia ocupación, y la *realpolitik* que no puede preverlo resulta ineficiente y chapucera; o, si el

41 Las cifras de Taylor confunden la inversión en la industria de guerra con el gasto total militar. Volkman (pp. 29-30) cita la cifra de 70 mil millones de marcos sin la inversión privada en la industria de armamentos, 75,5 mil millones de marcos con esa inversión privada, y 81 mil millones de marcos si se agrega la inversión privada en la industria pesada proporcionando la instalación y el equipo para la industria de armamentos.

42 Taylor, op. cit., p. 250.

43 Ya el 21 de octubre de 1938 Hitler dio instrucciones a la Wehrmacht para liquidar al resto de Checoslovaquia. Lo que se repitió en una orden al general Keitel el 17 de diciembre de 1938. Los nazis incitaron a los eslovacos a hacer propaganda por la completa independencia el 16-17 de octubre de 1938 en una entrevista entre el líder eslovaco Durcansky y Goering, recogida en los documentos del Ministerio del Exterior. Véase el capítulo 13 de William L. Shirer, *Auge y caída del Tercer Reich: una historia de la Alemania nazi*, 2 v., Luis de Caralt, Barcelona, 1962.

44 Taylor, op. cit., p. 250.

historiador puede legítimamente emitir un juicio sobre esta reacción —«exagerada», «fuera de lugar», etc.—, en ese caso, la ocupación que la provocó también debería ser juzgada: ¿fue o no fue «razonable», «inevitable», «justificada»? Taylor escribe: «Él [Hitler] no tenía idea de que cuando invadió Bélgica y Holanda el 10 de mayo de 1940 podía dejar fuera de combate a Francia. Se trataba de un movimiento defensivo para asegurar el Ruhr ante una invasión aliada. La conquista de Francia constituyó un regalo inesperado»<sup>45</sup>. Pero seguramente todo el plan Manstein-Guderian tenía como objetivo específico dejar fuera de combate a Francia, no a Holanda ni a Bélgica<sup>46</sup>.

En la concepción de la historia de Taylor, la política exterior está determinada por la *realpolitik* en respuesta a las situaciones internacionales contingentes. Sus actores no están determinados por fuerzas políticas y económicas internas, articuladas por los partidos, estados y movimientos, sino que flotan en el espacio, determinados en última instancia sólo por el carácter y las motivaciones individuales. De esta forma se ve a Hitler como «prisionero» de su tiempo<sup>47</sup>, y el éxito de su proyecto (el Nuevo Orden para Europa) solo se pone en peligro por su propia irracionalidad: «El conflicto europeo, que empezó en 1918 cuando el delegado alemán para el armisticio se presentó delante de Foch [...], terminó en 1940. [...] Había un «nuevo orden» en Europa, dominada por Alemania [...] El éxito de Hitler dependía de aislar a Europa del resto del mundo. Él destruyó gratuitamente la fuente de ese éxito. En 1941 atacó a la Rusia soviética y declaró la guerra a EE UU»<sup>48</sup>.

<sup>45</sup> Taylor, op. cit., p. 19.

<sup>46</sup> La instrucción de «liquidar definitivamente a Occidente» fue dada al alto mando de la Wehrmacht el 29 de octubre de 1939. Hitler instruyó a sus generales para que atacaran Gran Bretaña y luego a Francia «lo más pronto posible». Las instrucciones de octubre de 1939 establecen que «la mayor parte posible del ejército francés tenía que ser aplastada». El ataque contra Holanda y Bélgica fue considerado como un medio para lograr esa meta, no lo contrario. Hans-Adolf Jacobsen, ed., *Kriegstagebuch des Ober-Kommandos der Wehrmacht*, Pawlak, Herrsching, 1982, v. I, pp. 45-59R, pp. 55-56B.

<sup>47</sup> «Como sus generales lo observaban escépticamente, no pudo volver a cancelar el ataque sobre Polonia, a menos que tuviera algo sólido qué mostrar, lo que aún no le permitían los polacos.» Taylor, op. cit., p. 333.

<sup>48</sup> Taylor, op. cit., p. 336.



Todo esto es falso. No hay ninguna duda de que la Segunda Guerra Mundial fue una guerra por la hegemonía mundial. No había posibilidad de «aislar» a Europa del resto del mundo, no sólo por razones militares o estratégicas sino, también, por evidentes razones económicas. Hitler, Roosevelt y a la postre incluso Stalin, lo entendieron bien. El «conflicto europeo» no finalizó en junio de 1940: los estudios operativos en torno a una campaña contra la Unión Soviética empezaron en julio, incluso antes de que la batalla de Inglaterra hubiera realmente empezado. En todo caso, el Nuevo Orden en Europa no podía quedar estabilizado mientras no fuese reconocido por todas las grandes potencias y, al menos consentido por los países involucrados, lo que no ocurrió ni en el verano de 1940 ni en la primavera de 1941<sup>49</sup>.

Lo que es básicamente correcto en el punto de vista de Taylor es su comprensión de que el imperialismo alemán no era intrínsecamente diferente del resto de los imperialismos: todos están manchados de sangre, traición y abominables crímenes contra la humanidad. Pero reconocer el hecho de que se vive en un mundo de gánsters no implica concluir que en un momento dado un gánster concreto no pueda cometer un determinado crimen. No puede haber la menor duda de que el 1 de septiembre de 1939 el imperialismo alemán desencadenó de forma deliberada y descarada la guerra contra Polonia y, con ello, la Segunda Guerra Mundial. Cualesquiera que sean

**49** Con el fin de crear dudas sobre el expansionismo a largo plazo y los planes de guerra de Hitler —y del imperialismo alemán—, Taylor tiene que desacreditar el llamado «Memorándum Hossbach», que informa de una reunión llevada a cabo por Hitler con sus altos dignatarios el 12 de noviembre de 1937, en la que fueron presentados estos planes de forma abierta y cabal. (Taylor, *op. cit.*, pp. 2-21.) En realidad, Taylor confunde tres preguntas diferentes: 1) la revelación comprometedor de Hitler ¿contiene realmente las instrucciones de «que la guerra para conquistar Ucrania no pase de 1942-43»?; 2) ¿dieron importancia a la reunión los presentes?; 3) ¿el llamado «Memorándum Hossbach» rinde cuenta debidamente de la reunión? Al concentrarse en el punto 3, y al exponer de forma combinada los puntos 1 y 2 con el 3, Taylor insinúa que no había un plan de conquista y de guerra a largo plazo. Pero esa conclusión no se sostiene en absoluto. Al contrario, al menos seis generales diferentes, independientemente uno del otro, llamaron la atención hacia la importancia de la reunión, confirmando el contenido del discurso de Hitler y las serias conclusiones que sacaron de él.

las responsabilidades del sistema capitalista mundial en su conjunto y del resto de las potencias imperialistas, ese acto concreto fue obra de la clase dominante alemana dirigida por el Führer y sus secuaces militares.

¿La desmoralización y el creciente derrotismo de la clase dominante francesa fueron factores que contribuyeron al temerario rumbo de Hitler hacia una nueva guerra mundial? Sin duda. Pero esa desmoralización tenía que ver con una realidad material y con intereses sociales específicos. A finales de la Primera Guerra Mundial, Francia disfrutaba del predominio político-militar en el continente europeo. Pero ese estatus no se correspondía de ninguna de las maneras con el equilibrio real de fuerzas económicas en el continente y menos aún a escala mundial. Ni el capital francés ni la industria francesa podían mantener ejércitos, ni en el Oeste ni el Este de Europa, dispuestos a aplastar cualquier intento alemán por tomarle la delantera. Más bien al contrario, las desastrosas consecuencias financieras y diplomáticas de la ocupación del Ruhr por Poincaré en 1923, no hicieron más que confirmar la discrepancia total entre el poder económico y las ambiciones diplomáticas francesas. La subsecuente falta de voluntad política es el resultado —y no la causa— de la debilidad material.

Además, amplios sectores de la clase dominante francesa estaban aterrorizados por la fuerza potencial de la clase obrera francesa, puesta de manifiesto en la huelga general de junio de 1936. Eliminar el «peligro comunista» se había convertido en una obsesión para muchos de ellos, por encima de sobre cualquier proyecto a nivel internacional. Cada vez más, consideraban la democracia parlamentaria como una intolerable carga que impedía eliminar de forma efectiva el poder sindical. Laval representa la personificación de esta perspectiva, que gozó de un amplio apoyo en el parlamento. Mucha gente consideraba a Pétain como la imagen ideal para un nuevo orden, aún antes del inicio del conflicto. En un informe enviado a Roma por Lavoni (el principal agente del Duce en París) descubierto en los archivos italianos, se informa que el 17 de marzo de 1938 Laval había manifestado estar a favor de la formación de un gobierno nacional bajo el mando de Pétain. Cuando se le preguntó cuál sería la reacción de los comunistas, contestó con un

ademán que podía significar «apretarles los tornillos» o bien «romperles el cuello»<sup>50</sup>.

Debido a su muy pequeña mayoría parlamentaria, cuando Paul Reynaud accedió al puesto de primer ministro, el 23 de mayo de 1940, incluyó en su gabinete a varios conservadores que simpatizaban con estos proyectos<sup>51</sup>. El temor a un levantamiento obrero en París, incluso después de la derrota de la huelga general de septiembre de 1938, era grande. El almirante Auphan dijo a Raymond Tournoux que «Weygand y los demás temían una Comuna en París». Esta fue el principal motivo, totalmente compartido por Pétain y Laval, por el que Weygand deseaba terminar la guerra a cualquier precio. «Si se tiene que preservar la moral del Ejército y al mismo tiempo evitar un movimiento revolucionario en París, el gobierno debe hacer valer su voluntad de permanecer en la capital a toda costa, a fin de mantener el control de la situación, aun corriendo el riesgo de que sea tomada por el enemigo. Es un asunto de orden interno y de dignidad», declaró Weygand<sup>52</sup>.

Por lo que respecta a Inglaterra, aunque durante el periodo de 1929 a 1938 su política no era favorable a la hegemonía francesa en Europa, nunca aceptaron implícitamente que fuera sustituida por la hegemonía alemana. La «moderación» de Chamberlain se debía, esencialmente, al criterio de Londres sobre del tiempo necesario para superar la supremacía alemana en lo que respecta al rearme; Hitler había comenzado a rearmarse en 1933, mientras que el imperialismo británico

**50** Max Gallo, *La cinquième colonne*, Plon, París, 1970, p. 234. Incluso antes, en abril de 1937, de acuerdo con un informe confidencial del Wilhelmstrasse, Laval dijo a un enviado secreto de Alemania que Francia necesitaba el gobierno de Pétain. Raymond Tournoux, *Pétain et la France*, Plon, París, 1980, p. 39. Existen evidencias importantes de que Pétain formaba parte de esos intentos de conspiración. Cassius, *La vérité sur l’Affaire Pétain*, Milieu du Monde, París, 1945, i.e. pp. 88-89.

**51** Charles De Gaulle, *Mémoires de Guerre: 1: L’Appel*, Plon, París, 1956, p. 37 (ed. cast.: *Memorias de guerra: 1: El llamamiento*, Luis de Caralt, Esplugas de Llobregat, 1970). De Gaulle también menciona que de lo que se hablaba en todo París en abril-mayo de 1940 era que si Reynaud caía, Laval tomaría el poder con Pétain a su lado (p. 36). En sus memorias, el mismo Paul Reynaud comenta tácitamente la apertura que hizo a la derecha; véase *Au Coeur de la Mêlée*, Flammarion, París, 1951.

**52** Tournoux, op. cit., p. 57.

no comenzó a hacerlo seriamente más que tres o cuatro años después. En otras palabras, fue un intento ilusorio y temerario para tomarle la delantera a Hitler, no la aceptación de una Europa dominada por Berlín. A diferencia de la burguesía francesa, la clase dominante británica no se sentía desmoralizada ni derrotada en la defensa de la posición mundial de Reino Unido y, por encima de ello, del Imperio Británico. La diferencia entre las facciones de Chamberlain y Churchill no era entre quién estaba dispuesto a capitular ante el imperialismo alemán y quién no. Era un conflicto sobre la forma más efectiva de preservar el Imperio y oponerse a Hitler: hacerlo inmediatamente o más tarde. Dado el rumbo de Hitler, la facción de Churchill estaba obligada a ganar ese debate. Por un corto periodo, algunos de los «moderados» jugaron con la idea de desviar la agresiva dinámica del imperialismo alemán hacia la URSS, pero después de la ocupación de Praga quedó claro para ellos que la conquista del Este de Europa por Hitler le daría una fuerza formidable para atacar después al Imperio Británico. Así que para el imperialismo británico serían suicidas más concesiones.

En la otra parte del mundo, el imperialismo japonés estaba comprometido en la paulatina conquista de China, teniendo el Sudeste asiático como siguiente objetivo. Desde el punto de vista de los círculos imperialistas más radicales en el interior y en el entorno del Ejército Imperial, el camino emprendido no implicaba necesariamente un conflicto abierto con Gran Bretaña y, menos aún, con EE UU. En realidad, la conquista de China aparecía cada vez más como una empresa enorme, mucho más complicada, prolongada y costosa de lo que los señores de la guerra japoneses habían calculado. Una vez más, la variante preferida era que se aceptara la situación *de facto*, en lugar de embarcarse en una confrontación simultánea con China, Gran Bretaña, EE UU y, posiblemente, también con la URSS.

Pero cualquiera que pudiera haber sido la tentación de Londres ante semejante perspectiva —sin mencionar las potencias coloniales menores en la región, como Francia y Holanda— Washington estaba tan firmemente en contra de aceptar las conquistas japonesas en Asia como Londres lo estaba respecto a las conquistas de Alemania en Europa. La razón era la misma en ambos casos.

El imperialismo americano consideró que, a la larga, el conflicto con Japón en torno a la hegemonía sobre del Pacífico en el Asia oriental (incluyendo China) era inevitable. En estas condiciones, para EE UU hubiera sido absurdo permitir que un futuro enemigo consolidara las formidables conquistas que le permitían duplicar, triplicar o cuadruplicar su potencia militar, financiera e industrial, y también desencadenar la confrontación final en condiciones de relación de fuerzas mucho peores que en aquellos momentos. De ahí que la administración Roosevelt emprendiera una política de embargo no oficial de materias primas vitales para Japón y de ayuda creciente a la China de Chiang Kai-shek. Frente a la obstinada resistencia de Washington, Tokio tenía la alternativa de retirarse de China o de continuar presionando hacia una confrontación con EE UU. Invadiendo Indochina el 23 de julio de 1941 con la colaboración de la Francia de Vichy (por cierto, una ocupación que más tarde permitió al Ejército Imperial hacerse con Malasia y Singapur por la retaguardia) optó deliberadamente por la segunda opción. Roosevelt respondió haciendo oficial el bloqueo de EE UU.

La estrategia de Tokio estuvo muy determinada por su apremiante necesidad económica. Antes de la guerra, Japón importaba el 66% de su petróleo de EE UU. Necesitaba que le llegaran del exterior diez millones de toneladas de coque para sus empresas de acero en China, toda la bauxita necesaria para la producción de aviones, todo el níquel necesario para su programa de armamento, todo el estaño y caucho, el 60% del cobre así como casi todas las sales industriales. En la práctica, estos productos podían ser suministrados por las Indias Orientales Holandesas, Indochina, Malasia, Filipinas o China.

En un principio la guerra en Europa y la guerra en el Lejano Oriente parecían separadas e independientes. Sin embargo, de forma inevitable, el gran impulso de las victorias iniciales de los nazis hizo que ambos conflictos se entrelazaran. Si al principio, los jefes militares japoneses fueron incapaces de decidir entre la opción «septentrional» y la «meridional», ahora estaban decididos a atacar las desprotegidas colonias europeas en el Sureste de Asia. Tras julio de 1941, el argumento final se lo ofreció la decisión estadounidense de bloquear el envío a Japón de las materias primas básicas para proseguir la guerra contra China.

Pero aun habiendo tomado la decisión de atacar a EE UU el 5 de noviembre de 1941, Tokio no esperaba tener que combatir hasta el final. Al contrario, consideraba que los triunfos iniciales de Japón, unidos a los de su aliada Alemania, influirían en Washington para que solicitara una paz negociada que le otorgaría a Japón una esfera de influencia estable y segura en el Este y Sur de Asia. Sin embargo, Washington estaba completamente en contra del mínimo reconocimiento de algo que pudiera conducir a la hegemonía japonesa en Asia, como lo demostró la intransigencia del Departamento de Estado en las negociaciones de EE UU y Japón en noviembre de 1941.

El 7 de diciembre de 1941, el ataque japonés a Pearl Harbor proporcionó a EE UU un *casus belli* inmediato e inequívoco, válido para ganar el apoyo popular americano y aprovecharlo para una guerra de venganza. Pero cualquiera que hubiera sido el nivel de interés de EE UU sobre las promesas y oportunidades en Oriente, desde 1939 lo que fundamentalmente preocupaba a EE UU era el futuro de Europa: su riqueza y el control que ejercía sobre amplias regiones del planeta. A principios de 1941 los jefes de Estado americano y británico acordaron plantear la guerra en base a «Primero, Europa» (el plan ABC-1). Esta estrategia fue reafirmada después de que Pearl Harbor provocase la guerra entre Tokio y Washington.

La determinación del imperialismo americano al involucrarse decisivamente en el rediseño del orden político internacional debe considerarse como la tercera causa inmediata de la Segunda Guerra Mundial (siendo las otras dos los ataques de Alemania y Japón más allá de sus fronteras nacionales). Esto evidenció una política deliberada de la Administración Roosevelt (cuestionada, aún en 1940, por los autodenominados aislacionistas, aunque estos no representaron nunca más que a un provinciano grupo disidente de la clase dominante de EE UU)<sup>55</sup>. Esta determinación se debía a la transformación

**55** Esta opción básica de la clase dominante americana fue sorprendentemente confirmada cuando el Partido Republicano —tradicionalmente aislacionista— eligió como su candidato presidencial en 1940 a Wendell Willkie, cuya opinión sobre el mundo difícilmente difería de la de Roosevelt. «El grupo Willkie-Welles-Luce ve el mundo como un gran mercado para el productor, el industrial y el comerciante americanos. Cree en el siglo americano, en los

total sufrida por la economía de EE UU a partir de 1929. El imperialismo de EE UU tenía a su disposición tremendas reservas de capital, capacidad productiva y potencial humano inactivas. El intento de ponerlas en movimiento a través del New Deal (es decir, orientadas al mercado interno) para sacar a la economía y a la sociedad de su peor crisis, fue en gran medida un fracaso. En 1938 había nuevamente 12 millones de parados. El giro hacia el mercado mundial se hacía imperativo. El capital tenía que ser invertido y prestado fuera de EE UU. Los artículos tenían que ser vendidos al exterior en un grado cualitativamente mayor que antes de 1929 o que entre 1933 y 1939 (como en realidad lo serían después de 1945)<sup>54</sup>. Pero primero había que crear un mundo seguro para esta gigantesca exportación de capital y mercancías. Ese era el contenido material de la fórmula «hacer del mundo un lugar seguro para la democracia» y el significado de la ruptura definitiva y total con el aislacionismo americano. Gabriel y Joyce Kolko resumen admirablemente la situación y el propósito del imperialismo de EE UU: «La memoria, grabada a fuego, de la larga década depresiva de 1929 se cernía sobre todos los planes americanos para la era de la posguerra. La guerra acabó con la crisis de la sociedad americana, pero la pregunta seguía siendo si la paz la restauraría... Al final de la Segunda Guerra Mundial el gobierno de EE UU definió una política que intentaba prevenir la vuelta a una crisis económica y social de la sociedad americana, una política que explícitamente exigía resolver el dilema de EE UU en el ámbito mundial»<sup>55</sup>.

técnicos en energía y en los hombres de negocios llenos de un imperialismo económico romántico, seguro de sí mismo y ansioso de convertir el mundo al patrón americano», escribió Halifax a Londres en mayo de 1942. Christopher Thorne, *Allies of a Kind*, Hamish Hamilton, Londres, 1978, p. 139.

<sup>54</sup> «Desde los escasos 1.600 millones de dólares de 1932, las exportaciones americanas se elevaron a 12.800 millones en 1943 y a 14.000 millones en 1944. La cifra de 14.000 millones en las exportaciones de la posguerra (cuatriplicando el nivel de 1939), constituía el objetivo de la mayoría de los planificadores en tiempo de guerra y de su calculada precondition para la prosperidad continuada americana.» F. Gabriel y Joyce Kolko, en Thomas G. Paterson, ed., *The Origins of the Cold War*, Heath, Lexington, Mass, 1974, p. 244. De hecho las exportaciones americanas alcanzaron los 10.000 millones en 1954 y 20.000 millones en 1960.

<sup>55</sup> *Ibidem*, p. 243.

Roosevelt tuvo que maniobrar de forma más prudente que Hitler o los señores de la guerra de Tokio, ya que en EE UU aún prevalecía la democracia. El pueblo americano no podía ser forzado a ir a la guerra: tenía que ser persuadido. La perspectiva no era muy popular en EE UU (ni en ningún país importante). El ataque sorpresa de Japón a Pearl Harbor hizo que las cosas fueran más fáciles para Roosevelt. Pero la intención de intervenir prácticamente a cualquier precio no fue su decisión personal. Fue la opción de la clase dominante americana, tan meditada como la de sus contrapartes de Alemania o Japón.

El ataque a la Unión Soviética no llegó, como muchos habían supuesto, de los esfuerzos conjuntos del capitalismo mundial. El gran aislamiento de la república soviética y las convulsiones internas que generó dieron rienda suelta a las luchas interimperialistas, de forma que la apertura del frente oriental se debió originalmente al deseo del imperialismo alemán de fortalecerse frente a sus rivales occidentales. En el interior de la URSS surgió una contradicción explosiva entre, por un lado, el fortalecimiento de la infraestructura industrial y militar del país bajo el plan quinquenal y, por otro, la grave crisis política en la que estaba sumergido el país a causa de las purgas de Stalin y su temerario juego diplomático. Este segundo proceso decapitó al Ejército Rojo, desorganizó la defensa del país, entregó Polonia y Europa a Hitler, y facilitó el ataque nazi a la URSS. El primero capacitó a la Unión Soviética para sobrevivir finalmente.

En 1941, la completa falta de preparación del Ejército Rojo<sup>56</sup> fue el resultado directo de la desastrosa equivocación de Stalin respecto a la situación política en Europa y a las intenciones de

<sup>56</sup> Un estudio dirigido por el Inspector General de la Infantería del Ejército Rojo en el verano de 1940 estableció que «de los 225 nuevos comandantes de regimiento, ninguno había asistido a un curso completo en una academia militar, sólo veinticinco habían terminado el colegio militar y los 200 restantes solo habían realizado un curso semisuperior para teniente». John Erickson, *The Road to Stalingrad*, Harper & Row, Londres, 1975, pp. 19-20. Las lecciones de la guerra con Finlandia trajeron algún respiro para los militares, favoreciendo, *inter alia*, la liberación de 4.000 oficiales de los campamentos de trabajo en el Ártico. Gran parte de lo que sigue está basado en la hasta ahora insuperada historia de la guerra nazi-soviética de este autor.



Hitler —es decir, del imperialismo alemán— en la guerra que se anunciaba. Unos años antes sólo Tujachevski, entonces primer comisario diputado para la Defensa, había defendido que el ejército francés no ofrecería una resistencia activa contra Alemania y que en cualquier caso las intenciones agresivas de esta última se dirigían hacia el Este. Stalin, por el contrario, estaba convencido de que si la Unión Soviética se conducía «correctamente», Hitler no atacaría: el pacto nazi soviético de agosto de 1939 apareció cada vez más como una orientación estratégica que como un movimiento táctico<sup>57</sup>. La idea de que Alemania era un enemigo potencial fue firmemente rechazada en una importante reunión de jefes del Estado Mayor en diciembre de 1940, al igual que lo fue cualquier opinión sobre la posibilidad de una guerra en un futuro cercano. Los planes de entrenamiento anunciados después de esa reunión, no fueron fruto de ningún estudio serio de la situación y de las necesidades del ejército, ni formaban parte de ningún plan de guerra coherente. El «Plan de Defensa de las Fronteras del Estado de 1941» que el Estado Mayor General anunció en abril de 1941, y con el que la Unión Soviética entró en guerra dos meses después, encomendó al Ejército Rojo la defensa de las fronteras

**57** El discurso de Molotov ante el Soviet Supremo el 3 de octubre de 1939 contiene la escandalosa formulación: «Si hablamos hoy de las principales potencias europeas, Alemania se encuentra en la posición de un Estado que busca la más rápida finalización de las hostilidades y el advenimiento de la paz, mientras que Inglaterra y Francia —que ayer hablaban en contra de la agresión— están hoy a favor de la continuación de la guerra, en contra de la conclusión de la paz. El gobierno inglés ha declarado como su objetivo de guerra la aniquilación del hitlerismo, ni más ni menos. De ahí resulta que en Inglaterra [...] los propagadores de la guerra han declarado algo así como una guerra ideológica contra Alemania, evocadora de las antiguas guerras religiosas [...] Aquellas guerras no pudieron traer más que la decadencia económica y la ruina cultural al pueblo que las sufrió, haciéndolo retroceder a la Edad Media. ¿No están las clases dominantes de Inglaterra y Francia arrastrándonos a los tiempos de las guerras religiosas, de superstición [oponerse al fascismo se equipara con la superstición!; E.M.], de regresión cultural? [...] Una guerra de este tipo no puede justificarse de ningún modo. La ideología del hitlerismo, como cualquier otro sistema ideológico, puede ser aceptada o rechazada, es cuestión de opinión política [¡]. Pero cualquiera puede entender que una ideología no puede ser destruida por la fuerza [...] Es por eso que no tiene sentido y resulta realmente criminal proseguir cualquier guerra como esta para la eliminación del hitlerismo» (*Cahiers du Bolchevisme*, París, enero de 1940).

exteriores de la Unión Soviética, prestando una atención mínima a la defensa estratégica.

Considerando las vacilaciones (para decirlo de forma suave) de los gobiernos francés y británico para colaborar militarmente en caso de una agresión alemana contra Polonia, el gobierno soviético tenía todo el derecho de garantizar su seguridad inmediata en caso de que Alemania conquistase ese país. Pero el pacto Hitler-Stalin contenía una cláusula secreta por la que, incluso antes de haberse iniciado la conquista, se acordaba la división de Polonia entre ambos estados. Con ello Stalin dio luz verde a la agresión de Hitler, salvando temporalmente al Tercer Reich de la pesadilla de una guerra prolongada en dos frentes. La historiografía rusa, que guarda silencio acerca del protocolo secreto del 27 de agosto de 1939, continúa negando esto. De la misma forma que corre un velo sobre la oposición formal de Stalin a la supervivencia del Estado polaco<sup>58</sup>. Las consecuencias de esta cínica *realpolitik* sobre la actitud del pueblo polaco hacia la URSS continúan siendo desastrosas aún hoy en día. Fue sin duda una causa concomitante del desencadenamiento de la Segunda Guerra Mundial.

**58** Ver, por ejemplo, Pavel Jiline, *Ambitions et Méprises du Troisième Reich*, Ed. Progreso, Moscú, 1972. La petición explícita de Stalin a Hitler de no reconstituir nada de lo que quedaba del Estado polaco fue hecha en presencia de Molotov en una reunión con el embajador alemán Von der Schulenburg, el 25 de septiembre de 1939 (*Nazi-Soviet Relations*, op. cit., p. 102).



### 3 Fuerzas sociales

La Segunda Guerra Mundial comportó la acción combinada de un amplio espectro de naciones, clases sociales, fracciones de éstas, partidos políticos y camarillas más reducidas (financieras, industriales, militares y políticas) en todo el globo. El cariz que fue tomando vino determinado cada vez más por esta interacción, que alcanzó su clímax en los años 1943-1945, cuando literalmente millones de hombres y mujeres se vieron arrastrados a un conflicto que se extendió por una zona geográfica que iba de Francia a Bengala, de Chad a Leningrado, de Filipinas a Birmingham, de Detroit a Bosnia, del norte de la planicie de Manchuria a Egipto, de Avellaneda a Milán. Nunca antes tanta gente había participado directa o indirectamente en un combate político y armado. La naturaleza contradictoria del capitalismo contemporáneo se puso de manifiesto en el hecho de que la guerra estuvo sometida a un control centralizado y cada vez más brutal de los mandos militares sobre millones de soldados, mientras que al mismo tiempo se alzaron e intervinieron otros millones de personas fuera del control de cualquier jerarquía establecida. La contradicción era visible, además, desde el comienzo mismo del conflicto.

Las grandes potencias lograron vencer todos los obstáculos en el camino hacia la guerra; el avance de la contrarrevolución comportó la eliminación sucesiva de los mismos. Las luces de la civilización parecían apagarse una a una: en Europa, en Asia, en la URSS. La barbarie parecía imponerse en todas partes. Los años 1940, 1941 y 1942 fueron los más funestos de nuestra época. Victor Serge dio a una de sus novelas el título idóneo: *Medianoche en el Siglo* (Ayuso, Madrid, 1976).

Pero lo que las potencias no lograron fue despertar el entusiasmo por la matanza. En contraste muy marcado con agosto de 1914, ningún tren o convoy de soldados en estos años se dirigía al frente adornado con flores y seguido de una multitud exaltada. La antipatía hacia la guerra estuvo presente desde sus inicios. La primera sorpresa desagradable que se llevó Hitler no fue en el aeropuerto de La Haya, ni por parte de los cadetes del Ejército Rojo de Brest Litovsk, ni siquiera a las puertas de Moscú, sino el 27 de septiembre de 1938 cuando, después de

su discurso en el Palacio de Deportes anunciando su ultimátum sobre Checoslovaquia, esperó ávidamente en la ventana de la Reichskanzlei que las multitudes entusiastas salieran vitoreando a la división de choque que ordenó que desfilara con ese propósito por las calles de Berlín: la multitud en ningún momento aplaudió<sup>59</sup>. En todo caso, la gente estaba resignada a la guerra, aceptándola como una fatalidad inevitable. Pero la resignación pasiva era, con mucho, un lamento en lugar de un apoyo entusiasta, apoyo que brilló en gran medida por su ausencia en todos los países durante la guerra.

La situación cambió gradualmente en las últimas fases de la guerra, de una forma que difiere ampliamente de país a país. En Gran Bretaña, una combinación de temor a la invasión alemana, nacionalismo tradicional y odio de clase al fascismo unieron a la aplastante mayoría de la clase obrera tras el gobierno nacional encabezado por el archirreaccionario Churchill<sup>60</sup>. En consecuencia, el esfuerzo de guerra llegó a

<sup>59</sup> Fritz Wiedeman, *Der Mann der Feldherr werden wollte*, Velbert/Kettwig, Múnich, 1964, p. 101. De acuerdo con Joachim Fest, Walter Hewall se presentó ante Hitler diciendo: «Con ese pueblo no puedo conducir la guerra» (*Das Gesicht des Dritten Reiches*, R. Piper & Co, Múnich, 1980, p. 77). John Toland describe cómo después del discurso de Hitler en el *Reichstag* el 1 de septiembre de 1939, anunciando la guerra contra Polonia, las calles estaban fatalmente silenciosas. Las pocas personas que había fuera estaban serias, como agobiadas con la preocupación por el futuro. No había señales de júbilo como en ese día de agosto, veinticinco años antes, cuando el Kaiser anunció su guerra» (*Adolf Hitler*, Doubleday, Nueva York, 1976, p. 78).

<sup>60</sup> Churchill era conocido por la clase obrera británica como un consagrado oponente de la Revolución Rusa y un defensor, allá por 1920, de la intervención militar para suprimirla. También era reconocido por su activa oposición a la huelga general de 1926 en Gran Bretaña, y como un hombre que había admirado a Mussolini, condenado la causa republicana en España, y ridiculizado a Gandhi. Era vigoroso defensor del Imperio Británico, y también racista. Su desprecio por la gente «de color» no era sólo cuestión de sentimientos: cuando en el otoño de 1943 estalló la hambruna bengalí, en la que millones de personas murieron, Churchill contribuyó a impedir cualquier ayuda efectiva. Debe señalarse que, al respecto, no fue objetado por sus colegas laboristas del gabinete. Sobre las relaciones de Churchill con Mussolini, véase el libro de Arrigo Petalco *Dear Benito, Caro Winston*, Mondadori, 1985. Aun en medio de la Segunda Guerra Mundial, en el momento de la caída del Duce, no vaciló en escribir «[...] había elevado al pueblo italiano desde el bolchevismo, en que pudo haberse hundido en 1919, a una posición que Italia nunca había tenido antes en Europa. Le había dado un nuevo impulso a la vida nacional. Erigió el

enlazarse después de mayo de 1940 con un extenso programa de reforma social, que una parte importante de la clase media —crítica con el cerril conservadurismo del gobierno *tory* en el periodo de entreguerras— podía respaldar, como así hizo. El esfuerzo de guerra en Gran Bretaña, a pesar de su dependencia respecto a EE UU, propició un grado de unidad nacional excepcional entre los aliados. Churchill, como jefe de un gobierno que oficialmente incorporó al reformista Partido Laborista, fue así capaz de cercenar impunemente el nivel de vida de los obreros británicos, cosa que Hitler no se atrevió inicialmente a hacer con la clase obrera alemana. Obsesionado por el recuerdo de las revueltas del hambre y la actitud insurreccional de los obreros a finales de la Primera Guerra Mundial, Hitler estuvo dispuesto a sacrificar incluso algunas prioridades de la industria de guerra para garantizar una dieta mínima regular a los obreros alemanes al comienzo del conflicto<sup>61</sup>.

Después de Pearl Harbor, la aceptación de la guerra como una venganza contra las potencias del Eje —con acompañamiento chauvinista y racista, dirigido especialmente contra los japoneses— también llegó a generalizarse en EE UU, aunque la guerra nunca gozó allí del apoyo popular que tuvo en Gran Bretaña. Después de todo, los teatros de operaciones se hallaban muy lejos del territorio estadounidense. Efectivamente, la renuencia del gobierno de EE UU a mandar suficientes tropas para combatir a los japoneses en Asia —porque ello habría comportado una escalada de bajas— tuvo una importancia crucial en la determinación de la política bélica

imperio italiano en el Norte de Africa» (*La Segunda Guerra Mundial*, Orbis, Barcelona, 1985, 12 v., IX, p. 54).

<sup>61</sup> Este no era un juicio básico equivocado de la situación. Cuando los racionamientos de alimentos fueron reducidos o los precios de los mismos incrementados, los informes secretos del Sicherheitsdienst de la SS señalaron «serias quejas» en «amplios círculos de la población», especialmente la parte más pobre y «sobre todo, los obreros industriales». Véase *Meldungen aus dem Reich*, Pawlak, Berlín, 1984, por ejemplo: v. 12, p. 4451 (informe del 9 de noviembre de 1942); pp. 4796-8 (informe del 8 de febrero de 1943); y v. 9, pp. 3496-7 (19 de marzo de 1942) cuando fueron realmente cortados los racionamientos. Hubo un gran descenso en la productividad de los trabajadores alemanes en la industria de guerra, la cual cayó por debajo de la de los obreros extranjeros. William S. Alien en J. Schnadecke y P. Steinback, eds., *Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus*, Piper, Múnich, 1985, p. 860.

estadounidense hacia la URSS y China. Durante la guerra, las tensiones de clase aumentaron más en EE UU que en Gran Bretaña<sup>62</sup>. Además, se combinaban cada vez más con tensiones raciales, conforme se aceleraba la afluencia de población negra a los grandes centros industriales del Medio Oeste y del Este y los nuevos obreros empezaban a reaccionar contra la atmósfera generalmente racista prevaleciente en todos los centros industriales y en los barrios. Los obreros de EE UU mostraron una mayor propensión a rebelarse contra los pactos antihuelga que los de Gran Bretaña. De manera similar, el control de los oficiales sobre los soldados era más cuestionado en las fuerzas armadas de EE UU que en cualquier otro ejército regular. El rechazo a la guerra —que solo se expandió gradualmente en Gran Bretaña en los dos últimos años de la contienda— surgió a gran escala en los cuerpos militares de EE UU, con huelgas de soldados y motines que en 1945 visibilizaron el deseo de los hombres de volver a casa tan pronto como la guerra terminara en Europa y en Extremo Oriente.

Aunque la situación en la URSS era mucho más compleja —y es todavía objeto de discusión entre los historiadores—, allí se produjo un fenómeno similar. Pese a identificarse con la Revolución —un sentimiento mucho más difundido en 1939-1941 que en la actualidad—, la masa del pueblo soviético era hostil a la dictadura de Stalin. En ciertas zonas, como las repúblicas del Báltico y Ucrania, donde la opresión nacional se combinaba con el terror a gran escala y la carestía del periodo de colectivización, la hostilidad hacia Stalin en amplios sectores del campesinado, los profesionales y estratos de la clase obrera, se había transformado en franco odio, que se intensificó a raíz de la experiencia de haber sido abandonados a los invasores alemanes en 1941. Cualquier posibilidad de que esto facilitara un grado significativo de colaboración de la población local con los invasores se truncó muy pronto debido a los monstruosos crímenes perpetrados por las fuerzas de ocupación nazis. La destrucción sistemática de la infraestructura de la vida civil;

<sup>62</sup> Los despachos de Isaia Berlin desde la Embajada de Washington al Foreign Office normalmente acentúan la importancia de las luchas obreras en EE UU durante la guerra (*Washington Despatches, 1941-1945*, ed. de H. G. Nicholas, Londres, Weidenfeld & Nicholson, 1981).

la esclavitud masiva de decenas de millones de personas en condiciones inhumanas; la ejecución y maltrato en una escala superior a cualquier cosa que Stalin y sus partidarios hubieran cometido, pronto cambiaron el curso de los acontecimientos. Las masas soviéticas —en primer lugar la clase obrera y los soldados del Ejército Rojo, pero de ningún modo solo ellos— mostraron una determinación indomable en la resistencia, simbolizada en muchos aspectos más por la defensa de Leningrado que por la de Stalingrado<sup>65</sup>.

Ninguna exhortación por parte del Estado, del partido o de la dirección militar habría tenido éxito sin esta firme determinación de las masas soviéticas de combatir y ganar la guerra. Sometidas a semejante prueba, las conquistas de Octubre demostraban ahora su superioridad histórica en medio de la muerte y la violencia de la guerra. Las ofensivas del Ejército Rojo encontraron un complemento vital en el movimiento guerrillero que se organizaba tras las líneas alemanas, lo que en las propias palabras de Hitler creó una situación intolerable. Su fuerza radicaba en la misma voluntad obstinada de pelear hasta la muerte contra el terror nazi que también se pudo observar en los heroicos combatientes del gueto de Varsovia. Hitler acabó siendo víctima de su propio mito demente de la superioridad racial. Su *Ostpolitik* nunca previó que las «razas inferiores» —como la de los «eslavos» o «judíos»— pudieran pelear con la misma energía, valor, inteligencia y dedicación que el *Herrenvolk* (el «pueblo de los señores»). Los habitantes de Europa Oriental y de la URSS —quienes debían ser expulsados y exterminados, o convertidos en esclavos para trabajar en la forja del nuevo Imperio Alemán— optaron en lugar de esto por resistir a cualquier precio. Se alzaron por millones, forzaron a docenas de divisiones alemanas a retirarse del frente y,

<sup>65</sup> Sobre el sitio de Leningrado, durante el que murieron 630.000 personas, véase Alexander Werth, *Russia at War*, Barrie and Rockcliff, Londres, 1964, parte 3. El trato inhumano a los prisioneros de guerra soviéticos en 1941-1942 fue un factor importante en el fortalecimiento del espíritu de lucha del Ejército Rojo. Unos 2,8 millones de prisioneros de guerra soviéticos murieron entre el 22 de junio de 1941 y el 1 de febrero de 1942 como resultado del hambre, la falta de cuidados médicos y el simple asesinato. En relación con este asunto, véase Christian Streit, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die Sowjetischen Kriegsgefangenen*, DVA, Stuttgart, 1979.



con su admirable lucha, se convirtieron en uno de los factores clave que inclinaron la balanza en contra de los planes imperialistas alemanes<sup>64</sup>.

Bajo el empuje militar del revanchismo alemán, los cimientos podridos del orden burgués establecido en gran parte de Europa al término de la Primera Guerra Mundial se desplomaron. Sus sucesores emergieron de acciones de abajo, con la formación de alianzas de obreros y campesinos pobres para alcanzar objetivos de liberación nacional y de reformas sociales radicales: metas que la burguesía local y los terratenientes no habían podido ni querido apoyar. Las clases dominantes esperaron al ejército de los aliados para derrotar a los nazis y restaurar su poder, mientras colaboraban activamente o mostraban pasividad ante las tropas invasoras. Pero el grueso de la población de los países ocupados prefirió luchar, y de esta forma tomar parte activa en la remodelación de Europa después de la guerra. Conforme la resistencia antifascista se iba fortaleciendo, también aumentaba la propensión, por parte de la clase dominante, a colaborar con los nazis. En 1943, la división social, más que la nacional, se hizo permanente y la guerra adquirió una dinámica revolucionaria dirigida no sólo contra el retorno del antiguo orden sino, también, contra cualquier reforma del mismo.

El caso de Yugoslavia lo demuestra muy claramente. A las pocas semanas (por no decir días) de la invasión, la monarquía, la burguesía y el ejército regular fueron miserablemente aplastados. Lo que le esperaba a la población fue anunciado por un bombardeo a gran escala de la ciudad abierta de Belgrado, aun antes de que la guerra fuera declarada oficialmente. Esta fue una medida —a la que siguieron muchas otras, empezando con el propósito de borrar el país del mapa de Europa— tomada para castigar e intimidar a la población por el «crimen» de oponerse a la adhesión de Yugoslavia al Eje. Pero la reacción fue totalmente imprevista. Miles de yugoslavos se alzaron para

**64** Por ejemplo, Hitler inicialmente pensó que podía controlar Yugoslavia con dos divisiones, mientras que, de acuerdo con los informes de las oficinas centrales del Ejército Alemán, fueron finalmente quince las que se emplearon contra los guerrilleros. El número de las divisiones comprometidas contra el movimiento de guerrilleros rusos, polacos e italianos fue por lo menos idéntico.

resistir a los ejércitos de ocupación y a sus colaboradores nacionales. Lo que comenzó como una guerra de liberación nacional, pronto adquirió el carácter de una revolución social, cuyo desarrollo estaría garantizado por la creación de un ejército guerrillero que a finales de 1945 llegaba a medio millón de hombres y mujeres. Siete ofensivas concentradas y sucesivas por parte de uno de los ejércitos más poderosos del mundo no pudieron acabar con esa resistencia.

Inicialmente, la resistencia en Grecia fue también una reacción espontánea a la ocupación fascista. La forma organizada que adoptó pronto —el Frente de Liberación Nacional (EAM), impulsado pero no controlado por el Partido Comunista Griego— tenía políticamente una base más amplia que en Yugoslavia y contaba con un ejército más numeroso. Su objetivo original era la reforma radical del orden político (incluida la abolición de la monarquía profascista), pero conforme se desarrollaba la lucha, el EAM viró firmemente a la izquierda. Al igual que en Yugoslavia, esto causó una fuerte polarización social, que el Partido Comunista Griego, conscientemente reformista y muy obediente al dictado soviético, se negó a reconocer y a abordar. La decisión de no resistir con las armas (hasta que fue demasiado tarde) a las fuerzas expedicionarias británicas mandadas (con apoyo de EE UU) para restaurar el orden de preguerra, y la creencia, fundada tan solo en la fe, de que los aliados respetarían los derechos democráticos del pueblo griego hicieron que la heroica lucha de cientos de miles de obreros y campesinos griegos organizados en el Ejército de Liberación del Pueblo (ELAS) acabara siendo reprimida por el terror contrarrevolucionario desencadenado contra ellos por parte de los aliados occidentales.

Un fermento radical similar y procedente de la base se encontraría, en distintos grados, no sólo en los países ocupados, sino también en aquellos que se habían implicado en la guerra del lado de Alemania. Italia, la primera potencia del Eje que se rindió a los aliados, constituye un notable ejemplo de la energía con que las masas se lanzaron a la lucha por destruir el Estado fascista y de la determinación de los aliados de resistir cualquier impulso revolucionario.

El mayor temor de los aliados era el crecimiento espectacular de la resistencia en el norte (todavía bajo ocupación

alemana), donde se hallaban los principales centros industriales del país<sup>65</sup>. La regeneración del movimiento obrero a partir de finales de 1943 dio lugar a toda una serie de huelgas en las ciudades del norte, en las que participaron cerca de un millón de obreros y que duró, en el caso de Turín, ocho días. Como sucedió en Austria entre 1934 y 1938, el éxito de la movilización de la clase trabajadora demostró que, cuando esta clase recobra la confianza en sí misma y adquiere una perspectiva política a medio plazo, es muy capaz de organizarse clandestinamente a gran escala.

¿Habría sido posible en Alemania un acontecimiento similar a los ocurridos en el sur de la Europa ocupada y en Italia —levantamientos a gran escala bajo una dirección de izquierda— si el terror masivo no hubiera diezmando una parte importante del núcleo superviviente del movimiento obrero alemán después del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, y si los bombardeos no hubieran destruido gran parte de la infraestructura de la sociedad civil industrial en la segunda parte de ese año?<sup>66</sup> Por toda una serie de razones se puede decir que este habría sido el caso. Después de todo, los obreros alemanes habían conservado una elemental conciencia de clase en cuestiones económicas, al menos durante la guerra. Los informes del servicio secreto de las SS citados en la nota 4 («Meldungen aus dem Reich») mencionan frecuentes protestas obreras cada vez que se producían recortes salariales. Con motivo de la movilización de la «guerra total» de

**65** Sobre la escala del movimiento de resistencia italiano en 1943-1945, véase, entre otros: Paolo Spriano, *Storia del partito comunista italiano*, Einaudi, Turín, 1967; Roberto Battaglia, *Storia della resistenza italiana*, Einaudi, Turín, 1964; Battaglia y Garritano, *Breve storia della resistenza italiana*, Vallecchi, Florencia, 1974.

**66** Los devastadores bombardeos de ciudades como Dresde, Hamburgo, Colonia y Tokio, que causaron más muertes que las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki, fueron un crimen contra la humanidad. Pero este juicio solo pueden hacerlo, por supuesto, quienes no compartieron la responsabilidad moral por los máquimas de la muerte alemanas y japonesas. Para los generales y líderes alemanes y japoneses del momento, protestar contra tales bombardeos mientras olvidaban sus propios actos criminales, era una descarada hipocresía. ¿Acaso las instrucciones de guerra del Führer no exigían la destrucción de Kiev (una ciudad más grande que Dresde), con todos sus habitantes, y la devastación de Leningrado (ciudad más grande que Hamburgo)?

Goebbels de 1943, que comportó la sustitución de gran parte de los obreros por mujeres trabajadoras en la industria, los patronos aprovecharon la ocasión para rebajar los salarios un veinte por ciento: tanto hombres como mujeres protestaron vigorosamente. De acuerdo con Ludolf Herbst, «hacia finales de 1943 se produjo una diferenciación de clase en el seno de la población. Quedó claro que las clases alta y media depositaron sus esperanzas especialmente en los estadounidenses y los británicos, mientras que los obreros tenían, como poco, menos miedo a los soviéticos»<sup>67</sup>.

El grado de resistencia a los nazis en la propia Alemania ha sido subestimado sistemáticamente por parte de los historiadores. Entre febrero de 1933 y septiembre de 1939, 225.000 hombres y mujeres fueron condenados por los tribunales nazis por razones políticas. A esta cifra hay que añadir los prisioneros encerrados sin juicio previo en los campos de concentración, que en un informe secreto de la Gestapo superaban en una fecha concreta, a la sazón el 10 de abril de 1939, en más del 50% al número de condenados por razones políticas: 162.734 frente a 112.432. Había otros 27.369 prisioneros más acusados oficialmente de algún delito político pero todavía no condenados<sup>68</sup>. Así que no sería exagerado cifrar entre 400.000 y 600.000 (dependiendo del trasvase de prisioneros en los campos de concentración) el número de alemanes arrestados por oponerse a los nazis desde el día en que éstos tomaron el poder hasta el comienzo de la guerra. Durante la conflagración, las cifras aumentaron. En la primavera de 1943, los campos de concentración recibieron a unos 200.000 alemanes, muchos de ellos moribundos. Solo entre el 1 de enero y el 30 de junio de 1944 (antes del terror masivo desencadenado a raíz del atentado contra Hitler) fueron arrestados 30.000 ciudadanos por razones políticas, más otros 6.000 calificados de «criminales»<sup>69</sup>.

<sup>67</sup> Ludolf Herbst, *Der Totale Krieg und die Ordnung der Wirtschaft*, Deutsche Verlags-Anstalt, Stuttgart, 1982, p. 237.

<sup>68</sup> Gunther Weisenborn, *Der lautlose Aufstand*, Rowohlt, Hamburgo, 1962, p. 30.

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 133-34. Estas cifras fueron tomadas de un informe oficial remitido a Thierack, ministro de Justicia nazi, reproducido en *Die Lage*, una publicación confidencial distribuida exclusivamente entre los cuadros dirigentes del partido.

(Estas cifras no incluyen a los extranjeros —trabajadores deportados, trabajadores extranjeros «libres», trabajadores esclavizados, prisioneros de guerra, etc.—, también detenidos por razones políticas, cuyo número dobla la cifra de los nacionales: en total, durante ese semestre, más de 100.000 fueron hechos prisioneros en Alemania por oponerse al Tercer Reich.) De acuerdo con una estimación estadounidense, en total fueron 1.663.550 las personas encerradas campos de concentración en tiempos del Tercer Reich en Alemania, de las que alrededor de un millón eran nacionales<sup>70</sup>.

Fue el temor a que en Alemania estallara la revolución, tanto como al creciente poder de la Unión Soviética en Europa, lo que llevó a los aliados occidentales a acantonar sus tropas en Francia y Alemania tras la derrota militar de esta última. Como en los casos de Grecia, Italia y Yugoslavia, también en Alemania la influencia de la Unión Soviética en los partidos comunistas era vista como un baluarte potencial frente a la «anarquía» —léase «comunismo»— que acechaba en las filas de los movimientos de resistencia que surgieron con toda su fuerza en marzo de 1943.

En ese mes, a raíz de una conversación que mantuvieron los gobernantes de EE UU y Gran Bretaña con respecto a la izquierda en Europa, Harry Hopkins (el consejero más cercano de Roosevelt) escribió en un memorándum: «Dije que pensaba que no había consenso entre Gran Bretaña, Rusia y nosotros sobre qué ejércitos ocuparían qué zonas y qué clase de administración debería desarrollarse [en las zonas ocupadas]. Dije que a menos que actuáramos con prontitud y firmeza, sucedería una de dos cosas: o Alemania se volvería comunista o se establecería un Estado anárquico; que realmente lo mismo podría suceder en cualquiera de los países de Europa, así como en Italia [...] Obviamente, la cosa será mucho más simple [que un acuerdo formal con los rusos] si los ejércitos británico y estadounidense tienen una presencia masiva en Francia y Alemania en el momento de la caída, pero debemos trazar un plan (con los británicos y

<sup>70</sup> Eugene Kogon, *The Theory and Practice of Hell*, Berkley Publishing Corp., Nueva York, 1960, p. 251.

los rusos) en caso de que Alemania caiga antes de que lleguemos a Francia»<sup>71</sup>.

Stalin también consideró que la ocupación por parte de los aliados occidentales era un arma contra la «anarquía», según se desprende del informe de Eden a Churchill, en el que relata sus conversaciones con él en marzo de 1943. Stalin, señaló Eden, también quería que se abriera un segundo frente en Europa por razones políticas, ya que: «Si Alemania caía, él no deseaba asumir toda la responsabilidad por lo que sucediera en ese país o en el resto de Europa, y consideraba que la política exterior rusa defendía la presencia masiva de tropas británicas y estadounidenses en este continente en el momento de la caída alemana. Eden manifestó esto como su opinión personal y dijo que estaba seguro de que en diversos sectores rusos prevalecía una opinión diferente, pero que él pensaba que había reflejado la posición de Stalin»<sup>72</sup>.

En el escenario político de Asia también pasó a predominar la tendencia a la confluencia de la lucha social y antiimperialista —esta vez dirigida tanto contra los ejércitos invasores como contra las potencias coloniales de Europa Occidental— en el periodo bélico, especialmente en China y en el sudeste, donde unas fuerzas sociales incontrolables e impredecibles obstaculizaron cada vez más los planes imperialistas para la región.

Un factor determinante del futuro de Asia era la creciente resistencia a la agresión japonesa por parte de millones de campesinos pobres o expulsados de sus tierras y habitantes urbanos hambrientos de las ciudades del norte y centro de China<sup>73</sup>. El ejército imperial japonés ocupó los puertos chinos, controló todos los nudos ferroviarios, tomó la mayoría de las ciudades importantes, instauró una administración estable en las zonas ocupadas e intimidó al régimen de Chiang Kai-shek obligándole a aceptar pasivamente el gobierno de Tokio sobre gran parte del país. En realidad, la guerra debería

**71** Documentos del Departamento de Estado de EE UU, Ministerio de Asuntos Exteriores de Estados Unidos, 1943, v. 3, p. 26.

**72** Robert E. Sherwood, op. cit., pp. 711 -712

**73** Sobre el movimiento de resistencia chino, véase Israel Epstein, *Unfinished Revolution*, Boston, 1947; Jean Chesneaux, *Movimientos campesinos en China. (1840-1949)*, Madrid, Siglo XXI, 1982.

haber terminado: eso era lo que esperaban ansiosamente el Alto Mando del ejército y el gobierno de Tokio, mes tras mes, año tras año. Pero la guerra no desapareció con las tropas de Chiang, sino todo lo contrario. La intolerable explotación y las humillaciones por parte de los imperialistas extranjeros habían despertado al «gigante dormido» de Asia: el pueblo chino. Se desarrolló una resistencia espontánea y la brutal respuesta japonesa sólo logró transformarla en un vasto ejército guerrillero<sup>74</sup>. Esta respuesta no estuvo dirigida por la burguesía china, que cada vez le temía más. En su lugar, fue el Partido Comunista de China el que encabezó la lucha nacional por la supervivencia.

Chiang y sus cohortes contemplaban con creciente preocupación la fuerza que adquiriría esta alianza liderada por los comunistas. Los japoneses, en cambio, eran para ellos un problema secundario que se resolvería en cualquier caso con una victoria militar de EE UU. A su vez, EE UU vio cómo se estaba gastando ingentes sumas de dinero en un aliado que no tenía intención de luchar, pero que al mismo tiempo era —desde el punto de vista de los intereses estadounidenses a largo plazo en China— cada vez más difícil de reemplazar por una alternativa de derechas adecuada. La política de EE UU en China se topó así con la misma contradicción fundamental con que se encontró Gran Bretaña en los Balcanes, causada por la creciente imbricación de las guerras de liberación nacional y las luchas de clases. Cuanto más organizadas estaban las masas, tanto más aumentaba la presión a favor del cambio revolucionario y, en consecuencia, tanto menos dispuesta estaba la clase dominante para luchar contra los invasores. Las tropas del Kuomintang, en cambio, se reservaban para la prueba de fuerza final con el Ejército de Liberación Popular. Por otro lado, cuanto menos combatía Chiang a los japoneses, tanto más se convertía el Ejército de Liberación Popular en el centro de la lucha de liberación nacional y tanto más se inclinaba el fiel de la balanza a favor de la revolución<sup>75</sup>.

<sup>74</sup> En 1942, el general japonés Okamura proclamó oficialmente la doctrina de *Senko Seisaku* o «de los tres todos»: quemar todo, maten todo, destruyan todo.

<sup>75</sup> Algo muy similar ocurrió en Yugoslavia, donde ya en 1941 los *chetniks* bajo el mando de Mihajlovi (reconocido en su momento como un ejército alia-

Esta aceleración de las contradicciones políticas y sociales a causa de la guerra no se limitaba a China. Hubo reacciones y levantamientos similares, que ni Washington, Londres o Vichy (más tarde París) habían previsto, por parte de poblaciones que ya habían padecido las condiciones inhumanas impuestas por el imperialismo occidental. En Filipinas, las hostilidades de la Segunda Guerra Mundial se combinaron con una guerra civil que se remontaba a los años treinta. La resistencia contra la ocupación japonesa, encabezada principalmente por comunistas, llegó a tener un ejército de 100.000 hombres que controlaban gran parte del archipiélago. El retorno de las tropas estadounidenses marcó el principio de una contrarrevolución, y desde entonces la guerra civil ha continuado con ritmos desiguales hasta nuestros días<sup>76</sup>.

Mientras las masas filipinas combatían a gran escala a los ejércitos japoneses, los indonesios, durante siglos explotados y reprimidos por el imperialismo neerlandés, recibían a las tropas invasoras en 1942 como libertadores, para sorpresa de muchos, incluidos los mismos japoneses. En los años que siguieron a la derrota de Japón comenzó una movilización antiimperialista que, con el apoyo tácito de EE UU, puso fin al imperio neerlandés. Mientras tanto, el movimiento de resistencia de Indochina peleaba tenazmente contra todos los proyectos de «normalización» colonial de la postguerra emprendidos por los británicos, chinos nacionalistas, franceses y, mucho después, por las

do) decidieron que la principal amenaza eran los comunistas en lugar de los alemanes. Dado el infame intento de muchos historiadores occidentales, e incluso de algunos yugoslavos, por ejemplo de Veselin Djuretic, de rehabilitar a Mihajlović, es necesario reafirmar que no hay duda de que los *chetniks* colaboraron activamente con los fascistas nazis e italianos; para probar esto basta consultar documentos oficiales alemanes como *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, i. e.: v. 5, pp. 98-99, 168-171 y v. 7, pp. 637-640, 706-707.

**76** El movimiento Hukbalahap asumió la causa de la reforma de la tierra durante la administración de Quirino (1948-1953); fueron atacados militarmente a finales de 1945. Véase R. A. E Smith, *Philippine Freedom, 1946-1958*, Columbia University Press, Nueva York, 1959; Benedikt J. Kerkvliet, *The Huk Rebellion*, University of California Press, Quezon City, 1979; William J. Pomeroy, *El Bosque: un diario personal de la lucha de la guerrilla de los Huks en las Filipinas*, Venceremos, La Habana, 1975; Renato Constantino, *A History of the Philippines*, Monthly Review Press, Nueva York, 1975.



fuerzas estadounidenses, en conjunción con la clase dominante local. Para los indochinos, la guerra no terminó en 1945, sino que continuó hasta mediados de los años setenta: su lucha (que duró cerca de 35 años) dirigida sucesivamente contra Japón, Francia y EE UU, no tiene parangón en la historia contemporánea. Dado su relativo aislamiento, los tremendos sacrificios que impuso a la población y la consecuente destrucción humana y material resultaron mucho más penosos (calamitosos en Kampuchea) de lo que hubiera sido de esperar o desear. La estrategia viciosa del bloqueo político y económico dirigida contra Vietnam, en particular a partir de 1975 por EE UU, contribuyó en gran medida a amargar los frutos de la victoria. La lucha tenaz y heroica de los vietnamitas sigue considerándose un monumento a la fuerza de las aspiraciones populares y a la resistencia militar, capaz de acabar como es debido con la arrogancia y presunción imperiales. En Vietnam, al igual que en China, la violenta intrusión de la guerra de clase en el conflicto interimperialista se confirmó como un fenómeno transcontinental en la Segunda Guerra Mundial.

En India, la resistencia de las masas contra la presencia colonial británica también persistió durante la guerra, a pesar de todos los halagos de la ideología «antifascista» propagados frente a las luchas populares autónomas por parte del Partido Laborista Británico y el Partido Comunista de la India (un partido que, a diferencia de los de China o Vietnam, destacó por su obediencia servil a Moscú). Fuera de la zona de guerra japonesa, el conflicto igualmente dio un poderoso ímpetu a los sentimientos antiimperialistas y a la resistencia organizada, por ejemplo, entre crecientes sectores de las masas árabes, especialmente en Egipto y Argelia. El 8 de mayo de 1945 hubo grandes manifestaciones en Sétif en favor de la independencia argelina, seguida de una masacre causada por el ejército colonial: de acuerdo con las fuentes nacionalistas, la represión causó cerca de 40.000 muertos. ¡El Partido Comunista Francés, absolutamente comprometido en su luna de miel de colaboración de clase, con Maurice Thorez encargado de la vicepresidencia en el gabinete de De Gaulle, se comportó escandalosamente, llegando al extremo de encubrir la represión llamando nazi al gobierno nacionalista argelino! Una represión colonial similar fue la que emprendió el gobierno

de De Gaulle-Thorez-Ramadier contra los movimientos nacionales sirio y libanés en mayo-junio de 1945. A pesar de que los imperialistas franceses y británicos lograron imponer de nuevo temporalmente su gobierno, la radicalización política de la pequeña burguesía urbana (en Egipto, los jóvenes oficiales) iba a conducir, una década más tarde, al fenómeno del nasserismo y al inicio de la revolución argelina.

Las burguesías imperialistas; las burguesías de los países independientes, coloniales y semicoloniales; las clases profesionales y la inteligentsia; las pequeñas burguesías urbana y rural; la clase trabajadora; la clase terrateniente; el campesinado pobre y desposeído, todas estas clases y fracciones de clases, grandes y pequeñas, organizadas en Estados y ejércitos, partidos, organizaciones profesionales y movimientos, se implicaron voluntaria o forzosamente en el cataclismo de una guerra que empezó como una lucha interimperialista por el poder mundial. Dada la participación de esta multitud de fuerzas sociales mutuamente antagónicas, ¿cómo hemos de caracterizar a la Segunda Guerra Mundial?

A finales de 1945, la guerra ya no solo era transcontinental, sino también un asunto de muchas facetas que comprendía: lucha de clases revolucionaria desde abajo; revolución desde arriba; movimientos de liberación nacional bajo liderazgos burgueses y proletario; reforma del antiguo orden y contrarrevolución violenta. El resultado exacto de cada instancia dependía de la fuerza y madurez de los liderazgos de clase, del grado de importancia que los vencedores atribuyeran a un país o región determinados y de su habilidad para imponer acuerdos políticos.

Teniendo esto en mente, el carácter global de la Segunda Guerra Mundial debe entenderse como una combinación de cinco conflictos diferentes:

1. Una guerra interimperialista por la hegemonía mundial y ganada por EE UU (aunque su dominio se vería territorialmente truncado por la extensión del sector no capitalista en Europa y Asia).
2. Una guerra justa de autodefensa de la Unión Soviética contra un intento imperialista de colonizar el país y destruir los logros de la Revolución de 1917.
3. Una guerra justa del pueblo chino contra el imperialismo que se transformaría en una revolución socialista.

4. Una guerra justa de los pueblos coloniales asiáticos contra varias potencias militares y por la liberación nacional y la soberanía, que en algunos casos (por ejemplo, Indochina) se mezcló con una revolución socialista.

5. Una guerra justa de liberación nacional llevada a cabo por las poblaciones de los países ocupados de Europa, que se transformaría en revolución socialista (Yugoslavia y Albania) o en guerra civil abierta (Grecia, Norte de Italia). En el Este de Europa, el antiguo orden se derrumbó bajo la doble presión desigual de las aspiraciones populares y la acción burocrático-militar soviética, mientras que en la parte occidental y meridional se restauró el orden burgués —a menudo contra los deseos de las masas— con ayuda de las tropas aliadas occidentales.

Por «guerras justas» se entienden guerras que *tuvieron* que librarse y que los revolucionarios apoyaron entonces como lo siguen haciendo ahora. Esta caracterización anula la ambigüedad política de la fórmula según la cual las fuerzas activas en la guerra se dividen en «fascistas» o «antifascistas», una división basada en la noción de que las formas de imperialismo alemana, italiana y japonesa debían combatirse —por su naturaleza específica— en alianza con las clases dominantes de Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia, etc. La política de «alianza antifascista», cualquiera que sea el significado semántico de las palabras involucradas, equivale en realidad a la sistemática colaboración de clases: los partidos políticos, y especialmente los partidos comunistas que sostenían que los estados imperialistas occidentales estaban haciendo una guerra justa contra el nazismo, acabaron formando gobiernos de coalición después de 1945, donde participaron activamente en la reconstrucción del Estado burgués y la economía capitalista. Además, esta interpretación incorrecta del carácter de la intervención de los Estados occidentales en la guerra llevó a una traición sistemática de las luchas antiimperialistas de los «pueblos coloniales», sin mencionar la contrarrevolución en Grecia.

## 4 Recursos

Las guerras mundiales son fruto de la tendencia general del imperialismo al expansionismo agresivo. Pero también tienen una causa más específica. Se derivan de los efectos de la ley del desarrollo desigual, es decir, de la contradicción entre la tendencia del equilibrio industrial-financiero de las fuerzas imperialistas a experimentar modificaciones periódicas (a raíz del ascenso repentino de clases burguesas específicas cuyo desarrollo se había retrasado) y la tendencia de la división del mundo en esferas de influencia a permanecer estancada durante un periodo más prolongado. Esta última división queda reflejada en la acumulación militar-naval, en las alianzas internacionales y el comercio preferencial y en los sistemas monetario y aduanero, que cambian mucho más lentamente que la relación de fuerzas industrial-financiera.

Hillman cifra del modo siguiente el porcentaje de las diferentes grandes potencias en la producción industrial mundial en vísperas de la Segunda Guerra Mundial<sup>77</sup>.

	1937	1938
EE UU	35,1	28,7*
URSS	14,1	17,6
Gran Bretaña	9,4	9,2
Francia	4,5	4,5
Alemania	11,4	13,2
Italia	2,7	2,9
Japón	3,5	3,8

\* (declive porcentual debido a la crisis económica iniciada en 1938)

<sup>77</sup> H.C. Hillman, «Comparative Strength of the Great Powers», en Toynbee y Ashton-Gwatkin, eds., *Survey of International Affairs, 1939-46: The World in March 1939*, Oxford University Press, Londres, 1952.

Hillman calcula la participación de estas potencias en lo que él llama el «potencial de la economía mundial de armamentos» en 1937:

EE UU	41,7
URSS	14,0
Gran Bretaña	10,2
Francia	4,2
Alemania	14,4
Italia	2,5
Japón	3,5

Si uno sitúa estos porcentajes en el mapamundi, la incongruencia es sorprendente. A fin de cuentas, es el equilibrio de fuerzas industrial-financiero, en unión con el peso de los factores político-sociales, el que decide el resultado de cualquier conflicto para una nueva división del mundo en imperios coloniales y/o esferas de influencia imperialistas. Las guerras son precisamente un mecanismo para ajustar o adaptar el equilibrio de fuerzas militar y político al nuevo equilibrio industrial-financiero, a través de la victoria (total o parcial) de unas potencias y de la derrota (total o parcial) de otras.

Debe quedar establecido desde el principio que lo relevante en el cálculo de los diversos recursos económicos de las potencias no es solamente la capacidad productiva de sus industrias y el potencial humano disponible (número de hombres y mujeres susceptibles de ser obligados a trabajar en la producción) en un sentido puramente cuantitativo. Utilizamos la expresión «potencial industrial-financiero» en lugar de «potencial industrial» porque es importante, en particular, incluir el oro y las reservas de divisas, mediante las cuales pueden complementarse los recursos nacionales con los importados de otros países. Por lo tanto, la expresión implica un grado de «solidez» de la moneda nacional, es decir, su convertibilidad en oro o moneda extranjera «sólida». Esto también implica la capacidad física para transportar bienes adquiridos en otros países a un lugar deseado por una determinada potencia beligerante<sup>78</sup>.

<sup>78</sup> A pesar de sus desvaríos demagógicos contra la «plutocracia», los líderes nazis tenían una veneración casi mística por el oro, por la razón práctica de

Al mismo tiempo, la fórmula «potencial industrial-financiero» incluye el grado de instrucción, cualificación y cultura de una determinada fuerza de trabajo. Junto con el oro y las reservas de divisas, éste es uno de los fondos de reserva clave de una potencia industrial contemporánea, y no se puede eliminar a base de bombardeos, como descubrieron para su desgracia Alemania, Gran Bretaña y EE UU. Es tan difícil destruir el potencial humano cualificado de un país grande como destruir el oro. Solo puede eliminarse como factor de fuerza del competidor mediante su completa destrucción física o de su conquista directa.

Por lo que respecta a las materias primas vitales, también es importante distinguir entre las que pueden encontrarse o producirse en el territorio controlado por una determinada potencia y aquellas que esa potencia pueda comprar o integrar físicamente de alguna otra manera en su producción industrial. Alemania producía pocas y requería el acceso a materias primas vitales como petróleo, caucho, mineral de hierro, aluminio, níquel y varios metales raros necesarios para aleaciones indispensables en la fabricación de armas. No obstante, contra lo que muchos estrategas occidentales y de la URSS creyeron, esta escasez no limitó el potencial industrial de Alemania, ni siquiera en la producción de armas, pese a la larga duración de la guerra.

En primer lugar, antes del comienzo de la guerra el complejo militar-industrial alemán se había embarcado en un gigantesco programa de acumulación de reservas de materias primas vitales. En efecto, este había pasado a ser uno de

que lo necesitaban para pagar las materias primas importadas de los países neutrales. De ahí, por ejemplo, que hicieran extraordinarios esfuerzos por recuperar los depósitos de oro de los bancos centrales de Bélgica y Holanda (de aproximadamente 1.600 millones de francos suizos en ese momento) que habían sido desviados hacia la Banque de France en mayo de 1940 y transportados a Dakar después de la caída de Francia. La historia de este intento es novelesca, con caravanas a través del desierto y conspiraciones de espionaje. Ese oro (cuyo valor actual sería de 5.000 millones de dólares) los nazis pudieron comercializarlo sólo con la complicidad del mundo bancario suizo, sobre todo el banco central suizo. Werner Rings, *Raubgold aus Deutschland*, Artemis, Zúrich, 1985.

los aspectos esenciales de los preparativos de guerra<sup>79</sup>. Una vez que esta hubo empezado, y después de la firma del Pacto Molotov-Ribbentrop, llegaron importantes cantidades suplementarias de la propia Unión Soviética, o por mediación de esta<sup>80</sup>. En segundo lugar, el mismo complejo había organizado sistemáticamente la sustitución de ciertas materias primas naturales —de las que sabía que escasearían en caso de una guerra prolongada— por otras químicas (sobre todo petróleo y caucho sintéticos), generalmente extraídas del carbón. Estos preparativos resultaron muy efectivos, a pesar de que los recursos quedaran expuestos a ataques aéreos concentrados. En tercer lugar, la conquista militar y la ocupación durante mucho tiempo de determinados territorios dieron al aparato de guerra alemán acceso a bienes que no podía producir ni tenía la capacidad económica para comprar. Por mencionar un ejemplo: al ocupar Francia, Alemania adquirió una reserva de gasolina natural más grande que toda la producción anual de petróleo sintético en las fábricas alemanas. El Alto Mando alemán y Hitler personalmente estaban obsesionados con este aspecto del saqueo físico directo y en varias ocasiones modificaron las prioridades militares básicas de acuerdo con ese objetivo<sup>81</sup>. En cuarto lugar, la fuerza militar capacitaba a Alemania para chantajear a las potencias neutrales y obligarles a «vender» materias primas, bien a cambio de papel moneda cada vez más devaluado, bien mediante un intercambio de pro-

**79** En agosto de 1936, Hitler redactó un memorándum en el que desarrollaba un plan para la completa autarquía de Alemania en un plazo de cuatro años, en el que se resultaría plenamente «capaz» de conducir la guerra (*kriegsfähig*) en 1939-1940. Reproducido en *Vierteljahrsheft für Zeitgeschichte*, n° 3, 1955, p. 204.

**80** Las exportaciones soviéticas a Alemania en 1940-1941 incluyeron 1.000.000 de toneladas de trigo y petróleo, 100.000 de algodón, 500.000 de mineral de hierro, 300.000 de chatarra y una gran cantidad de platino y manganeso. A los nazis también se les ofreció el uso del sistemas de transporte soviético para importar mercancías de Asia y América Latina. *Nazi-Soviet Relations: Documents from the Archives of the German Foreign Office*, Department of State, Washington, 1948, pp. 83, 109, 200.

**81** El objetivo de la malograda ofensiva del Cáucaso en 1942 era la apropiación de los campos petrolíferos de Bakú. Incluso la campaña de 1941 contra la Unión Soviética estuvo motivada sobre todo por el deseo de apoderarse de la riqueza de Ucrania y el Donéts aún antes de que el Ejército Rojo fuera decisivamente derrotado.

ductos en forma de trueque. Un ejemplo notorio de esto fue el mineral de hierro sueco, pero también cabe mencionar el cromo turco y el wolframio portugués<sup>82</sup>. Henri Michel resumió así la colaboración de Suecia: «De 1940 en adelante, y durante toda la guerra, [Suecia] proporcionó a Alemania virtualmente todo el mineral de hierro que no procesó, es decir, unos 9 millones de toneladas al año. Después de oponerse inicialmente, permitió a la Wehrmacht despachar o retirar tropas y materiales a través de su territorio por ferrocarril o a lo largo de todas sus costas. Entre julio y diciembre de 1940 se movilizaron de esta forma 130.000 hombres en ambos sentidos y en más de 500 vagones. La neutralidad sueca era poco más que una ficción cuando toda una división alemana, con armas y bagajes, viajaba a través de Suecia hasta las líneas finlandesas contra la Unión Soviética, en junio de 1941, o cuando los aviones nazis volaban libremente por su espacio aéreo. No obstante, Suecia trazó una línea que decidió no cruzar: se negó a firmar un tratado político con Alemania y rechazó las propuestas alemanas de integrarse, no solamente *de facto*, sino abiertamente, en el orden económico de la Europa dominada por los nazis. Suecia disfrutó de los beneficios de su política, que estaban lejos de ser despreciables: se le permitió comprar carbón alemán tres veces más barato que en Suiza; y si sufrió pérdidas económicas por culpa del Tercer Reich, como le pasó al resto de Europa, en su caso fueron muy moderadas»<sup>83</sup>.

Por medio de la conquista, Alemania impuso el mismo «sistema de compensación» a los propietarios de grandes fábricas

<sup>82</sup> En 1940, Suecia aportó el 90% de las importaciones alemanas de mineral de hierro y el 45% del consumo total del hierro de Alemania. El manganeso y el níquel habían sido almacenados de tal forma que a principios de la guerra las reservas de manganeso eran suficientes para quince o veinte meses y las reservas de níquel para seis meses. Los envíos soviéticos durante el pacto Hitler-Stalin y el posterior saqueo de recursos soviéticos, junto con los pequeños envíos de Eslovaquia, mantuvieron estables las reservas de manganeso hasta el final de la guerra. El níquel vino de la mina de Petsamo, en Finlandia, hasta 1944. El plomo fue importado de Turquía hasta 1943, luego de los Balcanes. El 63% de las necesidades alemanas de wolframio se cubrieron con importaciones desde España y Portugal. Alan S. Milward, *Der Zweite Weltkrieg: Krieg, Wirtschaft und Gesellschaft, 1939-1945*, Deutsche Taschenbuch, Múnich, 1977, pp. 335-37.

<sup>83</sup> Henri Michel, *La Seconde guerre mondiale*, PUF, París, 1968, pp. 332-333.



en Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega y, más tarde, Italia, donde las fábricas trabajaban a tiempo completo para la industria de guerra alemana, mientras los países ocupados recibían cada vez menos «valor real» a cambio de sus suministros<sup>84</sup>. En Checoslovaquia, Yugoslavia y Polonia, la industria fue confiscada directamente en la mayoría de los casos, como sucedió también en los territorios ocupados de la Unión Soviética.

En cuanto a Japón, el objetivo esencial de la ofensiva de 1941-1942 residía en obtener las materias primas (petróleo y bauxita de Indonesia, caucho y estaño de Malasia, arroz de Indochina, Tailandia y Birmania) con que crear una gran reserva estable de recursos necesarios para una larga guerra contra China, EE UU y Gran Bretaña. El consecuente transporte de esos recursos a Japón impuso que mantener abiertas las rutas marítimas entre Singapur y Yokohama/Kobe se convirtiera en el objetivo militar clave del imperialismo japonés.

Aunque hay que tener en cuenta todas estas consideraciones a la hora de juzgar el equilibrio de fuerzas industrial-financieras en su conjunto, es la capacidad productiva básica de un país —su industria, agricultura y transporte— la que indica más fielmente el potencial económico del mismo. Y en este terreno entran en juego las leyes de la reproducción. No hay forma de producir tanques con fusiles o aviones con depósitos de municiones. Para fabricar tanques y aviones se necesitan máquinas-herramienta, acero y aluminio; y para producir estos materiales se necesitan otras máquinas-herramienta, mineral de hierro, coque, bauxita, petróleo o carbón. Una vez forzados —a fin de cuentas debido a la falta global de capacidad industrial y/o de materias primas— a producir menos máquinas-herramienta,

**84** El sistema de compensación significaba que Alemania no tenía que pagar el déficit de su balanza de pagos en moneda extranjera; a las empresas exportadoras de los socios comerciales se les pagó en moneda nacional. Los saldos, con una tasa de intercambio favorable al Reich, se compensaban con importaciones de Alemania. Pero cuanto más se transformaba la economía alemana en una economía de guerra, tanto menos mercancías tenía disponible para la exportación y tanto más se asemejaba el sistema de compensación a un saqueo directo, las importaciones alemanas eran «compensadas» con pagarés de la deuda externa.

menos acero o menos carbón, inevitablemente se acabará fabricando cada vez menos fusiles y aviones.

La ley de la reproducción no se aplica solamente al dominio de los medios de producción. También se aplica al campo de los bienes de consumo. Los artículos de primera necesidad son indispensables para la reproducción de la fuerza de trabajo humana, es decir, son medios de producción indirectos. Sin una aportación normal de calorías, la producción de tanques, fusiles y aviones por la mano de obra decaerá paulatinamente. La fórmula de Goering de «fusiles en vez de mantequilla» solo tiene sentido a corto plazo. A la larga no se pueden fabricar suficientes armas sin mantequilla suficiente. Sin una capacidad productiva *global* dada (y que crezca continuamente), cualquier potencia industrial que se embarque en la producción de armamentos a gran escala acabará reduciendo la producción civil, que a su vez recortará la base material de cualquier expansión adicional de la misma industria de guerra.

Los intentos por parte de la ciencia académica de definir con mayor precisión el concepto de «potencial de guerra» suelen adolecer de una comprensión insuficiente de la dinámica de las leyes de la reproducción. Nicholas Kaldor, por ejemplo, escribe: «El potencial de guerra de cualquier país debe venir determinado al menos por uno de los siguientes cuatro factores: los bienes de equipo de su industria, la mano de obra disponible, el abastecimiento de materias primas y, finalmente, la capacidad y aptitud de sus gestores industriales, ingenieros y técnicos... Los límites finales del potencial de guerra de un país vienen dados simplemente por la cantidad y la cualificación de su mano de obra, por la riqueza en minerales de los territorios que están bajo su control o con las que comercia»<sup>85</sup>. Las fórmulas de Milward adolecen del mismo defecto. Propone una fórmula según la cual el potencial de guerra es igual a  $p + r + S + e^* - f$ , en la que  $p$  representa el Producto Nacional Bruto,  $r$  la reserva de la economía,  $S$  los ahorros derivados de la reducción de las inversiones de reemplazo comparadas con las realizadas en tiempos de paz,  $e^*$ , y  $f$  la menor eficiencia a resultas de una administración menos

<sup>85</sup> Nicholas Kaldor, «The German War Economy», documento leído en la Sociedad de Estadística de Manchester el 22 de mayo de 1946.

competente. Ni siquiera tiene en cuenta la pérdida de productividad del trabajo, como tampoco las proporciones precisas en que hay que dividir el Producto Nacional Bruto con el fin de permitir una expansión de la producción de armamentos en un determinado periodo de tiempo<sup>86</sup>.

El problema del potencial humano requerido tanto para un crecimiento monstruoso de las fuerzas armadas como para la industria capaz de abastecerlas de un flujo regular de armas cada vez más sofisticadas, se convirtió en un creciente factor de crisis y en una cuestión de elecciones agónicas para todas las principales potencias durante la Segunda Guerra Mundial, con la excepción de EE UU. (Y aun en ese país, debido en parte a la afluencia masiva de aparceros negros sureños a las ciudades industriales del norte, causó trastornos graves y duraderos en la estructura social.) Entre mayo de 1939 y septiembre de 1944, la fuerza de trabajo empleada en la economía alemana descendió de 39 a 28 millones, de los que más de la mitad del total final eran mujeres. Al mismo tiempo, el número de trabajadores extranjeros y prisioneros empleados en la economía ascendió de 300.000 a 7,5 millones. Así los nazis, que habían anunciado su deseo de «limpiar» Alemania de «razas inferiores», importaron diez veces más de los llamados *Untermenschen* que el número de judíos y gitanos que mataron en los campos de concentración: las necesidades económicas se impusieron a la obsesión racista con una lógica implacable.

El saldo de la interacción de todos los recursos humanos y materiales enumerados (incluidos los llamados recursos sociales y morales) que se requieren para conducir una guerra de larga duración aparece resumido en las cifras elaboradas por el autor alemán Dieter Petzina<sup>87</sup>.

<sup>86</sup> Milward, pp. 41-42.

<sup>87</sup> Dieter Petzina, *Die Deutsche Wirtschaft in der Zwischenkriegszeit*, Steiner, Wiesbaden, 1977, p. 151.

**Producción de armas**

(miles de millones de dólares de 1944)

	1939	1940	1941	1942
Alemania	3,4	6,0	6,0	13,8
Gran Bretaña	1,0	3,5	6,5	11,1
URSS	3,3	5,0	8,5	13,9
EE UU	0,6	1,5	4,5	37,5
Japón	0,6	2,0	3,4	4,5

Estas cifras son, en parte, engañosas. Dejan fuera las contribuciones directas francesas e italianas a la industria de guerra alemana (las contribuciones indirectas están incluidas en las cifras de la producción total de Alemania). Ni reflejan las diferencias de calidad de las armas. En particular subestiman el avance industrial de EE UU, que saltó al primer puesto en 1944 (la cifra de este año por lo menos duplica las de Alemania, Francia y Japón juntas). Y ocultan el descenso de la producción de armas soviéticas en la segunda mitad de 1941<sup>88</sup>. Sin embargo, reflejan claramente la relación de fuerzas básicas. A la luz de esto puede verse que no había forma en que Alemania y Japón pudieran derrotar a la alianza conducida por EE UU ni en medios de guerra ni en toda clase de recursos necesarios.

Cabe deducir alguna conclusión más. El rearme de Alemania a principios de la Segunda Guerra Mundial está gráficamente reflejado en las cifras de 1939-1940, como lo está el atraso de EE UU en su conversión en una economía de guerra.

<sup>88</sup> Según John Erickson, «en noviembre de 1941 la pérdida de 300 fábricas a manos del enemigo despojó al Ejército Rojo de lo que había sido una producción mensual de 8,5 millones de cápsulas para cartuchos, cerca de 3 millones de minas y 2 millones de bombas aéreas. La pérdida de plantas químicas retardó la producción total de explosivos... El desequilibrio entre la producción de cañones y la producción total de municiones aumentaba semana tras semana... La producción total de municiones empezó a descender en agosto y se vino abajo al final del año... La producción de aviones se elevó drásticamente de 1.807 en julio a 2.329 en septiembre, para bajar después a un número catastrófico de 627 en noviembre... Para la segunda mitad de 1941, solo se puso en marcha un poco más de la mitad de la producción total planeada de tanques» (*The Road to Stalingrad*, op. cit., p. 233). Todas estas cifras fueron tomadas de fuentes oficiales soviéticas, sobre todo del volumen 6 de *Istoriya Velikoi Otechestvennoi Voiny Sovietskogo Soyusa, 1941-1945* [Historia de la gran guerra patriótica de la Unión Soviética], Moscú, 1960.

El tremendo esfuerzo productivo de Gran Bretaña después de Dunkerque está también claramente descrito; en efecto, superó la producción de armas alemanas en 1941. Y el enorme esfuerzo alemán por alcanzar la creciente producción total de sus enemigos dio mejores resultados de lo que en general se supone. Pero lo más sorprendente es el fuerte aumento de la producción de guerra soviética entre 1941 y 1943 (las cifras de 1944 son aún mayores) a pesar de la captura, por parte de los nazis, de más del cuarenta por ciento de los recursos industriales soviéticos con la ocupación de Bielorrusia, Ucrania, la cuenca del Donéts y la destrucción de las fábricas de Leningrado y Stalingrado. Así, a pesar de que en el verano y otoño de 1941 se desplomara dramáticamente toda la producción industrial soviética, llegando a su nivel más bajo en diciembre de ese año, se recobró con una rapidez tal que ningún observador extranjero hubiera pensado posible, demostrando la superioridad económica y social de una economía planificada. Esta asombrosa recuperación se debió a cuatro factores básicos: el desarrollo sistemático de la base industrial en los Urales y otras regiones orientales durante el segundo y tercer plan quinquenal (en junio de 1941 el 39% del acero soviético, el 35% de su carbón y el 25% de su electricidad provinieron del este); el éxito en los dos últimos meses de 1941 del plan de desmantelamiento de instalaciones industriales del oeste de la URSS para transportarlas hacia el este, incluidas 1.360 grandes fábricas; la construcción de 2.250 fábricas nuevas en la parte oriental del país en 1942-1944; y el gran compromiso individual de la clase obrera y de las mujeres campesinas soviéticas de sostener la producción en unas condiciones de privación y destrucción terribles, a veces inhumanas<sup>89</sup>.

En 1942, la balanza de recursos materiales se había inclinado decisivamente en contra de Alemania y Japón, siendo la

<sup>89</sup> En un informe para el *Stavka* en vísperas de la contraofensiva soviética en Stalingrado, los mariscales Vasilevski, y Zhúkov, del Ejército Rojo, alabaron la contribución vital de los trabajadores soviéticos a la ofensiva: «La concentración de fuerzas y abastecimientos vitales es obra del esfuerzo titánico de los trabajadores del transporte ferroviario y fluvial y de aquellos cuyos encargos adicionales ordenados por la GKO, especialmente la expansión de la red de ferrocarriles del área del frente, dieron como resultado una desviación insignificante del itinerario estipulado». Erickson, op. cit., p. 459.

entrada de EE UU el factor crucial, pero de ninguna manera el único. A mediados de 1944, los recursos humanos y materiales de Alemania y Japón sufrieron graves mermas. En Japón, la reproducción se redujo al punto en que la maquinaria operativa fue convertida en chatarra para la fabricación de armas. En Alemania, sectores clave de la economía de guerra quedaron paralizados por los cuellos de botella originados por la escasez de suministros, problema especialmente agudo en la producción de petróleo sintético (en el momento en que los campos petrolíferos de Rumanía ya no estaban disponibles) y en la de rodamientos<sup>90</sup>. Además, se hizo cada vez más imposible mantener las fuerzas armadas y el potencial humano industrial en el nivel acostumbrado. La afluencia de prisioneros y de mano de obra oprimida se detuvo con las sucesivas derrotas militares y la pérdida de territorios ocupados. El patético esfuerzo del *Volkssturm*, con el reclutamiento de escolares y ancianos jubilados, por ejemplo, indica el descenso absoluto de recursos humanos disponibles para el imperialismo alemán. A partir de ese momento, el esfuerzo del Eje en la guerra ya no tenía base material para sostenerla. Ya no era cuestión de evitar la derrota: solo era cuestión de cuánto duraría la agonía.

**90** Los recursos totales disponibles de los productos del petróleo descendieron de un promedio de 10 millones de toneladas en 1941, 1942 y 1943 a cerca de 6 millones de toneladas en 1944. Eichholtz, *Geschichte der deutschen Kriegswirtschaft*, v. II, op. cit., pp. 354-355. Sobrevino una desastrosa escasez de combustible para aviones y blindados. Véase Albert Speer, *Inside the Third Reich: Memoirs*, BBS, Londres, 1970.



## 5 Estrategia

La cuestión de la estrategia en la Segunda Guerra Mundial ha de contemplarse a la luz de la famosa frase de Clausewitz, citada con frecuencia, pero también a menudo malinterpretada: «La guerra es una continuación de la política por otros medios». El problema radica en el término *continuación*. En una guerra, los medios específicamente militares se emplean para alcanzar un determinado objetivo político (más precisamente sociopolítico, económico y de clase). De ahí que el posterior establecimiento de la paz deba medirse no tanto por los daños o las derrotas infligidas al enemigo, sino por el grado de realización del objetivo político.

La definición de estrategia del general David Fraser es más detallada y por tanto más útil: «El arte de la estrategia consiste en determinar el propósito, que es, o debe ser, intrínsecamente político; derivar de ese propósito una serie de objetivos militares; evaluar estos objetivos desde el punto de vista de las necesidades militares que comportan y las condiciones que requerirá probablemente el logro de cada uno de ellos; confrontar los recursos potenciales y disponibles con dichas necesidades; y trazar a partir de este proceso un patrón coherente de prioridades y un plan de acción racional»<sup>91</sup>.

Pero si bien esta definición es útil en la medida en que se centra en la necesidad de fijar prioridades a la luz de los recursos disponibles o potenciales para el logro de un objetivo político central (es decir, establece correctamente la relación dialéctica entre política y guerra), tiene el fallo crucial de dejar de lado los factores determinantes y los imperativos decisivos que rigen el establecimiento de prioridades y, con ello, el uso de los recursos disponibles: la naturaleza de clase del Estado que hace la guerra y por tanto los intereses de clase que en última instancia determinan las consideraciones militares y geopolíticas. La libertad de elección de una clase dominante

<sup>91</sup> David Fraser, *Alanbrooke*, Collins, Londres, 1982, p. 215.



nacional dada viene limitada de modo decisivo por la correlación de fuerzas sociales y materiales.

Respecto de la correlación de fuerzas *social*, Franz Mehring añadió, al comienzo de la Primera Guerra Mundial, nuevos elementos a la fórmula de Clausewitz: «La guerra es un estallido (*Entladung*) de contradicciones históricas que se han agudizado hasta tal punto que no hay disponible ningún otro medio para resolverlas, ya que en una sociedad de clases no hay jueces que puedan dirimir con medios jurídicos o morales los conflictos que habrá que resolver con las armas en una guerra. La guerra es, por lo tanto, un fenómeno político, y no jurídico, moral o penal. La guerra no se conduce para castigar a un enemigo por culpas supuestas o reales, sino para quebrar su resistencia a la imposición de los intereses de uno. La guerra no es una cosa en sí misma, poseedora de su propia meta; forma parte orgánicamente de una política a cuyos supuestos permanece unida y a cuyas necesidades tiene que adaptar sus propios logros. Se ha discutido mucho sobre si es la política exterior la que determina la política interior o viceversa. Cualquiera que sea la opinión a este respecto, las dos están indiscutiblemente vinculadas una a otra: no se puede actuar en el terreno de una sin provocar una reacción en el de la otra. Es posible que se malinterprete esta interrelación, pero esa falta de comprensión no la elimina. Se puede intentar suspender las luchas de clases y de partidos durante una guerra, de grado o por la fuerza, deliberadamente o bajo coacción, pero comoquiera que se haga, estas luchas continuarán aunque solo sea de forma latente. No obstante, por efecto de la guerra, la correlación de fuerzas entre las diferentes clases y partidos cambia notablemente»<sup>92</sup>.

Lenin aceptó la interpretación que hizo Mehring de Clausewitz y, como no podía ser de otra manera, le dio mayor precisión. La Primera Guerra Mundial era «una continuación de la política de las grandes potencias y de las principales clases en su interior». El carácter social de la guerra venía así determinado por la política que la guerra debía continuar, por la clase que conducía la guerra y fijaba sus objetivos. Al analizar las estrategias adoptadas por los Estados combatientes en la

<sup>92</sup> Franz Mehring, «Vom Wesen des Krieges», *Die Neue Zeit* 33 (I), 20/11/1914, reimpresso en *Gesammelte Werke*, Partida 8, Berlín, 1976, p. 291-292.

Segunda Guerra Mundial hay que tener en cuenta, por tanto, que no solo reflejaban las intenciones de la «política exterior» de los Estados nacionales, sino también las luchas de clases y políticas «internas», es decir, entenderlas en su condicionamiento global de clase<sup>93</sup>.

En cuanto a la correlación de fuerzas *material*, lo que puede y pretende hacer el enemigo pesa mucho en cualquier elección racional que haga el gobierno de sus prioridades en el uso de los recursos<sup>94</sup>. La mayoría de las potencias comprometidas en la Segunda Guerra Mundial subestimaron este aspecto de la estrategia, pagando muy caros sus errores.

La historia de las guerras modernas muestra una sucesión habitual de armas predominantemente ofensivas y defensivas. A un conflicto importante dominado por operaciones militares móviles le suele seguir un periodo en que el pensamiento militar se inclina por la defensa. La guerra civil estadounidense y la guerra franco-alemana de 1870-1871 fueron guerras móviles, seguidas por la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial. La invención de la ametralladora, capaz de segar la vida de miles de soldados por hora desde una posición fortificada, prácticamente imposibilitó la guerra ofensiva en 1914-1918. En la Segunda Guerra Mundial, en cambio, el uso de tanques, blindados o artillería montada en camiones, unido a los ataques aéreos sobre puntos débiles de las líneas defensivas, permitió que las estrategias ofensivas volvieran a dominar el pensamiento militar. Después de la Segunda Guerra Mundial, en la guerra convencional el desarrollo de toda una familia de misiles dirigidos, lanzados desde el aire,

**93** Véase «The Collapse of the Second International» y «Socialism and War», en *Collected Works*, v. 21, Moscú, 1964 (ed. cast.: Ed. Salvador Allende, México, 1971, v. 21). Clemente Ancona escribió un excelente ensayo, «L'influenza del Vom Kriege di Clausewitz sul pensiero marxista da Marx a Lenin», en *Revista Storica del Socialismo*, 8, 1965 (ed. cast.: Ancona, Clemente et al., «Clausewitz en el pensamiento marxista», en *Cuadernos de Pasado y Presente*, n° 75, México, 1979). Recalca la enorme deuda de Lenin con Mehring.

**94** Desde este punto de vista, el tratado de la China antigua de Sun Tzu, *El arte de la guerra*, es superior a Clausewitz, puesto que es más dialéctico. Está basado en el aforismo: «Para ganar una guerra, conoce a tu enemigo y concóctete a ti mismo». Véase la nueva traducción de Samuel B. Griffith, Oxford University Press, Oxford, 1963, con prefacio de Liddell Hart.

el suelo o el mar, marca el regreso de la estrategia defensiva. Es natural que siempre haya motivos para orientar la investigación hacia la búsqueda de medios capaces de contrarrestar los efectos de cualquier arma ofensiva o defensiva eficiente. Desde la Primera Guerra Mundial, la labor de investigación y desarrollo científico-tecnológico (I+D) se ha convertido en parte integrante de la actividad de las grandes empresas; al estar muy concentrada, el Estado puede financiarla fácilmente con fines militares. La integración de las necesidades industriales y militares de un determinado Estado nacional favorece a su vez notablemente el desarrollo industrial.

Antes de la Segunda Guerra Mundial, los expertos militares imaginativos —Tujachevsky, Guderian, Fuller, Liddell Hart, De Gaulle, Martell, Swinton, Doumenc— entendían básicamente las implicaciones de la guerra de trincheras de la Primera Guerra Mundial<sup>95</sup>. Para algunos, las lecciones de aquella guerra aconsejaban el establecimiento de una cadena de fuertes inexpugnables basados en artillería pesada: la línea Maginot, la llamada línea Stalin<sup>96</sup> y el sistema de fortificación Eben-Emael/Lieja a lo largo de la parte norte de la frontera belgo-alemana<sup>97</sup>, fueron los prototipos. Frente a ellos, los

**95** Sobre los orígenes de la *Blitzkrieg* basada en tanques, véase Jean Lacouture, *De Gaulle*, Le Seuil, París, 1964, v. I, pp. 225-228 (ed. cast.: Madrid, Tiempo Nuevo, 1969).

**96** La línea Stalin era una combinación discontinua de fortificaciones en Bielorrusia y a lo largo de la frontera de las Repúblicas Bálticas, de unos 400 a 450 km de longitud. De acuerdo con Erickson, consistía esencialmente en «un cinturón de búnkers de unos dos kilómetros de profundidad, con emplazamientos de artillería especialmente reforzados para resistir intensos bombardeos». Tras la ocupación soviética de Ucrania occidental, Bielorrusia oriental y los Estados Bálticos, fue en gran parte desmantelada, sin que se construyera una nueva línea de defensa sólida, lo cual no fue sino otra consecuencia desastrosa del Pacto Hitler-Stalin. Erickson, op. cit., pp. 70-71.

**97** El fuerte Eben-Emael fue construido para que fuera capaz de cubrir con su artillería toda la red de carreteras y ferrocarriles entre Colonia-Aquisgrán, por un lado, y Lieja-Maastricht, por otro, es decir, para impedir el cruce del río Mosa alrededor y al norte de Lieja hasta la frontera holandesa. Fue tomado el primer día de la ofensiva de la *Wehrmacht* en el frente occidental (10 de mayo de 1940) a causa de la debilidad en su perímetro defensivo. La toma del fuerte fue planeada minuciosamente y ensayada muchas veces en un terreno idéntico al de los alrededores del verdadero fuerte. Esta combinación de magnífica planificación estratégica y atención

nuevas estrategias de la guerra móvil afirmaron que una gran potencia de fuego, basada en la combinación de artillería de campaña, bombardeos aéreos y armas blindadas de gran calibre, permitiría que unidades acorazadas concentradas rompieran casi cualquier línea defensiva, cercando y destruyendo un gran número de fuerzas enemigas. Una estrategia ofensiva como esta concentraría sus esfuerzos en los puntos más débiles de las posiciones fortificadas del enemigo que por fuerza existen en cualquier frente de cientos o miles de kilómetros de longitud. Ahora cobraba importancia la *iniciativa en la ofensiva*, reforzada por el ataque sorpresa<sup>98</sup>.

Esta estrategia militar comportó un aumento cualitativo de la importancia de los servicios secretos, empleados por ambos bandos para descubrir los planes del enemigo y ocultar los propios. El engaño deliberado del enemigo se convirtió en todo un arte. En cada punto de inflexión de la guerra, las técnicas de camuflaje y engaño desempeñaron un papel como nunca antes se había visto y probablemente jamás se verá de nuevo<sup>99</sup>.

Lo que para el combate en tierra fue la combinación de carros blindados y bombarderos, en el mar lo fueron los portaaviones y los torpedos. Con el desarrollo de estas armas, los grandes acorazados dejaron de ser útiles. Los torpedos lanzados por aviones catapultados desde un portaaviones podían infligir graves daños a cualquier acorazado o crucero pesado. La armada británica, que los utilizó con acierto contra la flota italiana en el Mediterráneo en la batalla de Matapán en noviembre de 1940, se convirtió por la misma razón en víctima

al más mínimo detalle es una característica de las operaciones de la guerra móvil de la Segunda Guerra Mundial.

**98** Habiendo demostrado entre 1939 y 1941 la incapacidad de sus enemigos para sostener una línea defensiva fortificada frente a una potencia de fuego superior, al Estado Mayor alemán no le quedaba otra alternativa que retirarse precisamente detrás de dicha línea (el «muro del Atlántico») ante la expectativa del desembarco de los aliados occidentales en el continente europeo.

**99** Véase, por ejemplo, *Deception in World War II*, de Charles Cruickshank, Oxford Paperbacks, Oxford, 1979. Los extremos a los que había llegado Montgomery para encubrir la dirección general de su ofensiva en noviembre de 1942 los relata con una exactitud bastante pasmosa el general Bayerlein, uno de los agentes de Rommel durante la batalla de El Alamein. S. Friedlin y W. Richardson, eds., *The Fatal Decisions*, Michael Joseph, Nueva York, 1956, pp. 104-105.

de la superioridad japonesa en materia de portaaviones: gran parte de su flota de Extremo Oriente fue destruida por la armada japonesa en el mar del Sur de China en enero de 1942 debido a una insuficiente cobertura aérea. Y el hecho de que la fuerza aérea japonesa no destruyera todos los portaaviones de EE UU anclados en Pearl Harbor convirtió su éxito en una victoria pírrica.

El imperialismo alemán, preocupado en la primera mitad de la guerra (1939-1942) por el desarrollo y empleo de armamento ofensivo, después se vio forzado —debido a la creciente superioridad del enemigo en armas ofensivas— a centrar su atención en el diseño y fabricación de armas defensivas, especialmente cañones antitanque y artillería antiaérea. El famoso *panzerfaust* desarrollado entonces era muy superior al bazuca estadounidense. Sin embargo, ni los cañones antiaéreos ni los *panzerfaust* pudieron contrarrestar la potencia superior de los cazabombarderos y los carros blindados en el campo de batalla. Las armas ofensivas dominaron la Segunda Guerra Mundial hasta el final y decidieron las batallas clave.

No obstante, si la estrategia militar viene determinada en gran parte por la superioridad de un tipo dado de armamento, susceptible de poder producirse masivamente en cualquier momento, no depende exclusivamente de este factor. La decisión de adoptar una estrategia (ofensiva o defensiva) deriva de la relación de fuerzas global en la que se halla inserto un Estado beligerante. Es sabido que, dada su particular posición, el imperialismo alemán tuvo que optar por la *Blitzkrieg* en 1939-1941: el tiempo corría en contra del Tercer Reich. La ventaja de dos años en rearme con la que entró en acción la Wehrmacht<sup>100</sup> corría el riesgo de perderse si la guerra se prolongaba. Dos de sus enemigos en Europa (Gran Bretaña y la Unión Soviética) podían recurrir a mayores reservas de materias primas y potencial humano de las que poseía Alemania y —tras la entrada de EE UU en la guerra— también a los recursos prácticamente inagotables de la industria estadounidense. Era, por lo tanto, imperativo para Alemania alcanzar la victoria decisiva en Europa antes de que EE UU se involucrara. Para Hitler,

<sup>100</sup> Sobre la ventaja del rearme alemán anterior a la guerra, véase Hillman, op. cit.

al menos, la guerra contra la Unión Soviética era la clave: «La esperanza de Gran Bretaña está en Rusia y en Estados Unidos. Si la esperanza en Rusia desaparece, la que se tiene en Estados Unidos también estará perdida, porque la eliminación de Rusia aumentaría tremendamente el poder de Japón en el Extremo Oriente», dijo a los jefes políticos y militares en julio de 1940<sup>101</sup>. Una vez que la guerra en el frente oriental se volvió contra Alemania tras la batalla de Stalingrado, también cambió su posición. Ya no podía ganar la guerra, así que su estrategia militar se convirtió en defensiva, mientras esperaba llegar a un compromiso político con los aliados occidentales sobre la base de la hostilidad común hacia el avance del Ejército Rojo más allá de la frontera soviética. La estrategia defensiva de Alemania era sumamente efectiva, como pudieron comprobar sus enemigos en propia carne tanto en el este como en el oeste. Al final, sin embargo, fue la burguesía alemana la que pagó un precio aún mayor, porque su nueva estrategia militar se divorció cada vez más de cualquier objetivo político positivo y factible después de 1943.

La estrategia militar de Japón estuvo dictada por una posición muy diferente de la de Alemania. Tenía interés en proseguir con la guerra contra China y el ataque a Pearl Harbor estaba destinado a asegurarse las materias primas con las que continuar su despliegue en el continente asiático. Después, era cuestión de conservar un perímetro defensivo exterior para estas conquistas. Su éxito se basó en parte en brillantes planteamientos estratégicos, como el de la campaña de Malasia, concebida por Akira y ejecutada por Yamashita. De este modo, la estrategia de Japón se volvió defensiva en menos de seis meses. Sin embargo, cometió el error estratégico decisivo de intentar combinar la defensa de este perímetro vital con innecesarias incursiones ofensivas en el sur del Pacífico e incluso en el océano Índico. Debido a ello se expandió excesivamente y perdió, a causa del desgaste, fuerzas tan vitales como sus portaaviones principales y sus divisiones de infantería de choque en batallas en torno a Guadalcanal, Midway y las regiones altas de Birmania.

<sup>101</sup> Gordon Craig, *Germany, 1811-1945*, Oxford University Press, Oxford, 1981, p. 722.

El imperialismo británico optó inicialmente por una estrategia defensiva con vistas a conservar abiertas las dos líneas vitales de su economía: el Atlántico y el Mediterráneo. A principios de 1943, cuando se hizo posible un cambio hacia la ofensiva, los intereses políticos británicos dictaron sus prioridades militares. Con la derrota de Alemania a la vista, la burguesía quiso sobre todo evitar la superioridad militar soviética en Europa Central y Sudoriental. Esto, por lo tanto, favoreció la entrada de los aliados occidentales en Europa desde el sur (vía Italia o los Balcanes) a fin de impedir que el Ejército Rojo ocupara el centro de Europa. Además, los recursos humanos y financieros de Gran Bretaña se hallaban en estado grave en 1943-1944. Sus posesiones en el exterior estaban menguando rápidamente<sup>102</sup>. El número de soldados destinados a la Operación Overlord imposibilitó prácticamente el reemplazo o refuerzo regular. La repentina e insólita conversión de Montgomery a la *Blitzkrieg* en el frente occidental revela que una rápida victoria llegó a ser tan importante para Churchill en el otoño de 1944 como lo había sido para Hitler en 1940-1941.

Solo el imperialismo estadounidense podía afrontar la guerra con absoluta confianza, pues disfrutaba de una enorme reserva de recursos humanos, materias primas y capacidad productiva. Con tiempo suficiente, su fuerza militar podía aumentar más allá de las necesidades normales de una guerra, siempre y cuando la URSS y China libraran importantes batallas continentales. EE UU lidió una guerra en dos continentes, con sus fuerzas divididas en proporción de dos a uno en escenarios separados por más de 24.000 kilómetros. EE UU estaba en condiciones de sostener una guerra prolongada a sabiendas de que el tiempo corría en contra de los demás participantes, tanto «amigos» como enemigos; cuanto más durara, más se debilitarían estos económica y financieramente. Una guerra prolongada era, efectivamente, la ruta más corta hacia el «siglo americano». En consecuencia, la estrategia de EE UU

**102** Gran Bretaña obligó a sus colonias a pagar el coste de la guerra bloqueando los saldos acreedores de su balanza de pagos en los bancos británicos. En el caso de India, el importe ascendía a 1100 millones de libras esterlinas. El paralelismo con el sistema alemán de «déficit por liquidación» es evidente.

consistió en un avance lento, pesado y constante, particularmente en Europa, basado en una aplastante superioridad en el espacio aéreo y una presencia considerable en tierra; era una estrategia desprovista de cualquier iniciativa real, ruptura de frentes o sorpresas temerarias. Cuando los acontecimientos daban un giro inesperado —como por ejemplo la captura del puente de Remagen—, también causaban sobresalto al mando militar estadounidense.

La distancia de Washington de los escenarios de guerra otorgó a los comandantes militares de EE UU un grado de autonomía que otros no tenían y de ahí su capacidad para explotar las oportunidades al margen de la rigidez de los planes militares y las cadenas de mando. En el Pacífico, el almirante Nimitz mostró un gran talento como estratega: el avance por etapas desde Guadalcanal y Nueva Guinea directamente hasta Okinawa es prueba de ello. Una vez alcanzada la superioridad naval y aérea en el Pacífico, en las islas de Midway, Saipan y Truk, el alto mando estadounidense pudo seguir ese curso, sabiendo que si los japoneses eran incapaces de abastecer debidamente a sus fuerzas en el sudeste asiático, estas no suponían ninguna amenaza para la incursión de EE UU en territorio japonés.

Cuando la burocracia soviética entró en la guerra, sus fuerzas militares carecían de toda preparación para lo que se les venía encima. La desastrosa campaña de Finlandia en 1939-1940 confirmó el pésimo estado de las fuerzas armadas soviéticas y favoreció cierto replanteamiento y cierta reorganización. Esta situación se debió en gran parte a la purga criminal practicada por Stalin en el Ejército Rojo, que complementó los efectos de la mala gestión burocrática de la economía y la sociedad<sup>103</sup>. Totalmente sorprendido por la Operación Barbarroja, el gobierno soviético no recobró la iniciativa hasta el otoño

**103** Tujachevsky y sus colegas habían promovido la teoría del «combate en profundidad», que combinaba el uso de una tropa numerosa con una moderna guerra ofensiva basada en el uso masivo de tanques. Esta doctrina fue incorporada en los Reglamentos de Campo de 1936, pero quedó completamente descartada a raíz de las purgas. Tujachevsky y sus colegas han sido rehabilitados en la Unión Soviética; nadie más que el crédulo o el deshonesto presta ya la menor atención a las mentiras de la GPU-Gestapo que «prueban» la culpabilidad de Tujachevsky. Taylor también está equivocado en esto cuando



de 1942<sup>104</sup>. Fue capaz de hacerlo así en virtud del tremendo aumento de su potencial industrial y de la reserva productiva creada por la Revolución de Octubre y la economía planificada, en agudo contraste con la desbandada militar del zarismo en la Primera Guerra Mundial. Pronto surgió una nueva promoción de comandantes de campo de la dura escuela de la batalla y el instinto de Stalin de autopreservación fue suficientemente fuerte para dejarles un margen considerable para iniciativas estratégicas independientes. Esto condujo a las victorias de Stalingrado, Kursk, Minsk, del Pruth y del Vístula, que rompieron la columna vertebral del ejército alemán<sup>105</sup>.

A finales de la guerra hubo burdos intentos de justificar las derrotas de 1941-1942 del Ejército Rojo en virtud de una supuesta estrategia de retirada calculada, con la que deliberadamente habrían arrastrado a la Wehrmacht al interior de Rusia sólo para destruirla en una serie de contraofensivas. Ninguna de esas interpretaciones se sostiene. En efecto, Stalin denunció enérgicamente esos rumores en su momento; no convenían desde el punto de vista militar, ya que animaban a las tropas a pasar a la defensiva y fomentaban el derrotismo en sus filas<sup>106</sup>. Sin embargo, una vez ganada la batalla por la simple supervivencia, y cuando la guerra había pasado de la defensiva a la ofensiva, la estrategia militar comenzó a estar condicionada por los planes del Kremlin de forjar un acuerdo de posguerra, que como tales eran un reflejo de los objetivos políticos fundamentalmente contradictorios de la burocracia. Desgarrada entre el deseo de mantener la «gran alianza antifascista» y las

dice que «nosotros no sabemos nada acerca de eso» (es decir, de la inocencia o culpabilidad de Tujachevsky). Op. cit., p. 147.

**104** *The Road to Stalingrad*, de John Erickson, da debida cuenta del precio que tuvo que pagar el pueblo soviético por la renuencia de Stalin a hacer caso de la información que llegó a raudales de todas partes sobre la inminencia del ataque alemán. Véase, además, *Memoirs* de Vasilevski, tanto más importantes cuanto que trató en general de defender la reputación de Stalin, así como los propios méritos de Maisky y Yeriómenko.

**105** La decisión de Stalin de dejar la conducción de la guerra en manos de sus generales en 1942-1944 la adoptó después de su desastrosa gestión de la ofensiva de Járkov en la primavera de 1942. Esta se produjo en un momento decisivo de la guerra, poco señalado por la mayoría de los historiadores.

**106** Erickson, op. cit., p. 371.

necesidades de la seguridad nacional, su política se mantuvo dentro del patrón tradicional de la política de potencia europea: una combinación de diplomacia y fuerza militar en busca de zonas de influencia claramente definidas, a las que estaba dispuesto a subordinar los levantamientos revolucionarios de Europa y Asia. No obstante, su estrategia chocó con un importante escollo surgido de la guerra: el surgimiento de EE UU como potencia imperialista dominante.

Incapaz de velar por su seguridad mediante una alianza duradera con Gran Bretaña y EE UU, el gobierno soviético optó en vez de ello por transformar los Estados fronterizos del Este europeo en un *glacis* estratégico destinado a proteger el flanco occidental del país frente a un eventual revanchismo alemán en el futuro. Dadas las posibilidades revolucionarias presentes en la última fase de la guerra y el inmenso sacrificio del mismo pueblo soviético, esta era una meta hartamente modesta. Sin embargo, se topó con la creciente hostilidad de los aliados de antaño, dando lugar de inmediato a la Guerra Fría. Y aunque en última instancia era inevitable, dada la creciente confianza de la burguesía estadounidense en su propio poderío económico y militar, sobre todo tras el uso de la bomba atómica contra ciudades japonesas, no por ello dejó de sorprender a Stalin y sus administradores.

El destino del régimen de Chiang Kai-shek es un buen ejemplo de la sobredeterminación de la estrategia puramente militar por los intereses políticos o, sobre todo, sociopolíticos. El mando del Kuomintang tenía sin duda la posibilidad de impulsar una estrategia ofensiva contra los invasores japoneses<sup>107</sup>. El ejército de Chiang había sido entrenado por oficiales de la Reichswehr en los años treinta, que eran partidarios de la guerra móvil. En

**107** A menudo se cita el ya mencionado tratado de Sun Tzu sobre la guerra (véase la nota 94) para explicar la pasividad de Chiang. ¿No escribió el anti-guero sabio que en la guerra óptima el enemigo es derrotado sin librar ninguna batalla? En realidad, esta es una interpretación totalmente inexacta de lo que dijo Sun Tzu. En su tratado señala la importancia crucial de la flexibilidad, es decir, combinar operaciones defensivas y ofensivas. De hecho, la obra de Tzu parece muy moderna, sobre todo en lo que respecta al punto relativo a la guerra en China y la Segunda Guerra Mundial en general. Griffith afirma que inspiró directamente las operaciones japonesas en Malasia en 1942, así como la guerra de Mao contra Chiang. Griffith, op. cit., pp. 41, 51-55, 177-178.

efecto, Chiang aceleró su derrota en la guerra civil a causa de las ofensivas a menudo imprudentes del grueso de sus fuerzas al interior profundo de los lodazales de Manchuria y la llanura del norte de China en 1945-1946. Lo que hizo que se mostrara renuente a utilizar sus crecientes reservas de armamento estadounidense y de soldados entrenados por EE UU contra el ejército japonés —para desesperación del general estadounidense Stilwell, así como de otros oficiales y diplomáticos de este país— no fue ninguna incapacidad militar, sino su escala de prioridades políticas. Para Chiang (como finalmente también para EE UU), el futuro del capitalismo en China era diez veces más importante que la guerra contra Japón. La principal prueba de fuerza iba a venir después de la derrota de Japón, con los ejércitos de Chu Teh, Peng Dehuai, Lin Piao y Deng Xiaoping, es decir, con los campesinos y obreros chinos en uniforme.

El caso de China ejemplifica una verdad fundamental de cualquier guerra importante: aunque el resultado dependa en gran medida de una determinada relación de fuerzas humanas y materiales, las estrategias militares tienen que ver también con otros factores. En última instancia obedecen a la *relación de fuerzas* entre las principales clases implicadas en la guerra y, por tanto, a los objetivos económicos y políticos. El prejuicio de clase, la autopercepción, las inhibiciones y el autoengaño, además de una información insuficiente y los errores de juicio directos pueden desempeñar en conjunto un importante papel en la determinación de la estrategia militar. Se puede detallar toda una serie de errores de naturaleza esencialmente política que influyeron en el resultado de la Segunda Guerra Mundial:

1. La creencia de Hitler de que sus enemigos no se unirían y que por tanto podía acabar con ellos uno tras otro;
2. La ilusión de Stalin de que la URSS podía evitar la guerra con Alemania;
3. La subestimación por parte de los líderes franceses, británicos y soviéticos del éxito probable de la *Blitzkrieg* alemana en 1939-1941 en Europa, y una subestimación similar por parte de los británicos y los estadounidenses de la capacidad «del primer golpe» japonés y el alcance de sus victorias en el sudeste asiático en 1941-1942;
4. La subestimación por parte de Hitler de la capacidad de recuperación del imperialismo británico a comienzos de la

guerra y de los aliados con respecto a Alemania después de la inflexión de 1943;

5. Una subestimación general del potencial de guerra de EE UU y la firme decisión de su burguesía de buscar la rendición incondicional;

6. La subestimación por las potencias capitalistas —ampliamente compartida por Stalin— de la dinámica antiimperialista y revolucionaria desencadenada por la guerra en Europa y Asia;

7. La subestimación por las potencias capitalistas de la fortaleza social e industrial de la URSS.

De todas estas, las tres últimas fueron las que determinaron en mayor medida la concreción final de los acuerdos de posguerra. La subestimación de la lucha de clases y de la capacidad del Estado soviético no solo para sobrevivir a la embestida del Estado capitalista más poderoso de Europa, sino también para acabar derrotándolo, fue compartida por todas las potencias capitalistas y dio lugar a los conocidos hitos de la historia contemporánea: la división de Europa; la victoria de la revolución en China, Yugoslavia y Albania; y la erupción de luchas revolucionarias y anticoloniales en el Tercer Mundo.

Los errores de juicio en la conducción de la guerra estaban estrechamente relacionados con una obstinada negativa a aceptar una información que chocaba con los prejuicios tanto políticos como de estrategia militar. La negativa de Stalin a considerar seriamente las noticias del inminente ataque alemán es un ejemplo clásico de esta tendencia. En vísperas de la invasión alemana, en mayo de 1940, Gamelin, el comandante en jefe francés, estaba convencido de que el principal ataque vendría por el sector de Lovaina-Namur y no a través de Las Ardenas, pese a la información recibida en sentido contrario<sup>108</sup>. Al recibir las noticias de que un potente convoy anglo-americano había cruzado el Estrecho de Gibraltar el 8 de noviembre de 1942, Hitler se apresuró a fortificar Creta y Trípoli y se negó a considerar la posibilidad de que el desembarco tuviera lugar en el litoral norteafricano francés.

108 Paul Reynaud, op. cit., p. 422.

Igualmente se negó a dar por cierta la concentración de enormes reservas soviéticas al norte del río Don y Stalingrado, en otoño del mismo año. En diciembre de 1941, cuando Roosevelt y sus jefes de Estado Mayor se enteraron de que Tokio retiraba su equipo negociador de Washington, sabían que esto significaba la guerra, pero no se plantearon la posibilidad de un ataque japonés sobre Pearl Harbor<sup>109</sup>.

Tales errores no eran meros problemas de idiosincrasia personal, sino que revelaban un importante problema a que se enfrentan los líderes en tiempos de guerra: el de la iniciativa. Como señaló Mehring en 1914, se ven ante la terrible disyuntiva entre la inercia y la temeridad, entre *wägen* y *wagen* (en palabras de Von Moltke, el arquitecto de la victoria alemana sobre Francia en 1871), entre «lucidez» y «audacia» (como lo formuló Napoleón)<sup>110</sup>. Este problema es inherente a la verdadera naturaleza de la acción, sea ésta militar o política. Hallar el justo equilibrio entre lucidez y audacia, cautela e iniciativa, realidad y deseo, es de lo que trata el arte de la guerra.

Además, si la guerra es una variante específica de la política, entonces una condición necesaria para su éxito (el logro de los objetivos deseados) estriba en aprovechar todas las posibilidades ofrecidas por la guerra. Por eso mismo, también reside en la comprensión de las limitaciones inherentes al uso de la violencia armada. Un fallo fundamental del imperialismo alemán durante su época nazi radicó en la sobreestimación del instrumento de la fuerza en el intento de obtener la hegemonía europea. Después de aplastar a su oponente de clase interno, la burguesía alemana no ofreció a los pueblos de Europa más que la subyugación. La extrema urgencia de las advertencias de Trotsky sobre lo que presagiaba la victoria nazi en Alemania para el movimiento obrero europeo se confirmó plenamente con el enorme número de muertos y la destrucción de las bases mismas de la existencia civilizada que comportó la guerra.

Las clases dominantes estadounidense y británica no lucharon en la guerra con el fin de derrotar al fascismo, sino con el de romper la resistencia de las burguesías alemana y

<sup>109</sup> R. E. Sherwood, p. 426.

<sup>110</sup> Franz Mehring, *Kriegsgeschichtliche Streifzüge*, diciembre de 1914, op. cit., p. 304.

japonesa al mantenimiento o la extensión de sus propios intereses particulares. Los sectores del movimiento obrero europeo y asiático que entraron en guerra apoyando a sus burguesías nacionales en esta empresa y sin formular sus propios objetivos de clase independientes, por fuerza también acabaron apoyando la negación o restricción de las libertades democráticas y nacionales para millones de obreros y campesinos en gran parte de Europa y Asia, cada vez que estos últimos se alzaban en defensa de intereses opuestos a los de la burguesía occidental. En otras palabras, esta falta de claridad en relación con el carácter social de la guerra sostenida por los Estados capitalistas iba a conducir, como confirmó la experiencia (especialmente después de 1943), directamente a la colaboración de clase y al estrangulamiento de las posibilidades revolucionarias que surgieron en el curso del conflicto. En este punto se observa un paralelismo sorprendente entre los finales de la Primera y la Segunda Guerra Mundial, con la diferencia importante de que la habilidad de la clase obrera europea para formular objetivos de lucha independientes fue notablemente mayor en 1917-1918 que en 1943-1945.

Cuando todo está dicho y hecho, las fuerzas morales y políticas tienen su peso autónomo en la determinación del éxito de cualquier estrategia dada. Tujachevsky expresó esto más claramente en una conferencia impartida seis meses antes de su ejecución, en la Academia del Estado Mayor Soviético, sobre la naturaleza de las operaciones militares en el periodo inicial de la futura guerra, de la que estaba convencido que se lidiaría contra Alemania. «En cuanto a la *Blitzkrieg*, de la que tanto hablan los alemanes, está dirigida contra un enemigo que no quiere pelear y no peleará. Si los alemanes encuentran un oponente que resiste y lucha y se lanza a su vez a la ofensiva, las cosas cambian. La lucha sería en este caso más ardua y prolongada; por su propia naturaleza, comportaría grandes y profundos vaivenes en el frente. En última instancia, todo dependería de quién tuviera la mayor fortaleza moral y quién, al cierre de las operaciones, dispusiera de reservas en profundidad.»<sup>111</sup>

111 Citado en John Erickson, *The Road to Stalingrad*, op. cit.



## 6 Armamento

Por encima de todo, la Segunda Guerra Mundial se revela como una guerra de armas automáticas producidas en masa. Fue la guerra de la cadena de montaje, la guerra del fordismo militar. (Hay cierta ironía en esto, ya que el mismo Henry Ford fue de los primeros defensores de Hitler y se opuso personalmente a la entrada de EE UU en la conflagración.)<sup>112</sup> La producción masiva de aviones, tanques, artillería, ametralladoras, minas y municiones se llevó a cabo tanto en fábricas instaladas especialmente para ese propósito como en plantas automotrices o de tractores y textiles, transformadas. Algo muy singular fue que ni EE UU ni la URSS trataron de estandarizar ni producir en masa las piezas de repuesto —como ruedas, ejes, etc.— que pudieran requerirse. Albert Speer, el arquitecto de Hitler, fue quien dio este paso en la producción de armas durante la organización de la «guerra total» emprendida después de Stalingrado por el régimen nazi. Los resultados fueron impresionantes.

La capacidad para la producción en masa de armas estaba en función de los recursos industriales generales de las potencias combatientes analizados en un capítulo previo. A este respecto Alemania y Japón fueron dos países que quedaron abrumados por la manifiesta superioridad de la capacidad industrial americana. La Wehrmacht había utilizado 2.700 tanques en el frente Occidental en mayo de 1940, y 3.350 en su invasión a la URSS en junio de 1941. El gobierno de EE UU decidió producir 45.000 tanques en 1942 y 75.000 en 1943. La producción de aviones anual de Alemania ascendió a cerca de 11.000 en 1940 y 1941. El gobierno de EE UU decidió construir 43.000 aviones en 1942 y 100.000 en 1943. Su producción total de barcos mercantes ascendió de un millón de toneladas brutas (TRB) en 1941 a 7 millones en 1943 y 10 millones en 1944. Los gobiernos alemán y japonés hicieron esfuerzos desesperados para superar esta ventaja después de Stalingrado y las Islas Midway, respectivamente. El general Thomas, el verdadero

<sup>112</sup> James y Suzanne Pool, *Who Financed Hitler?*, Dial, Nueva York, 1978, cap. 3.



jefe de la industria alemana de armamentos, quiso cuadruplicar la producción total de armas comparada con el nivel de 1941. No tuvo éxito en el logro de este objetivo en 1943, pero se acercó a él en 1944, como lo muestran las siguientes cifras<sup>113</sup>.

**Alemania: producción de armas durante la Segunda Guerra Mundial**

	1940	1941	1942	1943	1944
Aviones	10.826	11.776	15.556	25.527	39.807
Vehículos blindados	2.154	5.138	9.278	19.824	27.340
Automáticas ligeras	170.880	324.850	316.724	435.384	787.081
Lanzagranadas	4.380	4.230	9.780	22.955	30.898
Cañones de 7,5 o más cm	5.964	8.124	14.316	35.796	55.936

El Alto Mando japonés emprendió un programa similar a partir de 1943. A mediados de 1943 el gobierno de Tojo decidió construir 40.000 aviones (la armada y el ejército juntos solicitaron 70.000, que Tojo consideró inasequibles)<sup>114</sup>. Con el fin de lograr esto, virtualmente todas las instalaciones de la industria textil japonesa fueron transformadas en fábricas de aviones. Se construyeron nuevas plantas a todo lo largo de la línea del ferrocarril Tokkaido, especialmente en Nagoya y Shimasu, mientras el trust de Mitsubishi emprendía un esfuerzo similar en Manchuria. Fueron impuestas terribles condiciones sobre la clase obrera. Más de un millón y medio de artesanos y pequeños comerciantes fueron violentamente obligados a realizar trabajo asalariado en fábricas de armamentos y municiones, teniendo jornadas de más de doce horas al día con salarios de hambre. Niñas de catorce años fueron enviadas a las minas de carbón. La mortalidad infantil ascendió a un nivel tres veces mayor que el de Gran Bretaña o Francia.

Pero a pesar de estos esfuerzos, el total de armas producidas en Alemania y Japón no pudo alcanzar las cifras de la cadena de montaje americana, ni mucho menos la producción

<sup>113</sup> Eichholtz, op. cit., v. 2, pp. 331, 336, 340.

<sup>114</sup> John Toland, *The Rising Sun: The Decline and fall of the Japanese Empire*, Random House, Nueva York, 1970; Robert Guillain, *Le Japon en guerre*, Stock, París, 1979, p. 226.

total combinada de EE UU, URSS y Gran Bretaña. Bajo la dirección de Albert Speer y en un contexto de esfuerzo de guerra que se incrementó desde la segunda mitad de 1942, Alemania se concentró en tratar de vencer al enemigo con armas cualitativamente superiores en lugar de arrollarlo con la cantidad.

Como resultado de una investigación especializada desarrollada sobre una base estrictamente militar-profesional, el Tercer Reich logró varios triunfos en el campo de los armamentos; por ejemplo: dos tanques (Tiger I y Panther), cualitativamente superiores a los de sus rivales americanos y británicos, aunque no tanto frente a los tanques pesados soviéticos (especialmente en lo que se refería al calibre del cañón y al espesor del blindaje); el cañón antiaéreo de 88 mm de gran precisión, que fue también eficiente como antitanque (como descubrieron los aliados occidentales en Normandía)<sup>115</sup>; aviones turboreactores, especialmente el Messerschmidt 262 y 163 (de los cuales sólo 1.000 fueron utilizados en 1944-45); y proyectiles teledirigidos, entre ellos los famosos cohetes V1 y V2, que fueron apenas pudieron demostrar su valor a finales de la guerra.

El intento de Japón de producir armamento cualitativamente superior fue un fracaso; sin embargo, la armada mantuvo un avance en el campo de los torpedos aeronavales, probablemente los más eficientes utilizados por cualquiera de los dos contendientes durante toda la guerra. A pesar de la calidad del 00 y 01 de la Mitsubishi, los 40.000 aviones producidos de 1943 en adelante fueron frecuentemente de calidad inferior, como resultado de los errores de fabricación debidos a la carencia de trabajadores especializados e insuficiente control de calidad. Muchos de ellos estallaron en pleno vuelo aun antes de ser utilizados contra el enemigo<sup>116</sup>.

**115** De acuerdo con Max Hastings, el cañón antiaéreo de 88 mm alemán utilizado contra los tanques y la artillería fue el más temido por los soldados americanos y británicos en Normandía. El mismo autor da cuenta detallada de armas alemanas superiores utilizadas en el frente occidental en 1944. Ver su libro *Overlord*, Simon & Schuster, Nueva York, 1984, pp. 192-93.

**116** La fuerza aérea japonesa, sin embargo, recibió varios aviones de calidad avanzada en 1944-45. Pero que no pudieran ser producidos en masa o no pudieran utilizarse con eficiencia se debió al declive general de la industria y a la falta de portaaviones y de pilotos entrenados. A.J. Barker et al., *La machine de guerre japonaise*, Elsevier, Bruselas, 1978, pp. 142-44. En sus memorias, el

Las «armas secretas» japonesas tomaron la forma patética de cargas explosivas montadas en de globos de papel, que el viento se suponía llevaría a través del Pacífico. De los 9.000 globos lanzados entre noviembre de 1944 y marzo de 1945, sólo 900 llegaron al continente americano, generalmente explotando sobre campos y bosques alejados de cualquier fábrica o ciudad. Sólo seis habitantes americanos fueron víctimas de estos *juguets de guerra*<sup>117</sup>.

La artillería y los explosivos jugaron un papel clave. De acuerdo con algunas estimaciones, cerca del treinta por ciento de los soldados que murieron en batalla fueron alcanzados por la artillería. Los proyectiles de carga hueca y la espoleta de proximidad eran las dos grandes innovaciones en este campo introducidas por los ejércitos alemán y americano, respectivamente. Pero la perfección de la artillería móvil —los cañones para tanques, semiorugas artillados y los cañones autopropulsados— fue el factor clave al hacer posible la *Blitzkrieg* y en general la guerra móvil de la Segunda Guerra Mundial<sup>118</sup>. Mientras al principio la Wehrmacht gozó también de alguna superioridad en artillería ligera, minas (las famosas minas magnéticas submarinas que la armada británica tanto temió terminaron siendo un fracaso), lanzallamas y granadas de mano, así como en el uso de aviones de bombardeo en picado, esas ventajas se perdieron progresivamente conforme la fabricación de armamento avanzaba en Gran Bretaña, EE UU y la URSS. En el campo de la artillería ligera el lanzacohetes Katyusha soviético, montado sobre camiones, fue superior a cualquier arma alemana, como lo fueron los lanzallamas y las granadas de mano americanas. Los tanques especiales británicos, los antiminas (Sherman Crab) y los lanzallamas

general MacArthur escribió: «Los japoneses nunca fueron capaces de resolver el problema [de mantenimiento de los aviones][...] Después de la rendición y mi llegada a Japón, inspeccioné unos 8.000 aviones japoneses que fueron encontrados en campos aéreos de islas nacionales. Todos éstos estaban completos en un 95 o 98%, pero no en condiciones operativas porque les faltaban algunas pequeñas piezas. ¡Qué inestimable diferencia habrían marcado estos 8.000 aviones para el esfuerzo de guerra del enemigo!» (*Reminiscences*, McGraw-Hill, Nueva York, 1964, pp. 168-69).

<sup>117</sup> Guillain, op. cit., p. 91

<sup>118</sup> Len Deighton, *Blitzkrieg*, Jonathan Cape, Londres, 1979, pp. 139-99.

(Churchill Cocodrilo), jugaron un papel importante en Normandía en 1944<sup>119</sup>. La destreza y el ingenio americanos los produjeron en un tiempo récord, el mismo en que abastecieron a los ejércitos que invadían Europa Occidental con un flujo regular de petróleo enviado por medio de oleoductos, primero por debajo del Canal de la Mancha y luego a través de Francia. La superioridad del T-34 soviético, ya antes mencionado, significó que la mitad de los tanques alemanes comprometidos en la invasión de la Unión Soviética fueran destruitanquedados a las tres semanas de guerra<sup>120</sup>

En general el esfuerzo soviético en la producción de armamento durante la guerra fue tremendo, como puede apreciarse en las siguientes cifras (aunque subestiman ligeramente la producción alemana):

**Producción de armamento durante la guerra soviético-alemana**  
(en miles de unidades)

	<i>URSS</i> (de julio de 1941 a agosto de 1945)	<i>Alemania</i> (de enero de 1941 a abril de 1945)
Tanques y carros blindados artillados	102.8	43.4
Aviones militares	112.1	80.6
Cañones de todos calibres	482.2	311.5
Lanzagranadas	351.8	73.0
Ametralladoras	1.515,9	1.096,6
Pistolas automáticas	6.173,9	1.097,9

Estas cifras son tanto más impresionantes porque el potencial industrial total del imperialismo alemán era mayor que el de la Unión Soviética después de la conquista de una gran parte de las provincias occidentales soviéticas. El éxito soviético sugiere

<sup>119</sup> Winston Churchill, *The Second World War*, Cassell, Londres, 1964, v. 9, pp. 63-65.

<sup>120</sup> G.K. Zhúkov, *Erinnerung und Gedanken*, Militärverlag der Deutschen Demokratischen Republick, Berlin, 1976, v. 1, p. 310.

la superioridad de una economía planificada en la centralización y movilización de los recursos, así como la existencia de un gran estado de ánimo entre el personal de trabajo y los hombres y mujeres en combate. Y sin duda tampoco se debiera olvidar la valiosa ayuda militar concedida a la Unión Soviética por sus aliados (el valor relativo y absoluto de esta ayuda siempre ha estado en discusión). Sin embargo, se deben tener en cuenta dos factores: primeramente, que los éxitos militares soviéticos estaban basados principal e inequívocamente en los esfuerzos y sacrificios del pueblo, y no en la ayuda externa dada por EE UU; en segundo lugar, que la cantidad de ayuda otorgada por EE UU mediante la Ley de Préstamo y Arriendo, y otras formas, a todos sus aliados, fue relativamente pequeña: un 15% de su producción militar total y un porcentaje aún más pequeño de su producción de alimentos<sup>121</sup>.

El diseño de aviones militares soviéticos, muy obsoleto ya antes de la guerra, tuvo un avance regular, especialmente bajo el impacto de diseñadores de gran talento como Túpolev, Iliushin, Yákovlev y Lávochkin; varios de estos especialistas tuvieron que ser liberados del Gulag para trabajar en la industria de guerra. La defensa aérea soviética tuvo mucho éxito al defender la capital; la Luftwaffe nunca obtuvo logros contra la defensa aérea de Moscú<sup>122</sup>, mientras que los aliados (y especialmente los occidentales) llegaron a infligir serios daños a las ciudades alemanas.

Después de cierta confusión inicial, y a pesar de las continuas disputas entre los comandantes de la fuerza aérea, los cazas de combate anglo-americanos (especialmente los Mustang) lograron una superioridad decisiva y suprimieron a la fuerza aérea alemana del cielo del oeste europeo, elemento clave para el éxito de la batalla de Normandía y para Francia en el verano de 1944.

En el campo de la guerra naval, los débiles intentos de Alemania por derrotar a la armada británica con cruceros de bolsillo y destructores de diseño superior, fueron poco fructíferos. Nada lograron ni el intento de Italia de emplear rápidos cruceros de bolsillo (*Schnellboote*) en el Mediterráneo, ni los intentos

<sup>121</sup> Kolko, op. cit., p. 19

<sup>122</sup> Werth, *Russia at War*, op. cit., pp. 181-182.

de la armada japonesa de usar submarinos de bolsillo contra la armada de EE UU en el Pacífico. Bajo la dirección de Doenitz, un fanático creyente de la guerra de ofensiva submarina, la armada alemana concentró todos sus esfuerzos en el desarrollo de tecnología y tácticas submarinas. Los resultados fueron el Schnorkel y las tácticas de «jauría» (ataque de varios submarinos sobre convoyes). Pero aun cuando causaron mucho daño, al final no detuvieron el flujo trasatlántico de provisiones gracias a la utilización masiva de aviones antisubmarinos, del sonar y otros medios sofisticados de detección; y gracias, especialmente, a los asombrosos logros de los astilleros navales de EE UU que construyeron nuevos barcos considerablemente más rápidos que los hundidos anteriormente por Doenitz<sup>123</sup>.

Las barcasas militares de desembarque y los vehículos anfibios producidos en masa en EE UU fueron una de las más importantes innovaciones de la Segunda Guerra Mundial que Japón y Alemania nunca intentaron seriamente igualar. La simplicidad del diseño los convirtió —como los camiones, tanques y barcos mercantes— en productos típicos de la cadena de montaje, en los que EE UU demostró ser insuperable. Crearon las precondiciones materiales para la invasión de Europa en el oeste y para la estrategia de «salto de isla en isla» de la armada americana en el Pacífico<sup>124</sup>. En contraste, la armada japonesa se concentró en el diseño y producción de acorazados y portaaviones avanzados. Dada la relativa debilidad de su industria pesada, Japón logró un sorprendente éxito. Pero conforme la guerra se prolongaba la creciente escasez de recursos causó una pérdida proporcional en su ímpetu, dando como resultado los ataques suicidas de los pilotos japoneses (los kamikaze) contra la flota americana, que utilizaban aviones parcialmente contruidos con madera<sup>125</sup>.

**123** El gasto de EE UU en la construcción naval aumentó de 400 millones de dólares en 1942, a 12.500 millones en 1943 y 13.400 millones en 1944. Durante los cinco años de guerra construyó 4.900 barcos mercantes con una capacidad de 51,4 millones de TRB (Japón en total sólo produjo menos de un millón de TRB). Milward, op. cit., pp. 90,101.

**124** Paul Lund y Harry Ludlam, *The War of the Landing Craft*, Foulsham & Co., Londres, 1976.

**125** Guillain, op. cit., p. 275. No se debería subestimar el daño ocasionado por los kamikaze. De acuerdo con las estadísticas oficiales americanas publi-

En la fabricación masiva de armamento estándar, la acelerada investigación científica y la innovación industrial fueron cada vez más reconocidas. En este sentido la Segunda Guerra Mundial también fue la guerra de la última etapa del capitalismo, para el cual esa aceleración era una referencia<sup>126</sup>. Al mismo tiempo, actuó como detonador de la tercera revolución tecnológica, tres de cuyos principales componentes —la calculadora electrónica (a partir de la que se desarrolló la computadora), la energía nuclear y la automatización— se originaron realmente en la producción de armamentos. Un componente muy subestimado del armamento de la Segunda Guerra Mundial fue el adelanto revolucionario en los sistemas de comunicaciones, en primer lugar en el uso de la transmisión por radio de dos vías (radiotransmisor) y la radiotelefonía, que permitieron a los tanques, a las divisiones e incluso a los comandantes del ejército estar en contacto, al instante, con sus bases. Jugó un papel decisivo en los combates de rompimiento de líneas de batalla, por ejemplo en el Mosa, en 1940; en las victorias de la Wehrmacht, de junio-agosto de 1941; en las victorias del Ejército Rojo en Stalingrado y en Jassy, sobre el Pruth; y también en el avance de los aliados occidentales en Francia en el verano de 1944.

El adelanto más revolucionario en la producción de armas fue, desde luego, el desarrollo de la bomba atómica, a finales de la contienda, después de la derrota de Japón. Este es el principal y más horrible legado de la Segunda Guerra Mundial: un símbolo de la disposición burguesa a utilizar una agresión definitiva si considera amenazados sus intereses globales económicos y políticos.

cadass después de la guerra, destruyeron 31 unidades navales, incluyendo 3 portaaviones, e impactaron a 258, incluyendo 36 portaaviones, 15 acorazados y 15 cruceros.

<sup>126</sup> Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, Era, México, 1978, cap. 8.

## 7 Logística

La logística, en el sentido estricto de la palabra —el transporte y alojamiento de tropas, así como su abastecimiento en víveres, ropa y armas— adquirió una nueva dimensión durante la Segunda Guerra Mundial, paralela a la de la fabricación de armas. Esto se debió principalmente a los cambios en la industria del transporte antes de la contienda, sobre todo al impacto del automóvil. El gran estratega americano, el general Marshall, denominaría la Segunda Guerra Mundial como «la guerra del automóvil».

Pese al uso dado a los taxis parisinos durante la batalla del Marne, la Primera Guerra Mundial había sido en gran parte una guerra del ferrocarril. Aun así, algunos historiadores defienden la tesis, un tanto mecanicista, que la rigidez de los tiempos ferroviarios impuso un esquema tan rígido en la mecánica de la movilización militar que para finales de julio de 1914 hizo inevitable la contienda, al menos en lo referente a los Estados Mayores de Rusia, Alemania y Francia.

Como quiera que sea, la flexibilidad en el transporte de un gran número de hombres y armas aumentó dramáticamente con la utilización masiva de automóviles y camiones por parte de las fuerzas armadas. Ciertamente la Segunda Guerra Mundial se convirtió en la primera guerra motorizada de la historia. El Tercer Reich ilustró este cambio del sistema logístico básico cuando centró la preparación de su ataque no en la construcción de nuevos ferrocarriles estratégicamente importantes sino en la creación de una moderna red de carreteras: el Autobahnen.

Conforme las operaciones de guerra se acercaban a Europa central y occidental, la red ferroviaria<sup>127</sup> jugó otra vez un

**127** Los ferrocarriles también fueron un punto central para operaciones como los asesinatos en masa de los judíos europeos. Karl Wolff, ayudante personal de Himmler, le escribió, el 13 de agosto de 1942, a Ganzenmüller, el director del *Reichsbahn* : «¡Querido *Parteigenosse* Ganzenmüller! En nombre del *Reichsführer* [Himmler] de las SS le agradezco mucho su carta del 28 de julio. He notado con especial alegría que durante la última quincena un tren con 5.000 miembros de la gente escogida viaja diariamente a Treblinka y así sucesivamente». Kempner, *Eichmann und Komplizen*, Europe Verlag, Viena, 1961, p. 76



papel clave en la logística alemana. La administración del Reichsbahn se convirtió en una fuerza vital en el aparato bélico, hecho reflejado en el incremento de salarios a los empleados ferroviarios.

El grado de motorización de los ejércitos de las grandes potencias variaba. De hecho, sólo las fuerzas armadas americana y británica se motorizaron completamente ya en 1942, hasta tal punto que el desembarco de un millón de soldados en Normandía estuvo acompañado por no menos de 140.000 vehículos (100.000 sólo en los primeros once días). El ejército alemán todavía utilizaba mucho los caballos y cada vez más conforme se prolongó la guerra. La infantería alemana literalmente caminó hacia el interior de la Unión Soviética y también lo hizo de regreso a casa, con sus provisiones cargadas en carros tirados por caballos. Los ejércitos soviético y japonés estaban aún menos motorizados. La guerra de Japón en China fue, en gran parte, llevada a cabo por ferrocarril. La importancia, para el Alto Mando japonés, de establecer los enlaces directos por este medio entre Singapur y Manchuria, especialmente entre Singapur-Tailandia-Birmania, es algo muy conocido<sup>128</sup>. En cuanto a la URSS, las fábricas de tractores y automóviles se desviaron casi completamente hacia la producción de tanques durante una gran parte de la guerra. En consecuencia, sus fuerzas armadas eran muy deficientes en camiones, y ésta fue un área en la que los envíos desde EE UU jugaron un papel importante.

El transporte y abastecimiento de las tropas son complementos vitales para la elaboración de estrategias y tácticas; el resultado de las batallas a menudo depende de la adecuada coordinación de éstas<sup>129</sup>. Problemas muy diferentes surgieron

Después de 1955 Ganzenmüller se convirtió en jefe del equipo de transportes del trust Hoesch.

**128** El ejército japonés realmente trató de establecer una conexión ferroviaria Shanghái-Manchuria-Singapur. La ofensiva militar lanzada contra Changsha, Zhenjiang y Jiangxi en la primavera de 1942 tenía como objetivo asegurar el completo control del enlace del ferrocarril. Dick Wilson, *When Tigers Fight*, Viking, Londres, 1982, p. 207.

**129** Clausewitz había señalado mucho antes que «toda la conducción de la guerra es similar al funcionamiento de una compleja maquina con una tremenda fricción, de tal modo que las combinaciones que se pueden concebir fácilmente sobre el papel solo pueden llevarse a cabo mediante el mayor de los esfuerzos».

para los cinco principales estados combatientes, que reflejaban su potencial económico diferente y sus distintas estructuras sociales.

Las fuerzas armadas japonesas se diseminaron sobre un área enorme y, como consecuencia de una base material mucho más limitada que la del resto de beligerantes, a partir de 1942 sufrieron escasez de alimentos y ropa. En los territorios ocupados vivieron durante mucho tiempo de las provisiones del lugar, causando carencias tanto en la población local como, a la postre, entre los propios soldados. La hambruna de los prisioneros y otros fenómenos similares, en respuesta a la siempre desesperada situación de abastecimiento de alimentos, caracterizó los últimos años de la contienda en los territorios ocupados por Japón. La batalla crucial de Guadalcanal se perdió principalmente como resultado de la insuficiencia de alimentos; las tropas japonesas tenían que sobrevivir durante semanas con una dieta de bayas silvestres y hierbas. La armada imperial, incapaz de aportar suficientes barcos para sus avanzadas, trató de solventar el abastecimiento por medio de cilindros arrastrados por el mar. Esfuerzos que resultaron poco fructíferos: de los 1.500 cilindros enviados de esta forma, sólo 300 llegaron realmente a las playas. En Japón mismo las raciones de alimentos empezaron a disminuir en 1943, y en 1944 eran insuficientes, a pesar de la gran frugalidad del pueblo nipón<sup>130</sup>. Esto contribuyó a un creciente desgaste por la guerra en el país y al desarrollo del mercado negro<sup>131</sup>.

La Unión Soviética entró en la Segunda Guerra Mundial con una profunda crisis en su agricultura, ocasionada por las políticas imprudentes de Stalin de colectivización forzada. Pero mientras que la estructura del Koljoz resistió en gran medida la prueba de la guerra y no sobrevino ningún cambio estructural básico en la organización de la agricultura soviética, la

**130** El antiguo Ministro de Asuntos Exteriores japonés Shigemitsu describe en sus memorias de guerra los efectos deletéreos de la escasez de alimentos en el ánimo japonés. Mamoru Shigemitsu, *Die Schicksal jahre Japans 1920-1945*, Frankfurt, 1959, p. 325.

**131** Además de la ya citada obra de Shigemitsu, véase también la de Guillain pp. 162-163, 144-145, 150. Consultar igualmente la de J. Livingston, J. Moore y F. Oldfather, eds., *The Japón Reader: Imperial Japón 1800-1945*, especialmente el fragmento «Bridge to the Sun», de Gwen Terasaki, pp. 465-74.

escasez de alimentos persistió agudizada durante todo el conflicto. Fue exacerbada por la pérdida de ricas tierras agrícolas en Ucrania en el verano de 1941 y por el reclutamiento masivo de población campesina adulta (una gran parte del total de la producción agrícola reposaría sobre hombros femeninos). Las relaciones comerciales entre industria y agricultura cambiaron en favor de los campesinos, pero los ingresos extras en papel moneda no repercutieron en un aumento significativo de la producción agrícola. Los soldados del Ejército Rojo estaban inadecuadamente alimentados y tendían a compensarlo procurándose provisiones en el camino. La posibilidad de vivir de la tierra estaba, sin embargo, severamente restringida debido a la devastación sufrida por la política de tierra arrasada de Hitler y al deseo soviético de negar alimento al enemigo. La situación alimenticia del Ejército Rojo sólo mejoró después de avanzar hacia el oeste en las etapas finales de la contraofensiva de 1943-44.

En el este, cuando lo que quedaba de la China de Chiang Kai-shek también se vio seriamente amenazado, el abastecimiento del gobierno y de los ejércitos en Chongqing se convirtió en uno de los objetivos clave de la prueba de fuerza de los aliados frente a los japoneses en Birmania. El ejército imperial había tenido éxito al cortar la ruta de Birmania, pero EE UU consiguió organizar una ruta por Ledo (India) —a un gran costo y con capacidad logística limitada—, que iba a permitir abastecer a las tropas de EE UU en China (obviaremos hablar del mercado negro que estas originaron y de las dádivas estadounidenses a Chiang y su familia).

El imperialismo alemán fue a la guerra con un estricto sistema de racionamiento, tratando de asegurar todas las necesidades básicas de sus fuerzas armadas así como las de un mínimo para todos sus ciudadanos. Estas prioridades tan rígidas determinaron el trato a la población de los países ocupados y a los prisioneros de guerra. El resultado fue de una extrema crueldad: el progresivo saqueo de los recursos locales causó casi la inanición, especialmente grave en algunas zonas, como la de los Balcanes; los prisioneros en los campos de concentración y los guetos judíos morían literalmente de hambre; cientos de miles de prisioneros soviéticos encontraron el mismo destino. El sistema de racionamiento italiano empezó a derrumbarse en

1942, infligiendo terribles privaciones a la clase obrera y los estratos más pobres de la población. A finales de 1943 el costo de la vida era siete veces más elevado que en 1939, mientras los salarios apenas se habían duplicado. El consumo de carne per cápita había descendido a un nivel de 11 kilos anuales, contra 63 kilos en Gran Bretaña, 51 en Alemania y 39 en Francia<sup>132</sup>.

El abastecimiento de las fuerzas armadas británicas surgió como un problema en el verano de 1940, después de la apertura de la guerra en el Atlántico. El estricto racionamiento se aplicó tanto a la población civil como a las fuerzas armadas. El transporte era ineficaz y permaneció así hasta que se ganó la guerra contra los submarinos alemanes. En cambio las unidades británicas en el Medio Oriente recibieron provisiones adecuadas —mucho mejores que las de italianos y alemanes— que inicialmente procedían del Atlántico Sur por vía El Cabo, enlazando así una enorme cantidad de embarques. El control del Mediterráneo representaba así un objetivo estratégico para el imperialismo británico. El Eje perdió la guerra en Egipto sobre todo por cuestiones logísticas, con mención especial a la incapacidad de cortar las líneas de abastecimiento del Octavo Ejército Británico en el Mediterráneo y a su propia carestía de petróleo, municiones y repuestos para los tanques<sup>133</sup>.

En contraste con sus aliados y enemigos, las fuerzas armadas americanas disfrutaron de provisiones casi ilimitadas. Roosevelt deliberadamente optó en favor de conducir una «guerra de rico». Los comentaristas alemanes y soviéticos, pero también los oficiales y civiles británicos, especialmente en el Lejano Oriente, se mofaban de los soldados rasos llamándolos «soldados del confort», haciendo de la necesidad virtud. Cada

**132** Franco Ciannontoni, *Fascismo, Guerra e società nella Repubblica sociale italiana*, Franco Angeli, Milán, 1981, p. 26.

**133** En *Krieg ohne Hass*, Heidenh, Heidenheim/Brenz, 1950, pp. 104, 107-109, el general Franz A. Bayerlein señala que la estrategia de Rommel en El Alamein en noviembre de 1942 fue completamente dictada por la insuficiencia de los abastecimientos. Era incapaz de conducir la guerra móvil por falta de gasolina y no pudo destruir las posiciones de avanzadas de Montgomery por la falta de municiones. Michel (pp. 430-35) señala cómo los altibajos de la guerra en el desierto occidental estaban estrechamente vinculadas con la habilidad de la Real Fuerza Aérea (RAF) con base en Malta para interceptar los convoyes italianos que iban hacia Libia.

división americana consumía 720 toneladas de provisiones al día, contra escasamente 200 de su contraparte alemana<sup>134</sup>. Mientras que la enorme infraestructura logística del ejército, la armada y la fuerza aérea de EE UU tendía a obstruir las líneas de abastecimiento, interfiriendo con frecuencia la conducción real de la guerra, logró, sin embargo, un aumento regular en la eficiencia de las fuerzas armadas y preservó el estado de ánimo de unos soldados que combatía lejos de un hogar nunca amenazado por una invasión. Ciertamente, esta «política de confort» era socialmente indispensable y provechosa para la clase dominante americana.

En gran medida Japón fue capaz de mantener abiertas las rutas marítimas entre su territorio y las extensas conquistas de 1942 y 1943, si bien con creciente dificultad. En el norte, las líneas de abastecimiento entre Manchuria —que se había convertido en la principal base industrial de su industria de guerra— y el territorio japonés estuvieron adecuadamente protegidas hasta el final del conflicto. Pero en el sur la mayoría fueron cortadas desde la segunda mitad de 1943 en adelante. La pérdida de barcos mercantes como resultado de la acción submarina de EE UU las hizo tambalear: 139 barcos de carga o medio millón de TRB en 1942 y 300 barcos de carga o más de un millón de TRB en 1943 (se debe tener en cuenta que toda la marina mercante japonesa ascendía a sólo cinco millones de TRB antes de la guerra y que muchos de sus barcos se transformaron en transporte para tropas después que comenzaron las hostilidades). No sería exagerado decir que la marina mercante de Japón había sufrido una reducción del 50% a finales de 1943<sup>135</sup>.

**134** «La ración propuesta de una onza de golosinas, dos onzas de galletas y un paquete de goma de mascar para cada hombre de las fuerzas de asalto necesitaban la distribución de 6.250 libras de golosinas, 12.500 de galletas y 100.000 paquetes de goma de mascar.» Hastings, op. cit., pp. 33-34.

**135** John Toland, *L'Empire du Soleil Levant*, Calmann-Lévy, París, 1970, p. 188. A.J. Barker et al., *La machine de guerre japonaise*, op. cit., p. 180. Sobre la batalla del Atlántico, véase el libro con ese título de Donald Macintyre (B.T. Batsford, Londres, 1961). En 1942 los aliados occidentales perdieron 8.245 barcos mercantes como resultado de la guerra naval, 1 millón de TRB más de lo que construyeron en nuevos barcos. En 1943 la pérdida de 3.611 barcos (ocurrida predominantemente en los primeros cinco meses del año) fue compensada

Japón comenzó la guerra del Pacífico con el fin de obtener las ricas materias primas del sudeste de Asia, necesarias para el mantenimiento de su maquinaria bélica en China. Aunque las controló hasta agosto de 1945, desde 1942 no consiguió transportarlos hasta sus industrias. La batalla del Pacífico resultó ser un hito clave de la guerra, y un reflejo de su carácter global. Como en el Atlántico, otro escenario clave, las batallas marítimas se desarrollaron sobre todo entre submarinos y navíos de guerra que protegían a los convoyes mercantes, aunque las minas, los aviones y los barcos de combate en superficie también desempeñaron una función importante. El elemento ofensivo comenzó con una gran ventaja, potenciada por los cambios en la construcción de submarinos y las tácticas a las que se hizo referencia en el capítulo anterior. La protección de las bases submarinas también cobró importancia, realizándose con más éxito en la costa del Atlántico que en la del Pacífico. Gradualmente, sin embargo, las estrategias defensivas recuperaron protagonismo en el Atlántico, sobre todo gracias al sonar y otros aparatos de detección submarina y a la utilización de aviones de muy largo alcance contra los submarinos. La ampliación de los perímetros de las bases aeronavales británicas y particularmente americanas en el Atlántico durante 1940-41 resultó de gran importancia, así como la construcción de aviones especiales equipados para la guerra antisubmarina. Después de la primavera de 1943, tras sufrir pérdidas terribles, Doenitz tuvo que retirar sus fuerzas; la superioridad técnica de los aliados occidentales caló hasta tal punto que no se atrevió a utilizar el todavía considerable número de submarinos a su disposición ni contra las barcasas de desembarque durante la invasión a Normandía ni en escenarios bélicos posteriores<sup>156</sup>.

por la construcción de tantos barcos nuevos que la marina mercante de los aliados presenció un crecimiento neto de 10 millones de TRB. Las pérdidas de la armada alemana aumentaron de 85 submarinos en 1942 a 237 en 1943, otra vez esencialmente durante los primeros seis meses.

**156** Alemania construyó 222 nuevos submarinos en 1942 y 292 en 1943, de tal modo que sus fuerzas submarinas totales eran realmente más fuertes a finales de 1943 y principios de 1944 de lo que lo habían sido a principios de 1942. Pero operaron a una escala mucho más pequeña y con resultados destructivos mucho menores. Ver *Hitler's War Directives*, op. cit., pp. 56-59.

En la guerra, conservar abiertas las propias líneas de abastecimiento es una tarea complementada con el intento simultáneo de obstrucción de las líneas del enemigo. El bloqueo, un intento deliberado de privar a un país de materias primas, municiones y alimentos, ha sido una característica permanente de las guerras modernas desde la era de Napoleón. Ciertamente, la importancia de la guerra económica fue bien entendida por el gobierno británico, que estableció un ministerio especial para tratar los aspectos defensivos y ofensivos de ésta. En Japón, otra potencia insular, la guerra económica asumió un carácter esencialmente defensivo desde el principio. Lo mismo sucedió en el caso de la Unión Soviética. En el Tercer Reich, mientras conservó su poderío, Hitler mantuvo la calma ante la hambruna en Gran Bretaña, aunque luego fuese a criticar el bloqueo económico impuesto por los aliados a Alemania bajo criterios morales<sup>137</sup>.

La importancia de los alimentos durante la guerra transformó, por lo menos, la posición de un país: la formalmente neutral Argentina. Cuanto más se prolongaba la guerra, más se elevaban los precios de los alimentos en el mercado mundial y más fuerte se hacía la posición de Argentina como

**137** Parece que la estrategia alemana a largo plazo contra Gran Bretaña estaba basada en esa suposición después del fracaso de la operación Sea Lion, en el otoño de 1940. De acuerdo con Robert E. Sherwood, Rudolf Hess, después de su vuelo a Escocia, se supone que dijo: «Estoy convencido de que en todo caso —persista o no el frente oriental — Alemania y sus aliados están en posición de llevar a cabo la guerra hasta que Inglaterra caiga por falta de tonelaje [...] El sistema de convoy que en la guerra mundial definió la guerra submarina en favor de Inglaterra —aunque en el último momento—, en esta guerra ha fallado. No pudo evitar las altas cifras de hundimientos, que finalmente deben ser fatales [...] no se contempla una ocupación de toda la isla, ya que Alemania adquiriría la carga de alimentar a la población. A la larga sólo los campos aéreos más importantes se mantendrían bajo ocupación. Todos serían herméticamente cerrados en una amplia zona separada de la población, de tal modo que las tropas de ocupación no fueran afectadas por la miseria de su hambre» (Sherwood, p. 374). En un mensaje enviado a Roosevelt el 7 de diciembre de 1940, Churchill mismo estimó que «el tonelaje anual que debe importarse para mantener nuestro esfuerzo de guerra con toda su fortaleza es de 43.000.000 toneladas; el tonelaje que entró en septiembre [de 1940] era sólo de 37.000.000 toneladas, y en octubre de 38.000.000» (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, op. cit., v. 1, p. 104).

abastecedor de trigo y carne. La burguesía argentina se encontró entonces con la posibilidad de formar un depósito de reserva en moneda extranjera con estas ganancias inesperadas, logrando así un prerrequisito para la industrialización y la acumulación de capital relativamente independiente del control imperialista, que se convirtió en la base para el régimen peronista. Los millones de víctimas de la hambruna bengalí y el enriquecimiento repentino de Argentina, confirman gráficamente el vínculo entre la guerra mundial y el mercado mundial, independientemente de si quienes se beneficiaron o sufrieron por ello estaban formalmente involucrados en las hostilidades.





## 8 Ciencia y administración

La Primera Guerra Mundial había sido testigo ya del innovador impacto de la ciencia en la conducción real de las operaciones militares, especialmente a través del desarrollo del gas venenoso y la producción de petróleo sintético en Alemania, ambos vinculados con la segunda revolución tecnológica basada en la industria química. En el periodo de entreguerras, la importancia de la investigación científica para un continuo incremento de la innovación tecnológica puso las bases para una mayor investigación e invención científico-militar.

Durante la Segunda Guerra Mundial la investigación científica incentivó cuatro innovaciones radicales para propósitos militares: el radar, el sonar, la espoleta de proximidad y la bomba atómica<sup>138</sup>. Los aliados occidentales tuvieron una ventaja decisiva en el conjunto de las cuatro áreas. En el caso de la energía atómica, se obtuvo la ventaja con la ayuda de los científicos que huyeron del continente europeo ante la embestida de los regímenes fascistas<sup>139</sup>. Alemania había llevado la delantera en la utilización de la radio para la guerra ofensiva

**138** Además de estas innovaciones radicales, debe ser acentuada la importancia de los gigantescos avances hechos por las ciencias médicas, en cirugía y medicamentos, antes y durante la guerra. Las sulfamidas, la penicilina y la cirugía avanzada salvaron las vidas de millones de soldados y civiles heridos, quienes habrían muerto si se hubieran mantenido las condiciones de la Primera Guerra Mundial. Los medicamentos contra el tifus hicieron al ejército de Alemania menos vulnerable a las epidemias en el frente oriental. La cortisona fue desarrollada como resultado de investigaciones en tiempo de guerra. El DDT hizo físicamente posibles las incursiones americanas en las regiones del Pacífico infestadas de malaria. Pese a su gran capacidad de resistencia física, las fuerzas armadas japonesas, escasas de algunos abastecimientos médicos que el progreso de la ciencia médica había hecho disponibles, pagaron un alto precio por conducir la guerra en la selva y no proveerse de ellos.

**139** La ciencia alemana decayó dramáticamente bajo los nazis. El número de estudiantes universitarios descendió de 118.000 en 1932 a 51.000 en 1938, y el de *Habilitationen* (cursos de postgrado que dan derecho al profesorado universitario) bajaron de 2.333 entre 1920 y 1933 a 1.534 entre 1933 y 1944. Grumberger, *A Social History of the Third Reich*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1974, pp. 401-08. El 20% de todos los científicos y el 25% de los físicos fueron despedidos (generalmente estaban en lo alto de sus categorías). Alan D. Bayerchen, *Scientists under Hitler*, Yale University Press, New Haven, 1977.

(especialmente para dirigir a los aviones bombarderos hacia sus objetivos), pero la RAF británica fue la primera en darse cuenta del papel decisivo que el radar, unido al sistema de control terrestre, podía jugar en la protección de los espacios aéreos y en la orientación de los aviones de caza<sup>140</sup>. Este fue probablemente el factor decisivo en la batalla de Gran Bretaña en el verano y otoño de 1940.

Sin embargo, el uso del radar fue más allá del famoso papel desempeñado para la comandancia de la RAF. Por ejemplo, jugó un importante rol en la protección de los espacios aéreos de la Luftwaffe en Rusia en 1942-43, frustrando así el intento del Ejército Rojo de destruir la fuerza aérea alemana en tierra poco antes del asalto de la Wehrmacht en la saliente de Kursk el 5 de julio de 1942 (Operación Ciudadela)<sup>141</sup>.

El radar fue utilizado para guiar la artillería naval hacia sus objetivos, los bombarderos o misiles hacia sus blancos, las baterías antiaéreas hacia los aviones que se acercaban, y para defender a los portaaviones contra el ataque del enemigo. La combinación del radar de microondas y las calculadoras mecánicas tipo computadora convirtieron a los cañones antiaéreos en armas mortales contra los bombarderos a finales de la guerra. El radar también fue un poderoso medio de detección de submarinos cerca de la superficie, impidiéndoles en gran manera sobrevivir durante el largo proceso de cargar sus baterías. (Su impacto se redujo cuando la armada alemana desarrolló el submarino tipo Schnorkel).

Durante bastante tiempo el sonar permaneció como arma secreta británica. La respuesta de Alemania al sonar y a la combinación de este con el avión cazabombardero equipado con radar para el ataque de submarinos, fue el submarino de alta velocidad y los torpedos de largo alcance, haciendo posible que el submarino atacase a un convoy a distancia y escapase antes de ser detectado.

Debe hacerse aquí una mención especial a los avances de la ciencia de la criptografía inmediatamente antes y durante

<sup>140</sup> Las investigaciones sobre el radar habían empezado en la URSS ya en 1934 pero sin resultados decisivos o respaldo apropiado. Las depuraciones de 1936-38 no hicieron sino empeorar las cosas. Erickson, op. cit., pp. 35-6.

<sup>141</sup> Paul Carrell, *Verbrannte Erde*, Wien, Ulstein, 1945, pp. 53-5.

la guerra. Esta ciencia estaba íntimamente ligada a la creciente importancia de la clandestinidad, la sorpresa, el engaño y el espionaje en el tipo de contienda móvil contemporánea. La Operación Ultra, el exitoso desciframiento por parte de los aliados occidentales de la mayoría de los códigos militares alemanes, influyó incuestionablemente en el resultado de muchas batallas, aunque su efecto general sobre la derrota de Alemania se ha exagerado<sup>142</sup>. Lo mismo se puede decir sobre el descifrado americano de los códigos de la armada japonesa.

En los tres casos —el radar, el sonar y la espoleta de proximidad— la colaboración entre los científicos y planificadores militares fue muy estrecha. En realidad es difícil precisar la persona en particular o el grupo de personas realmente responsable de su uso en las operaciones militares. Esto es todavía más cierto en relación a la bomba atómica. Ciento cincuenta mil personas estuvieron involucradas en la realización del Proyecto Manhattan, un enorme complejo científico/militar/industrial destinado a producir y utilizar sólo dos artefactos nucleares. Un potente engranaje de investigación científica con propósitos militares era esencial para el éxito de todos estos proyectos: «Las universidades se transformaron en grandes laboratorios para el desarrollo de armas. Los físicos teóricos se convirtieron en ingenieros y los ingenieros llevaron las soluciones a los límites del conocimiento»<sup>143</sup>.

Pero dada la naturaleza de los ejércitos contemporáneos, su tamaño y complejidad, la utilización real de las invenciones científico-tecnológicas en la guerra dependió tanto (si no más) de la planificación y la producción como de los descubrimientos en sí mismos, o incluso del reconocimiento de la importancia y del uso potencial del descubrimiento. Por ello, la Segunda Guerra Mundial no fue tanto una «guerra de brujos» (como afirmó Churchill), sino una de administradores y planificadores,

<sup>142</sup> Lothar Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 1982, examina cuidadosamente los efectos de la habilidad de los aliados para descifrar los códigos de la armada y el ejército alemanes, y afirma de manera persuasiva que estos no fueron tan grandes como a menudo se asume. La operación Ultra es analizada en F. W. Winterbotham, *Ultra secreto*, Grijalbo, Barcelona, 1975, y en Peter Calvocoressi, *The Secret Ultra*, Ballantine Books, Nueva York, 1981.

<sup>143</sup> Gerard Piel, *Science in the Cause of Man*, Knopf, Nueva York, 1962.

reflejando así la importancia de la organización en una guerra industrial, similar a una cadena de montaje. Keitel, Eisenhower y también en gran medida Stalin, no eran tanto estrategas como administradores, y algo similar puede decirse de Tojo, quien empezó su carrera en la policía secreta del ejército japonés (Kenpeitai) en la China ocupada y desempeñó un papel relativamente pequeño en las decisiones sobre las operaciones militares. De los líderes militares que se distinguieron en la Segunda Guerra Mundial, Zhúkov y Montgomery representan destacadas excepciones por ser, en lo esencial, soldados-estrategas.

La relación entre el descubrimiento científico y su aplicación a gran escala variaba de un país a otro. Un país podía ser el primero en hacer un descubrimiento científico, pero luego ser incapaz o carecer de la voluntad de aplicarlo a escala masiva, ya sea por la estrechez de miras de sus líderes, incompetencia en la planificación o escasez de recursos productivos. En contraste, otro país podía ser capaz de imitar un descubrimiento hecho en cualquier parte y desarrollarlo, gracias a planificadores militares convencidos de su importancia y capaces de integrarlo en sus estrategias ofensivas o defensivas incluso de formas imprevistas por los propios inventores originales. Un ejército determinado podía lograr un avance sensacional en la eficiencia de su armamento sacando partido a un nuevo invento, pero no poder hacerlo efectivo por la falta de los recursos necesario para utilizarlo a gran escala. (La Luftwaffe, por ejemplo, se vio obligada a mantener en tierra la mitad de sus mortíferos aviones ME163 en la última fase de la guerra a causa de la falta de combustible.) Incluso el empleo prematuro de una nueva arma revolucionaria podía ser contraproducente si no era adecuadamente probada y mejorada antes de ser producida en masa. Los cohetes alemanes V1 y V2 son ejemplos de cómo la ley del desarrollo desigual y combinado se aplica a la innovación y producción científico-militar.

La planificación y administración en la utilización de los grandes avances científicos se convirtió por tanto en una cuestión de discernimiento, de determinación de prioridades y del cálculo de ventajas y desventajas antes de tomar ciertas decisiones. Una vez tomada la decisión, sin embargo, cambia completamente la situación durante un tiempo considerable. Antes de que un invento determinado pueda ser utilizado a escala

masiva en la guerra real, debe tomarse la decisión de construir (o transformar) las fábricas en que va a producirse en masa; los recursos para construir las plantas y los proyectos deben ser asequibles; el personal debe ser entrenado tanto para la producción como para el uso del nuevo invento; el Estado Mayor tiene que estar preparado para integrar estos inventos en su planificación, etc. Mientras todo esto sucede, puede que se dé algún nuevo invento revolucionario que deje obsoleto, parcial o totalmente, al invento original, incluso antes de que haya sido ampliamente introducido.

La semejanza con la innovación tecnológica civil y la forma en que esta opera en el sistema de las grandes corporaciones dedicadas a maximizar los beneficios a través de la competencia mediante una mayor participación en el mercado mundial, es sorprendente y confirma que la guerra contemporánea es más un producto del capitalismo contemporáneo de lo que generalmente se reconoce. Al igual que los principales grupos financieros controlan las grandes corporaciones y sus jefes son los amos de la economía bajo el capitalismo monopolista (y no los administradores, banqueros y tecnólogos), los estratos más elevados de la burguesía y sus principales representantes políticos son los amos de las decisiones científico-militares (y no los científicos o los generales).

A este respecto, en condiciones de guerra, las diferencias entre los países bajo democracias burguesas y aquellos bajo distintos tipos de dictadura, desaparecen a la larga. Se podría argumentar que Roosevelt y Churchill —sobre todo este último— realmente dispusieron de más poder para imponer decisiones del que tuvieron Hitler, Tojo, Mussolini o, incluso, Stalin. La toma de decisiones centralizada es inevitable dada la centralización del poder económico y político; no es posible delegar la autoridad en la construcción de un nuevo tipo de avión (digamos un jet) a diez autoridades distintas que se encargan de cien fábricas diferentes.

Si el carácter administrativo de la Segunda Guerra Mundial produjo un resultado militar óptimo es totalmente otra cuestión<sup>144</sup>. Surgió de la propia naturaleza del reciente capitalismo

<sup>144</sup> En *In the Battle of France, 1940* (Ives Washburn, Londres, 1958), el coronel Adolphe Goutard señala: «Otro resultado de ese concepto de “guerra metódica”

monopolista. Desarrolló las mismas contradicciones que el sistema en su totalidad: malas decisiones tomadas por un puñado de personas condujeron a desastres en los que sufrieron muchos millones<sup>145</sup>. Quienes decidían, confrontados con un número creciente de decisiones urgentes, cada vez dependían más de la información y el consejo provenientes de comisiones, así que fueron abrumados con documentos que debían leer<sup>146</sup>. De esta forma se vieron forzados, a su vez, a delegar sobre cuestiones aparentemente de importancia secundaria, pero que efectivamente podían impedir el progreso o incluso causar retrocesos de consideración. Como en las grandes empresas modernas, el resultado final fue una compleja —y enrevesada— estructura que combinaba la hipercentralización con la hiperdescentralización. Haciendo balance, ofrecieron una mayor eficiencia las unidades menores y el liderazgo colectivo<sup>147</sup>.

Debemos enfatizar la falta de realismo de aquellos que argumentan que los regímenes dictatoriales son, por su misma naturaleza, incapaces de desarrollar armamento cada vez

fue la “burocratización” del mando. De 1914-1918 en adelante, la organización de todos estos planes de fuego, de despliegue de *matériel*, de establecimiento de estas operaciones siguiendo “ordenes estrictamente medidas” de treinta y cuarenta páginas, necesitaron un personal pletórico que inundó el ejército en el campo con toneladas de papel» (p. 23).

**145** Churchill, por ejemplo, no dio prioridad a la producción masiva de un avión jet británico cuando era técnicamente posible. Este error de juicio pudo haber prolongado la guerra durante meses ya que el Tercer Reich, que había empezado a producir tales aparatos en grandes cantidades, podría haber adquirido ventaja en el aire a principios de 1945. Alemania realmente tenía una pequeña ventaja a finales de 1944, pero fue malgastada por la ofensiva de las Ardenas, mal concebida por Hitler. El caso del avión turbojet es un buen ejemplo del riesgo asumido descuidadamente por parte de cada lado, que neutralizó a ambos; esto es el resultado de demasiado poder concentrado en muy pocas manos.

**146** Eisenhower se supone que adoptó la posición de que no leería ningún legajo que no estuviera resumido en una página mecanografiada y que nada que no estuviera así resumido valía la pena leerse.

**147** Zhúkov escribe en sus memorias: «El mérito de Stalin (durante la guerra) consistía en reconocer inmediatamente de forma correcta las recomendaciones de los expertos, complementándolas, desarrollándolas y generalizándolas—en forma de instrucciones, direcciones, reglas— y transmitiéndolas sin retraso a los líderes del ejército en el campo» (v. 1, p. 360; ed. cast.: Nuestra América, México, 1985).

más sofisticado o participar seriamente en la carrera tecnológica. No hay nada en la trayectoria de la industria de armamentos durante la Segunda Guerra Mundial que garantice una conclusión tan optimista. Por el contrario, los sensacionales avances cualitativos en el «progreso» de los armamentos se dieron en todos los países que habían superado un cierto umbral en la infraestructura industrial/científica. Aquellos que establecen supuestos vínculos causales entre «armas modernas y hombres libres», por citar el título del libro de Vannevar Bush<sup>148</sup>, subestiman seriamente la capacidad de cualquier gobierno, Estado, clase o estrato dominante, para movilizar el conocimiento parcial superespecializado en busca de proyectos específicos, independientemente de su naturaleza o de las metas globales «inmorales» que persiga. Aún la más inepta de las dictaduras de la Segunda Guerra Mundial, el régimen de Vichy en Francia, desarrolló en secreto un revolucionario lanzagranadas ante las propias narices de la Gestapo y agentes del Abwehr<sup>149</sup>.

El asunto no es tanto el servilismo de los científicos y tecnólogos o su disposición para llegar a corromperse por arrogancia, dinero, honor, poder o valores engañosos (si bien todos esos factores intervienen). El asunto es que la misma naturaleza de la producción contemporánea, preparada como está para la producción generalizada (capitalista) o parcial (postcapitalista) de mercancías, fomenta el logro de metas parciales específicas, independientes de su impacto global a largo plazo en la sociedad o en la humanidad como un todo. «No debemos preguntarnos por qué» había llegado a ser la justificación de la gran mayoría de los científicos y tecnólogos desde los lamentables días de la guerra de Crimea.

La bomba atómica, producida en EE UU, representa justo el opuesto de la tesis «armas modernas y hombres libres». No solo fue concebida y construida por «expertos» que en su mayoría no sabían si sería utilizada, cómo y contra quién, ni bajo qué condiciones y con qué efectos colaterales (por ejemplo, los efectos a largo plazo de la radiación fueron en general ignorados),

<sup>148</sup> Vannevar Bush, *Modern Arms and Free Men*, Simon and Schuster, Londres, 1950.

<sup>149</sup> Benoist-Mechin, op. cit., v. 2, pp. 258-59.



sino que en las discusiones sobre su uso los «hombres libres» brillaron por su ausencia. A la gran mayoría de los interesados no se les permitió participar. Nadie fue tomado en cuenta: ni la población, ni el Congreso, ni la institución científica misma<sup>150</sup>. Un grupo muy pequeño de personas, probablemente no más de una docena, contribuyeron a tomar la decisión final de arrojar la bomba sobre Hiroshima y Nagasaki, con todas las espantosas consecuencias que acarreó para el futuro curso de la historia y el destino de la humanidad. No fue que «la ciencia se hubiera vuelto loca» lo que condujo a la utilización de la bomba atómica. Fue el militarismo y el imperialismo agresivo fuera del control de cualquier forma de soberanía popular lo que llevó a dichos desastres y puede conducir a otros similares o más graves en el futuro.

Al igual que la ciencia contemporánea, el armamento contemporáneo no debe ser reificado. No posee un impulso social independiente que imponga a ciegas su «voluntad» sobre la gente. La bomba atómica o la computadora no tienen «voluntad» propia. La gente que las controla y está preparada para usarlas sí tiene intenciones; y éstas están determinadas por enormes intereses sociales. Su poder sobre las máquinas y armas está en función del poder sobre otra gente. Esa es la conclusión que se debe sacar del éxito relativo del Tercer Reich en el desarrollo de armas sofisticadas, del avance sensacional

**150** Peter Wyden afirma que algunos de los físicos que trabajaban en Los Álamos se consideraban a sí mismos «científicos-esclavos». La ignorancia, el secreto excesivo, la falta de discusión en los «lugares importantes» presidieron esta triste imagen. «En 1947, personalidades médicas del proyecto escribieron un informe diciendo que sus apreciaciones acerca de los niveles de radiación tolerables habían sido conjeturas equivocadas y ese informe solo se descubrió por accidente en 1983. Aunque algunos científicos americanos todavía insisten en que las muertes por radiación combinada en Hiroshima y Nagasaki estuvieron limitadas a mil o dos mil personas, los equipos médicos americanos han determinado que al menos 20.000 (posiblemente el doble) sufrieron importantes daños debido a la radiación. En 1945, personalidades científicas en los Álamos tuvieron una apasionada discusión acerca de si recomendar una demostración de la bomba en lugar de usarla en la guerra, y Oppenheimer ni siquiera informó de esa discusión a la Casa Blanca antes de que fuera tomada la decisión de arrojar la bomba sobre Japón.» *Day One: Before Hiroshima and After*, Simon and Schuster, Nueva York, 1984.

de Stalin por haber fabricado los Katiushas en las cadenas de montaje, del éxito del imperialismo americano en la producción de la bomba atómica. Un monopolio del proceso de toma de decisiones por parte de «expertos» humanos o los intentos de detener el progreso científico no pueden prevenir acontecimientos desastrosos. Sin embargo, en contraste con lo anterior, la población, mediante un control real de los medios de producción, sí puede. No existe una «inevitable sucesión de acontecimientos»<sup>151</sup>.

Si a pesar de todo hay alguna lección positiva que aprender de las cada vez más inhumanas implicaciones de la subordinación de la ciencia a la guerra, ésta es que el espíritu humano y la práctica humana nunca se someterán al chantaje y a las amenazas del Estado terrorista, algo parcialmente confirmado por la historia de la bomba atómica. Robert Sherwood recuerda que la primera iniciativa para instituir el Consejo de Administración de la Defensa Nacional en pos de «la movilización de los científicos americanos para trabajar en las nuevas armas con el fin de alcanzar y superar el terrible desafío que la tecnología nazi había presentado», vino en respuesta a los intentos de Charles Lindbergh «para amedrentar a sus oyentes después de la caída de Francia, contándoles historias acerca de la supuestamente insuperable fuerza de Alemania»<sup>152</sup>. Igualmente, el terror de las armas nucleares desencadenó un espíritu de

**151** En su discurso de despedida a sus colaboradores en el Proyecto Manhattan, del 2 de noviembre de 1945, Robert Oppenheimer afirmó que ya que los «buenos propósitos» de la ciencia, nacidos desde el Renacimiento, eran conquistar «el mayor poder posible para controlar al mundo», la bomba atómica fue su «inevitable producto» (Alice Kimball Smith y Charles Weiner, eds., *Robert Oppenheimer: Letters and Recollections*, Harvard University Press, Cambridge, 1980). El argumento de Oppenheimer es un perfecto *non sequitur*. El único producto inevitable del esfuerzo para conquistar la naturaleza es el conocimiento de cómo liberar la energía atómica. Su uso con propósitos destructivos no es inevitable: es el producto de un orden social determinado, ¡más bien, desorden!, de una forma dada de organización social. Esta organización social es el resultado de la temporal incapacidad de la humanidad para controlar (conquistar) racionalmente los procesos sociales. La bomba atómica fue producida porque el mundo social —que es parte del mundo natural— está insuficientemente conquistado, no porque hubiera demasiado conocimiento.

**152** Robert E. Sherwood, op. cit., p. 153.

resistencia internacional contra la locura de la guerra nuclear. La lucha entre aquellos dispuestos a desencadenarla y aquellos que se oponen a ella por todos los medios necesarios, no está decidida por adelantado a favor de los locos. Se decidirá políticamente mediante la lucha entre las principales fuerzas sociales, motivadas no sólo por el interés sino, también, por la convicción y la resistencia moral.

## 9 Ideología

Si la Segunda Guerra Mundial fue una guerra motorizada y de la cadena de montaje también lo fue de la radio. En ningún conflicto anterior los gobiernos beligerantes habían dispuesto de la posibilidad de llegar directamente a tantos millones de hombres y mujeres con sus intentos de adoctrinamiento y manipulación ideológica.

La radio ya había jugado un papel importante con en el surgimiento del partido nazi en Alemania, un partido de masas de la pequeña burguesía y de elementos *déclassés* de otras clases sociales. Jugó un papel similar al conducir con mano de hierro a las poblaciones alemana y japonesa durante la guerra, inundándolas con propaganda basada cada vez más en la completa ocultación de acontecimientos «desagradables». También Churchill y Roosevelt explotaron la radio de forma magistral para inducir a los pueblos británico y americano a apoyar la guerra imperialista y el indispensable esfuerzo de guerra. La BBC y más tarde, en menor grado, Radio Moscú fueron cruciales para neutralizar la propaganda nazi en los territorios ocupados y fomentar el apoyo local a los aliados.

Al mismo tiempo, sin embargo, los límites de la campaña propagandística de guerra se hicieron visibles. En los países menos desarrollados, el bajo nivel de vida suponía que la mayoría de los campesinos de China, India o Indonesia (e incluso una parte importante de la población urbana) no tuviera un aparato de radio. Los tímidos esfuerzos de sustituirlo por medio de altavoces en espacios públicos fueron totalmente ineficaces. Entre poblaciones generalmente hostiles hacia las autoridades, la existencia de un gran número de aparatos de radio hizo posible difundir la «propaganda enemiga» a una escala nunca alcanzada ni en la Primera Guerra Mundial ni siquiera en la guerra civil rusa. Esa potencialidad, no obstante, ya se había esbozado en la guerra civil española.

Habiendo perdido las ilusiones respecto a la eficacia de su propaganda, los gobernantes no encontraron otro recurso que confiscar todos los aparatos de radio, reconociendo así su fracaso ideológico para manipular con éxito a una determinada población. Los nazis lo hicieron en Polonia, Yugoslavia

y Grecia, países ocupados prácticamente desde el principio, y más tarde en todos los territorios invadidos. Es interesante señalar que, de acuerdo con las memorias de Ilya Ehrenburg, Stalin y la NKVD tomaron medidas similares en el otoño de 1941 en Moscú<sup>153</sup>.

Estos ejemplos indican claramente que el peso de la ideología en la guerra no es puramente una cuestión mecánica de producción y distribución masiva, o de disponibilidad de los medios adecuados de comunicación. El contenido de la propaganda —que implica la naturaleza de las ideas que se van a difundir y la habilidad para facilitar su recepción— es un co-determinante de los resultados. Y aquí tiene que ser analizada una sutil interacción entre el interés objetivo de clase, la propia conciencia social (es decir, aquellos intereses reprimidos por la ideología dominante) y los deliberados intentos por parte de los gobiernos y los encargados de la propaganda para explotar o transformar esa conciencia.

Para el imperialismo británico y sus aliados en países imperialistas europeos menores, su principal arma ideológica fue el antifascismo. Explotando el fundado odio de las masas británicas y europeas a raíz de la supresión del movimiento obrero por parte de Hitler y otros regímenes fascistas —violaciones de los derechos y libertades fundamentales de los trabajadores y crímenes contra la humanidad— dicha propaganda, en general, tuvo éxito en la subordinación de los antagonismos de clase entre capital y trabajo asalariado frente a la derrota del nazismo. Dicha propaganda ocultó, o cuando menos relegó a un muy segundo plano, el carácter imperialista de los estados británico, francés y americano, con su continua explotación y opresión de cientos de millones de seres humanos en los imperios coloniales, y la negación total de los derechos humanos más elementales. La complicidad de la socialdemocracia, la burocracia sindical y el aparato comunista internacional fue vital para la efectividad de esa campaña. Que se continuó desarrollando, con la excepción de los partidos comunistas durante el intervalo del pacto Hitler-Stalin, cuando se hicieron concesiones horribles a la ideología imperialista alemana.

<sup>153</sup> Ilya Ehrenburg, v. 3, p. 8 de la edición alemana. Alexander Werth confirma esta medida, tratando de disculparse por ella (Werth, op. cit., p. 181).

En el territorio ocupado de Europa, los fenómenos de sobreexplotación y de opresión nacional añadieron una dimensión nacionalista a la ideología anti-fascista, haciéndola aún más atractiva para las masas<sup>154</sup>. En Gran Bretaña, el nacionalismo tradicional e incluso el chovinismo formaron parte de la campaña ideológica, pero con efectos menores sobre la clase trabajadora (como demostraría el fracaso de la campaña electoral de Churchill en 1945).

En Estados Unidos donde, en contraste con Europa, la ausencia de conciencia de clase entre los trabajadores es una característica constante de la situación política, la interacción de los temas ideológicos en la propaganda del gobierno era menos compleja que en Gran Bretaña o el resto de Europa. Predominaron el antifascismo militante y una versión más grosera del tema «guerra-por-la-libertad» que la de Churchill o la de De Gaulle. Pero se mostraban impotentes frente a realidades palpables, como el racismo contra los negros en el sur, pero también cada vez más en el norte. Por otra parte, «el anticolonialismo» populista tradicional hizo difícil para la administración Roosevelt encubrir completamente la continua negación de los derechos políticos y la autodeterminación de las colonias británicas y francesas. El nacionalismo pragmático (en primer lugar el antijaponés, alentado por la indignación popular contra «el día de la infamia» de Tokio en Pearl Harbor) se convirtió en el ingrediente principal en la propaganda de guerra de Washington. El mundo aprendería que no era posible pisotear a los americanos honestos, viriles, virtuosos, inocentes, sin desencadenar un poderoso efecto de respuesta; el mundo entero, y no sólo el Emperador, el Führer y el Duce, ese cómico de opereta. El mensaje fue recibido alto y claro y fue ampliamente aceptado, al menos en EE UU. Fue mucho más difícil conseguirlo en el extranjero, aunque allí también obtuvo muy buenos resultados.

Comparado con el chovinismo inglés, francés, alemán o italiano, este nacionalismo americano era un artefacto ideológico

**154** Los poetas franceses Aragon y Eluard expresaron esta ideología más gráficamente en sus composiciones sobre la resistencia conmovedoramente patriótica. Véase, por ejemplo, «La Rose et le Réséda», donde se dice que cuando la casa se está quemando sólo los locos continúan con antiguas querellas. ¡La lucha de clases como una «querella» es ciertamente una fórmula muy reveladora!

relativamente reciente. No es sorprendente que el presidente McKinley expresase sus primeras formas coincidiendo con la expansión imperialista de EE UU en las Filipinas y el Caribe<sup>155</sup>. Su segunda forma coincidiría con la entrada de EE UU en la Primera Guerra Mundial y las primeras incursiones contra la revolución mexicana. Ambas tuvieron un impacto popular bastante limitado, como demostró el posterior regreso de EE UU al «aislacionismo». Pearl Harbor y la entrada de EE UU en la Segunda Guerra Mundial iniciaron la definitiva internacionalización de la sociedad burguesa estadounidense. Precisamente porque el auge del nacionalismo americano resultaba funcional no sólo para maximizar el esfuerzo bélico sino también para un proyecto más amplio de asalto de la hegemonía mundial por parte del imperialismo de EE UU, persistió un repugnante mensaje racista de fondo. Mensaje que se manifestaría sobre todo en el eje antijaponés cuya primera víctima vendría de la población nipoamericana, la *nissei*<sup>156</sup>; aunque en absoluto se restringiera a un sólo objetivo.

A principios de la Segunda Guerra Mundial la burocracia soviética trató de adherirse tenazmente a la peculiar ideología que había surgido del Thermidor: una mezcla de un «marxismo-leninismo» vulgar, dogmatizado y simplificado, manipulado y deformado para adaptarse a los intereses específicos de la burocracia; un no menos vulgar y decadente culto a Stalin (a

**155** La expansión militar americana en México no era de naturaleza imperialista, al menos no en el sentido científico del término. Pero obviamente tenía una dimensión colonialista y por lo tanto contenía un aspecto de superioridad étnica (racial). La conquista de las Filipinas por el imperialismo americano, con el cambio de siglo, terminó en crímenes masivos contra la humanidad, que fueron encubiertos por un racismo más tosco.

**156** El almirante Halsey es citado públicamente por haber dicho de las fuerzas armadas japonesas: «Estamos ahogando y quemando a los bestiales monos en todo el Pacífico y es tan placentero quemarlos como ahogarlos». El ejército y la armada americana públicamente exhibieron otro de sus dichos: «maten japoneses, maten japoneses, maten más japoneses» (citado en Richard J. Barnet, *Roots of War*, Penguin, Londres, 1973, p. 46). Se supone que Halsey dijo en una comida de periodistas en Washington: «Odio a los japoneses. Les digo que si me topara con una japonesa embarazada la golpearía en el vientre» (*Politics*, agosto de 1945, p. 2). «Debemos odiar con cada fibra de nuestro ser», declaró el lugarteniente general Lesley J. McNair en un programa de radio a las tropas en noviembre de 1942 (citado en Barnet, *ibidem*).

los soldados y los trabajadores literalmente se les pedía pelear y morir «por el padre de la patria, por Stalin»); y un creciente nacionalismo ruso. Después de la agresión imperialista alemana, los objetivos comunistas y seudocomunistas pasaron rápidamente a último término, como por cierto sucedió con el culto a Stalin, al menos hasta 1943. El nacionalismo ruso se ponía cada vez más en primer plano, junto con el paneslavismo. Esto culminó con el Manifiesto de la Victoria de Stalin de mayo de 1945, que definió la victoria como la de los pueblos eslavos en su «lucha secular contra los pueblos germánicos». Demasiada manipulación de la fórmula (¿trotskista?) del *Manifiesto comunista*, de acuerdo con la cual la historia de todas las sociedades es la historia de las luchas de clase, no la historia de las luchas étnicas.

La conciencia nacional de los pueblos oprimidos surgió como un poderoso fenómeno de masas, en parte encauzado hacia los intereses de la burguesía nacional, en los dos principales países subdesarrollados del mundo: China e India. Contraria al nacionalismo de los estados opresores, esta conciencia contiene un ingrediente progresista. Puede desencadenar una dinámica política progresiva. Pero cuando toma la forma de nacionalismo también lleva las semillas de la colaboración reaccionaria de clase, sofocando potencialmente la lucha de los trabajadores y de los campesinos pobres por la autonomía política de clase y la defensa de sus intereses materiales contra sus explotadores «nacionales»<sup>157</sup>.

Esto fue especialmente claro en el caso de China, donde la guerra de liberación nacional se combinaba cada vez más con la guerra civil. Pero también era obvio en el caso de la India: el triste fracaso de su Partido Comunista para estimular la lucha de liberación nacional contra el colonialismo británico, unido a su abierta traición al levantamiento nacional de julio de 1942, dio a la burguesía del Partido del Congreso de Gandhi-Nehru casi el monopolio de esa lucha, que a su vez le proporcionó una

**157** «El marxismo no puede ser reconciliado con el nacionalismo, ni siquiera en su forma “más justa”, “pura”, refinada y civilizada. En vez de hacer avanzar el nacionalismo, el marxismo avanza al internacionalismo.» Lenin, *Notas críticas sobre la cuestión nacional*, 1913.



absoluta hegemonía política sobre las masas indias durante tres décadas.

La Segunda Guerra Mundial también fue testigo del lento surgimiento del nacionalismo de masas en los países árabes y del primer ejemplo de nacionalismo masivo organizado en América Latina desde la revolución mexicana, sobre todo en Argentina con el peronismo.

La ideología dominante del imperialismo japonés fue sobre todo nacionalista y chovinista, con un creciente ingrediente de demagogia de «poder proasiático y antiblanco». Demagogia, porque los imperialistas japoneses siempre que salieron victoriosos trataron a los pueblos asiáticos de «sus colonias» peor, si cabe, de lo que lo hicieron los colonialistas británicos, franceses, americanos u holandeses. Muchos elementos de esta ideología con orígenes semif feudales e imperialista-racistas, estaban basados en el mito de la superioridad étnica y el privilegiado estatus del pueblo japonés, no sólo respecto a «la raza caucásica» sino también a otros pueblos asiáticos. Sin embargo, esta demagogia, que tenía escaso impacto directo fuera de Indonesia y Birmania, indudablemente supuso una bomba de tiempo ideológica que explotaría después de la derrota de Japón en 1945.

Mientras los límites de la influencia del chovinismo japonés fuera de su territorio son obvios, es más difícil juzgar el grado de control mental que logró en el archipiélago mismo. Nadie puede dudar de sus efectos en el fanatismo que creó en la clase alta y media, así como en la pequeña burguesía y la juventud; la motivación de los *kamikazes* fue un amplio testimonio. Pero ¿hasta qué punto estaban simplemente acobardados, intimidados, aterrorizados y paralizados por la atomización dentro de una sumisión pasiva? Es difícil responder sin estudiar las fuentes originales, lo cual desafortunadamente somos capaces de hacer. Pero algunos textos traducidos —así como una fuente del tipo de las memorias de Shigemitsu— son testimonio de esta última interpretación<sup>158</sup>.

158 «En muchas ocasiones, el “jefe” local o su asistente lograron el reconocimiento local de esta forma [suprimiendo toda la crítica del régimen existente] y la sumisión a ellos se hacía inevitable, porque podían con facilidad negar alimentos, combustible y otros artículos a una familia o individuo reacio.

La ideología nazi, con su específica mezcla de extremo chovinismo, anticomunismo, demagogia seudossocialista y racismo (culminando con un antisemitismo asesino de masas) unió exitosamente al grueso de las clases media y alta (que incluía el cuerpo de oficiales), a una minoría (sin conciencia de clase) tradicionalmente no organizada de la clase obrera y a elementos *déclassés* de todas las clases sociales. Estos sectores nunca fueron más de la mitad (y probablemente hasta menos) del pueblo alemán. La otra mitad, los miembros y simpatizantes del PC y SPD, el grueso de los trabajadores católicos y la *intelligentsia*, así como una minoría del sector liberal de las clases altas (que incluía a los «liberalconservadores») nunca apoyaron ni a Hitler ni a sus crímenes. Pero fueron en su mayoría condenados a la pasividad mediante la pura represión física, el terror y —especialmente— la falta de una alternativa política. Los efectos del bombardeo masivo hicieron el resto.

La demagogia seudossocialista era sólo eso: demagogia. Los trabajadores alemanes tuvieron una vida dura durante la guerra. Sus salarios y nivel de vida eran bajos. Un incremento en el precio de la margarina se convertía en un grave contratiempo; apenas tenían acceso a la mantequilla y la carne. Por otro lado, Hitler aseguró una y otra vez a los capitalistas que protegería la propiedad privada<sup>159</sup>.

Casi todos los estudiosos han tratado el fanático antisemitismo de Hitler, que condujo al Holocausto, como algo más allá

A menudo los jefes de asociaciones de bloque se convertían en tiranos despreciables y la posición que tomaban se debilitaba [...] Especialmente en los centros urbanos, el *tonarigumi* (grupo de diez familias) a menudo creaba más fricción que buena vecindad y había ahí mucha hostilidad contra el sistema.» Kurt Steiner, *Local Government in Japan*, Stanford University Press, Stanford, 1965, p. 60. Véase también Guillain, op. cit., pp. 215-18.

<sup>159</sup> Típico de la ideología básicamente burguesa de Hitler fue su negativa en 1943 a ampliar la inclusión en la industria de las mujeres de la clase alta, tal como proponía el llamamiento de «guerra total» de Goebbels. No era *standesgemäß* (correspondiente al rango), afirmó torpemente. El mejor indicador de la naturaleza capitalista del Tercer Reich fue el exorbitante aumento de los beneficios que, sólo para las corporaciones, ascendió de 3.000 millones de MR en 1933 a 14.000 millones en 1942-43 (beneficios brutos). En la industria eléctrica y en la de equipo eléctrico los beneficios netos se elevaron de 100 millones de MR en 1933 a 481 millones en 1939, 594 millones en 1940 y 645 millones en 1941 (Eichholtz, op. cit., v. 2, p. 566).

de toda explicación racional, a diferencia de lo que sucede con el resto de ideologías del siglo XX (por ejemplo, la era imperialista). No creemos que ese drástico excepcionalismo histórico pueda ser empírica o lógicamente sostenido.

En su forma extrema el racismo está congénitamente vinculado al colonialismo e imperialismo institucionalizados. De hecho, el uno no puede funcionar sin la protección ideológica del otro. Es imposible para los seres humanos pensantes —y los colonialistas, imperialistas y defensores de su «orden» específico son seres humanos pensantes— negar a millones de hombres, mujeres y niños los más elementales derechos humanos sin intentar racionalizar y justificar estas indignidades y opresiones mediante un sofisma ideológico específico —a saber, el de su inferioridad «racial» o «étnica» o «intelectual/moral», o una combinación de ellas— en un intento ideológico por deshumanizarlos. Pero una vez que grandes grupos de seres humanos son considerados como intrínsecamente inferiores —como «sub-humanos», como *Untermenschen*, como alguna especie de animal<sup>160</sup>— entonces sólo falta un paso político-ideológico más para negarles no sólo el derecho a la libertad y a la búsqueda de la felicidad, sino el derecho a la vida misma. En la peculiar combinación suicida —y cada vez más destructiva— de la «perfecta» racionalidad parcial y la extrema irracionalidad global que caracteriza al capitalismo internacional, este paso se da con frecuencia.

En otras palabras, las semillas del Holocausto no deben buscarse en el antisemitismo semifeudal tradicional y pequeño burgués, aunque, desde luego, este antisemitismo entre los sectores de la pequeña burguesía polaca, húngara, ucraniana, báltica y rusa ofreció un terreno fértil para tolerar y ayudar al Holocausto. Este tipo de antisemitismo llevó a los *pogroms*, que eran para los asesinos nazis lo que los cuchillos son para la

**160** Los sofismas de Aristóteles sobre la esclavitud en el primer libro de *La Política* contienen los mismos razonamientos. Los esclavos «naturales» se supone que son «naturalmente» inferiores a sus amos y desprovistos de la capacidad de razonamiento. El esclavo puede tener alguna forma de virtud —en contra de los animales puros, él tiene un alma— pero su virtud consiste en aceptar la sumisión a su amo. Tal razonamiento disfrazó horribles crímenes contra la humanidad.

bomba atómica. Las semillas de las cámaras de gas se encontraban en la esclavitud masiva y en el asesinato de los negros mediante el comercio de esclavos, y en el total exterminio de los indios del Centro y Sur de América por los conquistadores.<sup>161</sup> En estos casos, el término genocidio está completamente justificado: millones de hombres, mujeres y niños fueron asesinados sólo porque pertenecían a un colectivo supuestamente «inferior», «subhumano» o «malvado»<sup>162</sup>. Es cierto que estos crímenes del colonialismo/imperialismo ocurrieron fuera de Europa. Pero el «destino manifiesto» del imperialismo alemán era precisamente colonizar Europa oriental. Los nazis y los más extremistas partidarios de la doctrina imperialista de la superioridad racial de ningún modo pensaron en la esclavitud y el exterminio sólo de los judíos; los gitanos y algunos grupos eslavos figuran en la misma lista<sup>163</sup>. La mayoría de los historiadores y otros comentaristas olvidan convenientemente que el primer grupo de *Untermenschen* que se sacrificó en las cámaras de gas durante la guerra no fue de judíos sino de alemanes nativos, clasificados como «mentalmente insanos»: doscientos mil (nuevamente, hombres, mujeres y niños) fueron exterminados entre 1940-41 en Aktion T4<sup>164</sup>.

**161** Otro horrible antecedente fue el asesinato masivo de los prisioneros de guerra y esclavos (a menudo mujeres) por la clase dominante romana en espectáculos públicos. Los llamados gladiadores casi siempre eran obligados a matarse entre ellos, una crueldad que ni siquiera los nazis generalizaron.

**162** Cuando los autores soviéticos «disidentes» como Alexander Zinóviev y otros declaran ahora que las autoridades soviéticas realmente han logrado crear un nuevo tipo de ser humano «homo sovieticus», desprovisto de pensamiento y reacción crítica —una clara racionalización de su propia incapacidad para atraer el apoyo de las masas en la URSS y un evidente disparate—, tenemos una horrible premonición de que este es el primer peldaño hacia la justificación de toda clase de trato bárbaro a esos seres humanos, en primer lugar negándoles todos sus derechos humanos y democráticos.

**163** Ya el 21 de septiembre de 1939, Heydrich, segundo comandante de la SS, declaró que los «polacos primitivos» tenían que ser incorporados en el proceso de trabajo como trabajadores migratorios, mientras las clases medias —los intelectuales y otros elementos dirigentes— tenían que ser liquidadas (Ludolf Herbst, op. cit., p. 123).

**164** Para consultar las fuentes recientes sobre esta acción, véase Götz Aly et al., *Aussonderung und Tod*, Rotbuch, Berlín, 1985.

Se debe agregar que las atrocidades japonesas de la «unidad 731» en Manchuria están sólo un escalón por debajo de Auschwitz y sólo pueden explicarse a través de una mentalidad y una motivación básicamente similares a la del *Herrenvolk*. En cuanto al cruel asesinato de doscientos cincuenta mil civiles japoneses (también hombres, mujeres y niños) con las bombas atómicas de Hiroshima y Nagasaki, aun cuando no sea exactamente comparable al Holocausto considerando su inhumanidad, sin duda reflejó un desprecio por los seres humanos de «clase especial» que no es del todo ajeno al racismo extremo.

Cuando decimos que el germen del Holocausto debe buscarse en el racismo extremo del colonialismo y del imperalismo, no queremos decir que el germen produzca inevitable y automáticamente el mal en su peor forma. Para que se dé el caso, la locura del racista tiene que combinarse con la mortífera racionalidad parcial del sistema industrial moderno. Su eficiencia debe estar apoyada por una burocracia servil, por un consecuente desprecio del juicio crítico individual considerado principalmente como «subversivo» (*Befehl ist Befehl*), por miles de agentes pasivos (de hecho cómplices pasivos del crimen); por la conquista del poder por parte de un personal político de tipo mafioso al servicio de una determinada burguesía y la disposición de esta clase a permitirles ejercer el poder político; por la locura desencadenada no sólo por estos malhechores, sino también por importantes sectores de los grandes negocios; por la cínica *realpolitik* que lleva al peor chantaje y al sistemático terrorismo de Estado (Goering, Hitler y compañía amenazando destruir sucesivamente Praga, Rotterdam, Londres, Coventry; *Wir werden ihre Städte ausradieren!*: algo solo concebible cuando dichas amenazas fueron ocasionalmente cumplidas); por la ejecución gradual de ese terrorismo de Estado desencadenando una implacable lógica propia<sup>165</sup>; por un fétido sustrato de cul-

**165** Hitler declaró públicamente en su discurso al Reichstag del 30 de enero de 1939: «[...] si los financieros judíos internacionales dentro y fuera de Europa logran precipitar a los pueblos hacia la guerra una vez más, el resultado no será la bolchevización de la tierra y con esto la victoria de los judíos, sino la destrucción de la raza judía en Europa». En 1943 Goebbels utilizó estas mismas palabras en una editorial para su semanario *Das Reich*, añadiendo: «Esto está sucediendo ahora».

pa y vergüenza inconscientes, que tuvo que ser racionalizado a pesar (o mejor, en función) de los monstruosos crímenes. El Holocausto sólo viene al final de esta larga cadena causal. Pero puede y debe ser explicado a través de ella. En realidad, aquellos que entendieron la cadena podían haberla prevenido<sup>166</sup>.

Congregados desde toda Alemania, Himmler dijo a los *Gauleiter* y *Reichsleiter* el 6 de octubre de 1943: «Se nos ha planteado la siguiente cuestión [en relación a la exterminación de los judíos]: “¿Qué hacer con las mujeres y los niños?”. Yo reflexioné y encontré aquí también una solución obvia. No creí tener el derecho a exterminar a los hombres... y dejar crecer a los niños, quienes con el tiempo tomarían venganza en nuestros niños y sus descendientes. Se ha de tomar una importante decisión para hacer desaparecer a esta gente de la faz de la tierra»<sup>167</sup>. Dos días antes Himmler había desarrollado el mismo tema más extensamente en Poznan, ante una asamblea de funcionarios dirigentes de la SS.

La facilidad con la que brotan justificaciones semejantes queda sorprendentemente confirmado con la siguiente cita, procedente de EE UU: «Un hombre de la audiencia le preguntó al mayor Lessner: “¿El castigo de todos los alemanes no causaría un innecesario sufrimiento a millones de niños alemanes que de ningún modo pueden considerarse como responsables de los crímenes de sus mayores?” El mayor Lessner contestó: “Claro que sí. Estos inocentes niños alemanes son los soldados potenciales de la Tercera Guerra Mundial, justamente como los inocentes niños alemanes que habían sido alimentados después de 1918 y luego sirvieron en el ejército de Hitler, y que lo hicieron notablemente bien”»<sup>168</sup>.

No se debe olvidar que el antisemitismo se había propagado por la mayoría de los círculos nacionalistas-conservadores de Francia y Rusia así como de Alemania, antes y durante la

**166** Trotsky predijo el exterminio físico de los judíos europeos en su llamado del 22 de diciembre de 1938 a los judíos americanos. Reimpreso en la revista *Fourth International*, diciembre de 1945.

**167** Heinrich Himmler, *Geheimreden 1933 bis 1945 und andere Ansprachen*, Ullstein, Munich, 1974.

**168** Informe del *Bulletin of the Society for the Prevention of World War Three*, de abril de 1945, reproducido en *Politics*, mayo de 1945, p. 134.

Primera Guerra Mundial. Y que alcanzó su clímax a finales de la guerra, durante el periodo revolucionario. Se manifestaron sentimientos extremistas que Hitler sólo tuvo que recoger y sistematizar. Pueden darse muchos ejemplos. Uno: en diciembre de 1918 el Kaiser escribió en sus diarios la siniestra frase: «No permitamos que ningún alemán descansa hasta que estos parásitos [los judíos] hayan sido expulsados del territorio alemán y exterminados».<sup>169</sup>

Explicar y entender un crimen no implica en absoluto su justificación: el Holocausto —el asesinato deliberado y sistemático de seis millones de hombres, mujeres y niños simplemente a causa de su origen étnico— se considera como algo único en la triste historia criminal de la humanidad. Pero lo que la explicación y el entendimiento sí implican es que causas similares pueden tener efectos similares; crímenes análogos podrían repetirse contra otros pueblos si el capitalismo sobrevive lo suficiente como para desencadenar la totalidad de su bárbaro potencial una vez más.

Se ha formulado la siguiente pregunta: «¿No fue totalmente irracional el asesinato sin sentido de obreros potenciales, incluyendo a los altamente cualificados, cada vez más escasos en la industria de guerra alemana?» En general, los sistemas de sobreexplotación y esclavismo son muy irracionales. Pero han existido en muchos lugares durante largos periodos de tiempo. Aun cuando no constituyen la base del capitalismo (trabajo sin salario), están a menudo integrados en el modo de producción capitalista, diferente del modo de producción esclavista en sí mismo. Tienen una racionalidad parcial: los costos de ese trabajo pueden ser reducidos a casi nada, una ración miserable que rápidamente reduce el peso y la salud del obrero hasta que literalmente muere de hambre y de privación. Ya no hay que planearse la necesidad de la reproducción a medio plazo de la fuerza de trabajo individual. Es cierto que el promedio de productividad de ese trabajo es abismalmente bajo. Pero mientras sea abundante el abastecimiento de esclavos, una operación de este tipo tiene su propia racionalidad, si se le puede llamar así. Los antiguos senadores romanos y los criminales contem-

<sup>169</sup> J.C.G. Röhl y N. Sombart, eds., *Kaiser Wilhelm II: New Interpretations*, Cambridge University Press, Cambridge, 1984.

poráneos de la SS —sin mencionar a los propietarios de las plantaciones sureñas de los siglos XVIII y principios del XIX en EE UU— hicieron cálculos «exactos» para descubrir dónde estaba el límite preciso de esa «racionalidad». Y mientras los mafiosos de la SS han sido ciertamente los más criminales de todos, no fueron de ningún modo los menos calculadores. Al igual que los propietarios de esclavos romanos de algunos periodos, literalmente obligaron a sus esclavos a trabajar para ellos hasta la muerte<sup>170</sup>. A todos aquellos que podían trabajar no los mataron inmediatamente. Esa era la función precisa de los tristemente célebres campos de exterminio, en cuyas tareas de «selección» el Dr. Mengele y su personal desempeñaron sus siniestras funciones.

Más en general, la explicación razonada del programa de exterminio era reducir drásticamente la población de Polonia y de Ucrania —el espacio de colonización alemán— y permitir sobrevivir solo a aquellos que se convirtieran en esclavos obedientes. Papel para el que se consideró inadecuados a los judíos<sup>171</sup>.

**170** El Ministro de Justicia nazi (¡sic!) Thierack realmente usó la fórmula «destrucción mediante el trabajo» (*Vernichtung durch Arbeit*) en una de sus cartas. Documentos oficiales indican que 15.500 prisioneros de los campos de concentración trabajando para la empresa de la SS Deutsche Ausrüstungswerke supusieron cuarenta millones de horas de trabajo en 1943. En ese tiempo produjeron artículos valorados en 23,2 millones de marcos del Reich, por lo que recibieron un «consumo» total de 13 pfennigs por hora (*Deutschland im zweiten Weltkrieg*, v. 4, pp. 415, 417, Akademie, Berlín, 1944). Aunque esas cifras parecen «exageradas», otras fuentes indican un «consumo» de 50 pfennigs por día, 5 pfennigs por hora. De acuerdo con Herman Rauschning, antes de la guerra Hitler había declarado categóricamente: «Tenemos el deber de despoblar [...] todas las tribus deberán ser eliminadas de Rusia». No menos clara era su intención de crear una «clase moderna de esclavos que debe recibir el beneficio del analfabetismo» (*Gespräche mit Hitler*, p. 124). Ya en 1941 el profesor de la SS Mayer-Hetling realmente trabajó en el tristemente célebre *Generalplan Ost* que proyectaba la «liberación» del suelo ruso para establecer a cinco millones de «germánicos».

**171** En realidad, al mismo tiempo que las cámaras de gas y los crematorios de Auschwitz estaban trabajando a su máxima velocidad, el Oberguppenleiter de la SS, Muller, escribió: «¡Cada trabajador potencial [*Arbeitskraft*] cuenta!». El transporte de prisioneros de los campos de concentración, incluyendo los judíos, a fábricas específicas y a talleres subterráneos estaba organizado a escala masiva. Se dieron órdenes de matar inmediatamente sólo a aquellos



La visión de conjunto de la ideología predominante durante la Segunda Guerra Mundial es, en efecto, así de sombría. La conciencia internacionalista y aun la meramente humanista estaban en un punto histórico crítico, tanto que muchos pensaron que ya se había producido un irreversible deslizamiento hacia la barbarie, siendo el 1984 de Orwell el modelo de dicha premonición.

Este profundo pesimismo era prematuro. Después de todo, el drástico declive en el comportamiento racional a nivel mundial que sin duda marcó la Segunda Guerra Mundial era un reflejo de las grandes derrotas sufridas por la clase trabajadora internacional antes y durante los primeros años de la guerra. Pero después de la caída de Stalingrado y de Mussolini, llegó un nuevo y tumultuoso brote de militancia de la clase trabajadora internacional. La desaparición de las dictaduras fascistas en Europa y la victoria de las revoluciones yugoeslava y china, fueron las más claras expresiones de esta modificación en el equilibrio global de las luchas de clase. El levantamiento de los movimientos obreros francés e italiano en 1944-48; la victoria arrolladora del Partido Laborista inglés en 1945; la insurgencia de los movimientos de liberación nacional por toda Asia, que debilitaron seriamente al imperialismo en el periodo 1945-50, deben agregarse a ellas. Estas agitaciones hicieron posible en último término un resurgimiento limitado y contradictorio de la conciencia de la clase trabajadora y también de un auténtico internacionalismo, aun cuando tuvieron que empezar desde un nivel muy bajo.

Algunas fuerzas sociales y unos cuantos ejemplos individuales salvaron el honor del proletariado internacional y de la humanidad durante la Segunda Guerra Mundial. Los trabajadores de Amsterdam se lanzaron a una magnífica huelga en febrero de 1941 contra las primeras medidas antisemitas de la ocupación nazi. Los comunistas yugoslavos formaron una brigada proletaria —para mayor enfado de Stalin— que logró el reclutamiento de varios miles de soldados y voluntarios italianos, austríacos, húngaros y alemanes en sus filas.

incapaces de trabajar con una productividad normal como obreros no cualificados. Ver el resumen de los documentos oficiales nazis en *Deutschland im zweiten Weltkrieg*, op. cit., v. 3, pp. 245-50.

La resistencia danesa salvó a casi todos los judíos daneses del Holocausto transportándolos durante las noches a Suecia. Pequeños grupos de izquierdistas japoneses ayudaron a las guerrillas chinas en Manchuria. Un exmilitante de la Oposición de Izquierda, Lev Kopelev, consiguió organizar tan eficientemente la propaganda antifascista en idioma alemán que el enclave alemán de Grandenz se rindió sin luchar contra el Ejército Rojo. Habiendo salvado así las vidas de miles de soldados soviéticos y alemanes, Kopelev fue inmediatamente arrestado y encarcelado por la NKVD de Stalin por el horrible crimen de «cosmopolitismo»<sup>172</sup>. Según fuentes fiables, un pequeño grupo de comunistas europeos bajo la dirección de Leopold Trepper estableció un sistema de información en las zonas ocupadas de Francia y Bélgica que fue de utilidad para varias divisiones al Ejército Rojo. Después de la liberación de Francia, Trepper viajó a Polonia, donde fue rápidamente arrestado por la NKVD y mantenido en prisión durante varios años<sup>173</sup>. Pequeños grupos de comunistas internacionalistas, en general de convicción trotskista, combinaron la actividad de la resistencia antifascista con una defensa constante de los intereses de la clase trabajadora y una firme actitud internacionalista hacia el trabajador y el soldado alemán individual. Muchos de ellos pagaron esta postura, tan temida por los fascistas, con sus vidas. Toda la dirección del RSAP, partido holandés semitrotskista, y su más reconocido representante, el cofundador del PC de China e Indonesia y exparlamentario holandés, Hendrik Sneevliet (Maring), fueron asesinados por los nazis. Los fascistas italianos condenaron a muerte al exsecretario general del PC griego, Pantelis Pouliopoulos, un trotskista internacionalista que se dirigió tan persuasivamente a los soldados italianos de su pelotón de fusilamiento que estos se negaron a dispararle (los oficiales fascistas tuvieron que hacer el trabajo sucio).

Estas fueron pequeñas excepciones. Pero demostraron que bajo las cenizas amontonadas por Noske, Hitler y Stalin sobre la conciencia de clase de los trabajadores, quedaba prendida una chispa. Y de esa chispa surgirían nuevas llamas. Lo que estos proletarios internacionalistas personificaron fue la

<sup>172</sup> L. Kopelev, *No Jail for Thought*, Penguin, Londres, 1979, pp. 102-14.

<sup>173</sup> Leopold Trepper, *Le Grand Jeu*, Albin Michel, París, 1975.

convicción de que la guerra podía terminar de otra forma que no fuera la restauración del poder de la clase dominante o el surgimiento de nuevos estados burgueses; que podía terminar de otra forma que no fuera la victoria total de cualquiera de las dos coaliciones; que podía conducir a la propagación de victoriosas revoluciones socialistas populares. Esa convicción no fue ni utópica ni dejó de considerar la fuerza de los ejércitos de los eventuales enemigos. Expresó una comprensión de los deseos instintivos y las tendencias espontáneas de decenas de millones de trabajadores y campesinos pobres en tres continentes. Para que esto se llevara a cabo se requería suficiente fuerza organizativa —incluyendo la fuerza armada— y capacidad política. Pero la determinación y la iniciativa pudieron marcar la diferencia. No fue la fuerza relativa de sus oponentes la causa del éxito de la revolución yugoslava ni la del fracaso de la griega, o lo que llevó a la victoria a la revolución social en China y a su derrota en Indonesia. Las diferencias en la resolución y determinación de los partidos comunistas en estos cuatro países fueron los factores decisivos. Y lo que fue posible en Yugoslavia y China podría también haber sido posible en algunos otros países europeos y asiáticos.

**Segunda parte**  
**Acontecimientos y consecuencias**



## 10 Gambito de apertura en Europa

La estrategia de la *Blitzkrieg* de Hitler requería victorias rápidas contra Polonia y Francia, salvo que una exitosa «ofensiva de paz» hiciera innecesaria la guerra con esta última. La planificación de ambas operaciones comenzó pronto. Los planes se acabaron de elaborar en el verano-otoño de 1939. Naturalmente, los estados mayores de todas las grandes potencias tienen planes de contingencia para muchas —a menudo contradictorias— eventualidades. En este caso, sin embargo, algo más estaba implicado aparte de la planificación de contingencia<sup>174</sup>.

La guerra contra Polonia opuso fuerzas completamente desiguales. La derrota de Polonia era inevitable como resultado de su inferioridad militar e industrial. Lo único que hubiera podido salvar al Estado y al ejército polacos era una alianza con la Unión Soviética así como con el imperialismo británico y francés. Las tropas soviéticas habrían tenido que entrar en territorio polaco para combatir junto al ejército polaco contra Alemania, forzando así a Hitler a mandar un contingente importante de la Wehrmacht y especialmente de la Luftwaffe al frente oriental. Aun así, probablemente sólo habría sobrevivido una Polonia reducida al triángulo Varsovia-Bialystok-Lwow [Leópolis; NdE], hacia donde el ejército polaco habría tenido que retirarse antes de la embestida alemana.

Pero esta posibilidad nunca fue seriamente considerada, ni por el régimen de Beck-Pyz-Smigly, ni por los estados mayores francés y británico, ni por Stalin. La hostilidad de clase de los

**174** El Plan Weiss para invadir Polonia el 1 de septiembre de 1939 data del 3 de abril de ese año. El 23 de mayo Hitler dijo a sus jefes del Estado Mayor que «Danzig no es objeto de discusión en absoluto. Se trata de expandir nuestro espacio vital en el Este... Habrá guerra. Polonia será atacada a la primera oportunidad». Ver las notas manuscritas sobre este discurso por el ayudante de Hitler, el lugarteniente coronel Schmundt, que fueron encontradas entre los documentos alemanes capturados por los aliados occidentales. Una ocupación provocadora de la estación de radio Gleiwitz y ataques similares por comandos organizados por la SS tuvieron lugar del 30 al 31 de agosto, antes de que el gobierno polaco pudiera siquiera contestar el ultimátum de Hitler. Así queda refutada la afirmación de A. J. P. Taylor de que Hitler no estaba de ningún modo decidido a librar una guerra con Polonia en el verano de 1939.

terratenientes y capitalistas polacos hacia la Unión Soviética, el temor de clase al Ejército Rojo, las sospechas acerca de las intenciones posteriores de Stalin, las tensiones nacionales entre la minoría oprimida ucraniana, los polacos y los judíos en Polonia oriental, todo esto era demasiado como para que Varsovia contemplara la perspectiva de una verdadera alianza militar con el Kremlin. La negativa del régimen polaco a aceptar ayuda soviética directa convirtió en una farsa las negociaciones militares entre el estado mayor de los aliados occidentales y el gobierno soviético en el verano de 1939.

En estas circunstancias, Stalin prefirió aliarse con el probable vencedor que con la casi segura víctima. Aun en el caso poco probable de que el gobierno polaco hubiera aceptado al Ejército Rojo dentro de su territorio, es dudoso que Stalin hubiera optado por una alianza militar con ese país y sus aliados occidentales. Tenía poca confianza en su capacidad de combate y estaba fascinado y lleno de admiración por el poder del aparato militar alemán<sup>175</sup>, cuyo crecimiento aventajaba en gran manera la modernización tardía del Ejército Rojo. Por lo tanto, prefirió, con mucho, una posición neutral para Rusia, dejando que los imperialistas lucharan entre ellos en una prolongada guerra y ganando tiempo para fortalecer al ejército y la industria bélica de la URSS. Al actuar así indudablemente facilitó que Hitler entablase hostilidades con la invasión de Polonia. También subestimó seriamente la rapidez de la victoria alemana en ese escenario<sup>176</sup> y más tarde en el oeste; y por eso también la

**175** J. A. S. Grenville, *The Major International Treaties, 1914-1973*, Methuen, Londres, 1974, p. 349. Hitler y Stalin estaban fascinados el uno con el otro, como lo revelan muchos comentarios hechos hasta mediados de 1944. Un estudio preliminar de sus relaciones ha sido elaborado por Sven Alard, *Stalin and Hitler*, Berna, 1974. El 26 de agosto de 1942 Hitler dijo de Stalin: «Tengo un libro sobre Stalin. Debo decir que es una figura colosal, un gigante ascético que, con puño de hierro, ha unido la tierra de gigantes... liberando de todos los límites a 200 millones de seres humanos, el hierro, el manganeso, el níquel, el petróleo. En la cumbre, un hombre que dijo: «¿considera usted que la pérdida de trece millones de seres humanos por una gran idea es demasiado?»» *Mono-logie im Führerhauptquartier, 1914-44*, p. 366.

**176** El 10 de septiembre de 1939 Molotov dijo a Von der Schulenburg, el embajador alemán en Moscú, que el gobierno soviético estaba sorprendido por la rapidez del éxito militar alemán en Polonia. «El Ejército Rojo, dijo, había contado con varias semanas, que ahora han sido reducidas a pocos días.» «Nazi-

amenaza que representaba para la URSS el que Alemania controlara el continente europeo desde los Pirineos hasta Bialystok y Víborg, y desde el Cabo Norte hasta el Dniéster<sup>177</sup>.

En cuanto al ejército francés, con muy poca ayuda de parte de Gran Bretaña, no tenía intención de atacar la línea Siegfried ni de lanzar ninguna ofensiva en el oeste. Prudentemente se retiró detrás de la línea Maginot e imprudentemente se descuidó de proteger la brecha de Sedan con fuertes contingentes y una reserva móvil adecuada. Por motivos difíciles de comprender, en vez de eso fueron emplazadas ahí débiles divisiones compuestas de veteranos entrados en años<sup>178</sup>.

En suma, Hitler tenía las manos libres para ocuparse de Polonia. Pudo concentrar la totalidad de sus divisiones acorazadas y la mayor parte de la Luftwaffe en el frente oriental, asegurando con eso una rápida victoria. En cierta forma el Estado Mayor polaco le ayudó al reunir en masa a gran parte

Soviet Relations, 1939-1942», en *Documents from the Archives of the German Foreign Office*, Department of State, Washington, 1948, p. 91.

**177** La opinión prevaleciente en los círculos estalinistas en esos momentos era que Stalin, no Hitler, había sacado el mayor provecho del pacto Hitler-Stalin. Edgar Snow, por ejemplo, informó en enero de 1940 que «Stalin tenía ahora a Hitler en el bolsillo», y afirmó que «aquí [en Asia Oriental] como en Europa, Stalin domina la relación de fuerzas» (Edgar Snow, «Will Stalin Sell Out China?», en P. E. Moseley, ed., *The Soviet Union 1922-1962: A Foreign Affairs Reader*, Council on Foreign Relations, Nueva York, 1963, pp. 155-56). Trotsky estaba mucho más acertado al escribir que Stalin, como resultado del pacto, se había convertido en prisionero de las decisiones estratégicas de Hitler.

**178** No se puede explicar en términos puramente militares el hecho de que 90 unidades completamente armadas con 10.000 piezas de artillería y 2.500 tanques no atacaran una débil barrera alemana de una docena de divisiones que defendía la línea Siegfried a principios de septiembre de 1939. Según el lugarteniente general alemán Westphal, «un ataque lanzado así antes de que un considerable número de elementos del ejército alemán pudieran ser traídos desde Polonia, casi con certeza habría llevado a los franceses hacia el Rin sin problema y bien podría haberlos llevado al otro lado del río» (*The Fatal Decisions*, op. cit., p. 15). La única explicación posible radica en una dirección ideológica, política y social deficiente; una doctrina militar anticuada; una total falta de seguridad en sí misma; temor a Hitler, temor a los sentimientos antimilitaristas dentro del ejército francés, temor a una revolución en Alemania en caso de la caída del Tercer Reich; etc. J. B. Duroselle señala que Gamelin no tenía un verdadero plan para una ofensiva inmediata durante 1939, a pesar de las promesas hechas a Polonia, y que sólo podía esperar que el frente pudiera ser estabilizado en Polonia, una perspectiva muy poco plausible.



de su propio ejército cerca de la frontera, donde se convirtió en fácil blanco para las grandes operaciones de envolvimiento. Stalin también prestó su ayuda obstruyendo el camino al ejército polaco cuando éste finalmente decidió retirarse ocupando la Ucrania polaca, con lo cual logró incrementar el sentimiento antiruso de los polacos. Sin embargo, el ejército polaco combatió con gran valor, algo muy sorprendente si se considera la podredumbre del Estado y el carácter explosivo de las contradicciones sociales dentro de la sociedad polaca. La guerra no se acabó en quince días, como lo anunció la propaganda alemana: Varsovia se rindió el 2 de octubre después de resistir durante cuatro semanas (es decir, casi tanto como el ejército francés, que era mucho más poderoso). Sin embargo, las bajas alemanas fueron limitadas y la experiencia que adquirieron las divisiones acorazadas, los bombarderos y los artilleros sería de gran importancia en operaciones posteriores en el oeste y en Rusia.

Durante el interludio de la *drôle-de-guerre*, Hitler preparó febrilmente la ofensiva contra Francia, basada en el brillante plan estratégico de Von Manstein y Guderian. En lugar de tratar de envolver a los ejércitos franceses en el este de Francia (como se había hecho con éxito en 1870 y se había intentado repetir en vano con el plan Schlieffen en 1914), la Wehrmacht intentaría envolverlos en el centro del frente mediante una atrevida penetración en Sedan y un avance rápido hacia el Canal de la Mancha. El general Gamelin cayó directamente en la trampa al mandar sus mejores divisiones móviles a Holanda y Bélgica el 10 de mayo de 1940. El resultado no fue inevitable, ya que la superioridad efectiva de las fuerzas alemanas en ese momento era escasa<sup>179</sup>.

Sin embargo, la jugada alemana obtuvo buenos resultados gracias a su superioridad en cuanto a la concepción estratégica y la rapidez de la ejecución militar. La doctrina estratégica francesa, muy influenciada por Pétain, continuó adhiriéndose

**179** De acuerdo con distintas fuentes, en vísperas de la ofensiva de mayo de 1940, la Luftwaffe contaba en el oeste con alrededor de 3.000 aviones, contra los cuales la fuerza aérea francesa podía disponer de 1.300 y la RAF 1.000 (estas cifras no incluyen las reservas de la RAF para la defensa de Gran Bretaña y las importantes reservas francesas en el norte de África y en el Medio Oriente). Véase Goutard, op. cit.

a los dogmas defensivos<sup>180</sup>. La contraofensiva ante la penetración en Sedan fue lenta y poco sistemática, en parte debido al atraso de las comunicaciones francesas<sup>181</sup>. Una segunda contraofensiva en Arras, unida a un esfuerzo de última hora de los ejércitos aliados envueltos en el norte para romper el cerco, fracasó por razones similares: falta de coordinación, velocidad y unidad de propósito<sup>182</sup>.

El ejército holandés fue vencido en cuatro días, el belga en dieciocho y las unidades británicas fueron empujadas hacia Dunkerque y el Canal de la Mancha después de quince días. El ejército francés fue aplastado en seis semanas. A mediados de junio de 1940 Pétain y Weygand suplicaban un armisticio. La guerra parecía completamente terminada en el frente occidental.

La *drôle-de-guerre* había sido precedida por una carrera británico-alemana hacia la costa de Noruega, la vía marítima por la que se transportaba el mineral de hierro para la industria de guerra de Alemania. La carrera finalmente fue ganada por los alemanes, quienes lograron ocupar todo el territorio de Noruega. Dinamarca había caído sin intentar resistir militarmente. A cambio, ganó algo único: conservar la parafernalia

**180** En el prefacio de un libro del general Chauvineau (*Une invasion, est-elle possible ?*, Berger-Levrault, París, 1939), Pétain escribió: «Indudablemente, hay formas de vencer una lluvia de fuego de armas automáticas, a saber: tanques y artillería pesada. Pero no hay muchos, amigos míos, y se tarda bastante en llevarlos a sus posiciones. La escasez de dicho equipo detiene los frentes ofensivos y su aparatosidad permite a la defensa aportar reservas, con una facilidad proporcional a la estrechez del frente ofensivo». En contraste con el ejército alemán, los franceses ciertamente tardaron en disponer sus blindajes para atacar en 1940.

**181** El general Gamelin, el comandante en jefe de los aliados, no tenía siquiera una conexión directa y bidireccional vía radio con sus comandantes de campo, ni un sistema de líneas telefónicas con varios cuarteles del ejército. Sus instrucciones al general Georges, el comandante del frente del noroeste, por ejemplo, se enviaban diariamente por mensajero (Deighton, op. cit.).

**182** A pesar de disponer de información sobre las grandes concentraciones alemanas en las Ardenas que indicaba que el ataque podía estar dirigido al centro y no al frente norte, los franceses se adhirieron a sus planes iniciales. Sin embargo, no hay acuerdo general entre los historiadores acerca de cuánto sabía el mando francés de los movimientos de los Panzer. Para opiniones opuestas ver el libro de William L. Shirer, *The Collapse of the Third Republic*, Pan, Londres, 1972, y el de Len Deighton, *Blitzkrieg*, op. cit.

general de la democracia parlamentaria burguesa durante dos años bajo la ocupación nazi.

Sin embargo, para que la guerra terminara de verdad en el frente occidental, el imperialismo alemán tenía que asegurar el reconocimiento británico de sus logros. Mediante un intento tibio de propuestas diplomáticas, Hitler preparó la invasión de Gran Bretaña. Lo que se interponía entre él y la victoria final en el oeste no era tanto el cuerpo expedicionario bajo la dirección de Lord Gort, milagrosamente repatriado desde Dunkerque, sino la Real Fuerza Aérea y la armada británica<sup>183</sup>. Un desembarco exitoso era imposible sin un dominio absoluto en el aire dada la formidable superioridad de la Home Fleet [la flota que operaba en las aguas territoriales británicas; Nde]. En los comienzos de la batalla de Inglaterra la Luftwaffe tenía una ligera ventaja sobre la RAF en términos de número y calidad de los aviones, así como la ventaja de llevar la iniciativa ofensiva en primera instancia contra los campos de aviación y las fábricas de aviones. No obstante, estas ventajas fueron considerablemente neutralizadas por el hecho de que la RAF combatía sobre su propio territorio, tenía un sistema de información y comunicaciones superior (aquí el radar jugó un papel clave) y empleó mejores tácticas.

El 7 de septiembre de 1940 la Luftwaffe detuvo abruptamente sus ataques concentrados sobre los campos de aviación de la RAF para pasar al bombardeo masivo de Londres. Esto permitió a las fuerzas aéreas británicas reponer sus agotadas reservas e incorporar en sus escuadrillas aviones de combate recién construidos<sup>184</sup>. Se han desarrollado diversas hipótesis

**183** ¿Por qué Hitler detuvo sus columnas blindadas a veinticinco kilómetros de Dunkerque, permitiendo así el reembarco de las fuerzas expedicionarias británicas de 190.000 hombres y 139.000 soldados franceses? Algunos afirman que fue debido a un cálculo político: a Londres debían darle la oportunidad de cubrir las apariencias para un acuerdo negociado; otros, que Goering le convenció de que la Luftwaffe podía acabar con las fuerzas expedicionarias británicas antes de que pudieran reembarcarse, mientras que los *Panzers* tenían que reservarse para un ataque final sobre el ejército francés. Pero en realidad, parece que la decisión fue esencialmente técnica; la mayoría de los carros blindados estaban en pésimas condiciones y tenían que ser reparados.

**184** La industria de aviación británica reemplazó con facilidad los aviones perdidos durante todo el mes de agosto y la primera parte de septiembre de

para explicar este cambio repentino. La más convincente es que se trataba de un movimiento táctico con el objeto de desviar la atención del Mando de Caza de los campos de aviación del sur de Inglaterra hacia la defensa de la capital. Si fue así, fue un grave error, ya que Dowding, el mariscal de aviación británico, no respondió como se esperaba y el cambio no hizo más que dar a la RAF un respiro que necesitaba con urgencia. La decisión alemana se debió en parte a una información incorrecta, la cual, en los meses de julio y agosto había subestimado la fuerza de la RAF y ahora erraba en dirección opuesta, así como a consideraciones estratégicas a largo plazo: la necesidad de conservar las fuerzas de la Luftwaffe para las próximas operaciones en el Mediterráneo o contra la URSS.

El 13 de noviembre de 1940 la Luftwaffe había perdido 1.733 de los 2.200 aviones que había dedicado a la batalla de Inglaterra. Para finales de marzo de 1941 las bajas totalizaban 2.265 aviones, con 8.000 pilotos u otro personal de vuelo muertos, heridos o desaparecidos. En contraposición, la RAF perdió 915 aparatos hasta noviembre de 1940. Lo que realmente salvó a Gran Bretaña fue la determinación de Hitler de no limitarse a una guerra únicamente europea sino de ir en busca de la hegemonía mundial<sup>185</sup>, es decir, de atacar a la Unión Soviética. Para eso necesitaba aviones que, en consecuencia, no podían ser utilizados contra las Islas Británicas.

Una vez perdida la batalla de Inglaterra y la Operación Sea Lion cancelada, había que extender la *Blitzkrieg* hacia otras áreas, ya que empezaba a acabarse el tiempo. El alto mando alemán hubiera preferido una operación de limpieza en el Mediterráneo Occidental y en el noroeste de África. Esto, ciertamente, tenía sentido desde un punto de vista estratégico tanto

1940. Esto confirma que Gran Bretaña todavía era una potencia industrial formidable: en 1941 su producción de aviones incluso superaba a la de Alemania.

**185** Algunos autores soviéticos niegan la importancia de la batalla de Inglaterra y afirman que sólo tuvieron lugar indefinidas escaramuzas aéreas poco decisivas sobre las islas británicas en el verano de 1940; ver, por ejemplo, Pavel Jiline, *Ambitions et méprises du Troisième Reich*, Progrès, Moscú, 1972, pp. 82-84. Sólidas evidencias alemanas sobre la Operación Sea Lion y el papel clave atribuido a la destrucción de la RAF antes de la invasión de Gran Bretaña hace insostenible esta tesis. Maisky cuenta una historia completamente diferente en sus *Memoirs*.

a corto como a largo plazo. De tomar Gibraltar y asegurar las costas marroquíes y del noroeste de África hasta Dakar, el imperialismo alemán habría creado condiciones mucho más favorables para un futuro ataque contra Egipto y el Medio Oriente y contra las Américas. Pero esa operación (denominada Félix) dependía del consentimiento, si no de la cooperación activa, de Franco y Pétain. Aquí surgieron formidables obstáculos militares, económicos y político-psicológicos.

El ejército español había quedado severamente debilitado como resultado de su guerra civil. La economía del país estaba en ruinas. El hambre causaba estragos en varias regiones. Lo mismo se podía decir, *mutatis mutandis*, del ejército y de la economía de la Francia de Vichy, tanto en lo que quedaba de la metrópoli como en las colonias. En estas circunstancias, cualquier operación militar a gran escala tendría que estar completamente financiada, armada y abastecida por la misma Alemania, cuyas líneas de comunicación estaban ya considerablemente tensadas (la distancia Burdeos-Dakar es mayor que la de Berlín-Stalingrado). También significaba poner grandes cantidades de armas a disposición de fuerzas cuya fiabilidad como aliados era muy cuestionada por Hitler (temía la eventualidad de los propios generales o los soldados volviéndose contra Alemania, ya que la gran mayoría de los franceses y los españoles eran hostiles a una alianza abierta con el país germano). La reticencia de Franco y Pétain a comprometerse plenamente con una cooperación militar activa con Hitler se intensificó con los resultados de la batalla de Inglaterra: las dudas comenzaron a surgir en las mentes de estos conservadores a ultranza sobre las posibilidades reales de victoria del aventurero advenedizo alemán. Hitler mismo no creía que debía comprometer grandes recursos en la Operación Félix, ya que los necesitaría una vez comenzada la operación contra la Unión Soviética. Así, después de varios meses de indecisión, la Operación Barbarroja, planeada ya en julio de 1940, se convirtió en la siguiente *Blitzkrieg*.

La obsesión de Hitler por la conquista de Ucrania (que tenía sentido desde el punto de vista de los sectores más agresivos del imperialismo alemán) y una duda persistente acerca de la fuerza industrial real de la URSS explican la concentración de los esfuerzos en Europa Oriental y la Unión Soviética. Para él,

como para Roosevelt, el Mediterráneo y el Próximo Oriente no tenían tanta importancia estratégica<sup>186</sup>.

Por supuesto, la opinión de Churchill era muy diferente: después de la batalla de Inglaterra él y Dill, jefe del Estado Mayor Imperial, tomaron la decisión estratégica de dedicar una parte sustancial del ejército británico (incluyendo la única división blindada superviviente de Gran Bretaña) al norte de África. Para la burguesía británica la pérdida del petróleo de Egipto y Medio Oriente habría significado tanto como perder la propia Gran Bretaña, ya que esta no podría resistir sin él. Así, Mediterráneo se convirtió en el principal escenario de guerra del imperialismo británico y permanecería así durante tres años.

Mientras preparaba la mayor agresión de su historia —la invasión de la Unión Soviética— la burguesía alemana se enfrentaba a desafíos imprevistos, ocasionados más por sus aliados que por sus enemigos. Analizando mal la situación mundial en 1940, y creyendo que la guerra terminaría pronto, Mussolini —en contra del consejo de Hitler— declaró la guerra a Francia y a Gran Bretaña con el fin de reclamar un pedazo del pastel del vencedor. Luego, lanzó unas operaciones muy mal preparadas en el norte y este de África y en Grecia, como resultado de lo cual rápidamente perdió Etiopía ante un ejército británico inferior y fue repelido por un ejército griego todavía más débil. Los alemanes tuvieron que ir a rescatarlo, lo cual significó la desviación de recursos desde el frente oriental hacia los Balcanes y la constitución del Afrika Korps. Las pérdidas del Reich fueron relativamente pequeñas (excepto en el caso de Creta), pero tuvo su importancia en términos del tiempo perdido. En ese momento el general Halder, el estratega central de la Wehrmacht, no pensó que esto crearía problemas, pues esperaba que el Ejército Rojo fuera aplastado

**186** Roosevelt tranquilamente envió un cable a Churchill el 1 de mayo de 1941 que decía: «si se hicieran necesarias retiradas adicionales (en el Mediterráneo Oriental, incluyendo el norte de África y el Próximo Oriente), serán todas parte del plan que en esta etapa de la guerra acorta las líneas británicas, alarga muchísimo las líneas del Eje y obliga al enemigo a usar grandes cantidades de hombres y equipo» (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, v. 1, p. 179). La actitud de Roosevelt en parte reflejaba la autosuficiencia de Estados Unidos en petróleo en tiempo de guerra.

en un par de meses, mucho antes del invierno. Sin embargo, a causa de la postergación de la Operación Barbarroja durante seis semanas, el ejército alemán, como el de Napoleón antes que él, tuvo que habérselas con el fango y el frío rusos antes de lanzar un ataque sobre Moscú.

En el balance final del gambito de apertura en Europa, claramente ganado por Hitler, tiene que incluirse también el coste de esa victoria. Aquí se demostró una regla básica de la guerra: cuantas más batallas se libran que no pongan fin a la guerra, tanto más pesa sobre el resultado final el coste marginal de las victorias parciales. El imperialismo alemán obtuvo una victoria fácil en Noruega, pero las pérdidas de su marina en esa guerra hicieron que la Operación Sea Lion fuera material y psicológicamente imposible sin una previa derrota de la RAF. Holanda fue vencida en cuatro días y Creta fue tomada en siete, pero la pérdida de paracaidistas y planeadores hizo imposible una operación similar en Malta<sup>187</sup>. La victoria contra Polonia fue fácil, pero los aproximadamente doscientos pilotos polacos que escaparon a Gran Bretaña bien pudieron haber significado la diferencia entre la victoria y la derrota para el mando de caza británico en septiembre de 1940; y el servicio secreto polaco consiguió para Gran Bretaña la clave del código militar alemán que, junto con un avance similar por parte de los Estados Unidos en el desciframiento del código de la marina de guerra japonesa, dieron a la alianza occidental una ventaja decisiva en cuanto a información sobre sus enemigos durante toda la guerra. Así que, después de todo, una némesis de poder sí que opera en la historia militar y, a través de ella, en la historia de la lucha de clases; en la historia mundial en conjunto.

**187** Sobre las terribles pérdidas sufridas por los paracaidistas y las formaciones de planeadores alemanes sobre La Haya el 10 de mayo de 1940, ver E. H. Brongers, *De Slag om de Residentie 1940*, Hollandia, Baarn, 1968. En Creta, se perdieron 6.500 de los 22.000 paracaidistas utilizados, el más alto porcentaje de muertos y heridos del lado alemán en una sola batalla de la Segunda Guerra Mundial, sin excluir la de Stalingrado.

## 11 El despliegue de la batalla mundial

En la segunda mitad de 1941, el ataque de Hitler a la Unión Soviética y el japonés contra Pearl Harbor transformaron lo que previamente era un conflicto esencialmente europeo en una guerra mundial. Si bien África meridional y Sudamérica permanecieron fuera de las zonas reales de operación, estuvieron muy involucradas indirectamente. Una importante batalla naval tuvo lugar en el estuario del Río de la Plata. Brasil, el país más grande de Sudamérica, entró en la guerra como un satélite de Estados Unidos en verano de 1943. África del Sur se convirtió en una base naval clave para proteger la única ruta segura hacia la India que le quedaba a Gran Bretaña. Kenia acabó convirtiéndose en el cuartel general de Oriente Medio del ejército británico tan pronto como El Cairo estuvo amenazado; el puerto de Kilindini (Mombasa) fue designado para servir como base naval británica en el Océano Índico tras el bombardeo japonés de Trincomalee, en Ceilán. Durante todo el conflicto, India fue la principal base logística de las fuerzas británicas en Oriente, y ella misma se convirtió en escenario de operaciones militares, en Assam y las montañas de Naga, tras la conquista japonesa de la mayor parte de Birmania.

El ataque de Alemania a la Unión Soviética no sólo dio a la guerra una nueva dimensión geográfica: también modificó parcialmente su carácter social. Si bien es cierto que los imperialistas alemanes estaban decididos a saquear otros países apoderándose casi por completo de sus minas, fábricas y bancos, esta transferencia de propiedad afectaba a otros capitalistas. En el caso de la URSS, por el contrario, la propiedad que se iba a saquear no era capitalista sino colectiva<sup>188</sup>. De ahí que la apropiación que se proyectaba implicara una contrarrevolución social a escala gigantesca. Se puede trazar aquí un paralelismo con los ejércitos de las monarquías europeas de 1793, que

**188** Sobre las distintas medidas a través de las cuales la industria y los bancos alemanes forzaron a los capitalistas europeos a abandonar todas sus propiedades o parte de ellas, véase el libro de Dietrich Eichholz, *op. cit.*, pp. 160-91. En cuanto a la apropiación sistemática de la riqueza económica soviética por parte de los monopolios alemanes, véase *ibidem*, pp. 460-90.



de haber derrotado al ejército revolucionario francés habrían restaurado el antiguo régimen, es decir, los privilegios sociales y económicos de la nobleza y el clero, excepto que en 1941 se habría tratado de una nobleza extranjera.

El objetivo de la Operación Barbarroja era la destrucción del grueso del Ejército Rojo al oeste de los ríos Dviná y Dniéper, interceptando su retirada hacia el Don y el Volga mediante una serie de operaciones de cerco con enormes maniobras de pinza. Estaba basado en varias suposiciones, algunas de las cuales derivaban de una inteligencia militar y un cálculo precisos, mientras que otras implicaban una interpretación completamente equivocada de la situación en la Unión Soviética. La primera suposición, que demostró ser en gran parte correcta, era que Stalin sería tomado por sorpresa; que por esta razón el grueso del Ejército Rojo estaría concentrado relativamente cerca de la frontera; que no estaría preparado para el ataque; y que la mayor parte de la fuerza aérea sería destruida en tierra<sup>189</sup>. La segunda suposición —sólo parcialmente correcta— era que el ejército soviético no sería contrincante para la Wehrmacht; que sus comandantes quedarían completamente abrumados por la rapidez del ataque; que se destruiría gran parte de su equipamiento y sus efectivos; y que de este modo se quebraría su voluntad de luchar. En realidad, sin embargo, pese a que la defensa estaba desorganizada, especialmente en el sector central del frente —que fue el más castigado por la *Blitzkrieg*, con el resultado de enormes pérdidas humanas—, desde el principio la resistencia soviética fue mucho mayor de lo que había previsto el mando alemán. Como consecuencia de ello, las pérdidas de Alemania se elevaron muy por encima de lo previsto y el impulso de la ofensiva se contuvo. La Wehrmacht perdió cerca de un millón de hombres ya antes de que empezara la batalla de Moscú<sup>190</sup>. Además, el tanque medio T-34

**189** Alemania utilizó 2.740 aviones para la invasión de la URSS. El Ejército Rojo tenía más de 8.000, de los cuales, sin embargo, sólo 1.800 eran modernos (Gruchmann, op. cit., pp. 226-227). Sobre los efectos devastadores del ataque de la Luftwaffe sobre los aeródromos del Ejército Rojo, véase Erickson, op. cit., pp. 113-14.

**190** Según las estadísticas oficiales alemanas, a 1 de noviembre de 1941 las fuerzas alemanas ya habían perdido también 1.812 tanques, 76.500 blindados ligeros, 3.838 aviones, 2.700 cañones, 16.000 ametralladoras y 86.000 caballos.

soviético resultó una desagradable sorpresa, ya que era superior a los modelos alemanes (sólo más tarde los Tiger y Panther modificados, al incorporar las lecciones del campo de batalla, restablecerían el equilibrio). La tercera suposición, que resultó muy equivocada, implicaba una estimación demasiado baja de las reservas del Ejército Rojo, tanto en efectivos humanos como en equipamiento militar. El Estado Mayor alemán había hecho sus planes contando con 200-220 divisiones del Ejército Rojo, de las cuales por lo menos 150 iban a ser destruidas en los primeros dos meses de la guerra. Después, la guerra se reduciría a simples operaciones de limpieza. Sin embargo, aunque el ejército alemán sí aniquiló inicialmente unas 150 divisiones del Ejército Rojo, su oponente fue capaz de elevar su fuerza de combate hasta cerca de 300 divisiones (4,7 millones de hombres) a finales de año<sup>191</sup>. De ese modo, a pesar de que la Wehrmacht ganó cuatro batallas impresionantes (Bialystok-Minsk, Smolensk, Kiev y Viazma-Briansk) en el verano y otoño de 1941, no consiguió capturar ni destruir al grueso del ejército soviético. Contabilizando tanto a los soldados movilizadas como a los potenciales, sólo un treinta y cinco por ciento del Ejército Rojo se perdió en la primera oleada de la ofensiva alemana.

Al iniciarse la Operación Barbarroja, el general Halder, jefe del Estado Mayor alemán y, junto con Von Manstein, el máximo estratega de las fuerzas armadas alemanas, esperaba que la URSS resultaría derrotada en menos de cuatro semanas. Von Ribbentrop dijo a Ciano, su homólogo italiano, que el derrumbe se produciría en un plazo máximo de ocho<sup>192</sup>. El Departamento de Guerra estadounidense pensaba que Alemania necesitaría entre uno y tres meses para derrotar a Rusia. Los militares británicos creían que la ocupación de Ucrania y la toma de Moscú requerirían de tres a seis semanas<sup>193</sup>. Isaac Deutscher fue uno

Después de la batalla de Moscú, las pérdidas casi se duplicaron, excepto en lo referente a los aviones. Eichholz, op. cit., v. 2, p. 42

<sup>191</sup> Sobre la rápida reconstrucción de las fuerzas de campaña soviéticas, véase Erickson, op. cit., p. 251.

<sup>192</sup> El 3 de julio de 1941, Halder escribió en su diario: «No es una exageración decir que la campaña contra Rusia se ha ganado en catorce días». La declaración de Ribbentrop se recoge en el libro de Galeazzo Ciano, *Diario 1937-1943*, Rizzoli, Milán, 1980, p. 526.

<sup>193</sup> R.E. Sherwood, op. cit., pp. 303-04.

de los pocos observadores que adoptaron una perspectiva más realista desde el primer momento.

Después del éxito de las primeras maniobras de pinza a gran escala, Hitler, Keitel, Halder y Von Brauschitsch proclamaron que el ejército soviético había sido aplastado. El 2 de octubre de 1941, en un discurso pronunciado en el Palacio de los Deportes de Berlín, Hitler informó a su audiencia de que «el enemigo ya ha sido vencido y nunca volverá a levantarse». El jefe de la prensa alemana, Dietrich, declaró una semana después que, con la destrucción del Grupo de Ejércitos de Timoshenko, «la situación en el Este ha quedado decidida». El 10 de octubre el diario oficial nazi, *Völkischer Beobachter*, publicaba un titular que presidía casi toda la primera plana y proclamaba: «La batalla en el Este está decidida»; añadía que «los ejércitos de Stalin han desaparecido de la tierra». Esto no era tanto propaganda falsa o un alarde vano como un autoengaño. Dietrich confirmó más adelante que este anuncio anticipado de la victoria alemana en el Este correspondía a una convicción arraigada de Hitler. La prueba posterior de lo contrario constituyó una gran conmoción<sup>194</sup>.

Esto no significa que los golpes asestados al Ejército Rojo fueran menores, ni que constituyeran el resultado de alguna estrategia deliberada de Stalin. En realidad, las derrotas sufridas en el verano y el otoño de 1941, y de nuevo en la primavera de 1942, fueron terribles. La URSS estuvo cerca del aplastamiento<sup>195</sup>. 30.000 de sus plantas industriales y 65.000 kilómetros de vías férreas resultaron destruidas y las pérdidas en la

**194** Hitler declararía más adelante: «Cuando empecé la operación Barbarroja, abrí la puerta de una habitación oscura, sin visibilidad». Fueron su profunda subestimación del potencial económico y la cohesión social de la sociedad soviética, y en particular su creencia en la «bancarrota del bolchevismo», lo que causó la sorpresa.

**195** Después de esbozar las estadísticas de las grandes pérdidas materiales sufridas por la Unión Soviética tras la ocupación alemana de la mayor parte de su zona europea, Erickson se refiere a la dimensión humana de la derrota militar inicial: «El cómputo de casi tres millones de prisioneros de guerra en manos alemanas y de la caída de las fuerzas del Ejército Rojo al punto más bajo de toda la guerra fue una prueba lamentable de una desidia persistente e ignorante respecto a aquellos ejércitos antaño enormes y una indiferencia casi desalmada por su destino» (p. 222).

agricultura fueron tales que en 1945 la producción total fue sólo la mitad del nivel de antes de la guerra. Ninguna dirección política ni militar habría planeado un sacrificio semejante, que en ningún caso tenía sentido en términos militares<sup>196</sup>.

Que la batalla de Moscú la ganara finalmente el ejército soviético se debió a varios factores. La Wehrmacht perdió un tiempo precioso a causa del endurecimiento de la resistencia del Ejército Rojo en semptiembre-octubre de 1941 y de las vacilaciones tácticas de Berlín antes del ataque final. La clase obrera moscovita movilizó unas reservas, una energía y una militancia imprevistas en defensa de la capital. El ejército alemán empezó a sentir los efectos de unas líneas de abastecimiento cada vez más extensas y la desorganización causada por el mal tiempo. Por encima de todo, Stalin se halló en condiciones de reasignar una parte importante de fuerzas soviéticas con experiencia de combate procedentes del Lejano Oriente, tras recibir informaciones fidedignas de que Japón permanecería neutral en la guerra germano-soviética. Así pues, la defensa exitosa de Moscú estuvo íntimamente ligada al ataque a Pearl Harbor<sup>197</sup>.

A Hitler le había irritado profundamente la noticia del pacto de neutralidad soviético-japonés, que además se produjo

**196** Durante la Segunda Guerra Mundial la URSS no llegó a recuperar su producción industrial anterior a la contienda, como muestra la siguiente tabla:

Producción soviética en millones de toneladas

	1940	1941	1942	1943	1944
Hierro en lingotes	14,9	13,8	4,8	5,6	7,3
Acero	18,3	17,9	8,1	8,5	10,9
Carbón	165,9	151,4	75,5	93,1	121,5
Electricidad (miles de mill. de Kw)	48,3		29,1	32,3	39,2
Cereales	95,6	56,4	26,6	29,6	48,8
Remolacha	18,0	2,0	2,2	1,3	4,1
Patatas	76,1	26,6	23,6	35,0	54,8
Lácteos	6,5	5,3	2,9	2,4	2,7

**197** A principios de octubre Sorge informó a Stalin de que los japoneses se habían decidido irrevocablemente por un movimiento hacia el sur contra los británicos y los estadounidenses, lo cual le permitía reducir las fuerzas soviéticas en el Lejano Oriente mediante el traslado al oeste de unas diez divisiones, 1.000 tanques y 1.000 aviones.

poco después de la formulación de la Operación Barbarroja. La alianza germano-japonesa nunca fue una verdadera alianza militar. Es cierto que Alemania declaró la guerra a Estados Unidos cuatro días después de que los japoneses atacaran Pearl Harbor<sup>198</sup>, pero no fue tanto un acto de solidaridad como una consecuencia del deseo de intensificar la batalla en el Atlántico contra los cargueros estadounidenses, que estaban haciéndose vitales para la supervivencia de Gran Bretaña. Tras el fracaso alemán en el intento de tomar Moscú y el inicio de la primera contraofensiva estratégica soviética en enero de 1942, en Tokio empezó a preocupar que Alemania se viera envuelta en una larga y agotadora campaña en Rusia y ello debilitara la ofensiva contra Gran Bretaña y Estados Unidos. Debido a ello, se intentó convencer a Berlín de que negociara con Moscú. Por su parte, Berlín abogaba enérgicamente a favor de un ataque japonés a Vladivostok, seguido de una ofensiva en dirección al lago Baikal, con el fin de acabar conjuntamente con la Unión Soviética. Ninguna de las dos partes convenció a la otra.

La decisión de Japón de asegurarse el petróleo y las materias primas del sudeste asiático condujo directamente al ataque a Pearl Harbor, con el fin de impedir que la flota estadounidense acudiera en ayuda de los colonialistas europeos. Una vez tomada la decisión, la neutralidad respecto a la Unión Soviética fue una consecuencia lógica. Irónicamente, el vencedor de Pearl Harbor, el almirante Yamamoto, había sido el más escéptico de todos los jefes militares japoneses en lo tocante a una guerra con Estados Unidos. Desde el principio advirtió contra una subestimación de la fuerza norteamericana y estableció un objetivo a corto plazo para todas las operaciones militares, sobre la base de que la guerra se ganaría en un año o se perdería definitivamente<sup>199</sup>. Inicialmente los mandos del ejército y la armada japoneses habían discrepado sobre cómo responder a la creciente presión del bloqueo económico llevado a cabo por los imperialismos estadounidense y británico. El ejército era

**198** Hitler y Mussolini declararon conjuntamente la guerra a Estados Unidos y de aquel modo proporcionaron a la administración norteamericana una razón necesaria y valiosa a ojos del país para involucrarse en el conflicto europeo.

**199** Hiroyuki Agawa, *Yamamoto: Chef de Guerre malgré lui*, France Empire, París, 1982, pp. 221, 231, 267 et al.

partidario de una guerra contra Estados Unidos porque temía la confrontación alternativa con la Unión Soviética y quería tener las manos libres para aplastar a China. Ello comportaba neutralizar a la URSS y cortar los abastecimientos a Chiang Kai-shek. La armada, por el contrario, prefería no entrar en guerra con Estados Unidos y concentrarse en las posesiones europeas en el sudeste asiático. Una vez tomada la decisión de realizar una operación combinada (es decir, atacar Pearl Harbor y maniobrar hacia el sur contra Gran Bretaña, Francia y Holanda), el ejército y la armada intercambiaron sus papeles: la armada insistía en un ámbito de operaciones cada vez más amplio, mientras que el ejército quería concentrarse en la consolidación de los logros en China y el sudeste asiático.

La victoria en Pearl Harbor se vio menoscabada por dos importantes errores. En primer lugar, el almirante Nagumo, que dirigía las fuerzas participantes en la operación, no se aseguró de que los portaaviones estadounidenses fueran destruidos por el ataque<sup>200</sup>. Seguidamente, no organizó un segundo ataque al temer por la seguridad de sus fuerzas, si bien nadie podría haberlas amenazado en aquel momento. De aquel modo permitió a Estados Unidos salvar la mitad de sus barcos (entre ellos cuatro acorazados), que, aunque dañados, no se habían llegado a hundir. A consecuencia de ello y a pesar del gran éxito inicial, Japón sólo sería dueño del Pacífico Sur y Central durante seis meses, tras los cuales la flota estadounidense, ampliada gracias a un programa febril de construcción naval, pudo amenazar a las fuerzas imperiales en el Pacífico Central y en el extremo sudoriental del perímetro de defensa.

Si el pacto de no agresión soviético-japonés parece razonable en las circunstancias existentes, la auténtica alianza militar entre la Unión Soviética y Gran Bretaña de julio de 1941, a la que luego se uniría Estados Unidos, resulta una cuestión completamente distinta. ¿Por qué una potencia imperialista debía aliarse con un Estado obrero en contra de otra potencia imperialista? Actualmente [1986; NdE], con la Unión Soviética

**200** Ello se debió probablemente a una insuficiente información sobre el tamaño y la composición de la flota norteamericana. La teoría de que la armada japonesa cayó en una trampa tendida por Roosevelt parece improbable a la luz de las pruebas disponibles.

convertida en una potencia mundial, las dudas sobre lo acertado de semejante decisión son proporcionalmente mayores en el campo burgués. Desde luego, le causó una fuerte conmoción a Hitler, que permaneció incrédulo durante varias semanas. En aquella coyuntura, sin embargo, tenía sentido: se trataba de escoger el mal menor. Poco dispuestos a librar la guerra en el continente europeo, los británicos y los norteamericanos consideraron que la alianza debilitaría simultáneamente a Alemania y la Unión Soviética, tras lo cual ellos intervendrían para realizar operaciones de limpieza. Para asegurarse de que la URSS sufriría lo más duro de la agresión alemana sin llegar a venirse abajo, ambos países ofrecieron ayuda material. Era un pequeño precio a pagar para impedir que Alemania controlara Europa y luego fuera capaz de aplastar a Gran Bretaña y disputar a Estados Unidos la hegemonía mundial<sup>201</sup>.

Fueron el carácter global de la guerra y el objetivo de la hegemonía mundial los que inspiraron la alianza anglo-americana en primer lugar y los que hicieron de su ampliación a la URSS una elección racional para la burguesía occidental. En una carta a Roosevelt escrita el 15 de junio de 1940, Churchill resumió con gran claridad lo que estaba en juego: «Aunque ni el actual gobierno ni yo personalmente dejaríamos nunca de enviar la flota al otro lado del Atlántico si aquí la resistencia fuera aplastada, puede llegarse a un punto en la lucha donde los actuales ministros ya no tengan control sobre la situación y puedan conseguirse condiciones muy benévolas para las Islas Británicas si se convierten en un Estado vasallo del imperio de Hitler. Sin duda, para instaurar la paz se crearía un gobierno proalemán, que podría argumentar de manera casi irresistible ante una nación destrozada y famélica la conveniencia de someterse a la voluntad nazi. Lo que sucediera con la flota británica, como ya le he dicho, sería decisivo para el futuro

**201** El 11 de septiembre de 1941, la Junta de Jefes de Estado Mayor de Estados Unidos presentó a Roosevelt un documento firmado por el general Marshall y el almirante Stark que declaraba: «Si Alemania lograra conquistar toda Europa [es decir, derrotar a Rusia], tal vez querría establecer la paz con Estados Unidos con el fin de organizar sus logros, restaurar su situación económica e incrementar sus fuerzas militares, con la perspectiva final de conquistar Sudamérica y derrotar militarmente a Estados Unidos». R.E. Sherwood, op. cit., p. 411.

de Estados Unidos, ya que si se sumara a las flotas de Japón, Francia e Italia y a los enormes recursos de la industria alemana, Hitler tendría en sus manos un aplastante poderío naval. [...] Esta revolución en el poderío naval puede producirse muy rápidamente y, desde luego, mucho antes de que Estados Unidos pueda prepararse para hacerle frente. Si nosotros nos hundimos podrían encontrarse ustedes con unos Estados Unidos de Europa bajo mando nazi y mucho más numerosos, más fuertes y mejor armados que el nuevo mundo»<sup>202</sup>.

Si bien no hay duda de que esta advertencia —dirigida a conseguir más ayuda de Estados Unidos de la que llegaba en aquel momento— incluía un intento de infundir pánico, el razonamiento fundamental de Churchill era sensato. Si se añadían al cuadro los vastos recursos materiales de la Unión Soviética y los logros geopolíticos que acumularían tanto Berlín como Tokio en caso de derrota o fragmentación de la misma, la argumentación a favor de una alianza con Moscú resultaba irresistible. Desde el punto de vista británico y estadounidense, no tenían que hacer otra cosa que mantener a la Unión Soviética en la guerra; la demora en la apertura del segundo frente, pese a existir dificultades reales, estuvo motivada por un objetivo a largo plazo: dejar que Alemania y la Unión Soviética se agotaran mutuamente<sup>203</sup>. Los aliados pudieron escoger cuándo y dónde entablar combate con Alemania, y su elección estuvo dominada por consideraciones más políticas que militares. La Unión Soviética, por el contrario, no disfrutó de tal lujo: dado su terrible sufrimiento, la ayuda militar inmediata era mucho más importante que los logros políticos a largo plazo. Desde el principio, la cuestión del segundo frente fue, por lo tanto, una auténtica prueba la naturaleza de la alianza: el pueblo soviético pagó con sangre el programa relativamente modesto de ayuda alimentaria y en equipamiento militar.

**202** Churchill and Roosevelt, *The Complete Correspondence*, op. cit., v. 1, pp. 49-50.

**203** Al principio de la guerra, Harry Truman, el futuro presidente de Estados Unidos, formuló esta visión de la estrategia norteamericana con su acostumbrada franqueza: «Si vemos que Alemania está ganando la guerra, debemos ayudar a Rusia, y, si Rusia está ganando, debemos ayudar a Alemania, y de ese modo matar a tantos como sea posible». Citado en Barton J. Bernstein, «Confrontation in Eastern Europe», en Thomas G. Patterson, ed., op. cit., p. 93.



Para terminar, debe añadirse que Churchill no actuó completamente libre de condicionamientos al decidir apoyar a la Unión Soviética tras el 22 de junio de 1941. La negativa a acudir en su ayuda o una actitud de estudiada neutralidad habría provocado una enorme oposición, especialmente en la clase obrera. Además, en aquellos momentos no estaba en absoluto claro que Gran Bretaña pudiera ganar la guerra sin el gigantesco esfuerzo soviético en el Este<sup>204</sup>; toda la situación de «unidad nacional» podría haberse puesto en peligro por una decisión errónea, y Churchill era lo bastante lúcido para no cometer semejante error.

**204** La reputación del ejército británico tocó fondo en verano de 1942. La pérdida de Bengasi en enero y los éxitos de Rommel en mayo y junio, combinados con la derrota a manos de los japoneses en el Lejano Oriente, causó un pesimismo generalizado entre los dirigentes británicos. En Estados Unidos había «una creciente sensación de que los británicos son absolutamente incapaces de ejercer el mando o utilizar el equipamiento», lo cual fomentaba la opinión de que había que conceder menos importancia a la alianza con ellos y trasladar la atención al Lejano Oriente (Christopher Thorne, *op. cit.*, pp. 132-34). No es de extrañar que Churchill ordenara que tocaran las campanas de las iglesias para celebrar la victoria en El Alamein.

## 12 Hacia el clímax

El año 1942 trajo una reconstrucción general de las fuerzas en todos los Estados beligerantes más importantes, mientras la fortuna bélica oscilaba primero en un sentido y luego en otro. Para finales del año había dos victorias estratégicas: la Wehrmacht fue derrotada en Stalingrado y, en el Pacífico, la armada de EE UU cosechó una victoria resonante contra los portaaviones japoneses en la batalla de Midway. Esta histórica victoria en Midway dio a EE UU la iniciativa en el Pacífico, de la misma manera que la victoria en Stalingrado pudo más tarde dar la preeminencia a la Unión Soviética en Europa oriental.

En 1942 se dio también un cambio definitivo en el equilibrio de poder en la alianza occidental en favor de EE UU. En marzo las dos potencias anglosajonas habían dividido el mundo en tres áreas estratégicas: la del Pacífico, para ser de la incumbencia de EE UU; el área entre el Mediterráneo y Singapur, para ser la responsabilidad de Gran Bretaña; y la del Atlántico y Europa occidental, para ser compartida entre las dos. Este arreglo no sólo asignó China y Australia —dos zonas tradicionales de influencia británica— a la esfera americana, sino que una vez que la armada japonesa empezó a aventurarse en el oeste de la frontera malaya, los británicos se vieron forzados a buscar también la ayuda americana en el Océano Indico. El Mediterráneo se convirtió *de facto* en una responsabilidad compartida después del desembarco de los aliados occidentales en el norte de África en noviembre de 1942. En cambio, los jefes americanos mantuvieron firmemente a sus colegas británicos fuera del proceso de toma de decisiones en el Pacífico<sup>205</sup>.

Gran Bretaña también fue incrementando su dependencia económica respecto a EE UU. Esta fue una de las principales razones por las que Churchill y el general Alan Brooke

**205** En la Conferencia de Casablanca, en enero de 1943, los británicos descubrieron que «mientras sus colegas americanos estaban muy preparados para exponer sus planes en el escenario del Pacífico, rehusaban resueltamente discutirlos. Estaban decididos y no abiertos al debate: los británicos no tenían *locus standi* en la cuestión.» Michael Howard, *Grand Strategy*, HMSO, Londres, 1972, v. 4, p. 243 (citado en Thorne, op. cit., p. 165).

otorgaban tanta importancia a la defensa del Canal de Suez y la necesidad de liberar la ruta del mar Mediterráneo hacia Egipto y la India. Las implicaciones a largo plazo de la dependencia económica no escapaban ni a Londres ni a Washington. En febrero de 1942 los británicos fueron forzados a firmar un Acuerdo de Ayuda Mutua por el que se comprometían, a cambio de hacerles extensiva una disposición de préstamo y arriendo, a trabajar en pos de un sistema multilateral de comercio mundial después de la guerra<sup>206</sup>. Que la voz de EE UU se estuviera haciendo cada vez más dominante en las reuniones de los aliados, era algo que Gran Bretaña no podía evitar, ya que el mismísimo poder militar y económico americano, que ahora eclipsaba los intereses imperialistas de Gran Bretaña, era el que la mantenía en la guerra. Los británicos se vieron obligados a escuchar de buena gana la cada vez más fuerte afirmación del liderazgo americano en la alianza por parte de la burguesía de EE UU<sup>207</sup>.

El Ministerio de Hacienda británico, asesorado por Keynes, era muy consciente de que el país necesitaría unos 4.000 millones de ayuda de EE UU en cómodos plazos para solucionar el déficit esperado en los primeros años de la postguerra. Además, se requerían 7.000 millones en pertrechos militares para mantener a Gran Bretaña en la guerra después de 1943. Esa ayuda «de alguna manera y hasta cierto punto sin paralelo en términos internacionales», según palabras de un antiguo funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores, significaba

**206** Este fue el momento en que la hostilidad de los americanos hacia la regulación británica- francesa-holandesa de la producción y distribución del caucho, el estaño y el petróleo estaba planteando un serio interrogante sobre la futura relación de los dos lados del Atlántico. No puede sorprendernos cuando Estados Unidos sacaba el noventa por ciento de su estaño de Malasia y de las Indias Orientales Holandesas.

**207** El *New York Times* del 12/12/1941: Estados Unidos es «el líder natural de las fuerzas democráticas». El *Chicago Tribune* del 10 de enero de 1942: «Si ha de haber una asociación entre Estados Unidos y Gran Bretaña somos, por derecho, el socio que controla. Podemos arreglárnoslas sin ellos». Morgenthau: «Cuando la guerra termine Estados Unidos va a decidir [...] qué clase de Europa va a existir [...] ¿Quién va a pagar por ello? Nosotros vamos a pagar por ello. Los ingleses van a estar arruinados». Stimson: «Si la guerra ha de ganarse, debe ganarse en torno a la moral, la psicología y el ánimo de los líderes y las fuerzas americanas» (citados por Thorne, op. cit., p. 138).

«hacerse con la autoridad y el control político» (en palabras de Churchill). Esto fue también entendido por funcionarios de los Departamentos de Estado, de Hacienda y de Guerra de EE UU, quienes trataron de relacionar la cuestión de la ayuda con una *política de puertas abiertas* para cuestiones militares (bases, jurisdicción sobre algunas islas) y económicas (explotación de recursos, apertura de mercados) en todas las áreas del mundo bajo control británico. Gran Bretaña se convirtió *de facto* en una potencia de segunda clase, poniendo la Segunda Guerra Mundial las bases para «las relaciones especiales» entre ella y los Estados Unidos<sup>208</sup>.

A su presión militar y económica, los americanos añadían una dimensión política: la condena de la política colonial practicada por los Estados imperialistas occidentales, que era percibida por el público de EE UU como una de las principales causas de la derrota en el Lejano Oriente. Esta derrota había sido asombrosamente rápida. A finales de enero de 1942 las unidades de defensa británica y australiana se habían retirado de la península malaya hacia Singapur sólo para rendirse a mediados de febrero ante el general Yamashita.

Hongkong, el símbolo de los intereses comerciales globales británicos, y Singapur, el verdadero corazón del sistema de defensa del Imperio en el Lejano Oriente, estaban ahora en manos japonesas. Luego, a principios de abril, Filipinas fue conquistada (un duro golpe para el orgullo americano)<sup>209</sup>. Para mediados de mayo casi toda Birmania estaba bajo ocupación japonesa. El camino desde Birmania a China estaba cortado y sólo la costosa ruta aérea a través de la cordillera del Himalaya permaneció abierta para el abastecimiento de China y las fuerzas americanas que operaban ahí. La India Británica fue, a su vez, amenazada. Esta serie de grandes éxitos japoneses representó una importante inflexión en la historia de Asia, que ninguna posterior derrota borraría completamente: por una

**208** Thorne, op. cit., pp. 384-93.

**209** El *Chicago Tribune* proclamó en primera plana: «¡Vamos a regresar a Baatán!» La histeria nacional que siguió a la expulsión de las fuerzas de MacArthur de Filipinas condujo al arresto de miles de japoneses-americanos que vivían en la costa oeste y a su internamiento en campos de concentración.

vez el Occidente fue humillado por el Oriente<sup>210</sup>. Sólo la victoria americana en Midway detuvo el impulso militar japonés.

El colapso del poder británico en el Lejano Oriente no fue sólo cuestión de debilidad del Imperio. Después de todo Japón se las había arreglado para conquistar esa enorme área con menos de 200.000 hombres. (En comparación, el ejército imperial británico perdió 140.000 soldados en Singapur, la mayoría de los cuales se convirtieron en prisioneros de guerra.)<sup>211</sup> La derrota indicó más bien la renuncia de los pueblos dominados a pelear por la causa británica. Las victorias japonesas reflejaron la descomposición del entramado político y social del gobierno imperial británico. El ejército en Malasia había sido golpeado por motines a gran escala<sup>212</sup>. En Kedah, las masas se habían levantado contra el Sultán; su hijo Tunku Abdul Rahman (más tarde Primer Ministro de Malasia) secuestró a su padre y se presentó a los ocupantes ofreciendo transmitir por radio un llamamiento a la población para que no resistiera<sup>213</sup>. Los habitantes de Birmania desertaron en masa del ejército creado por los británicos: aun antes de que el ejército japonés llegara a Rangún, el dominio británico sufrió un duro revés<sup>214</sup>. Tailandia claramente se había hecho projaponesa con la esperanza de preservar su *status quo* social<sup>215</sup>.

**210** «En uno de sus aspectos vitales, la guerra del Pacífico de 1941 a 1945 fue un conflicto racial y necesita verse como tal en una perspectiva de cien años o más. Esto no quiere decir que las causas inmediatas fueran esencialmente raciales[...] El color de la piel de los implicados no era una cuestión de importancia primaria. Aun así, en su sentido más amplio, la guerra entre Japón y occidente puso agudamente de manifiesto tensiones de naturaleza racial que existían desde hacía mucho tiempo, y ese aspecto alcanzaría una preeminencia mucho mayor una vez que la batalla se había iniciado. Una y otra vez [...] sería la amenaza a occidente, al prestigio blanco, lo que inquietó a los que estaban en el poder en Washington y Londres.» Thorne, op. cit., p. 7.

**211** Richard Storry, *A History of Modern Japan*, Penguin, Londres, 1970, p. 215; Halliday, op. cit., pp. 43, 47.

**212** David H. James, *The Rise and Fall of the Japanese Empire*, George Allen and Unwin, Londres, 1951, pp. 211-12.

**213** Halliday, op. cit., p. 143.

**214** Véase J. S. Furnivall, ed., *Thakin Nu, Burma under the Japanese*, Macmillan, Londres, 1954.

**215** El 25 de enero de 1942, más bien de mala gana, Tailandia declaró la guerra a Gran Bretaña y Estados Unidos. Mientras EE UU ignoraba esta declaración, Gran Bretaña respondía declarando la guerra, creando así sospechas

Todos estos acontecimientos representaron un gran peligro para la presencia británica en la India. Y el 2 de febrero de 1942 Churchill le escribió al general Ismay: «El reforzamiento de la India se ha convertido en lo más urgente. Estoy profundamente preocupado por las reacciones a las victorias japonesas en toda Asia. Será necesario tener un número adicional de tropas británicas en la India. Estas no necesitan ser divisiones completamente formadas, ya que estarían para la seguridad interna contra una revuelta»<sup>216</sup>. Ciertamente la revolución estaba llamando a la puerta de la India británica. Después del fracaso del intento de Stafford Cripps para pacificar al Congreso Nacional Indio<sup>217</sup>, Gandhi y Nehru se lanzaron a una campaña de desobediencia civil masiva en julio de 1942 para lograr el autogobierno de la India como un paso hacia la completa independencia. La burguesía india tomó este paso con gran renuencia, ya que nunca pretendió emprender una guerra real contra Gran Bretaña<sup>218</sup>. A principios de la Segunda Guerra Mundial, la India no contaba con un ejército formado a escala nacional y la débil fuerza en torno a Chandra Bose, el cual quería una alianza con Japón, era un núcleo pequeño e ineficaz para un ejército potencial<sup>219</sup>. Los líderes nativos fueron forzados a actuar, no sólo a causa de la gran oportunidad que la derrota británica ofreció a su causa nacionalista, sino también a causa de la presión de una creciente oleada de indignación masiva ante el grave deterioro de la situación económica y alimenticia, de la cual la terrible hambruna en Bengala fue el más horrible ejemplo.

en los americanos de posibles ambiciones territoriales británicas respecto de Tailandia, que estaban parcialmente justificadas.

**216** W.S. Churchill, *The Second World War*, v. 12, Cassell & Co., Londres, 1964, p. 85.

**217** Para conocer la misión de Cripps en la India, bajo el contexto de la guerra visto desde Londres, véase el libro de Addison, pp. 201-05.

**218** La dirección del Congreso estaba totalmente en contra del Eje. Quería que Gran Bretaña ganara la guerra y quería defender a la India armando a la población, política a la que obviamente la administración británica se resistió.

**219** El ejército nacional indio nunca pasó de 50.000 soldados, la mayoría reclutados en los campos de prisioneros (POW) tomados por los japoneses en Singapur. Fue involucrado principalmente en escaramuzas en la frontera entre Birmania e India. Algunos de sus cuadros fueron incorporados más tarde al ejército indio.

Nehru describió estas presiones gráficamente: «Con la caída de Penang y Singapur y conforme los japoneses avanzaban en Malasia, hubo un éxodo de indios y otros que acudían a la India [...] Luego siguió la riada de refugiados de Birmania, cientos de miles, en su mayoría indios. La historia de cómo habían sido abandonados por las autoridades civiles y otras, dejando que se las arreglaran como pudieran para diseminarse por toda la India [...] No fue la guerra la que causó la discriminación de trato entre refugiados indios y británicos [...] llegaron hasta nosotros historias horribles de discriminación racial y sufrimiento, y conforme los famélicos supervivientes se esparcieron por toda la India, llevaron consigo esos relatos produciendo un poderoso efecto en las mentes de los hindúes»<sup>220</sup>. Y todavía para mayor precisión: «En Bengala oriental, bajo un estado mental de pánico con anticipación a la invasión [japonesa], se destruyeron decenas de miles de embarcaciones fluviales [...] Esa vasta área estaba llena de canales y el único transporte posible eran dichas embarcaciones. Su destrucción aislaba a grandes comunidades, las privó de sus medios de subsistencia y transporte, y fue una de las causas que contribuyó al hambre en Bengala»<sup>221</sup> (la hambruna de Bengala en 1943 costó 3.400.000 muertes según un estudio de la Universidad de Calcuta<sup>222</sup>).

Churchill, lleno de rencor hacia el movimiento de independencia de la India, en parte por mero prejuicio racial, se opuso a cualquier ayuda para aliviar los sufrimientos de las masas. Bajo estas circunstancias, Gandhi y Nehru consideraron más prudente canalizar la indignación masiva a través del movimiento de desobediencia civil que arriesgarse a perder el control sobre las fuerzas populares mediante un gobierno nacionalista más radical o incluso revolucionario. La guerra en el Lejano Oriente hizo así su propia contribución específica a la lucha de la India por su independencia<sup>223</sup>.

**220** Jawaharlal Nehru, *The Discovery of India*, Doubleday Anchor, Londres, 1960, p. 463 (ed. cast.: *El descubrimiento de la India*, Sudamericana, Barcelona, 1949).

**221** *Ibidem*, pp. 474-75.

**222** *Ibidem*, pp. 507-12. Fuentes británicas dan cifras de un millón y medio, más bajas, aunque sigan siendo bastante altas.

**223** Attlee escribió en un memorándum para sus colegas del gabinete: «India ha sido afectada profundamente por el cambio de relaciones entre los europeos

Las conquistas japonesas pusieron en la agenda la cuestión del futuro de las antiguas colonias después de la guerra. Para EE UU, cuyos intereses a largo plazo en China y ahora en el sudeste asiático también se habían intensificado por la guerra, la destrucción del gobierno colonial proporcionó el estímulo para revisar sus propias expectativas una vez que el competidor japonés hubiera sido eliminado de la contienda imperialista. En la etapa inicial de la guerra Roosevelt se había declarado «antiimperialista» y, por insistencia de los americanos, la Carta del Atlántico proclamó «el derecho de los pueblos a escoger la forma de gobierno bajo la que quieren vivir». Churchill, siguiendo el legado de Versalles y la política de imperialismo colonial, al que la guerra estaba volviendo algo obsoleto, prefirió interpretar este punto como aplicable sólo a los pueblo europeos. Para los americanos, sin embargo, era una declaración de intenciones contra la restauración de los imperios coloniales europeos después de que la guerra fuera ganada<sup>224</sup>. Así, 1942 fue el año en que EE UU. empezó a formular su gran designio para Asia.

Japón había llevado su línea de conquista no sólo al sudeste sino también al sur y sudeste, ocupando Guam, las islas Marshall y Gilbert, Nueva Bretaña, Rabaul, las Nuevas Hébridas [islas Vanuatu; NdE], la mayor parte de Nueva Guinea y las islas Salomón. El propósito no era tanto ocupar Australia,

y los asiáticos que comenzó con la derrota de Rusia por Japón a principios de siglo [...] Los contratiempos que nosotros y los americanos estamos sufriendo a causa de los japoneses en este momento continuarán el proceso [...] El hecho de que estemos ahora aceptando la ayuda china en nuestra guerra contra las potencias del Eje y que seamos necesariamente conducidos al reconocimiento tardío de China como un igual y de los chinos como compañeros de lucha por la civilización contra la barbarie, hace que el indio se pregunte por qué no puede ser también el amo de su propia casa» (citado en Thorne, op. cit., p. 157).

**224** Una respuesta británica fue establecer en diciembre de 1942 un comité interdepartamental de alto nivel, que incluía a funcionarios de los ministerios de Asuntos Exteriores, Dominios Británicos, Asuntos Coloniales, Asuntos de la India y del Ministerio de Información, para «estudiar el estado de los sentimientos americanos en relación con el Imperio Británico», y hacer «recomendaciones concernientes a mejorar los métodos para estimular sentimientos favorables y moderar los hostiles con la intención de asegurar una impresión general de simpatía al mantenimiento del sistema imperial británico y al reconocimiento del Imperio como socio conveniente de EE UU en los asuntos mundiales» (Thorne, op. cit., p. 222).



que Yamamoto supuso correctamente que sería el trampolín para la contraofensiva americana, sino más bien cortar sus líneas de abastecimiento desde EE UU: Midway, Nueva Guinea, Samoa, Fiyi y Nueva Caledonia fueron a su vez objetivos. A principios de mayo, sin embargo, la armada de EE UU evitó la ocupación japonesa de Port Moresby en Nueva Guinea y un mes más tarde vino la victoria en Midway. Después de Midway, el ejército y la armada de EE UU empezaron una contraofensiva en Guadalcanal, en las islas Salomón orientales, que conforme a su lento avance fue originando daños terribles a las vías marítimas de abastecimiento japonesas.

Mientras la guerra en el Pacífico captaba la imaginación del público americano mucho más que la contienda europea, en Gran Bretaña sucedía exactamente lo contrario. Para la población británica los bombardeos y la amenaza de invasión venían de Alemania y esta inquietud respecto al enemigo alemán aumentaría con la guerra: la cantidad de ingleses caídos en la guerra contra Alemania fue ocho veces superior a los que fallecieron luchando contra Japón. Para los dirigentes británicos (políticos y militares) el control del Mediterráneo estaba también vinculado a la defensa de los intereses británicos en Oriente Medio que, además de abastecerlo de petróleo —la corriente sanguínea de la guerra para tanques y aviones— era también el puente marítimo hacia la India. La urgencia de liberar la ruta de abastecimiento Gibraltar-Suez-Aden aumentó con la merma de los recursos navales y financieros del país, causada por tener que utilizar la ruta de El Cabo, más larga y menos segura. De hecho, fue tan grave este desgaste que, combinado con las pérdidas sufridas en el Atlántico, llevó a Gran Bretaña más cerca de la derrota en el verano y el otoño de 1942 que en el verano de 1940<sup>225</sup>.

Así, aunque se mantuvo el compromiso británico por la guerra en el Lejano Oriente, a causa de las materias primas y la defensa de Australia y Nueva Zelanda, el conflicto con Alemania era el que dominaba la atención del Estado Mayor británico. Con todo, las derrotas británicas en el Lejano Oriente, y la pobre actuación de sus tropas en el norte de África durante

<sup>225</sup> Sherwood, op. cit., pp. 498 y 528; David Fraser, op. cit., pp. 222-24; Lidell Hart, op. cit., pp. 399-403.

gran parte de 1942, ayudaron a fortalecer la tendencia, siempre presente en las juntas militares americanas, a aumentar las operaciones en el Pacífico: para fines de 1942, 346.000 soldados americanos prestaban ahí sus servicios (150.000 más de los originariamente previstos), cifra casi igual a la del norte de África. La política oficial de EE UU nunca cambió; continuó tratando a Alemania como al principal enemigo. Pero los militares de EE UU siempre vieron al Mediterráneo como una zona donde, antes de la invasión de Europa desde el noroeste, el esfuerzo tenía que ser equilibrado en relación al espacio y el tiempo respecto al del Pacífico antes de la invasión del territorio japonés<sup>226</sup>.

El imperialismo británico estaba preocupado por el intento de Hitler de sacar provecho del creciente sentimiento antibritánico y antiruso en Oriente Medio e Irán, como resultado de los logros militares alemanes de 1941-42. En 1942 la diplomacia alemana presionó bastante a Turquía (y a su ejército fanáticamente anticomunista) para que permitiera el paso de las tropas alemanas a través de Anatolia con el fin de atacar a las fuerzas soviéticas en el Cáucaso y a las británicas que se encontraban defendiendo El Alamein en la retaguardia. Al mismo tiempo se hicieron propuestas formales al Sha de Irán en nombre de los intereses nacionales y de clase contra los tradicionales enemigos imperialistas británicos y los comunistas rusos. De aquí que el destino de los dos frentes, en el suroeste soviético y en el norte de África, llegaron a estar de hecho vinculados: la habilidad de los aliados occidentales para mantenerse en el Mediterráneo dependía crucialmente de la determinación del Ejército Rojo para bloquear el empuje alemán hacia los campos de petróleo de Bakú. Un éxito ahí no sólo aseguraría abundante abastecimiento de combustible para la maquinaria de guerra alemana (y durante toda la guerra el petróleo fue el talón de Aquiles de la Wehrmacht) sino que también alinearía a Turquía e Irán con Alemania, cambiando así todo el equilibrio geopolítico entre el Mediterráneo y la India en detrimento de Gran Bretaña. Churchill y Roosevelt trataron que Stalin les garantizara que el Ejército Rojo mantendría sus

226 Thorne, op. cit., p. 163.

posiciones en el Cáucaso y ofrecieron como incentivo la perspectiva de crecientes abastecimientos vía Irán en lugar de la larga e incierta ruta del norte hacia Murmansk.

Consecuentemente, en 1941 y 1942 el resultado de la guerra contra Alemania, y de toda la guerra, continuaba dependiendo de los acontecimientos en el Frente Oriental. Para Hitler la guerra contra la Unión Soviética seguía siendo una prioridad absoluta; la Rusia europea iba a ser su India, ya que la consolidación del poder alemán en esa parte de Europa era el camino imperial para que Alemania se convirtiera en potencia mundial. Por eso las fuerzas alemanas en el norte de África sólo recibieron un apoyo simbólico y vacilante y este factor, más que ningún otro, permitió a los aliados occidentales triunfar en el Mediterráneo en 1942<sup>227</sup>. A finales de año la superioridad aérea y naval británica había sido restaurada ahí al dificultar las líneas de abastecimiento para el Afrika Korps de Rommel. Egipto y Suez quedaban a salvo. Cumplida esta misión la contraofensiva de los aliados occidentales fue dirigida hacia Italia por Sicilia («la suave panza» de Europa, como la apodó Churchill).

En 1942 fue cuando, una vez más, la Unión Soviética estuvo al borde de la derrota. A finales de 1941 Stalin, embriagado por el exitoso rechazo al avance alemán sobre Moscú, llegó a convencerse de que el Ejército Rojo vencería al enemigo al año siguiente. A instancias suyas el Stavka [Estado Mayor; NdE] adoptó casi de inmediato un plan para una contraofensiva total: atacaría simultáneamente a los tres cuerpos del ejército alemán (el del norte, el del sur y el del centro) a lo largo de un frente de mil seiscientos kilómetros. La escala de la operación propuesta era incompatible con los recursos soviéticos disponibles en ese momento, tanto materiales como de personal especializado. Además, estratégicamente era descabellado. Zhúkov y Voznesensky, entonces a cargo de la economía de guerra, se

**227** La ansiedad que sentía Japón porque Alemania se estaba estancando en Rusia y por lo tanto era incapaz de perseguir lo que Tokio veía como prioritario, es decir, la guerra contra EE UU, fue transmitido al agregado naval alemán en Tokio después de la batalla de Túnez, señalando que la pérdida del Mediterráneo fortalecería decisivamente la posición anglo-americana en Oriente Medio y Birmania, destruyendo así cualquier esperanza de una paz negociada con los americanos. *Deutschland in Zweitem Weltkrieg*, v. 3, p. 449.

opusieron. Demostraron tener razón. Una vez que la sorpresa inicial desapareció, los comandantes alemanes fueron capaces de estabilizar la línea del frente, dejando al Ejército Rojo sin superioridad estratégica en ninguna parte a finales de marzo. Y lo peor estaba por llegar. En abril Hitler tomó la decisión de avanzar hacia el Cáucaso a fin de privar al Ejército Rojo de grano y petróleo y cortar sus líneas de abastecimiento orientales. La Operación Azul, programada para el 28 de junio, fue concebida como una operación de doble pinza, la cual, al avanzar hacia el río Donéts y el río Don, se reuniría en Stalingrado y, habiendo acabado con toda la resistencia soviética, aislaría a Rusia de Irán y de los aliados.

Tan pronto como fue tomada la decisión en Berlín, Stalin tuvo las coordenadas principales del plan alemán en sus manos. Una vez más hizo caso omiso de los informes secretos solventes y continuó dirigiendo las operaciones de verano bajaran la hipótesis de una pretendida ofensiva alemana en Moscú. Cuando, a principios de esa primavera, el Estado Mayor soviético empezó a estudiar las operaciones militares para el verano, presionó mucho por una política de defensa estratégica que permitiría organizar poderosos recursos de hombres bien equipados y entrenados: mediante un esfuerzo sobrehumano, las fábricas en los Urales estaban en aquel entonces produciendo nuevos tanques, cañones y morteros que hicieron posible la regeneración de las fuerzas acorazadas del Ejército Rojo. No obstante, Stalin fue capaz una vez más de pasar por encima de las propuestas de los generales, favoreciendo su propia política de «ataque y defensa simultánea», es decir, una política de confusión generalizada<sup>228</sup>. Al final sólo fue apoyada unánimemente una ofensiva local: el avance de Timoshenko a Járkov. Los servicios de inteligencia alemanes, bajo la hábil dirección de Gehlen, sabían perfectamente que el enemigo carecía de una estrategia coherente. La desastrosa derrota del Ejército Rojo en Járkov (en gran parte debida a la insistencia de Stalin para que la ofensiva continuara mucho después de que estaba claro que había fracasado) era sólo una consecuencia de esto. Mientras Moscú fijaba su atención en Járkov, el avance alemán

228 Erickson, op. cit., pp. 337-38.

hacia el Cáucaso iba alcanzando la máxima velocidad: Crimea cayó con asombrosa rapidez. A mediados de junio el ejército soviético tenía evidencias concretas para demostrar lo equivocado que había estado respecto a las intenciones alemanas; todavía pasó otro mes antes de que Stalin aceptara que las miras de Hitler estaban puestas en Stalingrado.

Cuando a principios de julio los panzers cruzaron el Don, y Vorónezh cayó en manos alemanas, la batalla de Stalingrado empezó a tomar forma. Consciente del terrible apuro del Ejército Rojo, Hitler interrumpió el concentrado ataque a Stalingrado para efectuar un cerco final a las fuerzas soviéticas en Rostov. Pero aunque la ciudad cayó, el Ejército Rojo —en su primera retirada ordenada y planeada de la guerra— se libró de la destrucción, habiendo sufrido, no obstante, un terrible castigo. En agosto el grupo de ejércitos alemán, bajo la dirección de List, invadió Kubán y procedió a una operación de doble pinza, conducida a lo largo de la costa del Mar Negro y hacia los grandes centros petrolíferos de Grozni y Bakú. Con las montañas transcaucásicas como objetivo de la Wehrmacht y con la flota del Mar Negro a punto de ser destruida, la posibilidad fatal de que Turquía pudiera entrar en guerra del lado de Alemania fue afrontada por los dirigentes soviéticos<sup>229</sup>. La amenaza de un aplastamiento total y la desintegración del Ejército Rojo sobrecogieron al mando soviético. «El trabajo político de masas» en el ejército, cuya moral había sido quebrada derrota tras derrota, fue reorganizado. El reclutamiento masivo de los miembros del Partido Comunista fue muy acelerado. Una revuelta encolerizada de los oficiales más jóvenes dio como resultado que el mando militar les asegurara un margen importante de autonomía frente a la administración política (dirigida por la NKVD). Zhúkov, Vasilevski, Rokossovski y una veintena de otros capacitados comandantes inmediatamente ascendieron

**229** En agosto de 1942, Beria y sus «muchachos» fueron enviados al norte del Cáucaso y al delta del Volga para evitar la incipiente revuelta de las nacionalidades de la región montañosa: los chechenos, los ingusetios, los tártaros de Crimea, los karacháís, los balkarios, los calmuco y los alemanes del Volga iban a pagar después un precio monstruoso por los errores del Ejército Rojo durante ese verano.

a la cumbre, obteniendo Zhúkov el puesto de primer comisario delegado de la defensa.

El Alto Mando volvió a instaurar el doble rango de Comandante Supremo-Comandante del Frente, con Zhúkov y Vasi-levski eliminando la brecha entre los dos. En el frente, el comando unificado, que había sido abandonado durante la gran crisis del otoño de 1941, fue reintroducido<sup>230</sup>. Una verdadera y rápida modernización del Ejército Rojo estaba a la vista: el cuerpo de tanques mecanizados, el cuerpo aéreo, los ejércitos aéreos y una fuerza de bombardeo de largo alcance surgieron para dar la tan necesitada potencia de ataque. Lenta y penosamente, tras derrotas y desesperación, el Ejército Rojo se estaba transformando en un aparato de combate viable y moderno. La prueba decisiva se daría en Stalingrado.

La segunda consecuencia del éxito alemán en el verano de 1942 fue la campaña soviética para la apertura de un segundo frente en Europa por parte de los aliados. A finales de 1941, habiendo salido victorioso en Moscú y creyendo que la guerra prácticamente estaba ganada, Stalin había presentado a Eden, el emisario británico, sus planes para una reorganización de Europa. El gobierno británico, no queriendo ofender a su aliado soviético en ese momento (por temor a que Moscú pudiera firmar una paz separada con Berlín) prefirió aplazarlos. Ahora, seis meses después, con cuatro quintas partes del total del ejército alemán metido en territorio soviético y el Ejército Rojo en peligro de colapsar, Stalin abandonó todos sus objetivos de postguerra y solicitó la ayuda occidental en forma de un nuevo frente para retirar por lo menos a cuarenta divisiones alemanas. Molotov viajó a Londres y Washington, y regresó a Londres en la primavera y el verano de 1942, sin recibir una respuesta satisfactoria. Lo más que podía esperar la Unión Soviética era un segundo frente en 1943, en el que los americanos parecían estar entusiasmados pero hacia el cual

**230** En esos momentos, desconfiando de sus funcionarios, Stalin había nombrado comisarios políticos provenientes en gran parte de la NKVD, para supervisar a los comandantes de campo y para castigar a los «culpables» de la ola inicial de derrotas. Como siempre, la propensión de Stalin a corregir sus propios errores de juicio mediante el castigo severo a los subordinados y la búsqueda de cabezas de turco, sólo aumentó la tragedia. Erickson, op. cit., p.175.

Churchill contemporizaba. Aunque la Unión Soviética podía esperar una gran ayuda en alimentos y equipo militar, quedó claro para Molotov que el Ejército Rojo debía combatir sólo —o hundirse— en Stalingrado.

Cuando en octubre Hitler cerró la ofensiva alemana de verano, hizo una excepción con Stalingrado y el Cáucaso. A finales del siguiente mes, sin embargo, la victoria soviética en Stalingrado estaba a la vista. En la segunda mitad de diciembre el plan para la contraofensiva soviética (Operación Urano) estaba preparado. El 1 de febrero de 1943 el mariscal de campo Von Paulus, comandante alemán en Stalingrado, se rindió. La oleada de victorias alemanas fue detenida. El triunfo del Ejército Rojo en Stalingrado, y después en Kursk y en el Pruth, hicieron de la Unión Soviética una potencia mundial.

## 13 Virajes decisivos

A principios de noviembre de 1942 los aliados occidentales comenzaron su desembarco en las colonias norteafricanas de Francia. En febrero de 1943 la expansión japonesa en el Pacífico fue detenida por las fuerzas navales de EE UU. En el mismo mes el avance de Alemania llegó a su término con la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado. Así, en pocos meses, la Segunda Guerra Mundial cambió de signo a favor de los aliados. Éstos habían conquistado ahora la iniciativa y no la volverían a perder. Las batallas de Túnez, Kursk y Saipan completaron el viraje.

Como resultado de esas batallas la Francia de Vichy dejaría incluso de ser una entidad pseudo independiente. El lugar de Francia (su alineamiento en Europa) y, como resultado, la futura relación de Europa con EE UU se situarían en la agenda política. Italia sería invadida por los aliados occidentales y en cierta manera serviría de patrón para un futuro arreglo de esferas de influencia en el continente europeo. La caída de Mussolini y la retirada de las tropas alemanas de los Balcanes permitiría, por primera vez desde 1938, el resurgimiento de un sector de la clase trabajadora —en Italia, Yugoslavia y Grecia— como un protagonista autónomo en el drama global.

El tremendo incremento de los recursos materiales de los aliados occidentales a través de la reconversión del potencial de la producción industrial masiva de EE UU para la fabricación de armamento, así como el mantenimiento sistemático y cada vez más eficiente de la enorme capacidad industrial de la URSS, de sus reservas en potencial humano, su espíritu de lucha y mando militar, hicieron inevitable que se produjera tarde o temprano un cambio de tendencia, tras el fracaso de Alemania y Japón por convertir las victorias de su *Blitzkrieg* en un golpe final. Ahora la fase de la *Blitzkrieg* había terminado. Había llegado el momento de las confrontaciones entre las siempre crecientes concentraciones de armamento mecanizado —ante todo tanques y aviones—, su producción y su utilización en los campos de batalla con máxima eficiencia y habilidad táctica. La fórmula de Goebbels de la «guerra total» se convertía así en una realidad: la guerra total reemplazó a la *Blitzkrieg*



para la inevitable y progresiva desventaja de Alemania y Japón<sup>231</sup>. Desde sus bases en Gran Bretaña y el Mediterráneo, los aliados occidentales someterían a Alemania e Italia a incessantes bombardeos diarios.

No fue una coincidencia que las batallas decisivas de la guerra se dieran tan cerca una de la otra. En parte se debía a una consciente planificación: la de El Alamein y la Operación Antorcha (el desembarco de los aliados en el norte de África) habían sido coordinadas desde su comienzo; también lo había sido la fecha aproximada del contraataque de EE UU en el Pacífico Sur. Los planificadores centrales de la estrategia anglo-americana, los generales Marshall y Alan Brooke, después de una acalorada discusión, decidieron dedicar aproximadamente un treinta por ciento de los recursos de los aliados a la guerra en el Pacífico y el resto a las operaciones en Europa y Oriente Medio. Muchas cosas derivaron más o menos automáticamente de estas decisiones. Aunque no hubiera una planificación militar conjunta entre las potencias imperialistas occidentales y la URSS, la resistencia del Ejército Rojo en Stalingrado y el río Terek, en el Cáucaso, se vio obviamente reforzada por las derrotas alemanas en el Mediterráneo y por el aumento de los abastecimientos occidentales que éstas facilitaron. De manera que los nexos generales entre la contraofensiva en el Mediterráneo, en el frente oriental y en el Pacífico no son difíciles de establecer.

**231** El concepto de «guerra total» fue originalmente elaborado por el general Ludendorff en un libro con el mismo título (Munich, 1935). Acentuaba sobre todo la necesidad de una dirección política encargada de —en realidad subordinada a— la guerra, y de asegurar la estabilidad moral e ideológica del frente interno. Para Ludendorff ésta fue claramente una de las lecciones de la guerra de 1914-18. El general Ludwig Beck, anterior jefe de Estado Mayor de la Wehrmacht, y futura cabeza de la conspiración militar contra Hitler el 20 de julio de 1944, criticó el concepto de Ludendorff en un texto confidencial enviado a un círculo cerrado de amigos en junio de 1942 (más tarde publicado en *Studien*, de Ludwig Beck, Koehler, Stuttgart, 1955). Beck acusó a Ludendorff de invertir la relación que hace Clausewitz entre guerra y política: una subordinación de esta última a la primera llevaría a un aumento de la violencia por la violencia, haciendo imposibles todas las negociaciones y compromisos entre los Estados. La importancia de esta crítica a la situación alemana a mediados de los cuarenta es obvia.

Es evidente que, además de estos vínculos, se idearon, pelearon y ganaron batallas específicas. Montgomery venció en El Alamein gracias a una tremenda superioridad en cañones, fuerza aérea y tanques. Tenía a su disposición 1.200 cañones frente a los 200 de Rommel y 700 tanques frente a los menos de 200 del alemán, además de un absoluto dominio en el aire, producto de una deliberada reconstrucción de fuerzas durante el verano y el otoño de 1942, unida a la progresiva asfixia del Afrika Korps en abastecimiento regular (incluyendo petróleo y municiones). La batalla de El Alamein destruyó al ejército italiano del norte de África. Pero parte del Afrika Korps logró escapar. Montgomery no tuvo éxito en cercarlo, ni en El Alamein ni en Marsa Matruh, aunque esto había sido sucesivamente planeado, porque prefirió no alargar demasiado sus líneas de abastecimiento.

El éxito del desembarco en el norte de África —la Operación Antorcha— se debió en gran parte a la colaboración de los jefes militares franceses locales. Los aliados occidentales inicialmente transportaron sólo cien mil soldados, que debían cubrir una enorme línea costera y la inmediata región interior entre Casablanca y Túnez. Había en esa área más de un cuarto de millón de soldados franceses, además de los remanentes del Afrika Korps; también había que tener en cuenta los posibles refuerzos germano-italianos. Aunque las unidades francesas estaban mal armadas, estaban bien entrenadas y podían haber complicado la proyectada operación. Sin consultar primero a los británicos, Roosevelt se movió para obtener, si no el apoyo, al menos el consentimiento de los líderes políticos y militares franceses quienes, sólo días antes, habían estado cooperando con los alemanes; se concluyó así el Acuerdo Darlan<sup>232</sup>. Cuando los americanos, tras el asesinato de Darlan, fueron presionados para buscar un sustituto, escogieron al archiconservador

**232** Darlan, el representante nominal de Vichy en el norte de África, fue un colaborador comprometido con los nazis, si cabe incluso más que Laval. Firmó un acuerdo con los americanos el 22 de noviembre de 1942 a tenor del cual cambiaría de bando (es decir, apoyaría la causa de los aliados) a cambio de que los aliados respetaran su autoridad en el norte de África y equipasen a sus fuerzas militares. Benoist-Méchin, v. 1, pp. 116-24; Duroselle, pp. 286-87; Kolko, op. cit., p. 66. Stalin aprobó la rehabilitación de Darlan. Maisky, p. 801; *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, op. cit., v. 2, p. 51

general Giraud como representante de la autoridad francesa en el norte de África<sup>233</sup>.

La cuestión de quién fuera reconocido como portavoz francés en ese territorio «liberado» de Francia tendría importantes implicaciones de cara a la futura legitimación y funciones de un reconstruido Estado francés. Giraud poseía a juicio de los americanos muchas cualidades: era anticomunista, antialemán y antibritánico. En cambio la estrecha vinculación de De Gaulle con Londres, unido a su ambición y potencial para representar a la nación francesa, hizo que fuera altamente sospechoso para Washington. La diferencia entre Giraud y De Gaulle, entre EE UU y Gran Bretaña, también giraba en torno a la cuestión de si Francia sería débil o fuerte después de la guerra, es decir, si una Europa capitalista sería proamericana o relativamente independiente de EE UU. La burguesía británica entendió claramente en ese momento que Gran Bretaña no sería igual en poder o influencia a EE UU y la URSS y, por ese motivo, quiso construir una especie de bloque occidental europeo. Y dado que Francia era clave para el éxito británico, por su capacidad para reunir a los pequeños Estados europeos occidentales, Gran Bretaña empezó a promover la restauración de Francia como gran potencia.

Pero la razón principal para la diferencia de enfoque fue la falta de comprensión de Roosevelt sobre el verdadero equilibrio de fuerzas sociales y políticas en Francia tras el auge del movimiento de resistencia. Giraud y De Gaulle llegaron a ser copresidentes del Comité Francés de Liberación Nacional, que asumió la estructura y el poder de un gobierno en el exilio. Para la mayoría de la población francesa, sobre todo para la clase obrera, Giraud era identificado con el deseo de perpetuar un régimen autoritario, antiobrero y antirepublicano tras la derrota de Vichy y Alemania. Un «frente nacional» explícitamente asentado en la restauración de la democracia parlamentaria burguesa, incluyendo todas las libertades básicas de las que el

**233** Los regímenes de Darlan y Giraud eran de tipo neofascista y descansaban en una alianza entre colonos, banqueros e industriales locales. Antisemita y brutalmente represivo hacia todas las tendencias políticas, salvo las de la derecha, el gobierno de Giraud era inaceptable para todas las fuerzas antinazis y antifascistas. Kolko, op. cit., p. 67.

movimiento obrero había disfrutado en la Tercera República, era la única alternativa realista para la burguesía francesa frente a un levantamiento de la clase obrera subsiguiente al colapso de la ocupación nazi, una posibilidad que sólo el PCF podía neutralizar<sup>234</sup>. De Gaulle y Churchill mostraron un juicio político muy superior al de Roosevelt, dado que se basaron en la experiencia de un movimiento obrero europeo políticamente independiente, algo que Roosevelt nunca había conocido. Una solución Giraud no habría sido «proamericana»: habría sido irrealizable o, peor que eso, desde un punto de vista burgués habría conducido a la guerra civil.

La guerra en el norte de África supuso, gracias a la cooperación de los militares franceses, cosechar un éxito rápido en Marruecos y Argelia; Dakar vino a ser un premio adicional. Sin embargo, debido a las maniobras del almirante francés Esteva<sup>235</sup>, se fracasó en Túnez. Su intención inicial de permanecer neutral se desmoronó con la llegada de los alemanes que entraron en Túnez para formar un escudo protector para un Afrika Korps en retirada. Después de una batalla sangrienta, Túnez no sería tomada hasta mayo de 1943<sup>236</sup>.

**234** «El papel que los comunistas estaban jugando en la resistencia así como mi propia intención de que sus fuerzas fueran incorporadas a las de la nación, al menos mientras durara la guerra, me condujeron a tomar la decisión de incluir a dos miembros en el gobierno. Desde finales de agosto, el “partido”, previendo esto, gustosamente había prometido la cooperación de varios de sus miembros. Pero, en el último momento, toda clase de contrariedades impidieron que aquellos a quienes invité a unirse al Comité de Liberación pudieran darme una respuesta positiva [...] En realidad, dos opiniones dividían a la delegación. Los extremistas, que seguían a André Marty, querían que el partido no hiciera alianzas y se preparara, en medio de la lucha contra el enemigo, para tomar el poder mediante la acción directa revolucionaria. Los tacticistas querían infiltrarse en el Estado colaborando con otros, ante todo conmigo. El autor de esta estrategia fue Maurice Thorez.» De Gaulle, *War Memoirs: Unity 1942-1944*, Weidenfeld & Nicholson, Londres, 1959, pp. 154-55.

**235** Aunque las tropas americanas, poco entrenadas, habían sufrido una derrota táctica en Kasserine, el ejército alemán cayó atrapado en Túnez con la pérdida de 300.000 soldados, 200.000 de los cuales fueron hechos prisioneros. Von Tippelskirch, *Geschichte des Zweiten Weltkriegs*, Athenäum, Bonn, 1956, p. 306.

**236** Montgomery, a pesar de su éxito en El Alamein, nunca logró destruir el grueso de las fuerzas de Rommel que efectuaron una retirada relativamente ordenada a la región de Túnez. Sin embargo, su destino quedó sellado cuando

La batalla clave de 1942-43 fue la de Stalingrado. El ataque del Sexto Ejército alemán, bajo el mando de Von Paulus, comenzó el 28 de junio de 1942 y llegó a las afueras de Stalingrado exactamente un mes después. La defensa que hizo el Ejército Rojo de la metrópoli del Volga fue improvisada y en condiciones cercanas al pánico. Pero, con la participación de los trabajadores de esa gran ciudad industrial, la defensa rápidamente adquirió proporciones épicas. Las continuas oleadas de ataques alemanes estuvieron a punto de tomar toda la ciudad; pero fueron una y otra vez repelidas conforme el Ejército Rojo y los trabajadores de Stalingrado contraatacaban y conservaban libre un sector de la ciudad, una fábrica o una cabeza de puente. Su larga y heroica resistencia permitió al Estado Mayor soviético (Stavka) preparar una contraofensiva. Una fuerza de reserva considerable que se había ocultado al enemigo se agrupó detrás del frente Volga-Don. Mientras el general Halder se preocupaba cada vez más por la vulnerabilidad de los extensos flancos al norte y sur de Stalingrado, el Stavka había logrado reunir las fuerzas que asegurarían su superioridad en número y potencia de fuego. En noviembre de 1942 se había obtenido la siguiente distribución de fuerzas en Stalingrado<sup>237</sup>:

	<i>Soviéticos</i>	<i>Alemanes y del Eje</i>
Tanques	894	675
Cañones y morteros	13.540	10.300
Aviones	1.115	1.216
Potencial humano	1.005.000	1.011.000

El continuo incremento de reservas soviéticas, el estrechamiento de las líneas de abastecimiento, el apoyo militar de EE UU (especialmente en camiones y tanques), la rápida disminución de las reservas alemanas y la debilidad interna de los ejércitos de los aliados del Eje (rumanos, húngaros e italianos) tuvieron gran influencia para el desenlace de la batalla; pero aun así,

Hitler rechazó la solicitud de Rommel de una rápida y sorpresiva retirada por mar en el Norte de África, equivalente a Dunquerque.

<sup>237</sup> *Istoriya Velikoi Otechestvennoi voiny Sovestkogo Soyza 1941-1945*, Moscú, 1960, v. 3, p. 26 (citado por Erickson, op. cit., p. 563).

hemos de subrayar que el elemento decisivo fue la prolongada resistencia de los defensores de Stalingrado. Fue esa resistencia la que agotó las reservas alemanas y dio a la Stavka el tiempo necesario para planear y organizar con todo detalle el cerco al Sexto Ejército. Esa resistencia a su vez reflejó claramente un fenómeno social: la superioridad de los soldados y de los trabajadores en la lucha urbana, ya fuera casa a casa o combatiendo desde las barricadas. Ya durante la guerra civil española una observación similar podía haberse hecho respecto a las batallas de Barcelona y Madrid en 1936. Chuikov, el comandante del Sexagésimo Segundo Ejército soviético, que fue la columna vertebral en la defensa de Stalingrado, escribiría más tarde: «La lucha urbana es una clase especial de combate [...] Los edificios actuaron como rompeolas. Fragmentaron el avance de las formaciones enemigas e hicieron que sus ejércitos atravesaran las calles. Las tropas que defendían la ciudad aprendieron a permitir a los tanques alemanes avanzar lo más cerca posible para caer bajo el fuego de los cañones de la artillería antitanque y de los tiradores antitanque; de esta forma invariablemente lograron separar a la infantería de los tanques destruyendo así la formación de combate organizada del enemigo»<sup>238</sup>.

La operación de Stalingrado, brillantemente concebida como Operación Urano, estaba basada en la posibilidad de romper dos frentes de batalla: al norte y al sur de la ciudad. Lo que comenzó el 19 de noviembre en el norte y un día después en el sur, triunfó en cuatro días: el Sexto Ejército alemán fue rodeado y, a pesar de un contraataque desesperado dirigido por Von Manstein, nunca reestablecería contacto con el grueso de las fuerzas alemanas ni sería adecuadamente abastecido por la Luftwaffe.

Al final de la contraofensiva soviética la Wehrmacht había perdido un cuarto de millón de soldados, la mayoría de las reservas de la Luftwaffe en el frente oriental y una enorme cantidad de tanques, cañones y munición<sup>239</sup>. Los logros políticos y psicológicos de la liberación de Stalingrado iban más allá de los resultados militares inmediatos. A partir de entonces una parte

**238** V.I. Chuikov, *Nachalo puti*, Uchpedgiz, Leningrado, 1961 (citado por Erickson, op. cit., p. 409).

**239** Von Tippelskirch, op. cit., pp. 292-93

importante del cuerpo alemán de oficiales y de la burguesía alemana, sin mencionar a una amplia sección del pueblo alemán, perdieron la fe en que el Tercer Reich pudiera todavía ganar la guerra. Por lo que se refiere al mismo Stalingrado, Chuikov, que fue hecho mariscal después de la victoria, describió la siguiente imagen digna de ser recordada: «La ciudad ardía, cubierta de humo negro y de piedra pulverizada. Desde la cima de la colina Kurgán, que fue llamada Altura 102.0 en nuestros mapas, no podíamos ver más que el esqueleto de los edificios, ruinas y montañas de ladrillos. La piedra no había resistido los ataques, los hombres sí. Cada ruina, cada armazón de edificio, cada hoyo, cada montón de ladrillos, se convirtieron en una fortificación defensiva. La lucha más encarnizada se entabló cada dos metros, en cada piso de los edificios, no sólo por las calles o en parte de ellas. Mamáyev Kurgán [la colina] fue el lugar de las batallas más obstinadas. Después de la guerra se calculó que más de mil granadas o esquirlas de metralla impactaron sobre cada metro cuadrado de Kurgán. La tierra estaba levantada por el acero y el plomo»<sup>240</sup>. La magnitud de la batalla de Stalingrado puede quizá ser captada mejor si se recuerda que las pérdidas soviéticas en este único encuentro fueron mayores que las de EE UU en toda la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, desde el punto de vista de la estrategia militar, hubo un fallo en la Operación Urano. El ejército soviético había empezado una operación de doble pinza, la primera —con éxito— destinada a separar las fuerzas del Sexto Ejército alemán en Stalingrado, y la segunda, apuntando hacia el estuario del Don en Rostov, pretendía aislar a todo el Grupo A del ejército alemán en el Cáucaso. Este cerco fracasó. Un millón y medio de soldados alemanes y sus aliados se salvaron de ser aniquilados. Esto no se debió sólo a las maniobras sin duda hábiles de Von Manstein<sup>241</sup> sino a la obstinada defensa del Sexto Ejército alemán en Stalingrado durante dos meses, afrontando también una adversidad extrema. En contra de una leyenda difundida por los generales alemanes, el mariscal

<sup>240</sup> Chuikov, *Stalingrad: la Bataille du Siècle*, Ed. du Progrès, Moscú, 1982, p. 14.

<sup>241</sup> El testimonio de Von Manstein (*Verlorene Siege*) exagera su papel e importancia en la secuencia de los acontecimientos.

Chuikov subrayó correctamente que la resolución de Hitler de resistir en Stalingrado a toda costa no era tan irracional como parecía. Un cuarto de millón de las tropas fue sacrificado para salvar a más de un millón. Trescientos cincuenta mil soldados soviéticos fueron retenidos alrededor de Stalingrado debido a la resistencia del Sexto Ejército; pudieron haber supuesto toda una diferencia en la capacidad del Ejército Rojo para tomar Rostov rápidamente y aislar al Grupo A del ejército alemán<sup>242</sup>.

La batalla de Stalingrado, como todos los momentos de cambio decisivos en la guerra —la batalla del Mosa, la de Inglaterra, el comienzo de la Operación Barbarroja, el ataque a Pearl Harbor, las batallas de Midway y El Alamein, el desembarco en Casablanca y Argel, el de Guadalcanal, la Operación Overlord, el ataque en Arnhem y el avance en el Vístula, por nombrar sólo algunos de los acontecimientos más importantes— es la confirmación adicional del papel crucial del elemento sorpresa y por lo tanto también de la información militar inadecuada del enemigo para el éxito o fracaso de dichas operaciones arrolladoras. Mientras que el servicio de espionaje Abwehr en la URSS y los servicios regulares de reconocimiento en el frente —el Fremde Heere Ost— habían advertido con frecuencia desde el verano de 1942 que el contraataque soviético ocurriría tarde o temprano entre Vorónezh y las estepas de Kalmukia, fracasaron al no descubrir la preparación del Ejército Rojo en toda su extensión: la creación de una fuerza de reserva de choque compuesta de casi cincuenta divisiones<sup>243</sup>. El por qué sucedió así sigue siendo un misterio, como el que rodea al efecto sorpresa de todas las operaciones exitosas mencionadas. Una hipótesis probable, aunque de ninguna manera segura, es que los jefes del ejército —y en esto Hitler no fue ni mejor ni peor que Gamelin/Daladier, Stimson/Knox, Stalin/Voroshílov, Tojo o

**242** Chuikov, op. cit., p. 344. Que el plan inicial tuviera ciertamente la reconquista de Rostov como su principal objetivo es confirmado por Churchill. Véase *Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, op. cit., v. 2, p. 39.

**243** El servicio secreto de Gehlen transmitió una nota el 12 de noviembre de 1942, exactamente una semana antes de la ofensiva del Ejército Rojo en Stalingrado, en la que predijo un ataque inminente contra el Tercer Ejército rumano, pero consideró que las fuerzas soviéticas eran todavía extremadamente débiles para lanzar una ofensiva en un frente más amplio (*Kriegstagesbuch des OKW*, v. 4, pp. 1306-07).



Eisenhower— estaban predispuestos contra toda información que contradijera completamente sus conceptos estratégicos y sus hábitos de pensamiento preestablecidos, especialmente cuando el dogma y el prejuicio político se combinaban con una doctrina militar desfasada.

La batalla de Midway, que restauró la superioridad naval americana en el Pacífico central es otro ejemplo del papel vital del espionaje durante la Segunda Guerra Mundial. En este caso, sin embargo, las razones del fracaso del almirante Yamamoto son claras. La armada de EE UU había descifrado el código japonés y poseía un conocimiento muy completo de su plan para atraer a la armada estadounidense hacia una batalla fatal y definitiva en torno a Midway, siendo el ataque fingido de invasión el señuelo para tomar desprevenidos a los portaaviones americanos y destruirlos con aviones lanzados desde los portaaviones japoneses que acechaban a la espera, lejos de la supuesta flota de desembarco. Pero el cazador cayó en su propia trampa cuando Nimitz llegó a conocer los planes. Los portaaviones operaron por detrás y no frente al principal contingente operativo japonés. No se concentraron en la defensa de la isla de Midway sino en la captura de los buques de guerra enemigos. Y tuvieron un golpe de suerte adicional cuando los aviones japoneses interrumpieron sus ataques iniciales para sustituir las bombas por torpedos. Fue durante ese funesto intervalo cuando los americanos dieron un golpe devastador y hundieron cuatro portaaviones japoneses que habían cometido el error de operar en formación cerrada<sup>244</sup>.

En lo sucesivo, cualquier esperanza japonesa de destruir a la armada americana del Pacífico central, evitando así un serio ataque en el perímetro exterior de las conquistas de 1941 y 1942 y, más tarde, sobre estas mismas conquistas, se esfumó de una vez para siempre. El camino estaba despejado para una contraofensiva generalizada americana: las batallas de Guadalcanal, sur de Nueva Guinea, las Islas Salomón, Nueva Bretaña y las Islas Gilbert darían a las fuerzas americanas la experiencia necesaria y las llevarían al perímetro exterior del mismo Imperio japonés.

<sup>244</sup> Existe bastante literatura sobre la batalla de Midway. Véase, por ejemplo, de Gordon W. Prange, *Miracle at Midway*, Penguin, Londres, 1983.

El Alto Mando japonés sacrificó grandes recursos en puntos sin importancia de la guerra periférica, negándose obstinadamente a cortar sus pérdidas y retirarse a la línea interior de defensa. Se produjo una división fundamental entre el ejército y la armada. La prioridad del ejército era cubrir sus posiciones en Indonesia y Filipinas mediante operaciones ofensivas en Nueva Guinea. La Armada Imperial, a su vez, estaba preocupada por la defensa de su gran base en la isla de Truk, cubierta por sus fortificaciones en las Islas Salomón. Estas diferencias sobre estrategia paralizaron al Alto Mando japonés durante unos fatídicos seis meses<sup>245</sup>.

Una diferencia similar en la concepción estratégica surgió entre el general MacArthur y el almirante Nimitz. MacArthur estaba a favor de la concentración de todos los esfuerzos en la reconquista de Filipinas, por razones políticas. Él entendía el descrédito sufrido por el ejército —y por el imperialismo occidental en general— como una consecuencia de las derrotas demolidoras a principios de 1942. Temía que sin una victoria espectacular ahí, EE UU perdería para siempre Filipinas. Nimitz, a su vez, entendió que los japoneses eran capaces de desplegar un enorme esfuerzo de defensa en baluartes como Rabaul, Singapur, Indonesia y Filipinas y quería sortearlos avanzando a saltos por las islas para dirigirse directamente hacia territorio nipón. Al final a ambos comandantes se les permitió seguir su plan favorito mediante una operación de ataque por dos frentes hacia Japón, mientras la armada americana soportaría la carga más dura del despliegue militar.

El desembarco de EE UU en Guadalcanal se convirtió en la primera prueba de fuerza mayor entre las tropas combinadas de EE UU y Japón, no tanto porque la isla poseyera una particular importancia estratégica sino por la obstinación nipona de retener estas distantes posiciones<sup>246</sup>, algo que supuso para los japoneses una terrible pérdida de recursos y una profunda desmoralización del alto mando de su ejército<sup>247</sup>.

**245** A.J. Barker et al., *La machine de guerre japonaise*, op. cit., pp. 171 -72

**246** John Toland, *The Rising Sun*, op. cit., pp. 131-42.

**247** El coronel japonés Tsuji, que presionó a favor de la reconquista de Guadalcanal, supuestamente dijo: «Soy digno de mil muertes». Toland, op. cit., p. 151.



## 14 La guerra de desgaste

Durante el año de 1943 y a principios de 1944 se produjo una guerra de desgaste en el frente oriental de Europa, en el Mediterráneo, en el Lejano Oriente y en Alemania. Como una lenta escalada hacia la embestida final en Alemania y Japón, que se produciría en la segunda mitad de 1944 y en 1945. La tendencia de la guerra ya se había invertido en favor de los aliados occidentales y de la URSS, pero las reservas de que disponían las potencias del Eje eran mucho más grandes de lo que se había supuesto inicialmente. Sus conquistas anteriores les proporcionaron un gran margen para la retirada antes de que la contienda pudiera afectar directamente a sus territorios. La retirada la llevaron a cabo de forma muy lenta y ordenada y, al menos en el caso de la Wehrmacht, con bastante destreza. La guerra se prolongaría así con una pérdida cada vez mayor de hombres y de material y con un costo excesivo para toda la humanidad.

Ahora bien, nunca hubo dudas sobre su resultado final. En la guerra de desgaste los enemigos del Eje tenían el as del triunfo: los recursos prácticamente ilimitados de la industria estadounidense. Mientras Alemania y Japón, debido a sus pérdidas crecientes, se hundían cada vez más en grandes dificultades, la movilización continua de soldados y la expansión de la producción militar en EE UU permitieron que los aliados occidentales no sólo repusieran sus pérdidas sino que prepararan sus fuerzas para una invasión exitosa de Europa.

La URSS se encontraba en una situación intermedia entre la de los aliados occidentales y la de las potencias del Eje. Las tremendas pérdidas de territorio, soldados y armas sufridas entre el verano de 1941 y el otoño de 1942 hicieron difícil reemplazar las bajas humanas y materiales adicionales de 1943 y principios de 1944. Por otro lado, las fábricas de armas desplazadas y las construidas tras junio de 1941, empezaron a producir a su máxima capacidad en 1943. Esto, junto con el armamento anglo-americano enviado a la Unión Soviética durante los dieciocho meses de la guerra de desgaste, permitió al Ejército Rojo reconstruir las reservas necesarias para lanzar, de forma sucesiva y progresiva, operaciones ofensivas más eficaces contra la Wehrmacht. Esa fue la razón por la que

en el frente oriental se asistió a un cierto punto muerto entre la retirada sistemática alemana y la capacidad ofensiva real (aunque todavía limitada) de las fuerzas soviéticas.

Este relativo punto muerto explica por qué el Ejército Rojo tardó dieciocho meses en liberar el territorio soviético de las fuerzas de ocupación del Eje y cruzar las fronteras polaca, rumanas y húngaro-eslovaca. Ahora bien, el incremento regular de la fuerza militar de la URSS y la continua decadencia de la de Alemania hicieron que la ofensiva Jassy-Kishinev marcara un punto de inflexión decisivo en la segunda mitad de 1944: el principio del fin de la Wehrmacht en el frente oriental<sup>248</sup>.

Un buen índice del desgaste gradual de las fuerzas alemanas en el frente oriental es la comparación de las bajas y refuerzos de la Wehrmacht<sup>249</sup>; la batalla de Stalingrado representó un punto irreversible:

<i>De diciembre de 1941 a septiembre de 1942</i>	
Bajas	Refuerzos
1.688.100	1.169.300
<i>(se sustituyeron el 60% de las bajas)</i>	
<i>De julio a octubre de 1943</i>	
Bajas	Refuerzos
654.000	279.000
<i>(se sustituyeron el 43% de bajas)</i>	

Las características de esta guerra de desgaste se manifestaron con claridad en Italia. En mayo de 1943, inmediatamente después del desplome del ejército italiano y del Afrika Korps,

**248** Es necesario enfatizar la creciente importancia de la actividad guerrillera en la retaguardia alemana en Rusia durante las operaciones de 1943-44. De acuerdo con Paul Carell (*Verbrannte Erde*, op. cit., 1945, p. 431), en vísperas de la decisiva batalla de Minsk, que comenzó el 22 de junio de 1944, los partisanos soviéticos interrumpieron las conexiones ferroviarias entre el Dniéper y el área oeste de Minsk con 10.500 explosiones. Se cortaron todas las líneas de teléfono a lo largo del sistema ferroviario; todo el sistema de comunicaciones del Heeresgruppe Mitte (Grupo Militar del Centro) fue paralizado durante casi cuarenta y ocho horas; prácticamente se volaron todos los puentes.

**249** General de división F. W. von Mellenthin, *Panzer Battles*, Futura, Londres, 1977, p. 431.

la invasión de Italia se puso al orden del día. Frente a la oposición de determinados generales americanos y británicos, Alan Brooke y Montgomery planificaron el ataque directo a Sicilia y Calabria desde Túnez, que se llevó a cabo en el verano de 1943 sin mucha resistencia o coste. Esto permitió a los ejércitos angloamericanos acumular una experiencia nueva y valiosa para la invasión final de Europa Occidental.

En Sicilia quedó patente la capacidad táctica del general Patton (equivalente americano del general alemán Guderian y que aplicó las teorías de De Gaulle) como dirigente de las columnas acorazadas de vanguardia. Pero los éxitos militares tácticos tenían que ponerse al servicio de un propósito político y estratégico más amplio. Y aquí el fracaso fue prácticamente total. Lo que inicialmente parecía un golpe directo al corazón de Europa se convirtió en una prolongada guerra de posición y desgaste, penosa y costosa, hacia el centro y el norte de la península italiana, que duró cerca de veinte meses.

Cuanto más se acercaba la guerra al territorio italiano más cerca estaba el derrocamiento de Mussolini. Para la clase dominante italiana el problema ya no era cómo repartirse el botín de guerra; era evidente que estaba del lado de los perdedores en lo que respecta a cualquier redistribución del mundo en esferas de influencia imperialista. La cuestión clave en esos momentos era cómo salvar sus propiedades fundamentales y el poder de clase en su país; un país en el que el descontento de las masas se hacía omnipresente y las explosiones de tipo revolucionario estaban al orden del día, con unas fuerzas clandestinas de la oposición —especialmente el PCI y el Partido d’Azione— que ganaban confianza con las derrotas militares del Duce. El Rey y su camarilla, que compartieron con las grandes empresas tanto la responsabilidad de permitir a los fascistas hacerse con el poder, como tolerar sus enormes crímenes, se enfrentaron con el problema de salvar la dinastía a cualquier precio. Se puede decir que tras la caída de Túnez la clase dominante italiana preparó de forma impaciente el cambio de alianzas, algo de lo que Hitler estaba bien informado y era consciente<sup>250</sup>. *Mutatis mutandis*, y sucesivamente, el resto de los aliados

<sup>250</sup> *Kriegstagebuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, v. 6, pp. 798-99, 814-15 y especialmente 829-35.

menores del imperialismo alemán: Rumania, Finlandia, Bulgaria y Hungría siguieron el mismo camino. Al mismo tiempo, las respuestas alemanas consistían, más o menos, en tratar de impedir los desastres militares que tales cambios de alianza podían acarrearle ocupando el territorio de un antiguo «aliado» instalando gobiernos netamente *colaboracionistas* en lugar de los relativamente auténticos de las clases dominantes nacionales. La maniobra fracasó en Rumania y Bulgaria (en Finlandia, apenas se intentó). En Italia y en Hungría tuvo mucho éxito; en primer lugar, debido a las torpes maniobras de la clase dominante nacional y, en segundo, debido a la falta de reacción e iniciativa rápida de los enemigos de Alemania.

En Roma, al Consejo de Ministros y al Estado Mayor reunidos en torno a Badoglio no les fue muy difícil derrocar a Mussolini gracias a sus cómplices en el Gran Consejo fascista. En cuanto el Duce fue sacado de la escena comenzaron las negociaciones secretas con los anglo-americanos<sup>251</sup>. Inmediatamente se logró un acuerdo de armisticio. El problema real era coordinar el viraje diplomático-militar con el desembarco de los aliados en Italia. Tras el desembarco en Calabria se planificó un segundo desembarco en Salerno que debía coincidir con la interceptación del ejército alemán por parte del ejército italiano en el sur de Roma, cuando no en el sur de Florencia. Pero la Wehrmacht se anticipó. La Corte y el Estado Mayor se aterrizaron y el rey negoció de forma ignominiosa su seguridad personal y la de su familia a cambio de importantes concesiones militares a la Wehrmacht, no sólo permitiéndole ocupar Roma sino todo el territorio que va desde Salerno hasta la capital<sup>252</sup>. La sorpresa táctica del desembarco en Salerno se dilapidó por

**251** El Rey y Badoglio dramatizaron inmediatamente el «peligro bolchevique» para obtener condiciones favorables para el armisticio de los aliados occidentales: «Los fascistas han destruido a las clases medias. Los rojos llegan masivamente por las calles de Milán y Turín. El Rey y los patriotas agrupados a su alrededor son la única fuerza que queda para impedir el creciente ascenso bolchevique», dijo el marqués D'Ajeta, enviado de Badoglio, al embajador británico en Lisboa, Campbell (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, op. cit., v. 2, p. 380).

**252** Sobre este sórdido asunto, véase *Storia di un armistizio* de Ivan Palermo, Mondadori, Milán, 1967.

la torpe vacilación de los comandantes americanos<sup>253</sup>. El resultado final de la tragicomedia fue una verdadera tragedia: más de las dos terceras partes de Italia cayeron bajo el control de los nazis que reinaron bajo el dominio del terror. Esto le costó al pueblo italiano (y a los ejércitos aliados) decenas de miles de muertos y una terrible destrucción material antes de que la Wehrmacht capitulara el 25 de abril de 1945.

En Italia, la clase dominante y los imperialismos británico y americano subestimaron las reservas alemanas y su capacidad de reacción, así como la habilidad de comandantes como Kesselring. Pero tras el error de cálculo que, inadvertidamente, provocó una nueva guerra de desgaste en el sur de Europa, subyacían razones sociales más profundas. Sus intereses de clase se vieron confrontados a un dilema real: ¿cómo derrotar al fascismo y al mismo tiempo preservar las bases del Estado burgués; es decir, su dominación política de clase, indispensable para neutralizar o, si fuera necesario, hacer frente a las masivas movilizaciones y a la amenaza de la revolución? Esto llevó a la intensificación de las contradicciones políticas en las que la burocracia soviética, defendiendo sus propios intereses, empezó a intervenir gradualmente a través del PCI<sup>254</sup>. De ahí las intrincadas complicaciones del juego. De ahí, también, el fracaso de tantas maniobras<sup>255</sup>.

**253** La torpeza ante la excelente oportunidad de conquistar Roma, inmediatamente después del desembarco en Anzio el 22 de enero de 1944, fue una repetición.

**254** De ningún modo se trató de una intervención diseñada para convertir en «comunista» a Italia. Por el contrario, cuando las masas italianas —e incluso una gran parte de la opinión pública americana— solicitaron la destitución de la monarquía y de Badoglio, Stalin acudió en su ayuda enviando un embajador ante el régimen de Badoglio (*Churchill and Roosevelt: The Complete Correspondence*, op. cit., v. 3, p. 42). Togliatti fue enviado de vuelta a Italia para poner freno al ala más radical del PC y a las aspiraciones más radicales de las masas italianas (Verde Paolo Spriano, *Storia del Partito Comunista Italiano*, Einaudi, Turín, 1975, v. V, pp. 54,120-24). Togliatti incluso entró en el gobierno de Badoglio.

**255** Debemos añadir que el armisticio italiano, que excluyó a la Unión Soviética de cualquier representación política en los planes del gobierno militar, en base a que el ejército ruso no estuvo realmente presente, se convirtió en un precedente importante para la exclusión análoga de los aliados anglo-americanos



En el frente oriental se dio un estancamiento relativo similar. Después de la desastrosa derrota sufrida por la Wehrmacht en Stalingrado, el ejército alemán se concentró en garantizar la retirada de sus fuerzas del río Don, de Kubán y del Cáucaso, tratando de evitar un nuevo desastre. Pero Hitler y Von Manstein —que en esos momentos se encontraba, de hecho, a cargo de todo el frente sur— querían impedir a toda costa que el Ejército Rojo siguiera teniendo la iniciativa. En 1943, tras la ofensiva a lo largo de todo el frente de 1941 y de la ofensiva limitada al frente sur de 1942, la Wehrmacht sólo era capaz de intentar desarrollar una ofensiva en un pequeño subsector del frente central: toda una muestra de la evolución de la relación de fuerzas. El sector escogido fue el saliente de Kursk, donde el Alto Mando soviético había conservado importantes fuerzas dispuestas para el ataque y que la *Wehrmacht* pensaba interceptar. En este limitado territorio se concentró una cantidad enorme de armamento; probablemente la mayor de la Segunda Guerra Mundial: 4.000 tanques del lado soviético contra 3.000 tanques y cañones autopropulsados del lado alemán<sup>256</sup>.

El ataque alemán tenía grandes defectos. No contaba con la suficiente concentración de fuerzas como para establecer la superioridad local necesaria para desarrollar la ofensiva<sup>257</sup>. Más aún, carecía del elemento sorpresa: el Alto Mando soviético estaba informado del plan y del momento del ataque<sup>258</sup>.

de acuerdos similares en Rumania, Bulgaria y Hungría, países ocupados únicamente por el Ejército Rojo.

**256** Estas son las estadísticas proporcionadas por John Erickson en *The Road to Berlin*, pp. 97- 121. El mariscal Babadjanian dio cifras de tanques ligeramente inferiores para el Ejército Rojo en *La Bataille de Kursk*, Moscú, Louis Perroud ed., 1975, p. 138.

**257** Von Mellenthin (pp. 262-63) señala que hubo opiniones muy diferentes entre Von Manstein, que la propuso, y Guderian, que se opuso a ella desde el principio, sobre la conveniencia de la Operación Ciudadela. Hitler titubeó, tomando una posición intermedia. Sus vacilaciones, la negativa a comprometer las reservas necesarias y la decisión de retirar fuerzas para hacer frente al desembarco en Sicilia, fueron citadas por Von Manstein como las razones del fracaso final de las operaciones (*Verloren Siege*, pp. 504-06).

**258** Es interesante señalar que la batalla de Kursk ofrece una confirmación negativa de la importancia del elemento sorpresa en los intentos de ofensivas masivas por parte de las fuerzas armadas. El Alto Mando soviético estaba enterado del momento y el lugar en que se daría la Operación Ciudadela gracias

Una vez más, el ejército alemán había subestimado la fuerza, la adaptabilidad y el liderazgo que, de forma gradual, había adquirido el Ejército Rojo desde el invierno de 1941-42. La utilización profusa de campos de minas, así como de obstáculos antitanque y el uso de cañones antitanque bajo un solo mando y contra un objetivo único, fueron las nuevas y muy eficientes tácticas aplicadas por el mando del Ejército Rojo contra la Operación Ciudadela en el saliente del Kursk. Así pues, la ofensiva fracasó.

Muchos historiadores consideran la batalla de Kursk como el punto de inflexión decisivo en el frente oriental, más aún que la batalla de Stalingrado. Tras la batalla de Stalingrado, la Wehrmacht podía pensar en recuperar la iniciativa. Después de Kursk, la había perdido para siempre. En Stalingrado la Wehrmacht perdió un cuarto de millón de hombres pero, relativamente, perdió pocos blindados. En Kursk perdió sus formaciones blindadas clave. Jamás serían repuestas en el frente oriental (aunque lo fueran parcialmente en el oeste). Tras Stalingrado, el Alto Mando alemán aún tenía abiertas varias opciones. Después de Kursk sólo le quedaba una alternativa: la retirada ordenada, sacrificando el espacio para ganar tiempo con el fin de retrasar lo más posible el momento en que el Ejército Rojo cruzara la frontera del territorio alemán; esperando, a pesar de que conocía bien su situación, que algún milagro político impidiera esa catástrofe.

El Alto Mando soviético tenía dos prioridades en la ofensiva que siguió a su victoria en Kursk: avanzar hacia Leningrado y liberar Donetsk y Ucrania. Ambos objetivos estaban dictados por consideraciones socio-económicas obvias. Tenían prioridad sobre la tarea estratégica central de destruir al ejército alemán en el Este. Por ello la Wehrmacht pudo organizar una retirada ordenada sin importantes avances soviéticos ni batallas de envolvimiento. Estuvieron cerca del desastre en Krivoi Rog y en Cherkassy, pero impidieron el hundimiento del frente con

a la información recibida de Rossler, su mejor espía, que operaba en Suiza y tenía acceso diario al *Oberkommando der Wehrmacht*. El fracaso de la desastrosa ofensiva Stalin-Timoshenko en Járkov en mayo de 1942 fue el resultado de un error similar en el elemento sorpresa: la Fremde Heere Ost [servicio de inteligencia alemán] había tenido acceso a los planes soviéticos.

maniobras hábiles. El desastre llegaría más tarde, en Minsk, en el Pruth y en Kuckland (...)»<sup>259</sup>. Las operaciones de la primavera, verano y otoño de 1943 y el invierno de 1943-44 condujeron de forma gradual a estos desastres, que implicaron el agotamiento progresivo de las fuerzas alemanas, la falta de reservistas, y que los soviéticos lograran una superioridad mayor que nunca en potencial humano, aviones, tanques y capacidad de fuego.

Al mismo tiempo, los devastadores bombardeos masivos sobre las principales ciudades alemanas marcaron una nueva guerra de desgaste. Arthur Tedder y Arthur T. Harris, los responsables de la fuerza aérea aliada, fueron durante años fuertes defensores de esta forma de hacer la guerra, inspirados en la doctrina Douhet. Churchill optó por ella como alternativa a una apertura rápida de un segundo frente en Francia. Roosevelt hizo lo mismo por razones similares. Desde el principio los objetivos de la ofensiva eran poco claros y contradictorios<sup>260</sup>. La idea de que los bombardeos provocarían una crisis de nervios en el pueblo alemán, que llevaría a una desmoralización general y con ello a la voluntad de terminar la guerra de forma inmediata, a cualquier precio, demostró ser completamente errónea. Más que la desmoralización, el efecto neto de la destrucción indiscriminada y de las pérdidas masivas impuestas sobre civiles indefensos fue la perseverancia, cuando no la indignación. La única desmoralización se dio en el seno de la Luftwaffe (afectando particularmente a Goering y a su camarilla inmediata) y, en menor grado, en el Alto Mando, donde el fracaso en la protección adecuada de las industrias vitales para la guerra fue reconocido como un presagio de la derrota.

**259** Erickson, *The Road to Berlin*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1983, pp. 137-45.

**260** En una carta enviada a Stalin el 20 de junio de 1943, Churchill declaraba: «Ya estamos conteniendo a la mayor parte de las fuerzas aéreas alemanas en el oeste y el sur de Europa y nuestra superioridad aumentará continuamente. Aparte de las fuerzas operativas en primera línea (entre 4.800 y 4.900 aviones), de acuerdo con nuestra información, Alemania tiene actualmente en el frente ruso unos 2.000 en relación con los 2.500 que tenía el año pasado en estas mismas fechas. También estamos devastando una gran parte de las ciudades y centros municipales de Alemania, que pueden tener el efecto decisivo de socavar la resistencia alemana en todos los frentes» (Churchill and Roosevelt: *The Complete Correspondence*, op. cit., v. 2, p. 267).

El segundo objetivo, el de vencer a Alemania mediante la destrucción de sectores específicos de su industria de guerra (en primer lugar la del petróleo sintético, del caucho sintético y de rodamientos), hubiera tenido éxito si las fuerzas aéreas británicas y americanas se hubieran concentrado en estos blancos<sup>261</sup> en lugar de haber realizado ataques inhumanos contra la población civil de las grandes ciudades, como los ataques con bombas incendiarias contra Colonia, Hamburgo y, más tarde, Dresde.

El siguiente cuadro indica el grado de concentración de las bombas de los aliados sobre blancos civiles<sup>262</sup>:

<i>Período</i>	<i>Tonelaje de bombas arrojadas sobre Alemania (B)</i>	<i>Sobre locales industriales y bases submarinas (C)</i>	<i>C en% de B</i>
1942 (media trimestral)	11.443	446	3,9
1943: 1 <sup>er</sup> trimestre	27.920	1.818	6,5
1943: 2 <sup>o</sup> trimestre	46.377	4.796	10,3
1943: 3 <sup>er</sup> trimestre	60.018	5.133	8,6
1943: 4 <sup>o</sup> trimestre	52.734	10.130	19,2

Por otra parte, la ofensiva aérea de los aliados contra Alemania tuvo como efecto el forzar a la Luftwaffe a retirar una parte sustancial de sus aviones (especialmente cazas) del frente ruso para dedicarlos a defender su país<sup>263</sup>:

**261** En los últimos meses de 1944 la planta de Politz producía hasta tres cuartas partes del combustible alemán para aviones. Fue destruida el 19 de enero de 1945 y quedó paralizada toda la producción de gasolina. Las reservas cayeron a 12.000 toneladas, cuando en ese momento se necesitaban 40.000 al mes. La situación fue similar en relación a la gasolina utilizada para vehículos motorizados. *Kriegstagebuch des OKW*, v. 8, pp. 1317-19.

**262** *The Effects of the Strategic Bombing on the German War Economy*, Overall Economic Effects Decision, United States Strategic Bombing Survey, Washington, 1945, p. 2.

**263** *Deutschland im zweiten Weltkrieg*, op. cit., p. 140.

*Dispositivo de la Luftwaffe*

	<i>mayo de 1943</i>		<i>octubre de 1943</i>	
Frente Oriental	3.415	50,7%	2.312	37,6%
Frente Occidental	1.115	16,5%	1.153	18,8%
Italia	909	13,5%	571	9,3%
Balcanes	299	4,4%	583	9,5%
Alemania	998	14,9%	1.526	24,8%

El tercer objetivo fue el de debilitar la maquinaria de guerra alemana mediante una desorganización general de las comunicaciones y de su capacidad industrial. Para lograr alcanzar ese objetivo, las fuerzas aéreas británica y americana habrían necesitado fuerzas considerablemente superiores a las que tuvieron a su disposición a lo largo del año 1943 y la primera mitad de 1944 (razón por la que Tedder y Harris insistían constantemente en la necesidad de incrementar cualitativamente la producción de bombarderos). Sus fuerzas sólo lograron alcanzar ese objetivo en un sector geográfico limitado. Obviamente, el sector elegido para ello fue la zona prevista para el desembarco en 1944. En general, ese objetivo se logró en el noroeste de Francia y en Bélgica en la primavera de 1944.

La dificultad para alcanzar este tercer objetivo en el conjunto del territorio alemán, e incluso en la mayor parte del mismo, fue mayor debido a la mejora permanente de la defensa aérea alemana durante los ataques. Los cañones antiaéreos eran cada vez más eficientes. En ese momento, los combatientes alemanes gozaron de las mismas ventajas de «línea interior» que había dispuesto la Royal Air Force (RAF) contra la Luftwaffe durante la batalla de Inglaterra. Infligieron pérdidas cada vez mayores a los atacantes, especialmente a la fuerza aérea de EE UU, que optó por bombardeos matutinos en lugar de las incursiones nocturnas de la RAF. Adquirió una importancia fundamental el disponer de cazas suficientes para proteger a los bombarderos. Los aviones Mosquito y Mustang demostraron ser los más eficientes en este campo.

Por último, permanecía el objetivo de generar una desorganización general en la sociedad alemana, una paralización de la vida urbana, un disfuncionamiento de todos los mecanismos básicos de la civilización industrial. A este respecto, el

bombardeo masivo tuvo bastante éxito<sup>264</sup>. Tanto que minó la fuerza de la clase trabajadora; la posibilidad de que se incrementara masivamente la militancia de los trabajadores alemanes (por no hablar de la revolución alemana) —un temor persistente no solo de los nazis y los imperialistas alemanes<sup>265</sup>, sino también a los aliados— fue desvaneciéndose gradualmente.

El resultado paradójico de la guerra de desgaste sobre Alemania y Europa occidental durante el año 1943 y la primera mitad de 1944 fue que las pérdidas decisivas para la maquinaria de guerra alemana no fueron las infligidas por los bombarderos enemigos sobre sus flancos civiles o militares, sino el resultado de las batallas aéreas. Al tratar de proteger las fábricas y las ciudades alemanas contra Bomber Harris [sobrenombre aplicado al mariscal de la RAF Arthur T. Harris; Nde], la Luftwaffe perdió tal cantidad de cazas que los aliados occidentales pudieron conquistar la hegemonía total del espacio aéreo sobre Normandía y el norte de Francia en el verano y otoño de 1944. Esto constituyó una de las principales razones por las que ganaron la batalla de Normandía.

En el Lejano Oriente, la guerra de desgaste se desarrolló simultáneamente en el sector occidental, oriental y en el norte. En el oeste, el ejército imperial japonés había perdido la iniciativa en la frontera de Birmania-Assam a todos los efectos. Los imperialistas anglo-americanos trataron de iniciar la reconquista de Birmania con la ayuda de las fuerzas de Chiang

**264** Es significativo que los bombardeos masivos de ciudades como Hamburgo, Colonia, Múnich, Essen y Frankfurt se concentraran mayormente en distritos de la clase trabajadora. Generalmente, las áreas residenciales burguesas fueron dispensadas. Existe el rumor de que los contactos entre agentes alemanes y americanos en Lisboa fueron parcialmente responsables de estas opciones.

**265** Como ya se indicó en el capítulo 3, estos temores estaban basados en la realidad. Los conspiradores del 20 de julio de 1944 querían establecer una dictadura militar en Alemania —con un rígido estado de sitio y una estricta prohibición de huelgas e incluso la distribución de folletos— por la misma razón. Véase *Spiegebild einer Verschwörung*, pp. 61, 70 y otras. Un memorándum de Stauffenberg declaraba categóricamente: «La política bolchevique hacia el Reich se ve favorecida por las similitudes que existen en la estructura económica y política junto con una estructura social obviamente diferente. Por otra parte, la clase trabajadora socialista, la juventud alemana radicalizada y la presencia de doce millones de trabajadores extranjeros en el Reich crearon un suelo verdaderamente fértil» (ibídem, p. 34).

Kai-shek entrenadas por los americanos y comandadas por el general Stillwell. En 1943 estos planes se vinieron abajo. En 1944 empezaron a disfrutar de cierto éxito con la victoria de Myithyiha<sup>266</sup>. En el sector norte, el ejército japonés continuó intentando, con terquedad, dividir China y avanzar hacia Chongqing, que desde 1938 era la capital, en tiempo de guerra, de Chiang Kai-shek. La resistencia china se incrementó de forma gradual con el apoyo organizado de la fuerza aérea norteamericana y el creciente desgaste del ejército japonés, fruto del alejamiento constante de sus líneas de abastecimiento y la disminución progresiva de la cobertura aérea. Sin embargo, los chinos todavía sufrieron graves derrotas en el lapso de 1943-1944. Pero fue en el sector oriental en donde la guerra de desgaste adquirió su forma más violenta. Habiendo tomado la iniciativa en Guadalcanal y despejada la principal base japonesa del sur del Pacífico en Rabaul, el avance de las tropas de Nimitz y MacArthur a través de las islas progresaba lentamente hacia territorio japonés. A los sangrientos desembarcos en Saipan y Tinian le siguió la terrible pesadilla de la lucha por la conquista de Iwo Jima en las islas Bonin. En cada batalla la resistencia japonesa fue feroz, pero la superioridad naval de EE UU era abrumadora.

Tras la muerte del almirante Yamamoto al ser derribado su avión, la estrategia naval japonesa se hizo más vacilante. En el otoño de 1943, después de pensarlo mucho, el almirante Koga impuso la «Política de Nuevas Operaciones». Se estableció una nueva línea de defensa interior, desde Timor a Manchuria a través de las Islas Marianas, que debía ser ocupada a toda costa<sup>267</sup>. Se restableció una nueva y masiva fuerza aeronaval para infligir un golpe a la flota estadounidense en algún momento de la primavera o el verano de 1944. En este caso, el perímetro defensivo vital de las Islas Marianas se quebró rápido. Después

**266** Dick Wilson, *When Tigers Fight*, Hutchinson, Londres, 1982, pp. 227-30. La segunda ofensiva de Stillwell en Birmania, al mismo tiempo que tuvo éxito desde el punto de vista táctico, mermó peligrosamente el potencial chino en China central y condujo a las fuerzas de Chiang Kai-shek a sufrir grandes derrotas en 1944.

**267** The Pacific War Research Society, *The Day Man Lost*, Kodansha International, Tokio, 1981, p. 47. Gruchmann, *Der Zweite Weltkrieg*, op. cit., pp. 405-09.

del tristemente famoso «tiro al pato» en la isla de Truk, que costó trescientos aviones a los japoneses, el almirante Toyota, sucesor de Koga, decidió concentrar la totalidad de su flota de nueve portaaviones entre Saipan y las Filipinas. Esperaba atacar por sorpresa a los americanos durante las operaciones de desembarco en el golfo de Leyte. Pero los comandantes de EE UU habían evaluado la estrategia de los japoneses y, una vez más, el cazador fue cazado. A pesar de la ventaja inicial de sus bases aéreas contiguas en las Filipinas, los japoneses se hundieron en la gran batalla de desgaste que empezó el 19 de junio de 1944<sup>268</sup>. Las importantes pérdidas de EE UU fueron reemplazadas sin demora por la floreciente capacidad de la construcción naval en la costa oeste (en donde industriales como Henry Kaiser habían adoptado los métodos fordistas para la producción en masa). En contraste, la limitada capacidad y los limitados abastecimientos de la industria japonesa hicieron imposible su recuperación. Las batallas del golfo de Leyte y de la bahía de Lingayen causaron la práctica destrucción de las fuerzas navales operativas de Japón. La que fuera la armada más grande del mundo en diciembre de 1941 fue destruida por una movilización económica y un poder industrial superior.

**268** MacArthur consideró el golfo de Leyte como un punto de inflexión decisivo en la guerra del Pacífico, pero admitió que la Armada Imperial había estado a un paso de destruir la cabeza de playa americana cuando el almirante Kurito retiró prematuramente su flota (*Reminiscences*, pp. 248, 255-57, 263-65).





## 15 Asalto final

El desembarco angloamericano en Normandía el 6 de junio de 1944; las ofensivas del Ejército Rojo en agosto de 1944 y enero de 1945, desde el Dniéster al Danubio y del Vístula hasta el Oder, respectivamente, con las que se adueñaron de la base industrial de Hitler en Silesia; así como la conquista de las Filipinas, entre la batalla del golfo de Leyte y el desembarco en la bahía de Lingayen (noviembre de 1944 - febrero de 1945), fueron los acontecimientos con los que dio comienzo el asalto final a los territorios de los imperialismos alemán y japonés, y que culminarían con su hundimiento en mayo y agosto de 1945. Todas estas ofensivas terminaron en derrotas aplastantes para los enemigos de las potencias aliadas. Sólo en Italia la Wehrmacht, bajo la dirección de Kesselring —su comandante de campo más diestro, además de Von Manstein— pudo, durante todo 1944 y los primeros tres meses de 1945, impedir la desintegración de su frente<sup>269</sup>. Los comandantes de la alianza occidental demostraron que no estaban preparados profesionalmente para llevar a cabo su tarea, a pesar de su superioridad numérica y material. Hasta abril de 1945 Italia no fue liberada de las fuerzas alemanas<sup>270</sup>.

**269** Los planes militares de Kesselring estuvieron facilitados por el conocimiento anticipado de que la clase dominante italiana estaba preparando un cambio de alianzas así como por los titubeos e ineptitud de los comandantes americanos después del desembarco en Salerno. Incluso antes de la caída de Mussolini, el Wehrmachtführungsstab había preparado los planes Alarich y Konstantin, que implicaban la ocupación de Italia y los territorios italianos tomados por el ejército alemán.

**270** En realidad la rendición de las tropas alemanas en Italia no condujo a su inmediata dispersión y partida, ya que los aliados pensaron que debían custodiar la fortaleza frente a cualquier toma por parte de la resistencia hasta su propia entrada. Por lo tanto, al ejército alemán se le ordenó quedarse para «mantener operando a todas las empresas del servicio público y los servicios civiles esenciales» y con la ayuda del CLNAI, cuidar del «mantenimiento general de la ley y el orden» («Instrument of Local Surrender of German and Other Forces Under Command or Control of the German Commander-in-Chief Southwest», Apéndice A, en *Modern Military Records División*, Nacional Archives, Alexandria, Virginia, EE UU; citado en Kolko, op. cit., p. 385).

El desembarco en las playas de Normandía, con mucho la mayor operación anfibia de la historia de la guerra, fue una hazaña organizativa atrevida y destacada. En el lapso de seis semanas un millón y medio de hombres y cantidades tremendas de armamento, municiones, provisiones, medios de transporte, material de construcción, puentes, gasolina, etc., fueron llevados al continente. Las condiciones eran tan arriesgadas que el general Alan Brooke, el jefe británico de proyectos, dudaba de los resultados incluso hasta después de haber conseguido su éxito inicial. Sin duda, había grandes obstáculos en las playas donde habían desembarcado —en primer lugar, los campos minados y las posiciones de artillería pesada, así como nidos de ametralladoras hábilmente disimulados— que las tropas aliadas tenían que superar.

Por otra parte, los alemanes tenían allí, por lo menos, una división Panzer que se anticipó al intento inicial de Montgomery de apoderarse de la ciudad de Caen. (Al ejército británico le costó más de cuatro semanas lograr este objetivo.) En general, el ejército alemán era superior por la habilidad profesional de sus comandantes. También tenía a su disposición armamento cualitativamente superior. Estos eran factores con los que indudablemente podían haber derrotado a los aliados o, al menos, haberlos conducido a una prolongada guerra de posición<sup>271</sup>. Pero tales desventajas para el ejército invasor, y los muy reales riesgos involucrados en la gigantesca empresa, fueron superados por una serie de ventajas decisivas.

De entre ellas, la primera era la absoluta superioridad aérea de los aliados. La Luftwaffe, como la armada alemana, ya no fue capaz de impedir las operaciones de desembarco. Las naves y las barcas de desembarco de los aliados pudieron cruzar el canal sin problemas. Si no hubiera sido por ello la Operación Overlord habría fracasado. La superioridad aérea de los aliados también implicaba un constante martilleo en las líneas de comunicación alemanas detrás del frente (en primer lugar, los puentes sobre el Sena, el Somme y el Loira, y la red de ferrocarriles por todo el norte de Francia y Bélgica hasta el Mosa y el Rin, así como las carreteras a través de

<sup>271</sup> Sobre la superioridad del armamento alemán en Normandía, véase Max Hastings, *Overlord*, op. cit., pp. 186-95.

toda Francia). Esto hizo que los movimientos y la concentración de las reservas alemanas fueran extremadamente costosos y arriesgados. Un segundo beneficio para los aliados fue el fracaso del Alto Mando alemán para indicar de forma rápida el tipo de defensa que se debía oponer a los desembarcos. Rommel estaba a favor de un contraataque inmediato, concentrado en los puntos de desembarque, mientras que Von Rundstedt —temiendo el efecto de los bombardeos de los aliados sobre cualquier concentración de tropas y tanques— prefirió una respuesta más flexible: no creyó que los aliados fueran capaces de conseguir un éxito rápido<sup>272</sup>.

De cualquier modo, las cosas fueron muy diferentes de como habían esperado tanto los comandantes alemanes como los estrategas de los aliados. La infantería de los aliados fue inmovilizada por la inflexible resistencia alemana en una estrecha cabeza de playa por más tiempo del previsto, dificultando las grandes maniobras.

El primer intento de Montgomery de ruptura en el este fracasó. El segundo intento, realizado por Patton en Avranches, tuvo éxito. Pero el cercamiento completo de todas las fuerzas alemanas en Bretaña, en el sudoeste de Francia y en Normandía, no se realizó. A los aliados les llevaría sesenta días alcanzar el Sena. Al final, en ausencia de cualquier idea estratégica a largo plazo que no fuera la de mermar poco a poco las reservas del enemigo, la resistencia alemana empezó a hundirse. Con el fracaso del frente alemán en el Sena, los aliados occidentales se movilaron con rapidez relampagueante para tomar Lieja y Amberes. El general Blumentritt, jefe de Estado Mayor del ejército alemán en el oeste, escribió: «No había fuerzas alemanas por detrás del Rin y a finales de agosto nuestro

**272** Rommel comprendió que el tiempo estaría de parte de los aliados si se les permitía establecer cabezas de playa suficientemente profundas para permitir concentrar a las tropas, tanques y vehículos blindados. Von Rundstedt, por otro lado, estaba en lo correcto al pensar que a los aliados les tomaría algún tiempo superar los problemas iniciales, un periodo en el cual podrían ser planificados pequeños contraofensivas de alta eficiencia. Hastings, op. cit., pp. 283-86; Kurt von Tippelskirch, *Geschichte des Zweiten Weltkriegs*, Athenäum, Bonn, 1951, pp. 435-36.

frente estaba abierto de par en par»<sup>273</sup>. La guerra estuvo a un paso de terminar en el otoño de 1944.

Dos errores estratégicos monumentales del Alto Mando aliado salvaron la situación para la Wehrmacht. Después de muchas discusiones y gracias al arbitraje de Eisenhower, el ala sur de la ofensiva aliada contra Alemania, dominada por los americanos, optó por un avance gradual a través del área del Mosela, un territorio fuertemente defendido, en lugar de movilizarse hacia el norte, un territorio que estuvo durante mucho tiempo sin defensas y donde el ejército alemán había logrado abrir en dos ocasiones una brecha masiva con muchos menos tanques de los que ahora poseía el ejército de los EE UU. Simultáneamente, el ala norte, dirigida por Montgomery, intentó una ruptura de líneas sobre el Rin, en Arnhem, pero con fuerzas que eran sólo una parte de las necesarias para efectuar la operación, y ello a pesar de la existencia de grandes reservas. El impulso insuficiente de la Operación Market Garden se vio agravado por una información totalmente inadecuada de los servicios de espionaje: sus comandantes ignoraron que una división Panzer de choque estaba situada en Arnhem, que los paracaidistas caerían justo sobre ella y que serían despedazados por los tanques y por una potencia de fuego superior.<sup>274</sup>

El propósito inmediato de la ofensiva alemana de las Ardenas era logístico: la toma de Lieja y Amberes y, con ello, los enormes depósitos de provisiones de los aliados, en primera lugar el petróleo, del que ya andaban muy escasos la Wehrmacht y la Luftwaffe. En cuanto al objetivo estratégico más amplio, estaba basado en la esperanza de que las contradicciones internas en el campo de los aliados y especialmente la probable ocupación soviética de Europa oriental y central, convenciera a los anglo-americanos a optar por una paz separada. Como dijo Hitler a sus generales en diciembre de 1944: «En toda la historia nunca ha habido una coalición compuesta por miembros tan heterogéneos. Los estados que ahora son nuestros

**273** Citado en Liddel Hart, pp. 583-84.

**274** *Ibidem*, pp. 283-86; David Frazer, pp. 438-46; Geoffrey Powell, *The Devil's Birthday*, Papermac, Londres, 1985. Para la versión alemana de los acontecimientos, véase *Kriegstagesbuch des Oberkommandos der Wehrmacht*, v. 7, pp. 391-93.

enemigos son lo más opuesto que existe sobre la tierra: estados ultracapitalistas por un lado y ultramarxistas por el otro; en un extremo el moribundo imperio de Gran Bretaña; en el otro una colonia, los Estados Unidos, esperando reclamar su herencia. Son estados que divergen diariamente [...] Si podemos asestar un par de golpes fuertes, este frente común, construido artificialmente, puede desbaratarse en cualquier momento ante una sorpresa potente»<sup>275</sup>.

Los cálculos de Hitler estaban arraigados en una obstinada convicción —sostenida en contra del consejo de sus generales (fundado en información correcta)— de que el ejército de la Unión Soviética no sería capaz de recuperarse tan rápidamente como lo hizo y dar además un golpe en el frente oriental que le llevaría hasta la frontera alemana y a treinta y cinco millas de Berlín en febrero de 1945. A la larga, la ofensiva de las Ardenas infligió fuertes bajas en las tropas británicas y americanas, pero con resultados estratégicos desastrosos para la burguesía alemana. Lo que sucedió fue exactamente lo que los conspiradores militares del 20 de julio de 1944, por un lado, y Churchill y sus colegas por el otro, querían evitar: la llegada de las tropas soviéticas a territorio alemán y la ocupación soviética de Hungría, Austria y la mayor parte de Checoslovaquia.

Así que estos éxitos tácticos alemanes fueron, en realidad, enormes derrotas políticas. Las batallas de Arnhem y de Las Ardenas confirmaron que las victorias militares no son fines en sí mismos, sino medios para obtener objetivos políticos que deben ser claramente entendidos y dotados de prioridad. Lo mismo se aplica, *mutatis mutandis*, a la exitosa resistencia de Kesselring contra los intentos de los aliados de lograr abrir una brecha por Italia. En contra de una opinión expresada por muchos expertos, incluyendo al general MacArthur, el frente italiano estaba lejos de ser una «desviación» militar, es decir, un despilfarro de fuerzas (en un escenario de guerra secundario) que podían haber sido mejor empleadas en Francia o en el Pacífico<sup>276</sup>. Dada la superioridad de los ejércitos aliados

**275** Warlimont, *Inside Hitler's Headquarters*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1962, pp. 487-88 (citado en Kolko, op. cit., p. 371).

**276** Churchill escribió a Roosevelt el 28 de junio de 1944: «el general Wilson [...] el general Alexander [...] y el mariscal de campo Smuts [...] nos pusieron

existente en estos dos frentes, la desviación hacia ellos de las treinta divisiones de los aliados estacionadas en Italia no habría influido sobre el resultado de la guerra. Pero si la exitosa brecha abierta por estas divisiones en la primavera, el verano y el otoño de 1944 hacia el valle del Po, hubiera continuado hacia Liubliana, podría haber cambiado el mapa de Europa. Las fuerzas anglo-americanas habrían llegado antes que el Ejército Rojo a Budapest, Viena y Praga.

Las «victorias» de Kesselring fueron en realidad victorias para Stalin. Por supuesto, el inepto mando militar de las fuerzas aliadas en Italia merece un reproche equivalente al que le hicieron a Kesselring los capitalistas que lamentaron amargamente que fueran soldados rusos los que liberaran Europa central —con un alto precio en sangre— de los carniceros nazis. Fue solo en abril de 1945 que las fuerzas alemanas en Italia fueron aplastadas, y en ese entonces el destino de Europa central ya se había decidido. Las sucesivas interrupciones a las ofensivas del Ejército Rojo desde las batallas de Kursk y del Donéts para volver a tomar Kiev, Smolensk, Minsk, los países del Báltico y Odesa, pueden entenderse con facilidad. El Ejército Rojo estaba escaso de transportes motorizados. Después de cada avance importante surgieron enormes problemas de abastecimiento y de reparación de las divisiones de tanques empleadas. La política de «tierra quemada» de Hitler hizo casi imposible el abastecimiento. Después de la liberación del Donéts y Ucrania, ni una sola gran fábrica pudo producir artículos militares antes del fin de la guerra. Con cada retirada sucesiva de la Wehrmacht, sus propias líneas de abastecimiento se acortaban. Mientras, la producción de guerra alemana estaba todavía intacta, o mejor dicho, en aumento a pesar de los bombardeos arrasadores (un alto nivel de fabricación de tanques, aviones y artillería fue alcanzado en el verano de 1944), y la Wehrmacht, de hecho, recibía mayores refuerzos que el Ejército Rojo. Su punto más débil era el del potencial humano, no el material. Pero después de las terribles pérdidas de los tres años anteriores, el potencial humano también empezó a escasear en

delante la perspectiva de un ataque hacia el este a través del Adriático [...] y el general Wilson consideró posible que, con este plan, él y el general Alexander pudieran apoderarse de Trieste a final de septiembre».

la URSS. Con cada vez más frecuencia las mujeres tenían que ser reclutadas para el ejército con el objetivo de compensar la pérdida de soldados.

Los comandantes de campo alemanes demostraron su habilidad en la retirada y en la organización de contraofensivas locales que repetidas veces desgastaron la reconstrucción de reservas del Ejército Rojo antes de las ofensivas planeadas. Los más exitosos de estos contraataques sorpresa se hicieron en abril de 1944 en el sur de Polonia y en agosto de 1944 en el Vístula.

Sin embargo, el ejército alemán, con estas operaciones de contención sin un propósito estratégico determinado, sólo volvió a ganar tiempo. El Ejército Rojo sí tenía un propósito: conducir a la Wehrmacht de regreso a Berlín. Esto llevó más tiempo del previsto inicialmente, pero fue en general exitoso. Y acarreó algunas brillantes operaciones, especialmente la batalla de Minsk, en la que casi doscientos mil soldados alemanes fueron capturados rompiendo además el Grupo Militar del Centro de la Wehrmacht; la recuperación de los estados del Báltico que condujo al cercamiento de un gran batallón alemán en Curlandia (el extremo norte de Letonia); y la ruptura de las líneas en el Vístula y en el Oder, en diciembre de 1944-enero de 1945.

Desde un punto de vista estratégico, las ofensivas de Malinowski y Tolbujin, en el Pruth, desencadenadas el 20 de agosto de 1944, resultaron aún más decisivas. Al romper las posiciones de la Wehrmacht en Moldavia, en pocos días se transformó toda la situación en el sureste de Europa. La desertión de Rumania y Bulgaria del Tercer Reich se hizo inevitable. El almirante Horthy trató de organizar otra desertión en Hungría, pero fracasó. Sobre todo, el conjunto del Grupo Militar del Sur de la Wehrmacht —¡cerca de un millón de soldados!— cayó en un desastre militar peor que el de Stalingrado. Todos los planes de Churchill para llegar a los Balcanes antes que el Ejército Rojo quedaron frustrados. No fue en Yalta cuando se «sacrificaron» las clases dominantes del sudeste de Europa; fueron vencidas en el campo de batalla, en el Pruth, junto con sus antiguos aliados alemanes.

Mientras tanto, una tragedia terrible se desarrollaba en el norte, en el eje principal Minsk-Berlín. La resistencia polaca



Armia Krajowa (dominada por el socialdemócrata PPS más que por burgueses reaccionarios) se alzó en Varsovia contra las fuerzas de ocupación alemanas cuando el ejército soviético llegó al Vístula. Estaba estimulada por las ambiguas solicitudes de los comandantes del Ejército Rojo, y motivada por el deseo de liberar sus capitales con sus propias fuerzas y de establecer un equilibrio de fuerzas más favorable para el gobierno polaco en el exilio, con base en Londres, frente al régimen de Lublin establecido por Stalin. También pretendía obtener la máxima cantidad de armamento para autodefenderse contra la futura represión por parte del NKVD. El levantamiento se basó en una suposición doblemente incorrecta: primero, que el Ejército Rojo se uniría a ellos o al menos les ayudaría (Stalin lo había prometido en su encuentro con Mikolayczik el primer día del levantamiento, una promesa que repitió en un telegrama enviado a Churchill el 15 de agosto de 1944); y segundo, que la Wehrmacht había quedado decisivamente debilitada a lo largo del Vístula. De hecho, la Wehrmacht todavía pudo reunir una fuerza impresionante para combatir el ataque violento del Ejército Rojo y la insurrección de Varsovia. Y Stalin bloqueó toda la ayuda a Varsovia, permitiendo que los alemanes hicieran el trabajo sucio de liquidar a la Armia Krajowa porque, de otra forma, hubiera tenido que hacerlo él mismo. Como resultado de este doble error de cálculo, el levantamiento fue vencido por los nazis a pesar del heroísmo de los combatientes. Sus carniceros llevaron a cabo una terrible venganza: «Después de dos meses de lucha inmisericorde, de sesenta y dos días de horror y atrocidad interminables, con 15.000 muertos de los 30.000 a 40.000 hombres de la Armia Krajowa, con la población violentamente evacuada o asesinada allí mismo, con entre 150.000 y 200.000 civiles inmolados de entre un millón, con muertos sepultados en las ruinas y heridos tirados en los caminos sin ninguna atención o sufriendo sus últimas agonías en sótanos, la rendición no podía retrasarse más. El 2 de octubre [de 1944] cesó la lucha: los polacos fueron reunidos para ser deportados o exterminados en cámaras de gas, después de lo cual los alemanes se lanzaron a la enloquecida labor de arrasar Varsovia»<sup>277</sup>.

<sup>277</sup> Erickson, *The Road to Berlin*, op. cit., 289-90. En el pasaje anterior el autor relata el cínico juego del gato y el ratón de Stalin con la Armia Krajowa y el

La permanencia del Ejército Rojo en el Vístula duró cinco meses. La movilización desde el Vístula al Oder se llevaría a cabo en enero de 1945. A principios de marzo de ese año la Wehrmacht lanzaría su principal ofensiva en el frente oriental —similar a la de las Ardenas en el oeste— alrededor del lago Balaton, en Hungría, con el fin de cubrir los avances hacia Viena. Después de algún éxito inicial, la ofensiva decayó, al igual que en las Ardenas, a causa de la falta de combustible y de reservas<sup>278</sup>.

Después de las derrotas en las Ardenas, en el Oder y en Hungría, la capacidad de resistencia alemana estaba a punto de hundirse. Los dos principales centros de abastecimiento industrial para el ejército —el Ruhr y Silesia— fueron aislados progresivamente del grueso de las fuerzas armadas alemanas y ocupados poco tiempo después. Todas las reservas alemanas se agotaron. Hitler titubeó de nuevo sobre encomendar a sus fuerzas principales una defensa desesperada hasta quemar el último cartucho alrededor de Berlín o de una mítica «fortaleza alpina» unida a la industria de Bohemia, pero fue incapaz de concentrar sus fuerzas en cualquiera de estos dos objetivos. Después que el ejército de EE UU atravesara el Rin, en Remagen, y que el ejército británico lo hiciera en Wesel, al norte, los aliados occidentales se encontraron con el Ejército Rojo en el Elba. Zhúkov y Kónev movilizaron sus tropas en una pinza hacia Berlín, donde la Wehrmacht ofreció su última resistencia, causando bajas importantes al ejército soviético pero no poniendo nunca en duda el resultado final. Hitler se suicidó el 30 de abril de 1945. El 1º de mayo de 1945 la Bandera Roja ondeaba sobre el Reichstag. Pocos días después el Alto Mando alemán se rindió.

Dado el aplazamiento del ataque soviético de agosto a diciembre de 1944, ¿pudieron los ejércitos anglo-americanos haber llegado a Berlín antes que el Ejército Rojo? A principios

gobierno de Mikolajczyk. El líder de la sublevación ha dado su propia versión en el libro de T. Bor-Komorowski, *Histoire d'une armée secrète*, Les Îles d'Or, París, 1952. Después de años de difamación, la historiografía oficial polaca y soviética han rehabilitado ampliamente la sublevación de Varsovia y a sus participantes.

**278** Erickson, op. cit., p. 514.

de noviembre de 1944 el Ejército Rojo y los ejércitos occidentales estaban casi a la misma distancia de Berlín. Los rusos se enfrentaban a tres millones de soldados alemanes con 4.000 tanques, y los anglo-americanos a un millón con 1.600 tanques<sup>279</sup>. Del 11 al 15 de abril de 1945 se repetía una situación parecida<sup>280</sup>.

Eisenhower recibía presiones antagónicas. Algunos (sobre todo Churchill, pero también Bradley) le presionaban en tomar Berlín (incluso se consideró la utilización de los paracaidistas del general Gavin); otros (por ejemplo, Patton) aconsejaban un cambio de ataque hacia el área de Dresde-Leipzig y Praga. Además de las consideraciones políticas —entre las cuales no sólo estaba el Acuerdo de Yalta sino también el intento de circunvalar a los británicos e impedir que Montgomery pudiera movilizarse rápidamente hacia Berlín—, había dos importantes motivos militares para los titubeos de Eisenhower, que terminaron con la pérdida del botín de Berlín: el temor al terrible coste del combate en las calles de la capital alemana (pensó que la toma de Berlín costaría cien mil hombres a los aliados occidentales; de hecho los rusos perdieron 300.000 en esa batalla) y la necesidad de transferir las tropas, tan rápidamente como fuera posible, al frente del Pacífico.

Entrevistado por Willy Brandt en 1958, Eisenhower dijo que si pudiera volver a hacerlo todo de nuevo, seguramente habría tomado Berlín<sup>281</sup>. Tal y como están las cosas actualmente, y con la evidencia disponible, no hay forma de realizar un juicio de la decisión que tome en consideración todos los elementos en juego.

En el Pacífico la ofensiva final contra la Armada Imperial japonesa se dio en dos frentes bastante desconectados y con un objetivo que tenía un cariz cada vez más político que puramente militar. En el perímetro occidental de la zona de conquista japonesa, Mountbatten condujo a los aliados hacia una lenta reconquista de Birmania, siendo su principal intención —en

**279** *Ibidem*, p. 426.

**280** General Gavin, *On to Berlin*, Viking, Nueva York, 1979, pp. 310-11.

**281** *Ibidem*, p. 312 El autor nos da un resumen de veintitrés páginas de la discusión que surgió en el SHAEF [Cuartel General Supremo de la Fuerza Expedicionaria Aliada; NdE] sobre si avanzar o no hacia Berlín.

general, conseguida— restablecer la ocupación británica sobre Malasia y Singapur, y facilitar la reconquista de Indochina por los franceses y de Indonesia por los imperialistas holandeses. Hurley, desde China, le escribía a Roosevelt: «En el Lejano Oriente los británicos, los franceses y los holandeses están unidos por un interés vital, esto es, la reconquista de sus imperios [...] porque sin sus imperios empobrecerían y se debilitarían. Este interés también está basado en el deseo de los británicos de extender hacia el Lejano Oriente el mismo carácter de hegemonía imperial que las tres grandes naciones imperialistas han acordado para controlar la Europa oriental... Por lo tanto usted puede esperar que Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos hagan caso omiso de la Carta del Atlántico y de todas las promesas que hicieron a otras naciones y por las que obtuvieron un apoyo durante las primeras etapas de la guerra»<sup>282</sup>.

En Indochina, la insurrección general y la toma de Saigón y Hanói por el Viet Minh se adelantaron a estas maniobras. Sin embargo, este tuvo que retirarse bajo la intensa presión combinada de las fuerzas militares británicas, francesas y de Chiang Kai-shek. Pero se retiraron, no para rendirse, sino para comprometerse en una tenaz guerra popular en el campo, la cual —vía Dien Bien Phu y, también, en parte, gracias al santuario que obtuvieron después de la victoria de la revolución China— los conduciría de regreso a Hanoi en 1953.

En Indonesia, el mando militar japonés ayudó a Sukarno y a Hatta a hacer una petición en favor de la independencia en vísperas de la rendición japonesa. Los holandeses organizaron una guerra de reconquista colonial contra la lucha de liberación nacional, la cual, aunque en menor medida que en Indochina, también llegó a entrelazarse con una revolución social. Después de alguna vacilación y varias traiciones incipientes por parte de una muy corrupta burguesía nacional, el imperialismo holandés tuvo que retirarse ante la tremenda desigualdad de las fuerzas implicadas tan pronto empezó a extenderse una movilización armada de masas en una población de cerca de cien millones.

<sup>282</sup> Citado en Thorne, op. cit., p. 593.

En el perímetro oriental del imperio japonés, MacArthur y Nimitz avanzaron hacia territorio nipón. Después de Saipan la clase dominante japonesa entendió que había perdido la guerra y empezó a buscar una solución de carácter político. Un prudente primer movimiento en esa dirección fue la eliminación del general Tojo como Primer Ministro. Se hicieron consultas en Moscú, Ankara y Estocolmo para conseguir alcanzar un armisticio. Mientras tanto la resistencia continuó e incluso se endureció con el heroísmo de los *kamikaze* y los suicidios masivos de soldados (como en Iwo Jima), y de soldados y civiles (como en Okinawa)<sup>283</sup>. La armada japonesa perdió sus últimas reservas operativas en la batalla del golfo de Leyte, en las Filipinas. La fuerza aérea japonesa fue prácticamente suprimida de los cielos.

Sin embargo, el alto mando de los EE UU estaba preocupado por el temor a que una invasión del territorio japonés diera como resultado pérdidas importantes. El temor estaba fundado en la experiencia de Saipan, Iwo Jima y Okinawa: MacArthur y Marshall temían una resistencia tenaz y misiones suicidas para las que, en el Japón mismo, había millones de candidatos dispuestos. En Iwo Jima y Okinawa las tropas de los EE UU perdieron 70.000 hombres más que en Normandía. Su temor fue reforzado por la existencia de un ejército japonés todavía poderoso y casi intacto en Manchuria: 750.000 hombres que podían ser traídos a casa en el último minuto para oponerse a la fuerza de invasión de EE UU. Por esta razón, el alto mando de los EE UU y los líderes políticos estaban a favor de que la Unión Soviética se les uniera en la guerra contra Japón tres meses después del fin de la guerra en Europa. Esta fue la motivación básica del tono conciliador de Roosevelt hacia Stalin en Yalta<sup>284</sup>. Calculaban que, con toda probabilidad, el ejército

**283** A.J. Barker et al., *La machine de guerre japonaise*, op. cit., pp. 195-207.

**284** Roosevelt siempre dejó clara su aversión a involucrarse militarmente de forma significativa en el continente asiático: «Pelear en territorio chino debemos dejárselo a los rusos». Stimson dijo a Marshal que él «no pensaba que el país apoyaría» el envío de un gran número de tropas a China (Thorne, p. 523). R. E. Sherwood lo confirmó: «Los cálculos de MacArthur estaban basados en la suposición de que los rusos contendrían el grueso de las fuerzas japonesas en el continente asiático [...] la entrada de la Unión Soviética [...] en la guerra japonesa para mediados del verano [...] puede significar la salvación de incon-

de Kwantung resistiría y pelearía contra el Ejército Rojo, con el fin de evitar que se cruzara el Yalu dentro de Corea o incluso un desembarco en Japón, en la retaguardia de la fuerza de defensa que peleaba contra la invasión de EE UU.

Sin embargo, las incursiones aéreas de EE UU —especialmente el ataque con bombas incendiarias que destruyó gran parte de Tokio— habían minado tanto la voluntad de resistencia de Japón que el fin de la guerra parecía inminente. En este contexto, los EE UU y la URSS intercambiaron sus papeles. Ahora Stalin estaba ansioso por unirse a la guerra contra el Japón (la Unión Soviética le declaró la guerra a Japón el 8 de agosto) con el objetivo de obtener cualquier botín que pudiera encontrar en Manchuria y Corea, y los EE UU trataban, por todos los medios, de retrasar la participación de la Unión Soviética en el ataque final<sup>285</sup>. En esta coyuntura, la división de Corea en dos zonas de ocupación a lo largo del Paralelo 38, que llevó a la creación de dos estados separados, estuvo decidida unilateralmente por Washington e inscrita en la Orden General n° 1, concerniente a las condiciones de rendición de las fuerzas armadas japonesas impuestas al Emperador<sup>286</sup>.

Existen actualmente pocas dudas de que el lanzamiento de la bomba atómica sobre Hiroshima y Nagasaki estuvo motivada por consideraciones más políticas que militares<sup>287</sup>. Contra lo

tables vidas americanas (Sherwood, p. 86). En el Lejano Oriente, como en Europa, el acuerdo final era esencialmente un asunto soviético-americano. Véase también Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, Jonathan Cape, Londres, 1950.

**285** Stettinius, *Roosevelt and the Russians*, op. cit., y *The Forrestal Diaries*, Wolff Books, Nueva York, 1949, p. 55, 74, 78-79.

**286** Harry S. Truman, *Memoirs*, Doubleday, Nueva York, 1955, v. 1, pp. 439-44. La división del país con propósitos de ocupación militar sólo fue discutida en Yalta y Potsdam: la conferencia de Moscú de diciembre de 1945 determinó un fideicomiso de cuatro potencias «para preparar a Corea para su independencia en cinco años». En relación con los complejos conflictos que llevaron a la división política y social del país en 1948-49, véase, *inter alia*, McNairy y Lach, pp. 622-31.

**287** «Byrnes ya me había dicho que el arma podía ser tan poderosa como para ser potencialmente capaz de destruir ciudades enteras y matar gente en una escala sin precedentes. Y agregó que pensaba que la bomba bien podía colocarnos en una posición de poder dictar nuestros propios términos al finalizar la guerra.» Truman, op. cit., p. 87.

que se dijo en su momento, no desempeñó ningún papel en la reducción de bajas de los EE UU: Japón ya estaba a punto de rendirse<sup>288</sup>. Si su propósito era ayudar al desesperado intento de la camarilla de Tokio de dominar la resistencia de última hora a la capitulación entre los militares reaccionarios, entonces pudo haberse mostrado el poder de la bomba probándola en una isla deshabitada<sup>289</sup>. El general MacArthur declaró de forma categórica: «[a finales de abril de 1945] mi estado mayor pensaba de forma unánime que Japón se encontraba a punto de su hundimiento y de su rendición. Incluso ordené diseñar los planes “para una posible ocupación pacífica” sin nuevas operaciones militares [...] Japón estaba reducido a cenizas, los mejor de su ejército y de su armada ya habían sido derrotados, y sus territorios estaban ahora a merced de las incursiones aéreas y de la invasión»<sup>290</sup>. La horrenda matanza de un cuarto de millón de seres humanos fue llevada a cabo sin otro propósito que el de una demostración política de fuerza, dirigida mucho más a los aliados de los EE UU, particularmente a la Unión Soviética, que a Japón. Este fue el mayor crimen contra la humanidad en una guerra en la que no hubo pocos.

Una detallada, a veces conmovedora, narración de lo que sucedía en Japón antes del lanzamiento de las bombas atómicas, de las proposiciones de paz que ya estaban en marcha, y de la absoluta falsedad de la tesis del «riesgo de un millón de americanos muertos» (argumentada de nuevo por Nixon), se publicó en *The Day Man Lost*: «Durante la noche, cuando el res-

**288** «La mayoría de los historiadores están ahora de acuerdo, retrospectivamente, con la conclusión del United States Strategic Bombing Survey: a saber, que los japoneses se habrían rendido sin la utilización de la bomba atómica y sin la invasión [...] A mediados de junio [de 1945] [...] seis miembros del Consejo de Guerra Supremo Japonés autorizaron al Ministro de Asuntos Exteriores, Togo, a tener un acercamiento con la Unión Soviética “con miras a terminar la guerra, si era posible, en septiembre”. En ese momento el Emperador mismo llegó a estar personalmente involucrado en los esfuerzos.» Gar Alperowitz, «The Use of the Atomic Bomb», en Thomas G. Patersen, ed., op. cit., p. 55.

**289** En relación con las posibilidades alternativas del uso de la bomba atómica en una forma puramente demostrativa, véase Peter Wyden, *Day One*, op. cit. Sobre las intransigencias militares ver la compilación de la Pacific Research Society publicada en Japón en 1965 y traducida al inglés bajo el título, *Japan's Longest Day*, Nueva York, 1972.

**290** MacArthur, op. cit., pp. 300-01.

to de la gente se hacinaba hambrienta en viviendas destruidas por los bombardeos, los que estaban en el poder se divertían en lujosos banquetes, en fiestas que a menudo se convertían en orgías. No es sorprendente que el *yamatodamashi* [el sentido común del pueblo japonés; NdE] estuviera perdiéndose. Esta creciente desmoralización del pueblo era lo que principalmente preocupaba al príncipe Konoe quien temía que si (o cuando) Japón perdiera la guerra, las masas se dirigirían al comunismo como una panacea. La única forma de conservar el (antiguo e imperialista) sistema [...] era terminar la guerra de la forma más rápida y menos dolorosa posible»<sup>291</sup>.

En el momento en que fue lanzada la bomba atómica sobre las ciudades japonesas, los americanos ya habían explicitado, para conocimiento propio y también (si era pertinente) para el de sus «amigos» durante la guerra, los tres postulados básicos de su política hacia el derrotado Japón: que la ocupación de la tierra firme japonesa sería un asunto puramente americano; que la potencia ocupante conservaría al Emperador como un «símbolo de autoridad»; y que un Japón favorable a los EE UU era necesario para impedir la presencia soviética en Asia. Como en Europa occidental, también en el Lejano Oriente los EE UU buscaron prevenir cualquier transferencia de poder a la resistencia local: la Orden General n° 1 garantizaba que el hundimiento del poder japonés en Corea, Filipinas, las Indias Orientales Holandesas e Indochina no beneficiaría el resurgimiento nacionalista ni de la izquierda comunista. Sin embargo, ya que sólo una ocupación real garantizaba la realización de los objetivos americanos, los EE UU hicieron la paz con las arcaicas fuerzas del colonialismo o del conservadurismo corrupto para restaurar el deseable *status quo ante bellum*, el cual se encontraba en sus últimas horas por todas partes. La política global de Washington en el Lejano Oriente se encontró con escasa oposición por parte de Moscú y fue la revolución china la que alteró decisivamente el equilibrio geopolítico en Asia en contra del designio de los EE UU.

291 *The Day Man Lost*, op. cit., p. 87.





## 16 Resultado

El aplastamiento de los imperialismos alemán, japonés e italiano; el debilitamiento decisivo de sus contrapartes francesas y británicas; la declinación o caída del colonialismo «abierto» en general; el surgimiento del imperialismo de EE UU como potencia hegemónica en el mundo; el surgimiento de la URSS como potencia mundial y su control militar sobre Europa central y oriental; el nacimiento impetuoso de los movimientos de liberación nacional en las colonias y semicolonias, cada vez más entrelazados con la revolución social, como en China; el resurgimiento del movimiento obrero organizado en el continente europeo, con un alto grado de militancia, especialmente en el periodo 1944-48; acontecimientos similares en Japón y EE UU, aunque con un grado menor de conciencia de clase; el estallido de la Guerra Fría entre EE UU y la Unión Soviética, esencialmente como demostración de fuerza, y la resultante ideología «campista» entre amplios sectores del movimiento obrero internacional: éste fue el mundo que surgió de la Segunda Guerra Mundial.

¿Este resultado fue decidido en Teherán, Yalta y Potsdam? ¿Fue, en otras palabras, el producto de negociaciones diplomáticas, «errores» o, incluso, «traiciones»? Gran parte fue determinada en el campo de batalla. La división de Europa a lo largo de la línea Szczecin-Trieste era claramente contraria a los intereses a largo plazo de los imperialismos británico y americano. Sin embargo, fue el resultado inevitable de que a la Unión Soviética le tocara lo más difícil de la guerra contra Hitler. En 1945 las potencias occidentales no estaban en posición de cambiar la situación *de facto* en Europa oriental y central, excepto de manera marginal. Pudieron, desde luego, rehusar abandonar partes de Sajonia y Turingia (como Churchill instó a Eisenhower), zonas que sus tropas habían tomado y que estaban situadas más allá de las fronteras decididas en Yalta como líneas de demarcación entre las zonas de ocupación soviética y occidental. Washington se negó a hacer esto ya que en ese momento todavía pensaba que necesitaba a las tropas soviéticas en China. Pero si hubiera escuchado a Londres, el resultado probablemente habría sido menos favorable, ya que

la URSS posiblemente se habría negado a permitir a los aliados occidentales entrar en Berlín y Viena, ciudades cruciales para su posición en Europa central y del sur, pero donde no tenían tropas el 8 de mayo de 1945. Si Eisenhower hubiera mandado a las tropas de EE UU más allá del Elba dentro de las regiones donde el Ejército Rojo todavía no estaba presente en los primeros días de mayo —esencialmente Mecklenburgo y Bohemia— a pesar de acuerdos previos, nadie puede asegurar lo que habría sucedido. La Guerra Fría hubiera estallado ciertamente antes. Las repercusiones en el oeste y el este igualmente habrían sido formidables.

Haciendo de nuevo un balance, los logros para el capitalismo habrían sido marginales y los riesgos graves. Los guerrilleros yugoslavos habrían conservado Trieste. Los guerrilleros italianos pudieron haber tomado Milán y Turín. La revolución en Grecia podía haber sido victoriosa. Una enorme explosión pudo haber ocurrido en Francia. Grandes disturbios podían haberse dado en el ejército de EE UU y en el de Gran Bretaña, no tanto a causa de la simpatía con la Unión Soviética —aunque fuese muy presente— sino por el desgaste general de la guerra. Es más que probable que los líderes de EE UU escogieran lo que era, para ellos, un mal menor.

De un modo general, ambos ejércitos permanecieron donde estaban al final de la guerra. Dado el carácter de clase del Estado soviético, no había forma de alterar el estado de cosas a través de medios políticos o diplomáticos. Sólo era posible cambiarlo continuando la guerra, es decir, transformándola en una guerra entre la URSS y EE UU. Por razones obvias —el desgaste de la guerra en EE UU y Gran Bretaña, el riesgo de una guerra civil en Europa, el agotamiento económico de la URSS— ésta no era una perspectiva realista para ninguna de las potencias principales. Así que, política y diplomáticamente, en líneas generales la situación quedó congelada en el punto en que había quedado militarmente en mayo de 1945, por lo que a Europa concernía.

Naturalmente el lugar donde quedó militarmente no sólo estuvo determinado por la fuerza de las armas: varios errores de cálculo de las potencias imperialistas y burguesas condujeron al resultado final. El error de cálculo fundamental fue el de la burguesía alemana. Si hubiera capitulado en el verano

de 1944 —o si la conspiración del 20 de julio de 1944 contra Hitler hubiera tenido éxito—<sup>292</sup> el mapa de Europa sería muy diferente en la actualidad. Cuando los historiadores y políticos alemanes, y algunos de sus secretos hermanos anglosajones, critican la insistencia de Roosevelt en una «rendición incondicional» mientras el Ejército Rojo estaba ocupando Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría, caen en un típico caso de daño a los intereses propios en un arranque de resentimiento. Después de todo lo que estaba involucrado era el poder del Estado y la propiedad. Los líderes burgueses, políticos y militares, que terminaron perdiendo la mitad de su Estado por orgullo o porque esperaban —contra toda evidencia— recuperar mediante maniobras políticas de último minuto lo que perdieron en el campo de batalla son simplemente un montón de incompetentes que no defienden con propiedad sus intereses de clase.

Esto no significa que la fórmula «rendición incondicional» fuera sabia desde el punto de vista de los aliados (ni Churchill ni Stalin estaban a favor de ella). Ciertamente prolongó la guerra al generar en el Alto Mando alemán (aunque menos entre los grandes capitales) una resistencia psicológica a pedir la paz. Eso prolongó la guerra a expensas de una burguesía alemana que debería haber sido más lúcida. Después de todo, los vestigios del Tercer Reich bajo la dirección del almirante Doenitz a la larga se rindieron incondicionalmente en mayo de 1945. ¿No habría sido prudente, desde su propio punto de vista, haberlo hecho en el verano de 1944, cuando todavía no había ni un solo soldado —y especialmente ningún ruso— en suelo alemán?<sup>293</sup>

**292** Otros líderes nazis, los jefes de la Wehrmacht y los conspiradores del 20 de julio de 1944, tenían una estimación más realista del resultado militar que Hitler. Los generales Olbricht y Stülpnagel declararon a mediados de junio de 1944 que dada la superioridad de los aliados en el oeste, su entrada en París en seis semanas era inevitable, que fue precisamente lo que sucedió. También dijeron que si no había una capitulación rápida, el ejército ruso llegaría a suelo alemán y Alemania estaría en peligro de ser ocupada y fragmentada. Hans-Adolf Jacobsen, ed., *Spiegelbild einer Verschwörung*, Seewald, Stuttgart, 1984, pp. 136, 98 et al. (este volumen contiene las actas de los interrogatorios a los conspiradores de julio).

**293** En la primavera de 1944 el mismo Goebbels propuso a Hitler que se hiciera la paz con Stalin sobre la base de que Rumania, Bulgaria, Grecia, Finlandia,

Algo parecido puede decirse de la clase dominante polaca, especialmente de su principal personal político. Durante dos años el gobierno en el exilio de Mikolajczyk se negó obstinadamente a aceptar la línea Curzon en la frontera oriental para la Polonia de la postguerra, como había sido solicitado por Stalin desde las primeras negociaciones con Gran Bretaña y aceptado rápidamente por Churchill. Igualmente se negó a asumir la nueva realidad declinando incluir un número suficiente de partidarios de Moscú en su gabinete. En un principio Moscú estaba dispuesto a aceptar cuatro de dieciséis; luego pidió la mitad; y finalmente a Mikolajczyk le ofrecieron cuatro puestos en el gobierno de Lublin, los cuales aceptó, además de acabar aceptando la línea Curzon. Desde el punto de vista de la burguesía polaca obviamente hubiera sido preferible negociar con la Unión Soviética desde 1942 (para no decir antes de la guerra), cuando la Armia Krajowa todavía se encontraba intacta y el Ejército Rojo estaba muy alejado del territorio polaco. Aunque no se pueda imaginar qué tipo de acuerdo se habría alcanzado, seguramente no hubiera sido peor para la clase dominante polaca que el alcanzado tras 1945. Esa completa falta de realismo de la clase dominante, su principal característica desde la formación de una Polonia independiente después de la Primera Guerra Mundial, estaba basada en una falsa apreciación de la fuerza soviética. Como Hopkins informó a Roosevelt en marzo de 1943, después del regreso de Edén desde Moscú: «Los polacos tienen grandes ambiciones para después de la guerra y Edén dice que comentan en privado que Rusia estará tan debilitada y Alemania tan derrotada, que Polonia surgirá como el Estado más poderoso en esa parte del mundo»<sup>294</sup>.

El ejemplo de Checoslovaquia confirma que incluso la «cordialidad» incondicional hacia el gobierno soviético *ab initio* no salvó a la burguesía local alrededor de Benes de la expropiación

las Repúblicas del Báltico y Polonia al este de Poznan volvieran a la esfera de influencia soviética. Hitler no reaccionó. Dr. Rudolf Semmler, *Goebbels*, Amsterdam, s.f., pp. 135-37. Los japoneses y Mussolini también abogaron por la paz con la URSS en 1943 (*Deutschland im zweiten Weltkrieg*, op. cit., v. 3, pp. 454-55, 423).

<sup>294</sup> Robert E. Sherwood, op. cit., p. 710.

final. Esta no era todavía una conclusión anticipada en 1945; fue el producto del desarrollo de la Guerra Fría en 1946-47<sup>295</sup>.

Se ha argumentado a menudo que Eisenhower y Montgomery entregaron deliberadamente a «millones de alemanes» al «totalitarismo soviético» por su negativa a aceptar el armisticio sólo en el frente occidental. Es pura demagogia. Los archivos muestran que sí hubo una rendición unilateral *de facto* en el oeste, que permitió a los ejércitos de los aliados occidentales avanzar más hacia el este<sup>296</sup>.

La verdad es que lejos de concentrar todas sus fuerzas contra la URSS, Hitler y el Alto Mando de la Wehrmacht habían organizado un enorme ejército en el oeste, que mantuvo sus conquistas occidentales (incluyendo Noruega, Dinamarca y Holanda) hasta el final y utilizó sus últimas reservas (nuevos tanques y aviones más efectivos) para conducir una poderosa contraofensiva en las Ardenas en el invierno de 1944-45, retirando incluso importantes fuerzas del frente oriental con ese propósito. (De acuerdo con Diana Shaver Clemens, a principios de 1945, 185 divisiones alemanas fueron ubicadas en el frente oriental y 147 en el frente occidental y en Italia, es decir: más del cuarenta por ciento del total de las fuerzas alemanas<sup>297</sup>.)

Si, como resultado de ese grave error de cálculo, los rusos (y no los imperialistas occidentales) llegaron primero a Berlín, la burguesía alemana debería culpar a quien lo merecía: a su propia ceguera política, por supuesto a Hitler en primer lugar, pero también a todos sus principales comandantes militares y también a la mayoría de sus representantes políticos.

Tras esa ceguera se encuentra la arrogancia imperialista típica, incapaz de reconocer la derrota, y la persistencia obstinada en esperar un «milagro político» de último minuto, es decir, la esperanza de que la inevitable «guerra fría» se transformaría en una nueva «guerra caliente» entre el imperialismo occidental y la URSS, antes de que la «guerra caliente» con

<sup>295</sup> Vojtech Mastny, *Russia's Road to the Cold War*, Columbia University Press, Nueva York, 1979, pp. 133-39.

<sup>296</sup> El tortuoso juego desarrollado por los aliados occidentales con la rendición alemana es descrito por Kolko, pp. 382-88. Erickson es menos que preciso sobre este punto.

<sup>297</sup> Diane Shaver Clemens, *Yalta*, Oxford University Press, Oxford, 1970.

Alemania terminara. Dicha obstinación era la de los jugadores necios, característica de grandes estratos del personal dirigente del imperialismo alemán desde un principio (por razones históricas que han sido explicadas muchas veces). Si la partida estaba perdida —como estaba destinada a serlo— el perdedor no podía culpar a los jugadores que habían salido mejor parados de este horrendo juego.

Sin embargo era cierto que, desde el otoño de 1943 en adelante, los representantes alemanes autorizados de los grandes negocios y la banca se prepararon conscientemente para un cambio radical de orientación económica y de política económica exterior, dirigido a la integración en el mercado mundial dominado por el imperialismo de EE UU. Esto implicaba mucha planificación a mediano y largo plazo, una transformación de la industria armamentista en producción civil, la preparación de un control de exportaciones y una reforma monetaria radical con el fin de hacer convertible el marco alemán una vez más.

Muchos de estos planes, si no todos, fueron realizados en el periodo 1945-48. Las personas involucradas en la planificación —Erhard, Emminger (más tarde director del Deutsche Bundesbank) y Abs, director del Deutsche Bank (el principal banco privado de Alemania Occidental) y eminencia gris de Konrad Adenauer— fueron las que más tarde la hicieron posible realmente. En lo esencial, se ejecutó desde el Ministerio de Asuntos Económicos (Reichswirtschaftsministerium) y en el Grupo de Trabajo para Asuntos de Relaciones Económicas Exteriores (Arbeitskreis für Aussenwirtschaftsfragen). Los participantes fueron protegidos de la represión por el hecho de que la persona a cargo del Ministerio era Ohlendorf, general de la SS responsable de la oficina central de seguridad del Reich (Reichssicherheitshauptamt)<sup>298</sup>. A pesar de su orientación antimarxista, el autor Ludolf Herbst resume con precisión lo que estaba en juego: «El principal interés era la conservación del orden social y económico capitalista. Dentro de la gran industria existía una clara conciencia del hecho de que el futuro del

**298** Ludolf Herbst, op. cit., pp. 21, 437, 352 y otras. Ohlendorf había sido comandante de uno de los Einsatzgruppen de la SS en Rusia encargado del asesinato masivo de judíos, comunistas, guerrilleros, etc. Fue ejecutado por los aliados como criminal de guerra en 1946.

capitalismo en Alemania dependía decisivamente de la forma en que fuera conducida la transformación de una economía de guerra a una economía de paz»<sup>299</sup>. Pero la burguesía alemana se mostraba incapaz de tomar las medidas político-militares necesarias para realizar estos proyectos a tiempo: éste era el precio pagado históricamente por su decisión de entregar el poder político a los nazis y a la camarilla militar en 1932-33.

Simultáneamente, el general Alan Brooke, jefe del Estado Mayor Imperial Británico, había escrito en su diario: «¿Debería Alemania ser desmembrada o convertida gradualmente en aliada para enfrentarse con la amenaza rusa de aquí a veinte años? Yo sostengo lo último y estoy seguro de que debemos desde ahora considerar a Alemania desde otro punto de vista. Alemania ya no es la potencia dominante en Europa, lo es Rusia. Tiene [...] vastos recursos y no puede dejar de convertirse en la principal amenaza en quince años a partir de ahora. Por lo tanto, nuestra Alemania, gradualmente se reconstruirá y será incluida en una Federación de Europa Occidental»<sup>300</sup>. Este era ciertamente el plan que el oeste estaba contemplando para Alemania.

La clase dominante rumana ofrece otro caso ilustrativo. Retrasó su cambio de alianza hasta el último momento, cuando el Ejército Rojo ya había vencido al grupo militar alemán del sur. De esta forma no pudo evitar el cambio que acompañaba la ocupación de su país por el Ejército Rojo. Sin posibilidad de que el oeste viniera en su ayuda, Vyshinski, el secuaz de Stalin, se convirtió en el verdadero amo del país y expropiador eventual de la clase dominante rumana<sup>301</sup>. Se puede advertir el triste destino de las clases dominantes que se embrollaron en un equilibrio de fuerzas global y regional que no podían ni controlar ni alterar, excepto en forma muy marginal. Pero ese desamparo fue, en gran medida, ganado a pulso, porque reflejaba la falta de apoyo de la clase dominante particular dentro

**299** Herbst, op. cit., pp. 458-59.

**300** David Frazer, p. 451.

**301** El *diktat* soviético aconteció a pesar de la auténtica contribución del ejército rumano en el ataque final sobre Hungría y Austria, en el que participaron 600.000 soldados rumanos y de los cuales murieron 120.000. A cambio se permitió a Rumania recobrar Transilvania.



de su país. Este era manifiestamente el caso de Rumania, cuya clase dominante históricamente había mostrado un considerable oportunismo, siendo sucesivamente dependiente del poder de Prusia, de la diplomacia francesa, de los intereses económicos y militares alemanes en el área y, finalmente, del Ejército Rojo. Odiada por las masas, la clase dominante difícilmente estaba en posición de movilizar en gran escala la resistencia campesina a la «revolución desde arriba» de Vyshinski. En última instancia, cayó por su propia putrefacción interna.

La facilidad con que primero Alemania y luego Rusia recuperaron el control sobre Europa oriental después de su reconstitución en 1918 estaba, en esencia, basada en la profunda debilidad política, social y económica del orden burgués. En esta parte de Europa<sup>302</sup>, predominantemente agrícola, la descapitalización, la baja productividad obrera, el desempleo y el hambre se combinaban con unas clases dominantes crueles y corruptas. La mayoría de estas clases dominantes habían colaborado con el nazismo, ya sea por vía de la alianza militar formal o por la participación en muchos de sus crímenes durante los oscuros años de 1941-42. Mucho antes de que la Unión Soviética emprendiera una política de «asimilación estructural», las antiguas estructuras políticas y económicas de Europa oriental habían sido destruidas por la guerra. El gobierno soviético vio los problemas de Europa oriental fundamentalmente a través del prisma de su decisión de evitar la resurrección de una clase dominante tradicionalmente hostil; y el hundimiento total de gran parte de la sociedad europea del este estaba funcionando a su favor. En cambio, para EE UU Europa oriental era una cuestión de principios; el auge de la doctrina sobre la «seguridad nacional» del estado significaba que todos los bloques políticos y económicos, todas las esferas de influencia que no estaban directamente bajo el control de EE UU, eran vistos como hostiles a su concepción de un capitalismo mundial integrado. Dispuesto a utilizar sus enormes recursos de capital para hacer que Europa oriental volviera al redil occidental, los EE UU tenían poco que ofrecer al pueblo en el plano político.

**302** En 1938 Europa oriental (excluyendo a la Unión Soviética) produjo sólo el 8% de la producción industrial total de Europa y de esta pequeña participación una tercera parte se debió a Checoslovaquia. Rothschild, p. 15.

Desde el punto de vista de los intereses a largo plazo de la clase obrera, sin mencionar, por supuesto, los del socialismo mundial, habría sido preferible que las masas de Rumania y de los otros países de Europa oriental hubieran sido capaces de liberarse a sí mismas, mediante sus propias formas de lucha. La «revolución desde arriba» de la burocracia soviética dejó un horrible legado político que marcó profundamente la situación de posguerra, no sólo en esta parte de Europa sino en todo el mundo. Pero esto, a su vez, estuvo muy predeterminado por lo que pasó en los años veinte y treinta, es decir, por la crisis interna de la Komintern (Internacional Comunista) y la creciente pasividad de las masas trabajadoras. Además, la crueldad de la represión contra la clase obrera y contra los comunistas por parte de las clases dominantes de Europa oriental y los Balcanes había contribuido a la negativa elección realizada por el movimiento comunista internacional, que desembocó en la victoria de una revolución social conducida a través del aparato militar burocrático y no en revoluciones populares auténticas. Esta ha sido la causa principal de la inestabilidad política en esta parte de Europa desde la guerra.

La observación de que en ninguna parte hubo ganancias territoriales sustanciales a cambio de concesiones políticas queda confirmada al comparar el resultado de la guerra en el Pacífico con el de Europa. Si el Ejército Rojo entró en la guerra contra Japón en el último momento, no fue en respuesta a una invitación real por parte de EE UU, aunque la presión desde Washington fue real hasta que estuvo claro que la rendición de Japón era cuestión de semanas. Fue con el fin de obtener posesiones que pudieran influir en los acuerdos de posguerra en el Lejano Oriente, que la burocracia soviética tomó y conservó su dominio sobre el sur de Sajalín y las Kuriles. También quería dominar Port Artur, pero aquí intervino la revolución china. La presencia soviética en el norte de Corea condujo a la división del país, mientras la ausencia de tropas soviéticas (y británicas, en este asunto) en Japón condujo a una ocupación exclusivamente americana<sup>303</sup>.

**303** En relación con los intentos soviéticos y británicos de poner un pie en la puerta por medios diplomáticos, véase *The Forrestal Diaries*, op. cit., p. 68 et al. También Thorne, op. cit., pp. 655-56.

Las tropas soviéticas estaban en Manchuria cuando la guerra terminó y se retiraron (habiéndose apoderado de un gran botín) porque no podían permanecer en medio de una guerra civil entre los comunistas y Chiang Kai-shek, a quien formalmente apoyaba el Kremlin<sup>304</sup>. Stalin se enfrentó con un dilema sin solución: no podía pelear junto al ejército de Chiang contra el Ejército de Liberación del Pueblo (ELP); no quería pelear junto al ELP en contra de las fuerzas de Chiang; no podía permanecer neutral en una guerra civil masiva que se desarrollaba ante sus ojos. La única solución a ese dilema era la retirada y así lo hizo.

En cuanto a Irán, el Ejército Rojo se retiró del Azerbaiyán ocupado a cambio de la retirada de los ejércitos imperialistas del resto del país. Esto fue un *do ut des* [doy para que me des; NdE] político, fundamental en toda la guerra y en la estrategia de posguerra de la burocracia soviética<sup>305</sup>. En el Medio Oriente, Italia, Grecia, Turquía e Irán, Stalin terminó por someterse a Churchill y más tarde a Truman, esperando que Washington y Londres hicieran lo mismo en el caso de Europa oriental. EE UU, por otro lado, continuaba su política de excluir no sólo a sus enemigos de clase sino también a su aliado más cercano: Gran Bretaña. El almirante King, uno de los principales estrategas americanos, no era el único que se oponía a toda ayuda de la Armada Real en las operaciones de «limpieza» contra Japón. En el Medio Oriente Truman no intervino sólo para detener a

**304** Hablando con el embajador americano Harriman, en junio de 1944, Stalin estuvo de acuerdo en que Chiang Kai-shek era el único hombre que podía mantener unida a China. «Reafirmó su opinión de que Chiang Kai-shek era el mejor hombre dadas las circunstancias y por lo tanto debía ser apoyado [...] Dijo que los Estados Unidos debían y podían tomar la dirección en este campo (China), ya que ni Gran Bretaña ni la Unión Soviética podían. Debemos, sugirió, poner a Chiang Kai-shek completamente bajo nuestra influencia.» Herbert Feis, *The China Triangle*, Atheneum, Nueva York, 1967, pp. 140-41.

**305** En relación con el conflicto en Irán, véase Bruce R. Kuniholen, *The Origins of the Cold War War in the Near East*, Princeton University Press, Princeton, 1980. En 1941 no sólo había una ocupación *de facto* de Irán por las tropas soviéticas y británicas, sino también sórdidos intentos del Kremlin de sacar concesiones de petróleo a un gobierno iraní débil y desarmado. Por otro lado, parece haber habido un intento genuino de instalar una «democracia popular» en Tabriz, en 1945-46; un intento que fue abandonado cuando Truman intervino con amenazas militares directas.

Stalin: lo que siguió fue una rápida sustitución de Gran Bretaña por EE UU como potencia hegemónica regional.

Aunque la forma en que la Segunda Guerra Mundial reorganizó el mapa de Europa y el Lejano Oriente fue decidido en gran parte en el campo de batalla y no en las conferencias de Yalta y Potsdam, la *realpolitik* militar-diplomática fue desbaratada y parcialmente neutralizada por la irrupción en la escena política de fuerzas de clase independientes, esto es, fuerzas de clase no controladas por grandes poderes como gobiernos o altos mandos militares. El caso más notable es el de Yugoslavia. En la Conferencia de Moscú de octubre de 1944, Churchill propuso a Stalin que la burocracia soviética y el imperialismo británico gozaran de igual influencia: 50% y 50%. Los obreros y campesinos yugoslavos y el Partido Comunista yugoslavo, bajo la dirección de Tito, discreparon. Dejaron de lado todos los intentos para imponer un gobierno de coalición que mantuviera el modo de producción capitalista y consumaron su revolución socialista a fines de 1945. La negativa de las masas trabajadoras yugoslavas y del PCY a someterse al *diktat* soviético fue un elemento clave en el futuro desacuerdo entre Tito y Stalin.

También en Grecia, a pesar de la conformidad de Stalin con la demanda de Churchill de que fuera completamente asignada a la esfera de influencia británica, las masas tenían sus propios objetivos. Siguió una guerra civil que finalmente se perdió, debido principalmente a que el PC griego —a diferencia de su contraparte yugoeslava— cedió fatalmente a las órdenes de Stalin y a sus propias ilusiones políticas, rindiendo sus armas en el siniestro pacto de Varkiza, de febrero de 1945, con las terribles consecuencias que siguieron.

En Francia y especialmente en Italia, un gran ascenso en la militancia de la clase obrera sometió a gran tensión la colaboración de los PC con la burguesía en el marco de un restaurado orden capitalista. En contra de las expectativas de Stalin y de las esperanzas americanas, en Gran Bretaña el pueblo sacó a Churchill del gobierno en las primeras elecciones de la posguerra, dando una victoria arrolladora al Partido Laborista con un claro mandato a favor de las reformas radicales y garantizando la independencia a la India.

Incluso en Europa oriental la actividad independiente de clase puso algunas restricciones a los planes del Kremlin (al

menos temporalmente) en Alemania Oriental, Checoslovaquia y Hungría<sup>306</sup>.

En Indonesia e Indochina, todas las maniobras del imperialismo y el Kremlin para restringir los enormes movimientos de liberación nacional en el marco de imperios coloniales «reformados» fracasaron. Se desencadenaron largas guerras como que terminarían desembocando en revoluciones socialistas, como en el caso de Indonesia, o en derrotas sangrientas, como en Indonesia<sup>307</sup>. En China, especialmente, el imperialismo y la burocracia soviética se demostraron incapaces de contener o reprimir los levantamientos campesinos en las llanuras del norte y detener una guerra civil que daría como resultado la victoria de la revolución.

**306** Sobre las actividades de los sindicatos independientes y consejos de trabajadores en Alemania Oriental y Checoslovaquia, véase Benno Sare, *La classe ouvrière d'Allemagne orientale*, Les Éditions ouvrières, Paris, 1958; y Jiri Kosta, *Abriss der Sozialökonomischen Entwicklung der Tschechoslovakei 1945-1977*, Suhrkamp, Frankfurt, 1978, pp. 43-44.

**307** Algunos de estos acontecimientos derivaron de las grandes victorias japonesas de 1941-42, que infligieron golpes demoledores al prestigio del imperialismo occidental entre las masas asiáticas, de los que nunca se recobraron. Aumentó mucho así la confianza de las masas, favoreciendo las sublevaciones de posguerra, algunas de las cuales fueron deliberadamente preparadas por sectores de los mandos militares japoneses. Jon Halliday (op. cit., especialmente en pp. 324-30), proporciona un buen resumen, con una bibliografía extensa y útil. Sin embargo, exagera cuando afirma que existe una diferencia básica entre las actitudes de los imperialismos japonés y occidental hacia las masas asiáticas. Este juicio subestima seriamente el grado de racismo japonés hacia los pueblos asiáticos no japoneses (empezando con los coreanos y los chinos, pero de ningún modo sólo hacia ellos) y el terrible saqueo y privación impuestos por la ocupación japonesa en todos los territorios ocupados, incluyendo Indonesia y Birmania, donde su llegada inicial había sido recibida con apoyo popular. Este apoyo se perdió invariablemente, como resultado de la dura explotación que impusieron, a pesar de las promesas y la propaganda política.

## 17 Consecuencias

Apenas terminada la Segunda Guerra Mundial, comenzó la Guerra Fría. El paso de la primera a la segunda se dio de forma rápida, sin interrupción. Tanto es así, que muchos historiadores e ideólogos radicales, tanto de la derecha como de la izquierda, han argumentado que, en realidad, la Segunda Guerra Mundial no acabó nunca o, lo que viene a ser lo mismo, que la Tercera Guerra Mundial empezó en 1945.

Por supuesto, estas opiniones son exageradas. La esperanza de Hitler y Tojo de que la alianza militar entre las potencias imperialistas occidentales y la URSS se rompería en el último momento y que entonces sería posible un cambio de alianzas, no cristalizó. La colaboración militar dentro de la alianza continuó hasta el período inmediatamente posterior a la rendición de Alemania y Japón. Cualquier tensión que hubiera entre Washington, Londres y Moscú se mantuvo en el marco de la alianza; no condujo a su ruptura. Sólo cuando el enemigo común fue completamente aplastado la cuestión de quién debería dirigir el mundo comenzó a tener más peso que el resto de consideraciones.

¿Cómo y cuándo empezó realmente la Guerra Fría? Esta cuestión se ha debatido abiertamente entre los historiadores en Occidente y de forma menos directa en el Este de Europa (dada la importancia de la revisión histórica para la burocracia) y en el «movimiento comunista mundial». Algunos autores comunistas y soviéticos sitúan el comienzo de la Guerra Fría a partir de la muerte del presidente Roosevelt, dando de ese modo continuidad al mito de un Roosevelt «amante de la paz», por oposición a un Truman «agresivo»; un mito que no tiene ninguna base real. Otros la sitúan a partir de la proclamación de la Doctrina Truman o del lanzamiento del Plan Marshall<sup>308</sup>.

**308** Durante mucho tiempo, los autores comunistas condenaron el Plan Marshall como perjudicial para la economía (capitalista) europea. Ahora ha comenzado una revisión tácita de esta tesis. Así Nagels, ex dirigente del PC belga, insiste en su libro *Contre-projet pour l'Europe* (Nagels et al., Groupe d'Economie Marxiste, Bruselas, 1979) que el Plan Marshall era de crucial importancia para volver a lanzar la economía capitalista en Europa occidental.

Sin embargo, hay que distinguir entre lo que, en realidad, fueron dos etapas sucesivas de la Guerra Fría.

Durante la primera etapa, el conflicto se situó en torno al control político y militar de Europa Oriental. En gran parte se había garantizado a Stalin este control («gobiernos que se lleven bien con la Unión Soviética») en las conferencias de Moscú, Quebec y Yalta. Sumner Welles, el subsecretario de Estado de EE UU, escribió algunos meses después de Yalta: «El gobierno soviético está tan legítimamente autorizado a promover un sistema regional compuesto por gobiernos independientes, cooperativos y favorables a Rusia en los países limítrofes de Europa Oriental, como EE UU lo está para promover un sistema interamericano de veintiún repúblicas americanas soberanas en el hemisferio occidental»<sup>309</sup>. Aunque el acuerdo propuesto daba a los imperialistas occidentales, y en primer lugar a Gran Bretaña, una pequeña capacidad en la conformación del destino político, y especialmente económico, de esos países, ello no implicaba una rápida retirada de las fuerzas de ocupación soviéticas o la «neutralidad» total de estas fuerzas frente a una eventual evolución política<sup>310</sup>. Quedó claro que durante la posguerra las potencias ocupantes influirían en la política de los países ocupados por la forma en que actuaron los aliados occidentales en Italia, de cuyo gobierno excluyeron significativamente a la

**309** *The Time for Decision*, World Pub. Co., Cleveland, 1944, p. 332. Véase D. Horowitz, *Estados Unidos frente a la Revolución Mundial: de Yalta al Vietnam*, Eds. de Cultura Popular, Barcelona, 1968. Sin embargo, Welles matizó esta declaración insistiendo en la «no interferencia en los asuntos internos de los países europeos». Esto constituía una combinación contradictoria. En realidad el «sistema interamericano» que Welles daba como ejemplo implicaba una opresiva y constante «interferencia» en los «asuntos internos» de los países latinoamericanos. Lo mismo obviamente se puede aplicar al axioma de que los gobiernos de Europa oriental debían ser «cooperativos y favorables a Rusia» con la URSS.

**310** Fue en la reunión con Stalin en Moscú, en octubre de 1944, donde Churchill escribió sus famosas notas que dividían los Balcanes y Europa oriental en esferas de influencia. Funcionaba de la siguiente manera: Rumania: 90% URSS, 10% Gran Bretaña; Bulgaria: 75% URSS, 25% Gran Bretaña; Grecia: 10% URSS, 90% Gran Bretaña; Checoslovaquia, Hungría y Yugoslavia: 50% URSS, 50% Gran Bretaña. Estos porcentajes fueron posteriormente modificados en las tortuosas sesiones entre Eden y Molotov. W. Churchill, *The Second World War*, Cassell & Company, Londres, 1954, v. 6, p. 227.

Unión Soviética. Tanto en Europa oriental como en Italia, los acuerdos reflejaron, en gran medida, el equilibrio de fuerzas militares existente en el continente europeo entre octubre de 1944 y febrero de 1945. El fracaso de los aliados occidentales para entrar en Alemania a partir de Italia, así como su incapacidad para cruzar el Rin tras la invasión de Normandía y, sobre todo, los efectos de la contraofensiva alemana en las Ardenas sobre sus objetivos militares, en el momento en que el Ejército Rojo estaba barriendo los países de Europa oriental, condujeron al «espíritu político de Yalta».

Sin embargo, en la primavera y a principios del verano de 1945 el equilibrio de fuerzas cambió. El ejército americano se había asentado firmemente en el continente europeo y su potencial de fuego (armamento mecanizado e infraestructura industrial) era el más poderoso del mundo. Entre los líderes de EE UU se fue fraguando un consenso en torno a que «ha llegado el momento de adoptar una actitud americana firme frente los soviéticos; nuestras expectativas no se pueden ver perjudicadas porque Rusia tenga que ralentizar o detener sus esfuerzos militares en Europa y Asia»<sup>311</sup>. En el verano anterior, EE UU había desarrollado la bomba atómica y era capaz —dada la nueva extensión de sus bases militares— de arrojarla en cualquier parte del mundo. Es cierto que la tentación de utilizar esa superioridad para recuperar lo que había sido «garantizado» a Stalin era muy grande. Que Roosevelt muriera y Truman ocupara su lugar apenas modificó la situación: esa evolución era inevitable. Alentado por Churchill y por su propio personal político y militar, Truman comenzó su mandato oponiéndose al consenso de Yalta. Harriman, su embajador en Moscú, cuestionó abiertamente el control soviético sobre Rumania y Bulgaria, aunque en Rumania ese control fuera ejercido a través de un rey, que no era un jefe de Estado puramente nominal, y aunque no cupieran dudas sobre la lealtad popular

**311** Reflexiones del almirante Leahy sobre la reunión de emergencia celebrada en la Casa Blanca para preparar las discusiones con Molotov, quien llegó a Washington el 22 de abril de 1945. Truman estuvo desacostumbradamente rudo en la posterior reunión con Molotov, quien luego se quejó: «Nunca me habían hablado así en mi vida». Yergin, p. 83.



búlgara hacia la Unión Soviética<sup>312</sup>. En 1945 se celebraron elecciones libres en Hungría y las perdió el Partido Comunista. Lo mismo sucedió en Austria. En Checoslovaquia las elecciones también fueron libres y aunque el PC se convirtió en el partido más fuerte, no pudo gobernar solo. En 1945-46, en todos estos países, con excepción de Bulgaria, los gobiernos de coalición no estaban controlados por los comunistas.

Sin embargo, en Potsdam fue aumentando la presión sobre la Unión Soviética, que se inclinaba hacia gobiernos de coalición «real» en Europa oriental. Churchill, que estaba obsesionado con el peligro del comunismo en Europa y utilizaba cada oportunidad para endurecer la posición de los representantes de EE UU en las negociaciones con la Unión Soviética, quedó «completamente fascinado» al conocer el éxito de las pruebas con la bomba atómica<sup>313</sup>. Según Churchill, cuando Truman se enteró de ello en Potsdam se convirtió en «otro hombre». «Puso en su sitio a los rusos y en general controló la reunión.»<sup>314</sup> Y dado que Polonia, por razones geoestratégicas obvias, era crucial en el nuevo orden en Europa oriental, fue elegida para comprobar si los soviéticos suscribirían un mundo dominado por los americanos o si desarrollarían una estrategia propia y distinta. Para la Unión Soviética, sin embargo, Polonia era innegociable. Dado que allí no tenía tropas, EE UU no pudo hacer mucho en el caso de Polonia. Grecia sería distinto.

Grecia llamó la atención de EE UU después de la decisión del Congreso de suspender el programa de préstamo y arriendo que mantenía con los aliados europeos. Gran Bretaña

**312** Bulgaria, a diferencia de Hungría y Rumania, nunca envió sus tropas contra la Unión Soviética pero las empleó para ocupar los Estados vecinos. El Ejército Rojo simplemente entró en Bulgaria. No hubo un solo tiro entre las unidades soviéticas y las búlgaras.

**313** De acuerdo con el diario de Alan Brooke, Churchill le dijo: «Ahora tenemos en nuestras manos algo que puede equilibrar la balanza con los rusos. El secreto de este explosivo y el poder para utilizarlo puede alterar completamente el equilibrio diplomático, que está a la deriva desde la derrota de Alemania» (citado en Yergin, p. 120).

**314** *Ibid.*, p.117. En Potsdam, Churchill fue reemplazado por Attlee, el nuevo Primer ministro, y Eden por Bevin, sin que se produjera ningún cambio en la dirección política de la conferencia. «Solamente los ingleses, con su fantástica capacidad empírica, podían haber admitido a un hombre como Attlee en las filas socialistas», escribió Bidault, ministro de Asuntos Exteriores francés.

respondió reduciendo su presencia económica y militar en Grecia, que en aquellos momentos agonizaba a causa de la guerra civil. El Ministerio de Hacienda estaba a favor de una retirada de Grecia. «Ni siquiera, si tuviéramos el dinero, estaría de acuerdo en que debamos gastarlo de esa forma [...] apuntalando, aun con la ayuda de los americanos, a estados débiles del Mediterráneo oriental contra Rusia», escribió el ministro de Hacienda a Attlee en noviembre de 1945<sup>315</sup>. La fracasada Pax Británica proporcionó la oportunidad para que el imperio americano hiciera valer sus derechos: ahora estaba preparado para este tipo de problemas. Dentro del nuevo consenso anti-comunista, Grecia fue presentada como una cuestión de supervivencia para la nación americana. Forrestal, el Secretario de Marina, le dijo a Truman: «Si tuviéramos la oportunidad de ganar, deberíamos plantearlo como una lucha fundamental entre nuestro modelo de sociedad frente a la rusa»<sup>316</sup>. Los rusos, opinó, no entienden más que la razón de la fuerza. Marshall, el nuevo Secretario de Estado, argumentó así: «No es alarmista decir que estamos enfrentando la primera crisis de una serie que podría extender el dominio soviético a Europa (occidental), a Oriente Próximo y a Asia»<sup>317</sup>.

El 12 de marzo de 1946 Truman pronunció un discurso ante la sesión plenaria del Congreso en el que, además de solicitar 300 millones de dólares para Grecia y 100 millones para Turquía, por primera vez presentó los acontecimientos como una lucha global «entre modelos de vida alternativos»: «La política de Estados Unidos tiene que apoyar a los pueblos libres que

**315** El Ministerio de Hacienda finalmente se salió con la suya en contra del departamento de Asuntos Exteriores respecto a la cuestión de Grecia. Gracias al mal tiempo y a la crisis de combustible de ese invierno, los británicos finalmente decidieron «poner fin a nuestro interminable despilfarro de dinero de los contribuyentes británicos para los griegos». Su intención era «presentar el asunto (de Grecia) en Washington para incitar a los americanos a asumir la responsabilidad» (Yergin, p. 280). Y esto fue lo que pasó: «Los americanos se alarmaron por temor de que Rusia invadiera los Balcanes y el Mediterráneo oriental. Los funcionarios del Tesoro me dijeron, más tarde, que nunca pensaron que lo lograrían tan rápido y de forma tan contundente» (Dalton, citado por Yergin, pp. 280-81).

**316** Citado en Yergin, p. 281.

**317** *Ibidem*.

se oponen a los intentos de subyugarles por parte de minorías armadas o por presiones exteriores»<sup>318</sup>. La proclamación de la Doctrina Truman puede ser considerada como el inicio de la primera fase de la Guerra Fría.

Tras la guerra, EE UU añadió el chantaje económico a la presión diplomático-militar. El imperialismo estadounidense salió de la guerra con una enorme capacidad industrial, agrícola y financiera, al mismo tiempo que todos sus potenciales competidores estaban extenuados económicamente. Esto era especialmente cierto en el caso de la Unión Soviética. Horowitz cita la reveladora descripción del corresponsal del *The Observer* en Moscú y experto en Rusia, Edward Crankshaw: «En los días posteriores a la guerra, viajar tan lentamente en tren, desde Moscú a la nueva frontera en Brest Litovsk por las recién abiertas vías férreas, era una experiencia terrible. A lo largo de cientos y miles de kilómetros no se veía ni objeto en pie ni un ser viviente. Todos los pueblos y ciudades habían sido arrasados. No había graneros; no había máquinas. No había estaciones ni depósitos de agua. No había quedado en pie ni un solo poste de telégrafo en todo ese inmenso campo, y los guerrilleros habían talado amplias franjas del bosque a lo largo de la línea de ferrocarril para evitar emboscadas. A lo largo de la línea, las vías estaban retorcidas, arrancadas por los alemanes, que trabajaron con trenes especialmente equipados con garfios mientras se dirigían hacia el Oeste. En los campos abandonados sólo se veía a mujeres, niños y ancianos, que trabajaban con herramientas manuales»<sup>319</sup>.

Las principales potencias que emergieron de la guerra tenían la esperanza puesta en la asistencia económica y financiera de EE UU. También la Unión Soviética<sup>320</sup>. Sin embargo, lo que buscaba cada potencia en concreto era un tipo de asistencia

**318** *Ibíd.*, p. 283

**319** *The Observer*, 3/4/1944.

**320** La exigencia de reparaciones por parte de la URSS debe compararse con los antecedentes de la política de «tierra quemada» de Hitler en Bielorusia y Ucrania. En tres órdenes típicas de la Wehrmacht (21 de diciembre de 1941, 30 de agosto de 1943 y 7 de septiembre de 1943) se declaró que todas las aldeas debían ser quemadas sin ningún tipo de consideración hacia sus habitantes; todos los alimentos y herramientas agrícolas expropiadas; todos los campos destruidos; se debía impedir la producción de alimentos y trasladar todo el

que no acarreará una reducción de su independencia y de la capacidad de sus castas y clases dirigentes para determinar sus propias políticas. Justo lo que Washington no estaba dispuesto a conceder en 1945: la suspensión de la enorme ayuda directa que supuso la Ley de Préstamo y Arriendo fue un duro golpe para Churchill, De Gaulle y, también, para Stalin. La negativa de los americanos a conceder préstamos hizo que la cuestión de las reparaciones alemanas fuera aún más importante para la burocracia soviética<sup>321</sup>.

Las fuerzas armadas soviéticas empezaron a desmontar la industria en una parte importante de las zonas bajo su ocupación. Es lo que hicieron en Alemania Oriental. También en Manchuria. Cuando quisieron hacerlo en Rumania, Bulgaria y Hungría, los conflictos con la burguesía local y las fracciones no estalinistas del movimiento obrero se incrementaron inevitablemente. Se estaban sembrando las semillas de la segunda etapa de la Guerra Fría.

Pero al principio las cosas no estaban tan claras. La cuestión de si se debía dismantelar o no la industria pesada del Ruhr no estaba prefijada. Una fracción minoritaria de la burguesía de EE UU, representada por Henry Morgenthau, el Secretario del Tesoro, era favorable a esa medida. Sectores no despreciables de las burguesías francesa y británica pensaban igual. Incluso dentro del Partido Laborista británico había cierta vacilación<sup>322</sup>. De cualquier modo, los movimientos para

equipo industrial, artesanal y de transporte. P. Carell, *Verbrannte Erde*, op. cit., pp. 463-65 y 293-95.

**321** El embajador americano en Moscú, Harriman, envió un telegrama al Departamento de Estado en enero de 1945 diciendo que la Unión Soviética daba «suma importancia» a un importante crédito de posguerra como base para el desarrollo de las relaciones soviético-americanas. «Por su declaración [de V.M. Molotov] percibí que el desarrollo de nuestras relaciones amistosas dependería de un crédito generoso». La solicitud formal de un crédito de seis mil millones de dólares se hizo el 3 de enero de 1945. Pero el 23 de abril Truman le dijo explícitamente a Molotov en Washington que la ayuda económica dependería de un acuerdo satisfactorio sobre la cuestión polaca.» Thomas G. Paterson, «Foreign Aid as a Diplomatic Wapon», en Paterson, ed., *The Origins of the Cold War*, op.cit., pp. 69, 70, 72.

**322** Es por supuesto escandaloso —y refleja la responsabilidad histórica de Bevin— que el mismo partido que en Gran Bretaña apoyó la nacionalización del carbón y el acero rehusó hacerlo en el Ruhr, aun cuando los propietarios

desmantelar el Ruhr comenzaron y se convirtieron en el foco del primer despertar de la clase obrera alemana, que se unió en una protesta masiva a través de toda la región contra tales actos de barbarie. Como Stalin esperaba obtener beneficios, presionó intensamente sobre el Partido Comunista Alemán, tanto en la zona occidental como en la oriental, para que se opusiera a las huelgas.

Así comenzó la decadencia ininterrumpida del estalinismo en Alemania Occidental (el PC disfrutó aún de una sorprendente influencia en el período inmediato a la posguerra)<sup>323</sup>. En Alemania Oriental, el estalinismo fue la fuente principal de descontento de la clase obrera, y neutralizó la aspiración popular a la unidad comunista-socialista, especialmente cuando exigió incrementar el esfuerzo productivo de la clase obrera con el fin de crear un nuevo fondo de «acumulación socialista primitiva» para la reconstrucción de la industria y el país. Al final, esto condujo al levantamiento obrero del 16-17 de junio de 1953 en Alemania Oriental, que obligó al Kremlin a poner fin al saqueo de Europa oriental<sup>324</sup>.

habían sido uno de los principales soportes financieros de los nazis, se habían aprovechado mucho de su política de saqueo de Europa y de importación masiva de trabajo forzado a Alemania.

**323** El PCA obtuvo el diez por ciento del voto popular en las elecciones regionales de Alemania Occidental en 1946-47. Tenía trescientos mil miembros y mantenía posiciones importantes en los sindicatos locales y entre los delegados de fábrica en todo el país.

**324** La clase obrera alemana en ambas zonas de ocupación, oriental y occidental, era muy favorable a la supresión de la propiedad privada de los medios de producción. En la primavera de 1946 tuvo lugar un referéndum en Sajonia, ocupada por los soviéticos, y en Hessen, ocupada por los americanos, sobre la cuestión de la nacionalización de las industrias básicas. El 77,7% en la primera y el 72% en la segunda votaron a favor de la expropiación de los capitalistas. Comentando el deseo de Stalin de ver desmantelada la industria pesada alemana, Isaac Deutscher escribió: «No pudo haber ignorado que su plan, tan quimérico como implacable, si se hubiera llevado a cabo, hubiera ocasionado la descomposición de la clase obrera alemana, la principal, si no la única fuerza social a la que el comunismo podía haber recurrido y cuyo apoyo podía haber conseguido.» Deutscher, *Stalin*, Penguin, Harmondsworth, 1982, p. 523 (ed. cast.: ERA, México, 1965). Desde luego, toda la estrategia de Stalin hacia Europa estaba basada en la premisa de una profunda desconfianza, especialmente en la clase obrera alemana.

En este contexto hay que hacer mención a la expulsión total e indiscriminada de once millones de alemanes de Prusia oriental, Pomerania, Silesia, Polonia y Checoslovaquia; un acto injustificable. Ahora bien, no fue solo la respuesta de Stalin, sino la respuesta de todos los aliados al irredentismo pos-Versalles de las minorías alemanas en Europa oriental, así como una precondition para la adopción de la frontera Óder-Neisse para Polonia.

Cuando el imperialismo americano decidió que no se podía mantener a Alemania, Japón e Italia en un estado de postración económica y se orientó hacia el Plan Marshall y las reformas monetarias de 1948, la segunda etapa de la Guerra Fría se hizo inevitable. A través del Plan Marshall y, junto a él, de la Unión Europea de Pagos, los países que formaban parte del mismo se integraron en el mercado mundial regido por la ley del valor, con el dólar americano como medio de cambio y pago universal y con el poder político y militar de EE UU como el arma secular de ese dominio sagrado. Para Stalin la opción era clara. La alternativa para los países bajo el control político y militar del Kremlin era: o ser económicamente reabsorbidos por el capitalismo internacional o ser asimilados estructuralmente a la URSS, lo que exigía la abolición de la propiedad capitalista<sup>325</sup>.

La decisión no fue fácil para la burocracia soviética. No fue tomada de forma universal ni dogmática. Los casos de Austria

**325** En abril de 1945 Stalin dijo a Tito y Djilas en Moscú: «Esta guerra no es como las del pasado; quienquiera que ocupe un territorio también impone en él su propio sistema social. Cada uno impone su propio sistema hasta donde su ejército tiene el poder para hacerlo» (Djilas, *Conversations with Stalin*, Harmondsworth, 1963, p. 90. En castellano: Barcelona, Seix Barral, 1962). Trotsky había escrito ya en 1939: «Mientras escribo estas líneas, no está clara todavía la cuestión de los territorios ocupados por el Ejército Rojo [...] Es más probable, sin embargo, que Moscú proceda a la expropiación de los grandes terratenientes y a la estatificación de los medios de producción en los territorios ocupados. Y es más probable no porque la burocracia permanezca fiel al programa socialista, sino porque no desea ni es capaz de compartir el poder con las viejas clases dominantes de los territorios ocupados». «La URSS en guerra», 25 de septiembre de 1939, en L. Trotsky, *En defensa del marxismo*, Barcelona, Fontamara, 1980.

y Finlandia<sup>326</sup> mostraban que era posible una solución de compromiso: gobiernos neutrales y amigos de Moscú, pero manteniendo las relaciones de propiedad capitalistas. Aunque no existe ninguna prueba definitiva, hay cantidad de evidencias circunstanciales que sugieren que a cambio de la neutralidad y la desmilitarización, la burguesía alemana probablemente hubiera podido obtener la reunificación de su país, bajo relaciones de propiedad predominantemente capitalistas, si bien con un gran sector público, como Austria en 1945.

Los sucesores de Stalin, especialmente Malenkov, parecen haberse movido en esa dirección. Se hicieron propuestas a Kurt Schumacher, el líder de la socialdemocracia alemana, quien probablemente habría emergido como canciller y figura dominante de la Alemania unificada, reemplazando a Adenauer y Ulbricht. Pero esta hipótesis nunca fue llevada a la práctica. Dulles, Eden, Bidault y Adenauer la bloquearon con éxito, cada uno por sus propias razones. De ese modo quedó establecida e institucionalizada la división de Alemania y de Europa en dos sistemas socioeconómicos diferentes y, más tarde, en dos alianzas militares diferentes.

**326** De acuerdo con Jacques Hannak, en Austria, Renner, que fue instalado como presidente y contó con un gobierno de coalición con la participación del PC tan pronto como el Ejército Rojo entró en Viena, logró engañar realmente a Stalin. Stalin pensó que podía chantajear al antiguo líder socialdemócrata. El hecho de que Renner hubiera solicitado públicamente apoyo para el Anschluss durante el referéndum de 1938, posiblemente desempeñó cierto papel en esta apuesta. Pero Renner juzgó correctamente que las masas austriacas no estaban interesadas en su comportamiento de siete años antes sino que lo juzgarían por la forma en que defendiera la independencia de Austria contra las fuerzas de ocupación soviéticas en aquel momento. Esto es lo que pasó. Primero Renner aceptó a un comunista como ministro del Interior en el gobierno de coalición. Pero cuando el PC sufrió una derrota demoledora en las elecciones del 25 de Noviembre de 1945, el comunista fue reemplazado por el socialdemócrata Helmes, quien fácilmente evitó que el PC conectara con el movimiento huelguístico de 1947 (Jacques Hannak, *Karl Renner und seine Zeit*, Europa Verlag, Viena, 1965, pp. 669-87). Es interesante señalar que, en su oposición sistemática hacia los gobiernos de coalición con participación comunista en Europa oriental y central, los imperialistas británicos y americanos protestaron enérgicamente por la creación del gobierno provisional de Renner por parte de los soviéticos; corrigieron su opinión más tarde. Es verdad que «más tarde» Austria tenía sus propias fuerzas armadas.

En 1948, Truman y MacArthur se movieron en una dirección similar en Japón. Pero allí el estallido de la guerra de Corea marcó un punto de inflexión decisivo. La industria japonesa se convirtió en la principal base material para la guerra imperialista contra la revolución china. A partir de esa fecha, Japón emprendió el camino de un crecimiento económico acelerado que aún no ha cesado [en 1986; NdE].

Es una cuestión interesante a estudiar el momento preciso en el que la burocracia soviética optó por crear un glacis de Estados clientelares, estructuralmente asimilados a la Unión Soviética, en sus fronteras occidentales: es decir, Estados caracterizadas por el derrocamiento del poder estatal y de las relaciones de propiedad capitalistas a través de la coacción burocrático-militar («la revolución desde arriba» con escasa o nula significativa revolución popular)<sup>327</sup>.

No parece que en los primeros dieciocho meses de la guerra germano-soviética, cuando el Ejército Rojo estaba fundamentalmente a la defensiva, Stalin tuviera ningún plan para la posguerra, más allá de intentar asegurar que Churchill aprobara las fronteras soviéticas de 1941; es decir, el reconocimiento de lo obtenido en el pacto Hitler-Stalin: los Estados bálticos, Ucrania occidental y Bielorrusia occidental, así como Besarabia y el norte de Bukovina. Churchill y Eden murmuraban y conspiraban, como lo hizo Roosevelt bajo la presión del lobby polaco-americano en el Partido Demócrata, pero en general se inclinaron a aceptar estas propuestas, con la condición de que el gobierno polaco debía ratificarlas.

Tras la victoria de Stalingrado, Stalin empezó a cambiar de posición. Maisky fue retirado como embajador de Londres y nombrado vicecomisario (más tarde viceministro) de Asuntos Exteriores a cargo de las negociaciones para el estatus de Europa en la posguerra. Sus instrucciones se centraban en la cuestión de las reparaciones. Más tarde, Litvinov se unió a él.

En realidad, en 1943 —incluyendo la Conferencia de Teherán— y la primera mitad de 1944, la cuestión de las reparaciones y de Alemania estuvieron en el primer plano de las negociaciones diplomáticas y en los conflictos entre los aliados

327 Robert E. Sherwood, op. cit., pp. 400-01, 710, 713, 715-16 et al.



imperialistas occidentales y el Kremlin, en mucha mayor medida que la cuestión polaca o la situación de Europa oriental. La configuración militar que emergía en Europa oriental estaba aún lejos de ser clara. El segundo frente era una evidencia. Los ejércitos aliados avanzaban a través de Italia hacia Europa central. El valor del «botín» alemán y norteitaliano involucrado en estos movimientos (en primer lugar, los baluartes industriales del Ruhr, el sur de Alemania, Sajonia, Berlín y Silesia, y los de Milán y Turín) era muy superior al de Polonia, Rumanía, Bulgaria, Hungría, Yugoslavia, Grecia o incluso Checoslovaquia.

El fracaso del avance de los ejércitos aliados hacia Milán y Viena en la segunda mitad de 1944, el fracaso de la incursión de Montgomery a través del Rin en otoño de 1944; el avance de Malinovski y Tolbujin hacia Jassy y la victoria de Tito en Yugoslavia, alteraron radicalmente la situación. Ahora, por primera vez, parecía posible que el Ejército Rojo alcanzara Budapest, Viena, Berlín y Praga antes que sus contrapartes anglo-americanas. Ahora bien, ¿quién llegaría antes a Hamburgo, Múnich y Milán? Esa es la razón por la que la cuestión de la división de Europa en zonas de ocupación militar y de influencia adquirió centralidad en el ámbito diplomático y constituyó el núcleo del regateo en Moscú y Yalta.

En enero de 1945, las negociaciones se basaban en una estimación básicamente realista del equilibrio del poder militar en Europa. Ese equilibrio sufrió modificaciones a expensas de los imperialistas occidentales como resultado del avance de Tolbujin en el frente de Pruth y la ofensiva de Hitler en las Ardenas<sup>328</sup>. Probablemente no nos equivocamos al pensar que fue al finalizar el verano de 1944 cuando Stalin, Molotov y otros empezaron a considerar que la burocracia soviética se apoderase de países de Europa oriental, aunque sin precisar claramente

**328** Varios autores soviéticos —así como algunos autores en Occidente— tienden a exagerar este asunto. De hecho, Hitler primero había retirado las desbaratadas divisiones del frente oriental para hacer posible la ofensiva de las Ardenas. Toda la evidencia disponible confirma que la ofensiva ya había terminado —en primer lugar a causa de la falta de combustible para los tanques alemanes— y los americanos ya habían pasado a la contraofensiva, antes de que el Ejército Rojo atacara el frente del Óder o antes de que cualquier división alemana se retirara del frente occidental al oriental.

cuáles serían. En cualquier caso, Stalin actuó de forma esencialmente pragmática en todos los casos. Su ambición consistía en aprovechar las oportunidades territoriales con un mínimo de riesgo (incluyendo el de la confrontación con revoluciones populares). Lo que no era ninguna novedad. Ya en 1939-41 se había planteado la oportunidad de apoderarse de los Estados bálticos, Ucrania occidental, Bielorrusia y Besarabia como resultado del pacto Hitler-Stalin. En 1944-48 aprovechó la oportunidad de imponer regímenes políticos pro Moscú en la mayor parte de Europa central y oriental. Pero fue una operación estrictamente burocrático-militar, basada en acuerdos de facto con el imperialismo —es decir, la división de Europa y Asia en esferas de influencia— y, de ninguna manera, en la intención de «estimular» la revolución socialista internacional.

La prueba más clara de que esta última opción estaba fuera de la agenda es lo que sucedió en el resto de Europa. Stalin abandonó a las fuerzas griegas del Frente de Liberación Nacional, a su brazo armado, el ELAS, y al PC griego, a una lenta erosión (y más tarde a la derrota final) a manos de la burguesía griega y de los imperialismos británico y americano. Impuso, con Thorez en Francia y Togliatti en Italia, una línea de total capitulación frente a la reconstrucción del Estado burgués y de la economía capitalista. Así pues, hubo un genuino *do ut des* implícito en los convenios de posguerra entre Stalin y Churchill primero y luego entre Stalin, Roosevelt y Churchill. Lo conseguido por el capitalismo fue ciertamente mucho más que lo conseguido por la burocracia soviética.

¿Por qué la Guerra Fría no se convirtió en una guerra caliente, excepto en Corea, y en ese caso, de forma muy significativa, sin la participación de la URSS? Poderosos sectores de la burguesía de EE UU eran favorables sino a una prueba de fuerza militar total con la Unión Soviética, al menos de una posición de «riesgo calculado» permanente. Si ese riesgo fue en gran medida evitado —aunque se dio más tarde en Corea y resurgió en Dien Bien Phu— se debió básicamente a razones políticas. A pesar de la dura presión de Truman y Forrestal, el Congreso de EE UU no aceptó en 1945 el reclutamiento militar en tiempo de paz. El ejército americano en Europa fue ampliamente desmovilizado en otoño de 1945. Casi se llegó a una situación que obsesionaba a Churchill: que el ejército de EE UU

abandonara Europa<sup>329</sup>. Aunque bien es cierto, su presencia militar sería de nuevo reforzada con la Doctrina Truman, con las primeras bases de EE UU en Grecia y Turquía y con la firma del Tratado para la Organización del Atlántico Norte (OTAN) tras el estallido de la guerra de Corea. Mientras tanto, las fuerzas estadounidenses que quedaron en Alemania y Austria eran insuficientes para lanzar una guerra contra la URSS.

Sin embargo, las razones fundamentales para ello, más que técnicas fueron sociopolíticas. En el período entre el lanzamiento de la bomba atómica sobre Japón y la escalada total de la Guerra Fría, el imperialismo americano se enfrentó, cada vez más, a una compleja serie de crisis. Los soldados empezaron a manifestarse y estuvieron a punto de amotinarse para ser repatriados. El movimiento obrero se lanzó a la oleada de huelgas más grande y la segunda más militante en la historia americana. Grecia estaba en plena guerra civil. Los obreros franceses e italianos se levantaron de forma ampliamente independiente, e incluso en contra, de sus líderes socialdemócratas y estalinistas; levantamiento que llegó a su clímax en la huelga general insurreccional de Italia el 14 de julio de 1948, después del atentado contra la vida de Palmiro Togliatti. La guerra civil se extendía en el país más poblado del mundo: China. El segundo país más poblado del mundo, India, agonizaba debido a las sangrientas convulsiones después de su independencia y no era seguro que allí, como en Indonesia, la burguesía fuera capaz de mantener el control. Y por encima de todo, no era seguro que la enorme maquinaria industrial americana, hinchada por las inversiones en tiempo de guerra,

**329** La importancia de las tropas americanas en Europa está bien ilustrada por la crisis de Trieste a mediados de mayo de 1945. Cuando el ejército de guerrilleros yugoslavos trató de extender su ocupación sobre esta zona, Truman pidió a Eisenhower, por medio del general Marshall, que mandara tres divisiones al paso del Brennero o al norte de Trieste. Marshall contestó que Eisenhower estaba preparado para mandar cinco divisiones. Truman solicitó al almirante King buques de la armada americana para llevarlos al Adriático. El general Arnold dijo a Truman que varios escuadrones de la fuerza aérea estaban listos para ponerse en movimiento en cualquier momento. Truman cablegrafió todo esto a Stalin y la crisis fue solucionada. Truman, *Memoirs*, op. cit., v.1 pp. 249-50.

fuera capaz de transformarse en industria de producción civil sin caer en una profunda crisis de sobreproducción.

La conclusión a extraer de esta lista de problemas para el imperialismo americano y el capitalismo internacional era obvia. A pesar de su absoluta superioridad militar y su hegemonía industrial y financiera, el imperialismo de EE UU era incapaz de afrontar todas estas crisis y conflictos y, al mismo tiempo, arriesgarse a una guerra «caliente» con la URSS. La Unión Soviética era ya la segunda potencia militar más grande del mundo, con un ejército probado en combate y eufórico, con un sentimiento de autoconfianza y éxito.

La URSS gozó de un enorme prestigio en la clase obrera por el hecho de haber derrotado al fascismo europeo. Pero, sobre todo, el surgimiento de la militancia obrera en los núcleos centrales del capitalismo mundial y los logros de las revoluciones en China, Yugoslavia, Grecia, Indochina e Indonesia, aunque desiguales, fueron lo suficientemente fuertes para garantizar la paz mundial y salvar a la URSS. El Pentágono se vio obligado a contenerse por temor de que estas explosiones se multiplicaran. Y a un nivel más modesto, la elección del gobierno laborista en Gran Bretaña en 1945 actuó como un factor de freno<sup>350</sup>.

En última instancia, era una cuestión de prioridades. El gobierno burgués de EE UU tuvo que organizar una estrategia de posguerra cuya primera tarea fue la recuperación del capitalismo en Europa occidental, Japón y en su propia patria. Se otorgó a sí mismo el papel de gendarme mundial del capitalismo, pero limitando su intervención a las guerras locales; es decir, a determinadas guerras contrarrevolucionarias. Después de haber sofocado el movimiento griego por la independencia y la revolución, dirigió su atención a Corea. Y esa seguiría siendo su forma de actuar: aunque se mantuvieron los planes para simulacros y preparativos militares de guerra, el ataque sin cuartel contra la URSS había sido retirado de la agenda para todo un período histórico. Aún hoy está fuera de ella.

**350** La intervención de Attlee contra el plan de MacArthur de utilizar la bomba atómica en Corea después de la derrota masiva de las fuerzas americanas a manos del Ejército Popular de Liberación del pueblo chino, fue probablemente uno de los factores clave para evitar su legitimación después de Hiroshima y Nagasaki.

El imperialismo americano pudo contenerse porque tenía una salida económica. La opción que escogió entre 1946-48 fue concentrar sus esfuerzos en la consolidación política y económica del capitalismo en los principales países imperialistas y garantizarles suficiente crédito y espacio para desarrollarse, con el fin de iniciar una amplia expansión mundial de la economía capitalista, en base a la cual el capitalismo se estabilizaría política y socialmente en sus principales fortalezas. Otros objetivos, como «salvar» a China del comunismo y «reducir» a la URSS a sus fronteras de antes de la guerra y a la impotencia, fueron subordinados a esta prioridad. Ayudado por los partidos comunistas y socialdemócratas locales, cuya estrategia recordaba notablemente la de la burocracia obrera después de la Primera Guerra Mundial, el proyecto de Estados Unidos demostró ser muy satisfactorio durante exactamente veinte años: de 1947-48 a 1967-68.

## 18 Legado

El legado de destrucción que dejó la Segunda Guerra Mundial es sorprendente. Perecieron ochenta millones de personas si se tienen en cuenta a quienes murieron de hambre y enfermedad como resultado directo del conflicto: ocho veces más que durante la Primera Guerra Mundial. Docenas de ciudades fueron virtualmente destruidas, especialmente en Japón y en Alemania. Con propósitos puramente destructivos, se malgastaron tantos recursos como los necesarios para alimentar, vestir, alojar y equipar a todos los pobres del mundo. Se arrasaron bosques y los campos agrícolas fueron convertidos en tierra estéril a una escala que no se había conocido desde la Guerra de los Treinta Años o la invasión mongólica al Imperio Islámico.

Peores aún fueron los estragos causados en la mente y el comportamiento humano. La violencia y el terrible desprecio por los derechos humanos elementales —empezando por el derecho a la vida— adquirieron una dimensión que no se había visto jamás; ni durante ni después de la Primera Guerra Mundial, ya de por sí bastante desastrosa al respecto.

El lanzamiento de la Bomba marcó el clímax de esta barbarie, un auténtico paradigma de la tendencia destructiva inherente al capitalismo tardío. Desde 1945 la sombra de la aniquilación total ha estado suspendida sobre el destino de la humanidad como una nube siniestra en forma de hongo. Esa sombra ya contaminó a centenares de miles de seres humanos —sus cuerpos y los de sus descendientes— y, también, sus mentes. Por el momento, los efectos a largo plazo de la radiación directa y la lluvia radioactiva originadas por la bomba nuclear o las explosiones experimentales, son incalculables y bastante desconocidas.

¿No sirvió para nada toda esa destrucción? ¿El capitalismo internacional emergió de la Segunda Guerra Mundial sin resolver, no sólo estructuralmente sino incluso coyunturalmente, las contradicciones fundamentales que le llevaron al conflicto? Muchos observadores habrían negado categóricamente una afirmación semejante hace diez años, cuando a diferencia del periodo de entreguerras, parecía que la economía capitalista internacional había experimentado dos décadas (en los países

anglosajones, casi tres) de un crecimiento sin precedentes, interrumpido sólo por recesiones menores, y un largo periodo histórico de altos niveles de empleo e impresionante crecimiento del estándar material de vida de las masas trabajadoras en los países imperialistas.

En la actualidad [1986; NdE], es obvio que los veinte o veinticinco años de auge de la postguerra fueron sólo un interludio, una «larga onda expansiva» de la economía capitalista, que siguió a la «larga depresión» del periodo de entreguerras, y que a su vez dará paso a una «larga depresión» cuya duración será aún más prolongada que la del periodo 1913-39<sup>331</sup>.

Sin lugar a dudas, ese período fue testigo de un nuevo salto adelante de las fuerzas productivas —la tercera revolución tecnológica—, y de un gran incremento de la riqueza material, así como de la capacidad y del conocimiento medio de la clase trabajadora internacional, por no mencionar el enorme incremento del número de trabajadores asalariados. Aun cuando el progreso material e intelectual estuvo muy desigualmente repartido entre los países capitalistas más y menos desarrollados, esto amplió las bases sobre las que se podía erigir el socialismo mundial. Las precondiciones materiales para un mundo socialista basado en la abundancia y la extinción global de la división social del trabajo entre «patrones» y «empleados» eran mucho más grandes en 1970 que en 1939, por no hablar de 1914. Y lo son más aún en 1985.

Ahora bien, al mismo tiempo, el precio que la humanidad ha de pagar por la supervivencia de un capitalismo decadente y la postergación del socialismo mundial, es cada vez más terrible. La tendencia de las fuerzas productivas a ser transformadas en fuerzas de destrucción no sólo se hace presente periódicamente en las crisis de sobreproducción y en las guerras mundiales<sup>332</sup>. Se impone cada vez, de forma más inexorable, en el campo de la producción, del consumo, de las relaciones sociales, de la

**331** En relación con esta cuestión, véase de Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, ERA, México, 1979 y *Las ondas largas del desarrollo capitalista*, Siglo XXI, Madrid, 1986.

**332** No debe olvidarse que durante toda la década de los treinta los índices de producción industrial o los salarios reales promedio de muchos países europeos estaban por debajo del nivel de 1913.

salud (incluyendo la salud mental) y sobre todo en la sucesión ininterrumpida de guerras «locales». El precio global en sufrimiento humano, muerte y amenazas a la supervivencia física de la humanidad es, una vez más, impresionante. Supera todo lo visto durante la Primera y la Segunda Guerras Mundiales<sup>333</sup>.

Basta con destacar dos ejemplos para subrayar esta cuestión (aunque se podrían citar otros muchos). Desde 1945 no ha pasado ningún día sin que se den guerras «locales» en alguna parte del globo y, con frecuencia, en muchas partes de forma simultánea. La mayor parte de ellas son guerras contrarrevolucionarias de intervención imperialista, que tratan de evitar el desarrollo o la victoria de los movimientos de liberación nacional y de revoluciones sociales. El número de víctimas que se han producido en ellas ha alcanzado ya o ha sobrepasado al de las víctimas de la Primera Guerra Mundial.

La perversión del consumo y de las necesidades humanas a través de la producción masiva estandarizada orientada al beneficio, incrementa el peso de las enfermedades y la muerte en la humanidad. No sólo implica el crecimiento simultáneo de la sobreproducción al mismo tiempo que se reduce de forma artificial la producción de alimentos en el Occidente y se provoca el hambre o la inanición en el hemisferio Sur; también implica la inundación en Occidente de artículos de consumo inútiles, nocivos y tóxicos; incluso de alimentos tóxicos. El resultado es un incremento dramático de las llamadas «enfermedades de la civilización», como el cáncer y las enfermedades cardiovasculares causadas por el aire, el agua y organismos contaminados. Una vez más, el número de muertos es sorprendente. Y la amenaza que supone la contaminación del aire, los mares, el agua y los bosques para la supervivencia física de la humanidad es similar a la de la guerra nuclear mundial.

En ese sentido la Segunda Guerra Mundial no solucionó nada, es decir: no acabó con ninguna de las causas fundamentales que intensifican la crisis de supervivencia de la civilización

**333** Durante el bombardeo de Indochina llevado a cabo por la fuerza aérea americana en 1964-73, se desencadenó una fuerza destructiva tan grande como la de toda la Segunda Guerra Mundial (en Europa y Asia) y durante la guerra de Corea: 7,5 millones de toneladas de bombas, incluyendo 400.000 toneladas de napalm.



humana y de la propia humanidad. Hitler ha desaparecido, pero la marea de destrucción y barbarie continúa creciendo, aunque en forma más matizada y menos concentrada<sup>334</sup> (en caso de que se evite la Tercera Guerra Mundial). Porque la causa fundamental de esa destructividad continúa existiendo. Es la expansiva dinámica de competencia, acumulación de capital y un imperialismo cada vez más enfrentado a sí mismo: como un boomerang que va de la «periferia» al «centro», con todo el potencial destructivo que esta expansión y autoafirmación albergan en la lucha contra la creciente resistencia y oposición de millones, si no de cientos de millones, de seres humanos.

A pesar de las circunstancias históricas particulares, la militarización de EE UU refleja la continuidad de ese expansionismo y destructividad. Joseph Schumpeter defendió, frente a los marxistas, que las raíces del imperialismo eran fundamentalmente precapitalistas, semif feudales y absolutistas-militaristas<sup>335</sup>, y no los intereses económicos capitalistas. Trató de probar su opinión señalando que el país capitalista más fuerte del mundo, Estados Unidos, no tenía ejército ni casta militar significativos. Llegó a reiterar este argumento (desarrollado inicialmente después de la Primera Guerra Mundial), durante la Segunda Guerra Mundial en su clásico *Capitalismo, socialismo y democracia* (1943), uno de los pocos estudios históricos de los últimos cincuenta años digno de ser mencionado y muy superior a la crítica que Popper hace de Marx, por no hablar de los desvaríos antisocialistas de Von Hayek<sup>336</sup>.

Es verdad que la especificidad histórica del capitalismo estadounidense —su frontera en el norte de América y la debilidad de los Estados clientelares en su esfera de influencia latinoamericana— hicieron posible que se expandiera geográficamente con una utilización de la fuerza comparativamente pequeña (significativamente menor, en cualquier caso, que la

**334** De acuerdo con Amnistía Internacional actualmente la tortura se practica con regularidad (es decir, en forma institucionalizada) en más de cincuenta países.

**335** De Joseph Schumpeter, *Imperialismo, clases sociales* (1919), Tecnos, Madrid, 1962.

**336** Véase, por ejemplo, *Camino de servidumbre* (1944), Alianza, Madrid, 1978.

empleada por varias potencias capitalistas europeas o Japón). Más tarde, tras la Primera Guerra Mundial, la tremenda superioridad industrial y financiera del imperialismo americano hizo que la expansión «pacífica» (por supuesto, no sin el uso del «poder de coacción» aquí y allá) fuera nuevamente una forma de control más eficiente que la ocupación territorial directa y las incursiones militares a gran escala.

El resultado de la Segunda Guerra Mundial cambió todo eso. Para empezar, la hegemonía global que consiguió el imperialismo americano, implicó que cada vez tenía que actuar con mayor frecuencia como gendarme mundial del capitalismo. De ese modo, la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y la supervivencia del Estado nación fue superada parcial y temporalmente. Ahora bien, resultaba imposible desarrollar ese papel sin un poderoso ejército en expansión y sin bases militares. Literalmente, el imperialismo de EE UU tuvo que hacer frente a todas las contradicciones del capitalismo internacional y, a menudo, mediante amenazas y recursos represivos.

Bajo el capitalismo —especialmente el imperialismo en su «fase del capitalismo tardío», caracterizado por enormes sumas de capital en busca permanente de nuevos ámbitos de inversión— unas bases militares en expansión representan un pujante sector de empresas industriales capitalistas orientadas a la producción de armas. Empresas que tienen un interés particular en esa producción, porque obtienen suculentas ganancias, garantizadas por el Estado, gracias al constante incremento de la fabricación de armas. Así nació el «complejo militar-industrial», por citar la frase oportunamente acuñada por Eisenhower, el general que se convirtió en Presidente de los Estados Unidos de América.

Así pues, en el caso (ejemplar) de EE UU, Schumpeter estaba completamente equivocado y los marxistas en lo cierto. Debido a sus peculiaridades históricas y su «singularidad», la militarización de EE UU fue producto de las necesidades del mundo de los grandes negocios y del imperialismo de EE UU, si bien con medio siglo de retraso en relación a Gran Bretaña, Francia, Alemania, Japón e Italia.

Pero éste no es, de ningún modo, el final de la historia. A pesar de su poderío, el imperialismo estadounidense no podía,

solo (con su propio potencial humano y recursos militares), hacer frente simultáneamente a la Unión Soviética, a los procesos de revolución permanente en los países coloniales y semicoloniales, así como a una clase obrera obstinada y periódicamente explosiva en varios países imperialistas. Necesitaba aliados y tenía que trabajarlos; en primer lugar, financieramente. Como consecuencia de ello, el imperialismo estadounidense vio como la ley del desarrollo desigual y combinado se imponía por primera vez contra su propio país.

Cuando EE UU se lanzó a la reconstrucción y consolidación de los imperialismos de Alemania Occidental y de Japón (exactamente como antes había ayudado a la reconstrucción y consolidación de sus contrapartes francesa e italiana), se inició un proceso que, como consecuencia de la derrota y destrucción que habían sufrido esas potencias, les ofreció la posibilidad de lograr un crecimiento más rápido en la productividad media del trabajo y un perfil industrial más moderno que el de los propios EE UU. El crecimiento de la maquinaria militar americana también cumplió la función de presionar a los aliados renuentes de EE UU a no transgredir ciertos límites en la autonomía financiera, comercial e industrial dentro de la alianza; pero esta función se fue minando gradualmente en virtud de un cambio en el equilibrio de fuerzas financieras e industriales en detrimento del imperialismo estadounidense. Así, a pesar de la hegemonía militar americana, el «dominio del dólar» y la predominante propiedad/control americana de las corporaciones multinacionales no duró más de veinte años tras la Segunda Guerra Mundial. Y si se toma en cuenta el crecimiento de la potencia industrial y militar soviética, que acabó con el monopolio americano en armas nucleares y en los sistemas de lanzamiento en la década de los cincuenta, el «siglo americano» escasamente duró más de una década. Bretton Woods, el dominio del dólar, el reino de las corporaciones multinacionales controladas por EE UU, hicieron que después de 1945-1948, el capitalismo americano y mundial evitara un hundimiento económico similar a la Gran Depresión<sup>337</sup>. Pero esos resortes se

**337** Esto se hizo inevitable por el irreparable daño causado por la Segunda Guerra Mundial a las finanzas, la marina mercante y la armada del imperalismo británico. En un documento muy notable (citado en el libro de Howard,

fueron desgastando gradualmente y finalmente condujeron a la larga depresión que comenzó a finales de los sesenta y principios de los setenta<sup>338</sup>.

En sí mismo, el boom de la post-guerra no fue el resultado automático de la opción del imperialismo estadounidense por una expansión comercial y financiera «pacífica», es decir, del Plan Marshall, de las exportaciones masivas de capital y de sus consecuencias. La precondition para el boom fue el fin de los levantamientos obreros de la posguerra en varios países imperialistas clave, especialmente en Italia, Francia y Japón, donde la militancia estaba ampliamente dirigida por los PC y que, por ello, eran percibidos como una amenaza directa por el imperialismo americano. Esto también ocurrió en EE UU<sup>339</sup>, si bien allí existía un nivel más bajo de politización y radicalización.

Bajo estas circunstancias la lucha de clases en los países capitalistas clave y a escala internacional estaba interconectada con la evolución de las relaciones entre las grandes potencias y la Guerra Fría de forma específica y discontinua. Aun así, algunas de las principales luchas industriales estaban muy divorciadas de esa tendencia. Por ejemplo, la ola de huelgas de la posguerra en EE UU y las primeras huelgas salvajes en Bélgica y Francia, que dieron como resultado que los partidos comunistas tuvieran que abandonar los gobiernos de coalición

*Grand Strategy*, op. cit., pp. 632-36), las autoridades británicas declararon en marzo de 1943 que «aunque la situación del transporte en las Naciones Unidas está mejorando, y probablemente continúe haciéndolo, la situación de las importaciones británicas se está volviendo cada vez peor». En 1937 Gran Bretaña importó cerca de cinco millones de toneladas al mes. Esta cifra descendió a dos millones y medio de toneladas a finales de 1940 y principios de 1941, a dos millones de toneladas en el verano de 1942, y a un millón y cuarto de toneladas entre noviembre de 1942 y febrero de 1943. En 1941 el abastecimiento de alimentos y materias primas, aparte del petróleo, se había situado en cuatro millones de toneladas por encima del nivel mínimo de seguridad. En abril de 1943 había un millón de toneladas menos que ese «nivel mínimo». La situación financiera era aún peor. Las reservas en moneda extranjera de Gran Bretaña prácticamente habían sido liquidadas. Su balance en dólares estaba por debajo de los mil millones.

**338** E. Mandel, *Ensayos sobre el neocapitalismo*, ERA, México, 1981.

**339** Sobre la ola de huelgas de posguerra en EE UU, véase el libro de Jeremy Brecker, *Strike*, World Pub. Co., San Francisco, 1972.

bajo la presión de la clase obrera (y no bajo la del imperialismo americano o de la burguesía europea). Pero las derrotas parciales de estas luchas, junto con la creciente represión por parte del capital (de lo cual el Acta Taft-Hartley y el desgaste gradual de la fuerza sindical en EE UU fue el ejemplo más importante) y el cambio operado por los partidos comunistas, que pasaron de una política de coalición gubernamental a las acciones ultraizquierdistas, condujeron a una caída general en la actividad de la clase obrera, incluso en Gran Bretaña, donde el gobierno laborista, con una gran mayoría parlamentaria y una importante legislación de reformas en su haber, tenía la mejor oportunidad de evitar esa desorientación fundamental. En la medida en que la estabilización del capitalismo en los principales países imperialistas permitió iniciar el boom sobre bases favorable —reflujo de la primera ola de radicalización de posguerra y del movimiento obrero—, imprimió una peculiar evolución al equilibrio de fuerzas de clase, muy diferente a la posterior a 1923.

Ninguna clase obrera sufrió una derrota aplastante en un país imperialista. Si bien la Guerra Fría provocó grandes divisiones ideológicas y organizativas en el movimiento obrero, también forzó al imperialismo a pagar un alto precio por conservar su «frente interno» relativamente tranquilo. Como resultado del boom de la posguerra en la sociedad occidental, acompañado de un nuevo aumento del trabajo asalariado (es decir, de la industrialización) y de las crecientes expectativas de los trabajadores así como de los constantes esfuerzos (excepto en EE UU) para lograrlas a través de luchas sindicales e iniciativas políticas, la fuerza del movimiento obrero organizado creció constantemente en los países imperialistas. Alcanzó niveles sin precedente, tanto dentro como fuera de las empresas. Durante un tiempo, este crecimiento pareció alimentar el boom a través del consumo masivo de bienes duraderos y la compra de viviendas. Pero tras haber alcanzado cierto pico, simbolizado por el mayo francés de 1968, las contradicciones entre ese crecimiento y el funcionamiento regular de la economía capitalista se hicieron obvias.

Por otro lado, las condiciones reales en que el «siglo americano» se abrió paso —el reinado de las corporaciones multinacionales y las implicaciones de la tercera revolución

tecnológica en el campo de las materias primas (una sustitución gradual de artículos «naturales» por artículos manufacturados)— facilitó la transformación del imperialismo de dominio directo al imperialismo de dominio indirecto en el «Tercer Mundo» (del colonialismo al neocolonialismo), sin que esto supusiera una significativa redistribución de las ganancias mundiales (plusvalía mundial) a favor de las clases dominantes del Tercer Mundo. En todo el periodo de posguerra, la regla continuó siendo una constante transferencia de valor del sur hacia el norte, que al mismo tiempo alimentada el boom y la rebelión contra dicha superexplotación en el marco de movimientos de liberación nacional. Los antiguos imperios coloniales se hundieron. Pero el intento de estabilizar uno nuevo, el imperio americano «indirecto», se agotó gradualmente<sup>340</sup>.

Así pues, también desde este punto de vista, a nivel estructural, la Segunda Guerra Mundial no solucionó nada para el capitalismo. Entre 1948 y 1968, el capitalismo se estabilizó y prosperó en Occidente, pero el precio que pagó fueron continuas crisis en el Tercer Mundo y la acumulación de un material cada vez más explosivo en Europa occidental, que hizo erupción en 1968. La crisis del imperialismo no se

**340** La liquidación del Imperio Británico en India ofrece una sorprendente confirmación de la aplicación, por parte de Plejánov, del materialismo histórico a la cuestión del papel del individuo en la historia. Afirma que cuando la historia (el interés de clase) necesita que surja un cierto tipo de personalidad, los acontecimientos la producirán —en realidad producirán varios—. Para organizar la retirada de la India lo más tranquilamente posible, el imperialismo británico tenía a su disposición no solo a un «lord laborista de izquierda», vástago de una familia noble y amigo de Nehru y Gandhi —sir Stafford Cripps— sino también a un vástago de la propia familia real: lord Mountbatten. David Cannadine resume su papel de forma muy apropiada: «Sus opiniones progresistas, su experiencia en el este de Suez y sus estrechos vínculos con el mismísimo rey-emperador, le convirtieron en el hombre ideal para dar fin al gobierno británico en la India en 1947 [...] Cuando nació, la reina Victoria estaba en el trono, el Imperio Británico era el más grande que el mundo había conocido jamás y la libra valía no sólo veinte cheques sino también cinco dólares. Cuando murió, la señora Thatcher estaba en el nº 10 de Downing Street, la armada británica no era ni la sombra de lo que fue, el Imperio Británico se había desintegrado en la Commonwealth y la libra valía menos de dos dólares».

había solucionado. Ni tampoco la de las relaciones de producción capitalistas. La tregua no había servido para reparar los diques. Las brechas se estaban ampliando. Y a través de ellas, el río de la revolución podía fluir de nuevo. Sigue siendo la mejor oportunidad —de hecho la única oportunidad— de evitar la Tercera Guerra Mundial. La humanidad sólo puede salvarse de la destrucción estableciendo el control racional sobre los asuntos nacionales e internacionales, es decir, aboliendo las clases, los conflictos nacionales y la competencia. Solo una federación mundial socialista democrática puede lograr esa meta.

Esta edición de  
*El significado de la Segunda Guerra Mundial*  
terminó de imprimirse  
durante las más cálidas semanas  
del verano de 2015.







